

EL DUQUE DE LA GULA

MARIAH STONE

EL DUQUE DE LA GULA

LOS SIETE LORES DE LOS PECADOS

LIBRO CUATRO

MARIAH STONE

TRADUCIDO POR

CAROLINA GARCÍA STROSCHEIN



Copyright © 2025 Mariah Stone
Todos los derechos reservados.
La siguiente es una obra de ficción. Todos los nombres, personajes, lugares y eventos que se mencionan en ella son producto de la imaginación del autor o se utilizan de manera ficticia. Cualquier similitud con personas vivas o muertas, negocios, empresas, sucesos o tiendas que existan en la actualidad o hayan existido en el pasado es puramente casual.

ISBN
Título original: Duke of Pryde © 2025 Mariah Stone
Traducción: Carolina García Stroschein
Diseño de portada: Qamber Designs and Media

ÍNDICE

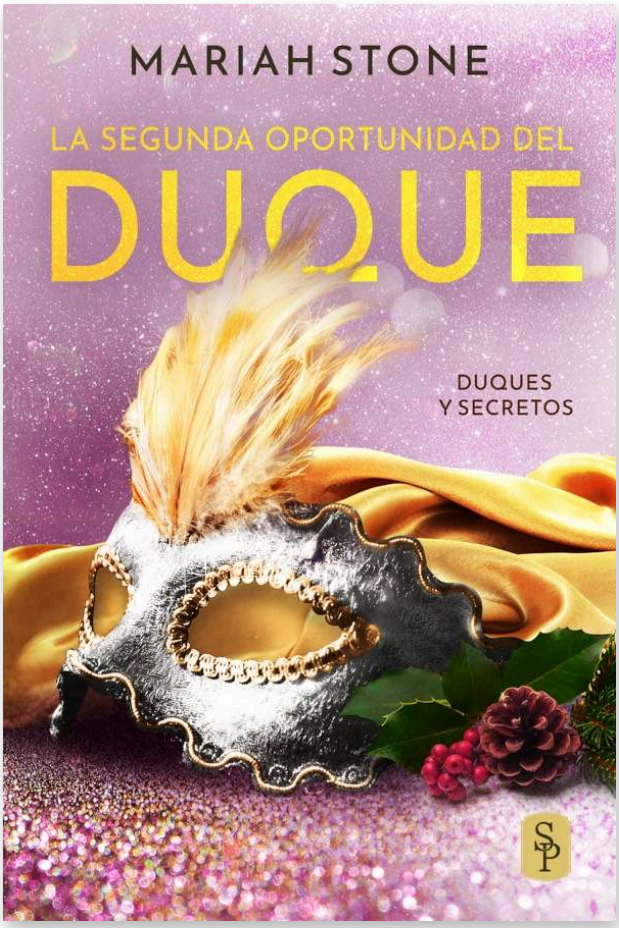
El credo de los siete duques de los pecados

Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29
Capítulo 30
Capítulo 31
Capítulo 32

Epílogo

Otras Obras de Mariah Stone
¿Te ha gustado el libro? ¡Puedes marcar la diferencia!
Acerca del Autor

CONSIGUE LA SEGUNDA OPORTUNIDAD DEL DUQUE GRATIS



Juró no perdonarlo jamás.
Él nunca dejó de amarla.

Atrapados por una tormenta navideña,
¿tendrán el valor de intentarlo de nuevo?

Obtén LA SEGUNDA OPORTUNIDAD DEL DUQUE ahora para descubrir un amor que merece otra oportunidad!

https://mariahstone.com/obten-duque

«El hombre, siendo razonable, debe emborracharse;
Lo mejor de la vida no es sino la embriaguez.
En la gloria, la vid, el amor y el oro se hunden
Las esperanzas de todos los hombres y de todas las naciones…».
—Lord Byron, *Don Juan*

«Bebe de mí solo con tus ojos,
Y yo responderé con los míos;
O deja un beso en la copa,
Y no buscaré vino».
—Ben Jonson, *A Celia*

EL CREDO DE LOS SIETE DUQUES DE LOS PECADOS

Cuatro:

Una dama reclamada por uno de nosotros está prohibida para los demás.

1

Londres, 20 de noviembre de 1814

Algo iba mal. *Lady* Agatha Temperance Hale lo presintió de inmediato al abrir la puerta de la sala de estar y ver a un desconocido en el humilde vestíbulo de entrada. Era un joven de baja estatura que sostenía la galera como si hubiera estado esperando. Tanto la piel de un tono rosado pálido como los dos dientes frontales afilados y el modo en que los ojos la miraban le remitían a un roedor.

—Disculpe… —Al verla, hizo una reverencia—. Se ve algo pálida… ¿Se encuentra bien, señorita…? —con delicadeza le preguntó el nombre, y el miedo la atravesó.

Temperance salió de la sala de estar y se adentró en el vestíbulo para dirigirse hacia las escaleras.

—Señorita Fletcher.

A pesar de que se le había acelerado el pulso, se obligó a mantener una expresión compuesta. El mundo la conocía como *lady* Agatha Hale, así la habían presentado en las fiestas de sociedad y así se habían dirigido a ella en los bailes. Solo su padre había conocido el segundo nombre que su madre le había dado en su lecho de muerte… Temperance. Solo él la había llamado así, y su afecto por él la llevó a considerarlo su verdadero nombre. Un nombre que no compartía con nadie.

El nombre de «señorita Fletcher» le sonaba extraño en su lengua, pero el rostro de roedor de ese desconocido no se merecía ni su nombre ni ninguna otra pista de su verdadera identidad. En especial cuando los agentes de su madrastra podrían estar buscando a la presunta Heredera Loca para que se casara con el cruel lord Bartholomew Langston… o para encerrarla en un manicomio.

Como era evidente que el hombre estaba esperando algún tipo de explicación, Temperance añadió:

—Soy la nueva dama de compañía de la señora Barton.

El desconocido volvió a hacer una reverencia.

—Soy el señor Edmund Stokes, el abogado de su hijo, a su disposición. El señor Barton me pidió que recogiera unos documentos que dejó aquí ayer.

Temperance sintió la sonrisa tiesa. ¿Acaso el hombre podría ver su temor?

—Por supuesto. —A pesar de las palabras amables, dio un paso más para alejarse de él.

Los pequeños ojos del señor Stokes la recorrieron de pies a cabeza.

—El señor Barton nunca dijo nada acerca de usted.

Hasta la última partícula de su instinto le anunciaba a gritos que se encontraba en peligro. El señor Stokes estaba demostrando demasiada curiosidad por tratarse de un desconocido.

—La señora Barton me contrató la semana pasada.

Temperance dio otro paso hacia atrás, hacia la escalera, y el tobillo se le golpeó contra el primer escalón. Se rehusaba a volverse y huir del hombre, pero cuando este dio un paso hacia ella, se le aceleró el pulso.

—Me… Me temo que no me encuentro bien —balbuceó—. Me iré a recostar.

—Por supuesto. Espero que se recupere pronto.

Temperance asintió con la cabeza, dio la vuelta y se apresuró a subir las escaleras con la mayor calma posible. Al llegar al rellano, echó un vistazo hacia atrás y vio que el señor Stokes la observaba con la cabeza ladeada y los ojos entrecerrados. Mientras avanzaba a

toda prisa hacia su recámara, tuvo un presentimiento en la boca del estómago: su lugar de escondite se encontraba en riesgo.

Pasó todas las horas que quedaban del día frente a la ventana que daba a la calle. La señora Barton le había asegurado que el señor Stokes era de confianza, porque había sido empleado de su hijo desde hacía dos años. Sin embargo, Temperance seguía teniendo los nervios de punta; su madrastra no se detendría ante nada con tal de obtener su herencia. La bolsa que tenía preparada en caso de tener que huir tenía una muda de ropa, un par de zapatos, un chal abrigado, algunas monedas, pan y queso, y se encontraba sobre la cama al lado de la pelliza.

Sentada en el alféizar, observó los carruajes que pasaban por la calle y los ocasionales transeúntes que caminaban por la modesta acera. Al cabo de un tiempo, la tarde dio paso a la oscuridad y las ventanas guillotina de las casas de ladrillo de Cheapside comenzaron a iluminarse.

Era un peculiar último domingo antes del Adviento, el segundo que transcurría desde que su padre había fallecido de una apoplejía; era el día en que todas las familias se reunían para mezclar el pudín de Navidad y pedir deseos para el año venidero. Su padre la dejaba ser la primera en batir el pudín, y Temperance solía cerrar los ojos y desear libros nuevos, más tiempo en el laboratorio de su padre y otro año de buena salud para él.

La tristeza la apuñaló en el pecho como una daga. Hacía dieciocho meses, había sostenido la mano de su padre mientras él la miraba, con los ojos grises llenos de amor, por última vez. El dolor nunca la había abandonado. Echaba de menos a su padre. Echaba de menos los preparativos de Navidad que comenzarían pronto en Auster Court. Echaba de menos los equipos para hacer experimentos de electricidad. Y echaba de menos a su dama de compañía, Millie.

Temblorosa, Temperance tomó una bocanada de aire que empañó el ventanal. En poco tiempo, regresaría a casa a retomar sus experimentos, a ver a Millie y a rodearse de todo lo que le recordaba a su querido padre. Solo tenía que esconderse hasta el día de Navidad, cuando cumpliría los veintiún años; entonces, su

madrastra no sería más su tutora legal, firmaría las escrituras en la oficina del señor Barton y heredaría lo que su padre le había dejado.

No tendría que escuchar más la voz fría de *lady* Auster asegurando que «no era apta para la sociedad» o que tenía «una fascinación antinatural por la electricidad» y que sufría de «histeria causada por un exceso de lectura». No habría más candados en su laboratorio. No tendría que sentir más las manos frías de Bartholomew, lord Langston, sujetándole las muñecas, ni tendría que oír más amenazas susurradas acerca de lo que los maridos podían hacer con sus esposas.

Había aprendido la lección. Lo que más quería era independencia y libertad. No se casaría jamás ni con Langston ni con nadie. El futuro sería solo de ella.

La cena fue tranquila, y la señora Barton ya se había retirado a dormir cuando Temperance regresó a su sitio frente a la ventana y vio a tres hombres cruzar la calle y acercarse a la casa de la señora Barton. El estómago le dio un vuelco. Eso no era bueno.

Temperance salió disparada al pasillo para oír quién era. Desde donde se encontraba podía ver el vestíbulo de entrada en la planta baja mientras el ama de llaves abría la puerta principal. Uno de los tres hombres preguntó:

—¿Se encuentra *lady* Agatha Hale? Soy el señor Finch.

El señor Finch era un hombre de baja estatura, con un rostro redondeado y paternal que se veía sorpresivamente amable. El abrigo cruzado de lana marrón que llevaba puesto le cubría la gran barriga y el pecho. Era difícil temerle a ese tipo de hombre.

—He estado buscando a *lady* Agatha Hale por parte de su querida madrastra —continuó el señor Finch—, la condesa de Auster. Tanto ella como el médico están muy preocupados por el… estado mental de su hijastra.

A Temperance se le hundió el corazón a los pies. Nadie sabía que se encontraba allí, excepto el señor Barton, su madre y los empleados. El señor Barton había sido el leal abogado de su padre y quería protegerla. No tenía ninguna duda al respecto. En las dos semanas que había pasado en esa casa, no había ido nadie a visitar

al señor Barton. No la había visto nadie, excepto los criados… y el señor Stokes ese día más temprano.

A lo mejor nunca iba a saber si su instinto había estado acertado en cuanto al señor Stokes, pero había estado en lo cierto al sentirse preocupada y confiar en su instinto. Alguien se encontraba allí preguntando por ella y usando su verdadero nombre…

Solo había una explicación para ello. La habían encontrado. Y habían ido a llevarla con la condesa de Auster y Bartholomew para obligarla a casarse con él y tomar el control de su dinero… y solo Dios sabía cuántos moretones más le provocarían.

Y, si seguía negándose, la internarían en el Bethlem Royal Hospital. Bedlam. «El asilo». Y todo por unas treinta mil libras de herencia. A Temperance se le formó un nudo en el estómago. Era el fin. La habían atrapado.

—Eh, me… me… me temo que está equivocado —balbuceó el ama de llaves—. Esa… esa dama no se encuentra aquí. Buenas noches.

Intentó cerrar la puerta, pero antes de que lo lograra, la vista del señor Finch se volvió hacia las escaleras y se posó sobre Temperance. En ese momento, la bondadosa máscara amistosa del hombre se desvaneció para dar paso a la expresión de un verdadero cazador con afilados ojos marrones. Fríos. Inteligentes. Los ojos de un sabueso.

Temperance dio un inestable paso hacia atrás.

Mientras el ama de llaves intentaba cerrar la puerta, el señor Finch la abrió de un golpe tan fuerte que aplastó a la mujer contra la pared. Con una velocidad sorpresiva para sus piernas cortas, comenzó a subir las escaleras a toda prisa, con los dos acompañantes pisándole los talones.

«¡No!». Temperance salió disparada por el pasillo hasta la recámara, tomó la bolsa y la pelliza de la cama y siguió corriendo hacia las escaleras de los criados. Apenas sentía el suelo bajo los zapatos y apenas oía su propia respiración acelerada y las pisadas de los tres hombres que la perseguían.

—¡Se terminó la fuga, *lady* Agatha!

Temperance abrió la puerta y bajó los estrechos escalones de piedra con los pulmones cerrados por el pánico. «Respira. Tan solo respira… y corre».

Intentó no saltearse los escalones mientras la tela del vestido se le enredaba entre los tobillos que se movían a toda prisa y, apresurada, se ponía la pelliza. Entonces, las manos le quedaron libres para alzarse las condenadas faldas. Los hombres eran más fuertes y veloces y no tenían atuendos que los ralentizaran. Temperance se sujetó las faldas lo más alto que pudo y continuó bajando los escalones.

—¡*Lady* Agatha! —gritó el señor Finch desde el rellano—. ¡Deténgase!

«No lo creo».

Corrió por el pasillo de los criados y, al atravesar la cocina, la cocinera y la ayudante soltaron una exclamación de sorpresa. Al final del pasillo, abrió la puerta y salió al patio sin disminuir la marcha. Tras cruzar la puerta trasera, avanzó por la calle hasta sumirse en la oscuridad de la noche de noviembre.

A pesar de que los hombres estaban detrás de ella, les había sacado una buena distancia. Al final de la calle, miró por encima del hombro y vio las tres siluetas grandes que salían por la puerta trasera. El pánico la embargó. Aceleró la marcha y, cuando dio vuelta la esquina, casi se resbaló sobre los adoquines cubiertos de hielo. Se patinó intentando recuperar el equilibrio y siguió andando con los pulmones ardiendo mientras jadeaba en busca de aire. Lo único que atinaba a oír era el tamborileo de su corazón.

Las calles con diferentes estilos arquitectónicos le pasaron como una flecha mientras corría por Cheapside. Las fachadas sencillas iban dando lugar a cornisas decorativas, y las ventanas de todos los hogares destellaban albergando a presuntas familias felices. El tipo de familia que ella había perdido.

Temperance cruzó una calle tras otra y giró a la izquierda, a la derecha y a la izquierda otra vez en cada esquina que pudo. Tenía que dejar al señor Finch y a sus hombres lo más atrás posible, por más que el pecho le doliera y las piernas le rogaran que se detuviera.

Por fortuna, como era tarde en esa noche fría, las calles estaban despejadas, excepto por un solo carruaje, cuyos ocupantes la observaron con los ojos como platos. Las luces esporádicas que se colaban por las ventanas le brindaban una suerte de guía, pero, de lo contrario, estaba tan oscuro que tenía que adivinar por dónde iba.

Temperance volvió a mirar hacia atrás, convencida de haber visto a los hombres emerger de las esquinas, y obligó a su cuerpo a seguir corriendo. Las faldas y la bolsa la ralentizaban, las mejillas le ardían, la garganta le dolía del aire frío y las piernas le pulsaban, pero a pesar de todo siguió avanzando. Luego de lo que se sintió como una eternidad de entretejer el camino por las calles, se volvió a mirar… y no los encontró. Aun así, no se atrevió a detenerse y sentir victoria.

Ahora que podía volver a pensar, miró alrededor. A lo largo de la calle se extendían los esqueletos desnudos de casas con terrazas a medio construir, pilas de ladrillos y tierra cubiertas de nieve, tablones de madera y piedras. ¿Dónde se encontraba? De seguro no era el tipo de barrio que debería frecuentar la hija de un conde.

Temperance se tragó el pánico y siguió andando. Comenzó a patinarse entre el barro y el hielo con más frecuencia porque el agotamiento le pesaba en las extremidades. Tenía sed y estaba empapada de sudor, por más que el viento gélido le arrojara copos de nieve al rostro.

Al llegar al final de la calle alargada con muchas casas en construcción, no pudo prever lo que encontraría a la vuelta de la esquina…

El mundo parecía explotar.

Unas detonaciones doradas, azules, rosadas y naranjas salieron disparadas en el aire entre los marcos de ventanas sin cristal, umbrales vacíos y fachadas de ladrillo sin terminar de las nuevas edificaciones.

Temperance se tambaleó y casi se cayó de rodillas. «¿Fuegos artificiales?».

Oyó unos cascos de caballo a todo galope, los gritos de unos hombres… Así era como se imaginaba que era la guerra. ¿Qué diantres estaba pasando?

Recobró el equilibrio y se quedó de pie con el aliento atorado en la garganta mientras observaba con los ojos abiertos de par en par las sombras que podrían ocultar a sus perseguidores y las explosiones de luz que la rodeaban. ¿Cuál era el mayor peligro? ¿Los hombres que la acechaban por las calles de Londres o esos fuegos artificiales que explotaban a su alrededor en plena oscuridad?

Un enorme caballo avanzó hacia ella, salido del humo y el fuego. Un hombre montaba agachado, casi pegado al lomo castaño, con un abrigo que se ondeaba a sus espaldas como si fueran alas y una bengala en una mano que emitía una llama que proyectaba un fuego dorado. Llevaba el rostro oculto bajo un sombrero de montar, de modo que las sombras se lo tragaban.

Temperance tenía que correr, pero había agotado todas sus fuerzas; tenía el cuerpo entumecido y los pies congelados sobre el asfalto. Estaba a punto de morir.

A último momento, el hombre jaló de las riendas, y el caballo se alzó sobre las patas traseras. El jinete mantuvo el equilibrio en todo momento. Cinco caballos más les pasaron por delante, uno tras otro, y cada jinete soltó una exclamación y aulló sosteniendo su propia bengala. Ahora el caballo gigante se veía más aterrado y se echaba hacia atrás con los ojos saltones mientras se resbalaba sobre el hielo. Luego se cayó de lado y enterró al jinete bajo su peso. Y todo se calmó.

Al principio, Temperance no pudo mover ni un dedo porque sentía como si su cuerpo fuera una estatua de hielo. De algún modo, no había muerto. Pero el jinete y el caballo castaño podrían haber corrido otra suerte.

El caballo estaba despatarrado en una postura incómoda y alzaba la cabeza. Tenía los bordes de los ojos saltones blancos, las fosas nasales dilatadas y espuma en la boca. Soltó un resoplido alto y afilado y gruñó desesperado en búsqueda de aire. El hombre había sido arrojado a un lado y tenía un pie atrapado debajo del caballo, probablemente aún metido en el estribo. Se le había torcido el torso, y el abrigo caoba se le había subido por el cuerpo y estaba empapado de barro y nieve. Parpadeaba rápido, y era evidente que estaba desorientado. El hombre gruñó algo parecido a una

maldición, aunque Temperance no logró oírlo bien. Sin embargo, llegó a ver la nube de vapor que salía de su aliento y del cuerpo del caballo; los dos formaban una pila desmoronada. Miró alrededor. La calle estaba desierta.

—¿Me vas a ayudar o no? —preguntó el hombre desmontado.

Temperance se aclaró la garganta para deshacerse del último dejo de conmoción.

—Por… por supuesto. —Acto seguido, se arrodilló al lado de él con el corazón latiéndole desbocado en la garganta—. ¿Puedes sentir la pierna?

—Sí —repuso el hombre haciendo una mueca de dolor al intentar moverla—. Pero no puedo… liberarla.

El movimiento debió asustar al caballo, que gruñó e intentó ponerse de pie agitando las piernas. Temperance dio varios pasos hacia atrás para darle espacio al animal. Las rodillas le temblaban de estar tan cerca de esa bestia. Con un movimiento veloz, el caballo se incorporó y se tambaleó un poco antes de huir al galope. Temperance lo observó alejarse por la calle y, a unos treinta metros, vio a varios hombres reunidos alrededor de unos faroles redondos. De seguro era el sitio donde había acabado la carrera.

Acto seguido, Temperance se volvió hacia el jinete caído. Ahora lo podía ver mejor y se dio cuenta de que era un hombre de unos treinta años. Dos ojos de color café la fulminaban detrás de unas pobladas cejas caoba ahora que el sombrero de castor de ala ancha yacía en el barro a un metro de él. El abrigo se le había subido hasta el estómago y dejaba a la vista unos muslos gruesos y musculosos envueltos en unos pantalones de piel de ante y unas pulidas botas de cuero altas.

Temperance se quedó sin aliento. Era imposible apartar la mirada de él. Tenía un rostro esculpido bajo unos mechones de cabello de color miel oscuro, unos pómulos altos con ángulos perfectos, un mentón fuerte y unos labios carnosos… La palabra «indulgente» se le vino a la mente. En la oscuridad, los ojos se veían casi negros y destellaban con algo peligroso que le hizo sentir un vuelco en el estómago, una suerte de anticipación que no logró comprender. Había cierta voracidad en ellos mientras la miraba fijo y sin

remordimientos, como un hombre que estaba acostumbrado a tomar lo que deseaba.

—¿Me vas a ayudar o me dejarás morir noblemente en el barro, sin amor ni luto? —masculló el hombre.

Temperance tragó con dificultad. Oh, era un hombre peligroso. Tentador. ¿Por qué otro motivo habría pasado los últimos diez minutos mirándolo con la boca abierta? Sin embargo, ¿podía ayudarlo? ¡Era escandaloso que una joven soltera tocara a un hombre en público! Aunque, a lo mejor, esa regla social en particular podría ignorarse, considerando lo escandaloso que era que una mujer soltera se encontrara sola en público en general y, sobre todo, en la oscuridad. Además, no podía dejar a una persona herida e indefensa allí sola.

—Claro —repuso con amabilidad y, con cautela, dejó la bolsa de escape sobre el pavimento para ofrecerle la mano.

Temperance no tenía puestos ni los guantes, ni el bonete, ni siquiera un chal, y la nieve que caía le perforaba la piel descubierta como agujas. Mientras el hombre le tomaba la mano entre la suya enguantada, la sensación de hielo se convirtió en fuego. Sintió la delicada piel de ante e inhaló el aroma a cuero nuevo. En la penumbra de la noche, vio el anillo grabado, que exhibía lo que debía ser un emblema familiar. Un jabalí.

De repente, se le erizaron los pelos de la nuca. Era un noble. ¿Qué posibilidades habría de que la reconociera? No recordaba haberlo conocido en la primera y única temporada que había tenido hacía dos años, pero entonces, de seguro, se habría visto más refinado en circunstancias más tradicionales.

El hombre hizo una mueca de dolor, y, siguiendo un instinto, Temperance se agachó a su lado para pasarle un brazo por debajo del suyo y con la otra mano le dio apoyo en la espalda. Con su ayuda, logró alzarlo hasta sentarlo. Luego se volvió y le ofreció el hombro para que pudiera ponerse de pie.

Fue entonces cuando comprendió que era mucho más grande que ella. No solo era más alto, sino también más ancho y más musculoso. Esa era la primera vez que un hombre se apoyaba sobre

ella y, a pesar de su considerable peso, la sensación era curiosamente agradable.

—Me acabas de costar una fortuna, maldita sea —soltó el hombre mientras lo guiaba hasta la pared de la casa más cercana. Era evidente que se apoyaba más sobre una pierna.

Al inhalar el aroma a licor del hombre, Temperance contuvo el aliento. Por un instante, se quedó sin habla. Pero ¿cómo se atrevía a hacer semejante acusación y encima estando ebrio?

—¿Yo? —exclamó—. ¡Casi me matas con ese caballo!

Tanto la culpa como el temor se desvanecieron. A lo mejor se debía a la fuga del señor Finch, o a la tensión y la preocupación que había acumulado en el transcurso de las últimas dos semanas, o a la impotencia y el abuso que había sufrido en los meses que siguieron a la muerte de su padre. O a la traición de la familia que le quedaba: su madrastra y el sobrino de su madrastra, lord Bartholomew Langston. Fuera como fuese, la furia la impulsó a hacer un ademán hacia la calle.

—¿Qué es este disparate? ¿Fuegos artificiales? ¿Carreras? ¿En plena noche y a todo galope? ¿Y todo por qué? ¿Por dinero?

—Un hombre debe encontrar la manera de sentirse vivo —masculló—. Esa iba a ser mi última vuelta ganadora de mi pasatiempo favorito. Así que, como ves, dulzura, estás en deuda.

¡Pero qué audacia tenía ese sujeto!

—¿Que estoy en deuda? ¡Increíble! ¡Debes estar borracho!

—Quizás, pero es uno de los placeres de la vida, junto con este…

Antes de terminar la oración, la tomó en sus brazos y, sin que pudiera resistirse, la besó. Temperance no supo si se debió a su cuerpo ancho que la rodeaba haciéndola sentir calidez y seguridad y bloqueaba la realidad, pero por un momento, se perdió en el pecado de sus labios suaves y no lo apartó.

El beso fue una prolongada presión de sus labios sobre los de ella. Olía a cuero, lana húmeda, caballo, sándalo, vainilla y licor caro; eran todas notas que conocía, pero que en ese momento se transformaron en otra cosa. El sabor de él le provocó una descarga de alegría y placer que le caló hasta los huesos.

Cuando por fin encontró la fuerza para empujarle el pecho, estaba jadeando… y él también. Su mirada oscura se posó sobre sus labios y una sonrisa de aprecio le asomó al rostro atractivo.

—¿Cómo se atreve? —logró exclamar Temperance con más formalidad de la que había exhibido hasta ese momento y con las mejillas ardiendo.

El hombre se rio entre dientes.

—Solo ha sido un pequeño pago por el dolor y sufrimiento que me has causado. Un pago que mereció la pena, si se me permite el atrevimiento.

—No se le permite el atrevimiento. ¡No se está comportando como un caballero!

—¿No tienes planes esta noche? —le preguntó el desconocido ignorando por completo su enfado.

—¿Cómo dice?

—Una hermosa joven que pasea sola por la noche en Clerkenwell sin bonete, ni guantes… ni chaperona. —El hombre sonrió—. Eres una mujerzuela, ¿no?

A Temperance se le congeló la sangre. Esa conjetura indignante le arrebató el poco aire que le quedaba en los pulmones. Un torbellino de rabia se apoderó completamente de ella y, antes de poder contenerse, alzó la mano y… lo abofeteó.

El rostro del desconocido salió volando hacia un lado, y Temperance sintió un dolor ardiente en la palma. Su piel se había sentido cálida, dura y aterciopelada, con una barba incipiente, y no debería haberle ardido tanto.

—¡No soy ninguna mujerzuela! —exclamó llena de furia en las venas—. Y usted… usted… Es un hombre sin ningún reparo en las consecuencias; insulta a las mujeres y pone a todos en riesgo, incluido usted mismo. ¡Es de noche, apesta a licor, casi me mata y casi mata a ese hermoso animal! Y podría haber sido mucho peor. ¿Y si un niño o un anciano se hubiera cruzado en su camino? ¿Galopa por las calles como un hombre que huye de qué? ¿De fantasmas? ¿De recuerdos? ¿O es que está tan aburrido de su vida adinerada y sosa que no se puede quedar quieto un instante?

El hombre volvió la cabeza hacia ella como si lo hubiera vuelto a abofetear. La sonrisa engreída se le había desvanecido del rostro y, detrás de la agradable fachada de libertino y seductor… vio verdadero dolor. Y luego furia. El canalla abrió la boca para decir algo, pero antes de que pudiera hablar, Temperance oyó unos pasos a sus espaldas.

«¡Oh, no!».

Temperance se dio media vuelta al tiempo que el temor volvía a apoderarse de todas sus extremidades. Esperaba ver a los tres perseguidores que la habían encontrado, pero en cambio, solo había un hombre. Uno de los compañeros del desconocido corría hacia ellos, con el abrigo gris volando en el aire mientras avanzaba y se sujetaba el sombrero.

Temperance no se podía arriesgar. ¿Y si el otro hombre la reconocía? Todo Londres estaba al tanto de la búsqueda de la Heredera Loca, y el que la encontrara se llevaría una generosa recompensa.

¿Y si los dos creían que era una mujerzuela? ¿Ese salvaje podría obligarla a ir con ellos? No, debía huir antes de que otra persona intentara apoderarse de su destino. Tomó la bolsa de escape y se escabulló por un callejón oscuro.

—¡Aguarda! —la llamó el primer hombre—. ¿A dónde vas? ¡Aguarda un momento!

Pero Temperance lo ignoró. Los pulmones le ardían en protesta, pero siguió corriendo, girando hacia la derecha e izquierda a lo largo de los callejones en la medianoche. Haría lo que fuera con tal de perder a los perseguidores. Pero ¿a dónde iría? Solo tenía unas pocas monedas y no le bastarían para un mes.

De pronto, se le vino un recuerdo a la mente. ¿Acaso no había leído en el periódico un artículo acerca de un hospicio para mujeres en Whitechapel?

«Whitechapel…». Un sitio lleno de criminales, secretos y peligros. Un sitio de mentiras y desesperación. Un sitio al que no debería ir una dama joven, la hija y heredera de un conde.

El sitio preciso en el que debía esconderse.

2

—Un poco más a la derecha —susurró la voz de una niña, y acto seguido sintió algo frío y húmedo que se le arrastraba por la mejilla.

Octavius Everard, el duque de Eccess, gruñó.

—Deprisa, se está despertando —sonó una voz mayor y femenina, al tiempo que algo le rozaba la punta de la nariz.

De hecho, a Octavius no le importa el frío. Le resultaba reconfortante contra la piel cálida. Pero le importaba mucho que lo despertaran para enfrentar el dolor de cabeza que le partía el cráneo en dos. Hizo un ademán para apartar a los niños y se volvió a un lado. Solo quería volver a hundirse en el olvido.

—Le añadiré dos orejas —dijo una voz más profunda de niño con una carcajada.

Algo de madera repiqueteó contra un cristal antes de que Octavius volviera a sentir la sensación fría y húmeda mientras los niños le dibujaban algo en la frente. Por desgracia, parecía que no podría escapar. Cuanto más se le enfriaba el rostro, más se despertaba y más consciencia tomaba del dolor en el tobillo. ¿El tobillo?

De hecho, todo el cuerpo, usado y abusado a lo largo de los años llenos de gula, le dolía. Nunca antes había estado tan de acuerdo con la recomendación del médico de cambiar su estilo de vida y vivir con más moderación.

«Al diablo con la moderación».

—Excelente pincelada —dijo la niña mayor de lo más encantada. Era Margaret, su pupila de catorce años.

Un momento… «¿Pincelada?». ¿Qué era la sensación fría y húmeda en el rostro? A pesar de las preguntas que le rondaban la mente, no se movió. Los niños estaban contentos y se reían. La muerte de sus padres, a raíz de un incendio en el hogar de unos amigos durante una visita hacía diez meses, les había arrebatado gran parte de su infancia. Por fortuna, los niños se habían quedado en casa esa noche. Si pintarle bigotes y orejas en el rostro les daba alegría, estaba dispuesto a soportarlo. Al fin y al cabo, Octavius no tenía ni la más mínima idea de cómo ser el tutor que se merecían. Al menos, podría ser el objeto de una broma inocente.

—Tiene el mentón tan rígido y cuadrado como una caja —dijo Sophie, de ocho años—. Pero si le dibujamos una barba, podría parecer más un mentón.

Que Dios lo ayudara. Las pinceladas húmedas debajo de la boca casi lo obligaron a abrir los ojos, pero los mantuvo cerrados.

—¡Cuidado! Si lo despertamos, va a rugir como un jabalí. —Era James, el hermano de doce años de Margaret y Sophie.

Y James estaba en lo cierto. Octavius estaba listo para rugir como un jabalí, el emblema de su casa. Pronto lo haría, pero antes les daría más tiempo para reírse a costa suya. A lo mejor se cansaban de él ahora que habían terminado el trabajo y se marchaban. Entonces podría dormir una hora más con la ayuda de Dios.

Sophie soltó una carcajada.

—Su aliento huele al tónico medicinal de la señorita Hammond.

—¿Por qué los hombres adultos tienen vello en el rostro? —preguntó James—. ¿Me veré así cuando sea viejo?

«¿Viejo?». Octavius casi le responde que treinta y un años solo quiere decir que la vida está comenzando.

—Es porque su ayuda de cámara aún no lo ha afeitado —le aseguró Margaret con la autoridad de la hija mayor—. Debe haber regresado temprano por la mañana.

—Como de costumbre —dijo James, serio, hablando como un experto.

¿De verdad? ¿Era tan malo? ¿Qué tipo de ejemplo estaba siendo si ya le había enseñado a su joven pupilo, el heredero actual, que un hombre tenía derecho a una vida de pura indulgencia?

—Nunca llegó a la cama —añadió Sophie.

—¿Tiene *foie gras* en el cabello? —James sonaba más cerca ahora—. ¿Creen que lo podemos cortar? Sophie, ve a buscar las tijeras.

«¡De ninguna manera!». Octavius puso el límite en el corte de cabello. Ya no le quedaban esperanzas de dormir un poco más. A pesar del dolor en el centro de la cabeza y el tobillo, abrió un ojo, y los tres diablillos dieron un paso hacia atrás.

Sophie tenía un tintero con un pincel dentro.

—Ya es suficiente. —Octavius entrecerró los ojos por la luz fría que se colaba por los ventanales altos a sus espaldas.

Su estudio debía de ser su santuario, el sitio donde lo dejaran a solas. Las altas estanterías de caoba y el enorme escritorio de roble, que le había pertenecido a tres generaciones de duques antes que él, le brindaban tranquilidad; su familiaridad le hacía sentir consuelo. Ahora el sitio apestaba a coñac derramado y fracaso, y el fuego casi apagado en el hogar no hacía mucho para desarraigar el frío de noviembre.

Octavius miró a sus pupilos con el ceño fruncido. Sophie y James tenían el cabello del mismo tono miel que había heredado su padre y que compartían varias generaciones de Everard. Por su parte, Margaret era más rubia que sus hermanos y tenía rizos dorados. Para su edad, era alta. Era una niña hermosa con la nariz chata y unos ojos que destellaban inteligencia. Se paraba con la espalda rígida y, como siempre, hacía lo mejor para lucir como una dama.

Santo cielo, aún recordaba cada uno de sus bautismos. Los tres eran los hijos de su primo, lord Julius Everard, por parte de su padre, y como Octavius era el pariente más cercano, habían quedado bajo su cuidado. Un cuidado que definitivamente no lograba brindar.

Los tres diablillos tenían los ojos abiertos de par en par, con una mezcla de temor y entretenimiento, mientras Octavius gruñía y se sentaba en el sofá. Cada movimiento le producía un dolor

desgarrador en la sien y en el tobillo. En la distancia, recordó un eco de aroma a lavanda y un ardor en la mejilla, aunque no logró recordar a qué se debían. ¿Lo habían abofeteado? No era de sorprender.

—Las pinceladas son excelentes, niños —dijo una voz masculina a su derecha.

A menos de dos metros de distancia, estirado sobre un diván ubicado entre dos estanterías, se encontraba Sylvester, el duque de Irevrence. Tenía un brazo apoyado sobre la cabeza en gesto despreocupado mientras observaba a Octavius con una chispa de diversión en el rostro.

Al lado del diván, había un sillón en el que se encontraba sentado Archibald, el duque de Enveigh, con las piernas cruzadas, estudiando a Octavius con el ceño fruncido. Llevaba puesto un abrigo verde confeccionado a medida, que tenía una serpiente, el emblema de su casa, grabada en los gemelos.

—Ya no rugirá más como un jabalí —dijo Archibald.

—¿Vas a maullar o ronronear, Octavius? —le preguntó Irevrence —. Oh, no, te ves muy agotado. ¿A lo mejor siseas?

Los ojos celestes de su amigo lo estudiaron, entretenidos, con la típica expresión de indiferencia e imparcialidad que solía llevar siempre en el atractivo rostro. Siguiendo los colores de su casa, Sylvester siempre llevaba puesto algo pálido o blanco, como si se burlara de la moda actual en la que los caballeros usaban tonos oscuros en los abrigos.

—Los dos los vieron haciéndome esto —masculló Octavius sujetándose la cabeza—. ¿No tuvieron la más mínima inclinación a detenerlos?

Sylvester se encogió de hombros.

—No vi ningún daño. Hay que aplaudir la creatividad de los niños. Además, me daba curiosidad ver la obra de arte en tu rostro.

Maldiciendo la noche anterior por dentro, Octavius soltó un gruñido, se puso de pie y se acercó al espejo. Tenía dibujados dos orejas triangulares encima de las cejas, tres bigotes delgados en cada mejilla cubierta por una barba incipiente, un círculo negro en la punta de la nariz y varios puntos en el mentón. El cabello ondulado

de color miel estaba revuelto y, como James bien había señalado, decorado con un trozo seco de *foie gras*.

«¡Diablos!».

Todavía llevaba puestas las prendas de montar de la noche anterior. El abrigo caoba colgaba abierto y arrugado, revelando los pantalones de piel de ante llenos de manchas de barro en las rodillas. Las botas de cuero de montar altas, que habían estado pulidas a la perfección, estaban marcadas y cubiertas de mugre de la calle. La camisa de lino blanco estaba a medio abotonar, el pañuelo blanco le colgaba abierto del cuello como una bandera de rendición y el abrigo estaba arrugado y cubierto de migas de origen desconocido. Tenía los ojos rojos, se veía pálido e hinchado y se sentía mareado y desorientado. Se veía tal cual se sentía: miserable.

Archibald frunció el ceño aún más.

—Te mereces ser el lienzo de esta obra de arte.

Octavius negó con la cabeza mientras avanzaba rengueando hacia el aparador con la bandeja que tenía una selección de oporto, coñac y *whisky*.

Irevrence soltó una carcajada.

—Típico. El duque de Enveigh tiene envidia.

Octavius tomó una copa de coñac.

—¿Qué he hecho para molestarte, Archibald?

Sylvester le ofreció una sonrisa de superioridad.

—Me llevaste a mí y te olvidaste de invitarlo a la carrera de caballos anoche.

Generoso como siempre, Octavius llenó al tope dos copas de coñac para sus amigos. James se detuvo a su lado y lo observó con gran fascinación.

—Era el último domingo antes del Adviento —masculló Octavius observando el líquido dorado girar—. Ya lo saben. Cualquier acto para olvidar eso está justificado.

—Podría haber estado a tu lado —le recordó Enveigh con suavidad—. Sé que es… un día difícil.

¿Un día difícil? La palabra difícil ni siquiera comenzaba a describirlo. Hacía veintiún años, el último domingo antes del Adviento había sido el inicio del peor mes de su vida, que culminó

cuando se quedó completamente solo en el mundo, al igual que sus tres pupilos, que no tenían a nadie que los cuidara, excepto él… Se merecían algo mejor.

Cuando terminó de llenar la tercera copa, James la tomó y la olfateó con la expresión llena de confianza de un experto y movió los labios.

—Notas de… roble y vainilla con un acabado perdurable. Realmente exquisito.

Irevrence soltó otra carcajada.

—Habla como tú, Eccess.

Octavius sintió un temor frío que le bajaba por la espalda. El niño no hablaba como él, ¿no? James era un joven grande, con mucha más carne en los huesos que la mayoría de los niños de su edad. Él también siempre había sido así de niño. Era una característica que su padre jamás pudo tolerar y por la cual se la había pasado dándole sermones sobre su tamaño, señalando que era demasiado perezoso e indulgente, una verdadera desgracia para el nombre de la familia.

—Deja la copa —le dijo al niño al tiempo que se la arrebataba y derramaba la mitad del contenido en el suelo. Ignorando el derrame, se acercó rengueando a Archibald, quien alzó la copa que le había ofrecido en señal de brindis.

—¿Hay algún motivo por el que hayas decidido ponerte en la piel de un pirata con pata de palo?

—Mi pierna se encuentra bien, gracias —masculló Octavius al tiempo que se acercaba a Sylvester para ofrecerle la otra copa—. No duele tanto como mi bolsillo. La mujer que cruzó la calle y se interpuso en mi camino me costó el título de propiedad de mi viñedo en Francia. Es uno pequeño, pero, aun así, una propiedad excelente para mi colección privada.

—¿Una mujer? —preguntó Enveigh.

Octavius volvió a sentarse en el sofá. Ante el recuerdo de la pequeña mujer misteriosa, que él había asumido ser una mujerzuela, sintió otro tipo de sensación en el estómago, algo cálido acompañado de una sensación de alegría y placer. La mujer tenía un rostro hermoso… delgado y con pómulos altos, elegante y con una mandíbula angular y un mentón estrecho. También tenía unos labios

carnosos, unos ojos grandes de lo más expresivos enmarcados por unas arqueadas cejas azabache y un arco de Cupido que pedía a gritos ser besado. Y no había dudado a la hora de lanzar acusaciones afiladas que se le habían clavado en el corazón. «¿Galopa por las calles como un hombre que huye de qué? ¿De fantasmas? ¿De recuerdos? ¿O es que está tan aburrido de su vida adinerada y sosa que no se puede quedar quieto un instante?».

Nadie le había dicho nada tan cierto en muchos años. Quizás nunca. Hasta la bofetada le había dolido menos que las palabras. Y había dado en el clavo. Achilles, su hermoso purasangre, había caído. Podría haber matado a la mujer, podría haberse matado él mismo, podría haber matado a su montura y podría haber quemado medio Londres con los fuegos artificiales que se podrían haber colado por las ventanas. Sin importar si las casas estaban vacías o no, el fuego se extendía rápido… Y habría sido su culpa.

Un temor lo desgarró por dentro. No podría detenerse sin más. ¿Cómo podría renunciar a las únicas experiencias que lo hacían sentir vivo? En el momento en que lo hiciera, los fantasmas lo consumirían por completo y lo ahogarían en las voces, la tortura y la agonía del pasado.

—Sí, una mujer. Hizo que Achilles cayera y enterrara a nuestro amigo debajo de su cuerpo antes de huir —le explicó Sylvester.

—¿Cómo está Achilles? —preguntó Octavius olvidándose por un instante del dolor de cabeza. El semental había sido su compañero favorito durante muchos años.

—Tu jefe de caballerizas dijo que no sufrió ninguna herida —repuso Sylvester—, aunque has demostrado más preocupación por tu caballo que por tu propio tobillo.

—¿Y la mujer? —preguntó Archibald—. Una mujer sola en la noche en Clerkenwell… Era una mujerzuela, ¿no?

Sophie se puso cómoda en el escritorio de Octavius, tomó una hoja de papel y comenzó a dibujar.

—¿Qué es una mujerzuela?

«¡Ay, por todos los cielos!».

Sylvester se puso de pie y avanzó hasta la niña para echar un vistazo por encima de su hombro. Octavius se frotó la mejilla al

sentir el eco de la bofetada de la mujer que aún le dolía en la piel.

—Nada, querida. Caballeros, por favor, recuerden que están en presencia de niños. ¿Dónde está la señorita Hammond?

James se encogió de hombros mientras estudiaba la pistola de duelo del padre de Octavius que colgaba de la pared. Margaret se detuvo al lado de Sophie y la ayudó a dibujar algo.

—La bofetada que me dio esa mujer y su indignación cuando sugerí que era… lo que tú has dicho, me dicen que no lo era —repuso Octavius antes de beber un sorbo de coñac.

—Pero las damas respetables no salen solas a la noche —observó Irevrence, recorriendo el grabado de la copa con el pulgar.

—Quizás estaba a punto de convertirse en una mujerzuela —sugirió Enveigh—. Estoy seguro de que podría haberte ayudado a determinarlo si me hubieras agraciado con una invitación.

Irevrence soltó un bufido.

—Estás celoso, como siempre.

Enveigh lo fulminó con la mirada.

—Yo hubiera sido mejor compañero para la carrera. A ti no te importa nada.

—Me importe o no, no hubiera hecho la diferencia. —Irevrence puso los ojos en blanco.

—Sí que la hubiera hecho. Yo la hubiera atrapado.

Irevrence volvió a reír y negó con la cabeza.

—No importa.

A Octavius sí le importaba. Había algo acerca de la mujer que lo acechaba. A lo mejor eran esos ojos grises del color del cielo plomizo en el momento que más detestaba en el año: las semanas que precedían a la Navidad.

—Qué creativa, Sophie —señaló Sylvester dándole una palmadita en la cabeza mientras dibujaba con tinta y un pincel—. Esos conejos están de lo más… bien dotados.

—¿Bien dotados? —Octavius estiró el cuello para ver el dibujo y soltó un profundo suspiro. Era un fracaso total. Los dulces conejos tenían partes de la anatomía que una niña de ocho años no debía conocer.

Sophie siguió cantando la canción «Fray Santiago» en francés, excepto que en lugar de cantar la inocente letra «¿Duerme usted?», canturreó «*va au diable, va au diable*», que significaba «váyase al diablo».

Octavius soltó un gruñido. Los niños tenían a la nueva institutriz bailando al compás de su música y no al revés.

Del otro lado de la puerta, se oyó un fuerte estrépito seguido del grito de una mujer. La puerta se abrió de par en par, y apareció la señorita Hammond, con las mejillas rojas y unas quemaduras en el dobladillo del prolijo vestido negro. Tenía el bonete blanco torcido y lleno de manchas de tinta. El ojo izquierdo se le cerraba mientras miraba a los niños con furia contenida. Tenía que ser estricta y autoritaria para mantenerlos bajo control, ya era la sexta institutriz que habían echado en lo que iba del año.

Octavius bebió otro sorbo de coñac.

Margaret, James y Sophie se quedaron petrificados mientras miraban a la mujer. Detrás de la atribulada institutriz, Octavius divisó un sistema de cordeles y poleas con un tintero que se mecía por encima de la puerta.

—Margaret —siseó. Ese era el tipo de cosas que disfrutaba hacer la pequeña diabla: usar su increíble habilidad para realizar complejos cálculos y así crear sistemas elaborados de bromas.

Margaret se puso de rojo tomate, pero echó los hombros hacia atrás, enderezó el cuello y ladeó la cabeza en una postura de lo más digna.

—Estoy complacida de reportar que el experimento que he realizado ha sido exitoso.

Sylvester se rio.

—Diría que sí.

—¿Y cuál era el objetivo del experimento? —preguntó Archibald.

La joven sonrió encantada.

—Calcular el ángulo exacto que se necesita para que el tintero se incline y el tiempo necesario entre la apertura de la puerta y el derrame de la tinta.

—Una dama joven no debería crear bromas —dijo la institutriz, con el rostro rojo escarlata.

De algún modo, James se las ingenió para tomar una copa de coñac y se inclinó hacia Sophie murmurando:

—Vuelve a decir lo que has dicho para que la señorita Hammond derramara la bandeja de té ayer. ¡A ver si se vuelve a sobresaltar!

Octavius observó cómo James imitaba su prueba de coñac con una mezcla de horror y vergüenza, aunque el líquido no llegó a tocar los labios del niño. James estaba aprendiendo sus peores hábitos en lugar de los mejores. Octavius lo había sacado de la escuela tras el fallecimiento de sus padres y no quería volver a enviarlo allí hasta que se comportara mejor. Le habían dado la responsabilidad de cuidar de esos niños y estaba empeorando todo. Ojalá supiera cómo ser cualquier otra cosa, excepto lo que su padre lo había moldeado a ser. Ojalá supiera cómo detener el mismo ciclo que le estaba enseñando al inocente James.

Sophie enderezó la espalda y anunció bien alto:

—*Nom d'une pipe!*

«¡Maldita sea!». Que el Señor lo ayudara. Sin dudas, esas no eran palabras que una niña de ocho años, una futura dama de la alta sociedad, debería conocer.

Irevrence contuvo una carcajada.

—Sophie, querida, ¿te puedo adoptar?

Sophie le ofreció una enorme sonrisa al tiempo que a Octavius se le formaba un nudo en el estómago.

—¡Sylvester, no estás ayudando!

Esas tres criaturas eran tan pequeñas y frágiles, pero lo hacían sentir de lo más desamparado. Él mismo no había experimentado demasiada felicidad al crecer, pero prefería morir antes que provocarles infelicidad. De modo que había una sola cosa que hacer para protegerlos. Alejarse de ellos.

La señorita Hammond soltó un jadeo indignado y las mejillas se le enrojecieron aún más.

—Yo… ¡Nunca te enseñé eso, Sophie! ¿Cómo conoces esas palabrotas?

Margaret se encogió de hombros.

—Eso no es nada. La semana pasada, oí a una dama francesa llamar al duque… ¿cómo era? ¡Ah, sí! «Una bestia magnífica con el

apetito de diez hombres».

La señorita Hammond soltó un jadeo más audible.

—¡Margaret! Ese vocabulario es de lo más…

Pero Sophie la interrumpió entusiasmada.

—*Taisez-vous et jetez-moi sur le lit!* —«Cierra la boca y arrójame sobre la cama».

Conmocionada, la institutriz contuvo otro jadeo, pero era evidente que no podía detenerlos. Nadie podía.

Octavius gruñó por dentro. Eso era su culpa y se veía a sí mismo en cada uno de los niños. La amante que lo visitaba, el coñac que bebía, la libertad que le daba a Margaret para realizar sus experimentos… Todo era su culpa. Los niños se portaban mal porque lo veían beber. Maldecían porque habían oído a su amante francesa. Aplicaban las matemáticas en las bromas, retorcían cada uno de sus intentos para alentarlos a estudiar y los transformaban en herramientas de caos.

Sabía que los niños anhelaban atención porque habían perdido a sus padres y él no podía darles el cariño parental que necesitaban. No era tonto, pero tampoco tenía ninguna respuesta. Lo había criado un monstruo que había llevado a su madre a huir con su hermana bebé, y no sabía ser nada más.

Aun así, podía hacer algo. Le arrebató la copa de coñac a James y arrojó el cristal contra el hogar. Ni el estrépito del cristal al romperse ni el siseo de las llamas alimentadas por el licor hicieron nada para calmarlo.

Sophie se rio mientras se acomodaba un mechón de cabello miel tan parecido al de Octavius detrás de la oreja. Esos niños eran su sangre, su responsabilidad y, a pesar de sus errores, su deleite.

No soportaba verlos así. Tenía que escapar.

—Señorita Hammond —masculló Octavius apenas logrando contener la ira y el temor que se habían desatado en su interior para mantener la máscara social—. Es evidente que los niños necesitan actividades más estructuradas para ocupar la mente y desgastar energías. A lo mejor, algunos temas educativos que los desafíen o algo de ejercicio físico en el jardín. Las manos ociosas causan travesuras.

Él tampoco podía dedicarse al ocio; no si quería huir de la oscuridad que lo acechaba. Tal y como había señalado la mujer misteriosa la noche anterior, estaba huyendo de fantasmas. Por lo tanto, haría lo que mejor se le daba: hundirse en lo más profundo de los placeres de Londres, donde no había culpa ni vergüenza ni temor que pudiera dar con él. Al diablo con las consecuencias.

—Enveigh, Irevrence, vamos. Tenemos que ir a Elysium.

3

VEINTISIETE DÍAS MÁS. Ese era el tiempo que Temperance necesitaba sobrevivir antes de cumplir años y ser libre y adinerada.

Temperance se estremeció por el frío y se ajustó las solapas de la pelliza. El viento de fines de noviembre en la calle Coburg, en el barrio de Mayfair, le calaba todas las capas de ropa que llevaba puestas. El cielo se ceñía plomizo y sombrío y le arrojaba ráfagas de copos de nieve en el rostro que se le clavaban en la piel como agujas.

A pesar de que las campanas de una iglesia cercana habían anunciado el mediodía, la calle se veía oscura. Una tormenta de nieve debía de estar en camino.

Había pasado la última semana en el hospicio de mujeres de Whitechapel, a cargo de la señorita Grace Lockhart, furiosa y rehusándose a pensar en el beso que le había dado ese canalla en la calle, pero quedarse allí más tiempo no era una opción. Cada día llegaban más mujeres embarazadas y madres jóvenes que necesitaban cobijo del invierno mucho más que ella. Era hora de seguir adelante.

Y tenía la solución delante de las narices. La hermosa casa londinense que pertenecía al duque de Eccess, quien buscaba una institutriz para tres niños, según el aviso en el *London Times*. Esa era su oportunidad para ocultarse a plena vista: invisible ante la sociedad que reconocería a *lady* Agatha Hale como la Heredera Loca. No había respondido al anuncio por escrito, como se solía

hacer, porque no tenía tiempo, de modo que no tenía muchas probabilidades de conseguir el puesto. Pero tenía que al menos intentarlo.

Con la bolsa que había empacado al huir aferrada en una mano, se acercó a la casa. Era una edificación enorme de cuatro plantas, lo suficientemente grande como para albergar tres veces en su interior la residencia londinense de su padre, que se encontraba solo a seis manzanas de allí. La residencia en la que, sin duda alguna, su madrastra y Bartholomew se hospedaban mientras la buscaban por todo Londres. La casa que tenía delante era de un blanco inmaculado, de arquitectura palladiana, con grandes ventanales en mirador, un panteón griego centrado en Dionisio, el dios del vino y la indulgencia, con su característica corona de vid alrededor de la cabeza y un ramo de uvas en la mano.

Por lo general, el aroma fresco de la nieve en el aire le producía alegría y paz doméstica. Si su padre estuviera vivo, estaría haciendo preparativos para celebrar su cumpleaños y llenando la temporada del Adviento de sorpresas. Se quedarían en la casa, harían experimentos, leerían libros y conversarían sobre ciencia frente al hogar cálido de la biblioteca. Pero ahora… sola en el medio de la calle, sin hogar que la protegiera del clima, Temperance sintió su ausencia más profunda que nunca antes. Unas lágrimas le asomaron a los ojos y se detuvo frente a la ancha escalera que llevaba a la puerta principal, bajo un pórtico sostenido por varias columnas. Lo único que tenía que hacer era observar sus sentimientos y emociones como su padre le había enseñado. Aceptar la tristeza, la desesperación y el enfado, componerse antes de subir los escalones y llamar a la puerta principal, donde enfrentaría el desafío de realizar la venta más importante de su vida: la suya.

Sin embargo, antes de que pudiera dar el primer paso, la gran puerta de madera oscura se abrió de golpe y una mujer de cabello gris salió corriendo en un vestido marrón. Llevaba la pelliza desabotonada y una pequeña maleta en la mano, con un trozo de tela asomando por la abertura. Tenía los ojos saltones y unos huevos crudos se le deslizaban por debajo del bonete desenlazado. Al llegar

al pie de las escaleras, se detuvo, extrajo un pañuelo y comenzó a limpiarse el huevo de la pelliza.

Temperance se le acercó.

—¿Se encuentra bien?

La mujer soltó un bufido.

—Ahora, sí. ¡Desde el momento en que salí de esa casa!

Temperance sintió un escalofrío de nervios. Anhelaba saber quién era esa mujer y por qué se encontraba en semejante estado de agitación, y con un huevo chorreando por el rostro, pero no se atrevió a preguntarle.

—¿Aquí es Dulcis Court?

La mujer alzó la cabeza y la recorrió con la mirada.

—¿Por qué?

—He venido a postularme al puesto de institutriz en respuesta a un anuncio.

La mujer echó la cabeza hacia atrás y soltó una carcajada que sonó como un graznido. Parecía estar sufriendo un ataque de histeria.

—Escúcheme. ¡De media vuelta y márchese! Esos pequeños demonios la volverán loca.

Tras decir eso, se marchó, y sus tacones repiquetearon furiosos contra los adoquines mientras se alejaba.

A Temperance le dio un vuelco en el estómago por un mal presentimiento. ¿Acaso esos niños le habrían arrojado un huevo en la cara a esa mujer? ¿Qué tan malos podrían ser?

Por otro lado, todo parecía indicar que el puesto de institutriz acababa de quedar vacante. Tenía que arriesgarse. Sin dinero ni sitio para ocultarse, tenía muy pocas opciones. Una institutriz era como una criada. Solía estar confinada a las recámaras de los niños y la sala de estudios, y casi nunca veía a los señores de la casa… Eso le vendría muy bien hasta Navidad. Hasta Navidad y lograr su libertad.

Temperance subió las escaleras y llamó a la puerta. Un mayordomo de unos cincuenta años abrió la puerta y la observó con frialdad.

—¿Sí?

—Buenos días —lo saludó con el mayor optimismo que pudo reunir mientras el pulso le latía en las puntas de los dedos—. Estoy aquí por el puesto de institutriz.

—¿Tiene cita?

—No, pero esperaba…

Un grito femenino tronó detrás del mayordomo. En la entrada bien iluminada, hubo un destello de actividad. Una criada limpiaba un aparador mientras que otra barría el suelo. Tres lacayos llevaban bandejas de comida. Tres niños, una de cabello dorado que casi parecía adolescente, otra mucho más joven y un niño entre medio de las dos en edad, las seguían. El joven robaba bocadillos de las bandejas para comerlos, y la más joven hizo que un lacayo se tropezara, la bandeja saliera volando por el aire y se desparramara comida por todo el suelo. La bandeja repiqueteó sobre las losas con un gran estrépito.

A través de la puerta abierta, Temperance vio una hermosa habitación que se estaba preparando para una velada. De seguro, era una señal de advertencia. ¿Sería algo típico? Una cosa era ser responsable de niños indisciplinados; pero otra era ser parte de un hogar en el que transcurrían muchos eventos sociales, a pesar de que gran parte de los miembros de la alta sociedad londinense se había retirado a pasar el invierno en sus propiedades de campo. Quizás sería mejor buscar otra solución. Otro hogar en busca de una institutriz…

—Disculpe —dijo con debilidad y comenzó a darse la vuelta—. Será mejor que…

Sin embargo, antes de que pudiera completar la oración, un hombre enorme se acercó galopando sobre un hermoso caballo de pelaje castaño por el suelo frío y nevado y se detuvo frente a la casa. El animal era gigante, del tamaño del hombre, y el modo en que lo detuvo con gran habilidad le provocó un aguijonazo. No podía ver el rostro del hombre, que se sujetaba el sombrero de ala ancha; el abrigo caoba se le movía envolviéndole el cuerpo mientras subía los escalones y se acercaba a ella para entrar en el hogar. Pero su aroma le resultó familiar: cuero, vainilla, caballo, sándalo y licor caro.

Mientras caminaba, Temperance reparó en el sutil cojeo en su andar; claramente se apoyaba más sobre una pierna.

—Milord. —El mayordomo hizo una reverencia y tomó el sombrero y el abrigo.

—Debería irme… —masculló Temperance, pensando en una manera de alejarse del hombre y salir de la casa.

No obstante, no logró despegar los ojos del abrigo caoba con solapas largas y del modo en que le abrazaba la espalda y los hombros anchos. Tenía una cintura proporcionalmente delgada y caderas angostas en comparación con el tamaño de su silueta, y los pantalones de montar le envolvían los musculosos muslos…

Cuando se dio la vuelta, Temperance quedó conmocionada. Era deslumbrante. Tan imponente como Ben Nevis, la montaña más alta de Gran Bretaña, a la que su padre la había llevado durante un viaje por el país. Tenía unos rizos de color miel desbaratados por el viento y la actividad física y algo húmedos a raíz de la nieve derretida. Era alto e increíblemente atractivo, con una mandíbula de ángulos perfectos, unos pómulos altos con líneas rectas, unos ojos de color café que habían destellado llenos de voracidad al mirarla atrapado debajo del caballo…

Su intuición había estado acertada. Era el hombre que casi la había matado hacía una semana. Y ahora la veía entrecerrando los ojos y penetrándola con un interés que le produjo una descarga de consciencia cálida en todo el cuerpo.

—¿La puedo ayudar?

No la había reconocido… ¿Cierto? El mayordomo se había dirigido a él como «milord». ¡Oh, no! ¿Acaso ese era el duque de Eccess, el hombre que había publicado el anuncio?

Temperance se quedó sin aliento y un ardor le invadió las mejillas. Se encontraba cara a cara con el hombre que no solo le había dado su primer beso… sino que también la había llamado mujerzuela… ¡y la había comprometido!

¡Había abofeteado a un duque!

Había estado pensando en ese beso durante toda la semana, a pesar de sus mejores intentos de olvidarlo. El recuerdo la había mantenido cálida en el hospicio frío. La idea de trabajar para él, de

encontrarse en la misma casa, se sentía como encontrarse de pie en una plataforma giratoria mientras el suelo se mecía bajo sus pies. Todos los nervios se le pusieron de punta, y sintió como si estuviera hecha de cuerdas de violín que cantaban y vibraban.

Pero ¿qué estaba pensando? Ser institutriz en la casa de ese hombre sería la peor idea del mundo. Tenía que darse la vuelta y marcharse. ¡De inmediato!

Sin embargo, no se movió. Él la atraía y la retenía prisionera de su mirada inquisitiva… pero de pronto el anonadamiento de sus ojos cambió y parpadeó. El duque de Eccess frunció el ceño apretando los puños y tensando los hombros. Se le aceleró la respiración y el pecho le subió y bajó debajo de las prendas. Debió haberla reconocido… y debía estar furioso con ella.

Excelente. De cualquier modo, no la iba a contratar, no luego de que lo insultara, le permitiera besarla y lo abofeteara. Ninguno de los dos quería eso.

—Esta mujer ha venido por el puesto de institutriz —anunció el mayordomo.

—Ya tenemos una institutriz, Jacobs —repuso el duque.

El mayordomo negó la cabeza.

—Me temo que la señorita Hammond acaba de marcharse.

El duque soltó un suspiro largo y exasperado y movió el mentón por la ira contenida. En ese momento, desde el salón, se oía el estrépito de porcelana haciéndose añicos, inmediatamente seguido del jadeo de sorpresa e indignación de una mujer, y volvió a mover el mentón de un lado a otro en silenciosa señal de exasperación.

—Me estaba por ir —le aseguró Temperance y se dio la vuelta.

—La dama dijo que venía sin cita —añadió el mayordomo—. ¿O la estaba esperando, milord?

El duque de Eccess la estudió con los ojos entrecerrados y un brillo indescifrable. Un brillo que a Temperance no le gustó ni un ápice.

—De hecho, la estaba esperando —anunció el duque—. Por favor, pase, ¿señorita…?

La mente se le aceleró.

—Fields —dijo recordando el nombre que se le había ocurrido, ya que no podía usar el nombre Fletcher ahora que los hombres de *lady* Auster estaban al tanto de él—. Señorita Temperance Fields.

Podría haber escogido cualquier nombre para ocultarse, pero hacerse llamar Temperance sería una bendición, una protección con la cual su padre podría guiarla y ayudarla en las siguientes semanas a mantenerse viva y reclamar su herencia.

«Papá, ayúdame», rogó en silencio.

—Pero me temo que debo irme… —añadió al tiempo que su resolución se evaporaba.

No tenía ningún sitio al que ir. No quería quedarse en el hospicio más de lo necesario porque estaba muy lleno. Si se marchaba ahora, tendría que dormir en la calle en el frío intenso, pero si tenía suerte, podría encontrar una iglesia en la que ocultarse y pasar la noche. Lo cierto era que no podía quedarse allí.

La mirada del duque de Eccess se posó en la pequeña bolsa que llevaba en la mano.

—¿Está segura? Al parecer, necesitamos una institutriz de urgencia, y usted ha venido por ese puesto en concreto.

Una fría ráfaga de viento la hizo estremecer y le arrojó un puñado de nieve gélida al rostro. Tenía razón acerca de la tormenta de nieve: un temporal caería sobre Londres pronto. Dormir afuera era una muerte asegurada. En comparación con eso, ¿sería tan malo convertirse en institutriz en esa casa? ¿Qué era más peligroso: soportar a un duque imprudente como jefe o morir congelada?

—De acuerdo —repuso.

El mayordomo asintió con la cabeza y dio un paso al costado para permitirle entrar, al tiempo que los tres niños salían corriendo del salón y subían las escaleras.

Temperance se sobresaltó cuando el duque les gritó:

—¡Sé lo que hicieron! ¡La señorita Hammond acaba de renunciar!

Un lacayo apareció con una bandeja de lo que parecían pequeños pastelillos y un tipo de paté de hígado, como *foie gras*, decorados con hierbas frescas. El duque de Eccess tomó uno y lo masticó aniquilando a los niños con la mirada.

Como única respuesta, los niños se rieron. Mientras Temperance se quitaba la pelliza y se la entregaba al mayordomo, Jacobs, el niño extrajo una caja de madera, la abrió, y tres pequeñas bolas de pelo gris bajaron las escaleras a toda prisa y corretearon por el salón. Otro grito femenino de una criada perforó el aire, seguido de un estrépito de cubiertos que caían al suelo. En el descanso de las escaleras, los niños rompieron en carcajadas.

—Es evidente que los niños son muy listos —señaló Temperance estudiándolos—, pero a lo mejor deberían dirigir sus talentos hacia actividades menos verminosas. Para solucionar lo de los ratones, solo necesita un gato.

El duque ladeó la cabeza con un destello de diversión en la comisura de los ojos café.

—Sígame.

Tras entrar en el estudio, se sentó al enorme escritorio y se sirvió una copa de un líquido oscuro. El mayordomo colocó la bandeja con pastelillos sobre el escritorio. Todo lo que había en esa habitación le daba la sensación de comodidad y placer fácil. El sofá se veía grande y suave, y los almohadones eran aterciopelados. En el hogar de mármol ardía un fuego alegre que le produjo una ola de calidez en el cuerpo y la llevó a querer extender las manos y permitir que las llamas le quitaran el frío. Las cortinas eran afelpadas y oscuras, y la alfombra en el suelo, roja y sedosa. Los cuadros sobre las paredes no eran paisajes de tormentas en el mar ni retratos de antiguas generaciones de duques con expresiones estrictas. En cambio, eran mujeres a medio vestir que tocaban música, paseaban por jardines tentadores y se deleitaban con dulces; mesas llenas de frutas, vino, queso, carnes y postres pintadas en colores vibrantes.

Como el dueño y amo de todo eso, el duque de Eccess estaba sentado cómodo en su silla e inhaló profundo mirando el cristal antes de beber un sorbo y apreciar el licor.

—Su recomendación para el problema de los ratones en mi casa es un gato. —La estudió por debajo de las cejas caoba—. ¿Tiene alguna otra instrucción para mí? ¿Algún otro comentario acerca de mi comportamiento que quiera añadir a lo que expresó con tanta elocuencia hace una semana?

Temperance sintió una ola de calor arrebatador en las mejillas.

—No.

—Hummm. ¿Y una disculpa por sermonear de ese modo a un desconocido? ¿Por lastimarle la pierna?

—Yo no le lastimé la pierna, milord. Eso fue su culpa. Le dije que se puso en riesgo a sí mismo y a otros también.

—Señorita Fields, ¿se olvida de que tengo el poder para darle el empleo que busca?

Temperance guardó silencio con el corazón martilleándole en el pecho mientras el vendaval soplaba contra los ventanales. El duque soltó un suspiro, estiró la mano y le sostuvo la mirada.

—Deme su lista de empleadores, por favor.

El estómago le dio un vuelco.

—Me temo que no tengo una.

—¿Educación formal?

Temperance tragó con dificultad.

—Tampoco.

—¿No? ¿Acaso no desea impresionarme?

El temperamento se le escapó antes de que pudiera contenerlo.

—Se equivoca, milord. Usted, como futuro empleador, debería impresionarme a mí.

El duque de Eccess soltó una carcajada y se llevó otro bocadillo a la boca. Cerró los ojos unos instantes para saborearlo y luego los volvió a abrir. Durante un momento, Temperance se preguntó si le ofrecería uno, pero ningún duque compartía la comida o la bebida con un criado. Tenía que recordar que no debía esperar que la trataran como a una igual. Ya no era una dama. Al menos, no hasta Navidad.

Una chispa de diversión le bailó en los cálidos ojos café mientras la estudiaba y reparaba en cada detalle de ella: su cabello, su rostro y sus prendas. Ser el centro de atención de ese enorme y hermoso hombre se sentía… estimulante. Pero ¿qué estaba haciendo su cuerpo? ¿Qué era ese cosquilleo cálido, la falta de aliento y el modo en que la mente se le vació de cualquier pensamiento racional? ¡Por todos los cielos, si hasta estaba sudando!

¿Estaba nerviosa por cómo se vería ante él? Temperance jamás le había prestado demasiada atención a su apariencia. Lo que fuera que Millie le hiciera a su vestuario o tocado le parecía bien, pero por primera vez deseó tener un aspecto agradable. Se había peinado sola y se había sujetado el cabello en un moño y llevaba puesto un vestido que no se había cambiado en una semana, en el que aún se veían manchas de estofado marrón sobre la lana azul. Ocuparse del aspecto personal no era fácil en el hospicio. Por primera vez, se detuvo a considerar cada arruga del vestido, así como también cada cabello o partícula de polvo pegado a la tela, y se retorció incómoda en la silla.

—¿Me puede decir qué hacía una institutriz corriendo tarde y sin chaperona por la calle?

Temperance lo fulminó con la mirada.

—¿Quiere que les cuente a todos que estaba participando de una carrera por las calles de Londres con fuegos artificiales, poniendo en riesgo de incendio a la ciudad y besando a mujeres inocentes?

La mirada del duque se tornó peligrosa al inclinarse hacia ella con los codos apoyados en el escritorio.

—¿Es una amenaza?

—Depende de usted, milord. —Temperance tragó con dificultad, sin poder dar crédito a su propia audacia.

—No creo que esté en posición de hacer amenazas, señorita Fields. ¿Se da cuenta de que su llegada a mi hogar es de lo más sospechosa? Ha estado sola en la oscuridad, ha ofendido a un duque, le ha permitido que la besara y ahora llega aquí sin cita previa, sin la respuesta al aviso que se acostumbra, sin documentos o pruebas de empleo y con lo que parecen ser todas sus posesiones en este mundo… ¿Y espera que le confíe el cuidado de los Hume tres niños?

Temperance le sostuvo la mirada penetrante.

—¿Espera que me regocije de conseguir empleo en el hogar de un hombre imprudente que se entrega a los placeres hasta el punto de dejar de considerar las consecuencias que pueden sufrir otros?

Al duque se le arrugó el mentón mientras se volvía a acomodar contra el respaldo de la silla y tamborileaba los dedos contra la

superficie del escritorio antes de llevarse otro pastelillo a la boca.

—Tiene suerte de que esté desesperado —le contestó luego de tragar. Tomó una pila de papeles—. Las aplicaciones han menguado, a pesar de que el aviso ha estado publicado durante varios meses, y nos llevaría varias semanas conseguir una entrevista con otra persona. En especial, durante el invierno. —Le entregó la pila de papeles—. O ha oído la pesadilla que es este puesto de trabajo y se está aprovechando de nuestra desesperación o está tan desesperada que aceptará un puesto que ninguna institutriz decente aceptaría. ¿Qué opción es?

Temperance tragó con dificultad. Por mucho que lo detestara, tenía que mentir.

—Soy nueva en la ciudad. Soy la hija de un vendedor de libros e impresor de Cheshire y… mi padre ha fallecido hace poco. —Esa parte no era mentira, y el corazón se le llenó de pesar—. No me ha dejado nada. Por eso estaba sola en la calle de noche, porque no tenía a dónde ir. Usted dijo que está desesperado… pero yo también lo estoy.

Una nota de compasión se vio reflejada en los ojos del duque mientras fruncía el ceño.

—¿Dónde ha pasado la última semana?

—Con la madre de una amiga. Pero me he quedado más tiempo del invitado. —Otro hecho que no era del todo mentira, aunque él no tuviera que saber que se había quedado en el hospicio para mujeres y que nadie la echaba o que a la señora Barton no le habría molestado que se quedara un tiempo más en su casa.

El duque de Eccess soltó un suspiro y guardó silencio mientras pensaba.

—¿Cómo la educaron?

Temperance intentó no encogerse ante su mirada de acero y volvió a contar una verdad a medias.

—Me enseñaron aritmética, geografía, literatura, ciencias, francés e historia. Mi madre me enseñó a bordar y a tocar música. Teníamos un pequeño piano. Mi padre me brindó acceso a sus libros, de modo que estoy familiarizada con los poetas y los filósofos.

—¿Y cómo haría para mantener a los niños bajo control?

—Sus niños son…

—No son mis niños.

Un rubor le cubrió las mejillas. ¿No eran sus niños? ¿Eso significaba que no estaba casado?

—Oh.

Por un instante, pareció que el duque de Eccess la iba a dejar con el enigma, pero luego le dijo:

—Son mis pupilos, huérfanos de mi difunto primo.

—¿Y… la señora del hogar será parte de las decisiones a la hora de criarlos?

El duque se detuvo, se inclinó sobre el escritorio y la miró con más intensidad que antes, hasta producirle un estremecimiento eléctrico en todo el cuerpo. Fue la misma sensación que cuando la había besado, una descarga cálida y ligera, derretida y maleable que le dejó un cosquilleo y una suerte de anhelo en la piel.

—No hay ninguna señora de la casa, señorita Fields.

Temperance no logró comprender por qué esa respuesta le produjo alivio. Debería ser todo lo opuesto. Debería esperar que el hombre estuviera casado, que tuviera una esposa… aunque eso no lo hubiera detenido de besar a una desconocida en la calle, de modo que no lo detendría de ningún avance hacia ella si se convirtiera en su empleada.

Esa era otra preocupación que no había considerado. ¿Se sentiría libre de besarla cuando fuera la institutriz de los niños? ¿Se valdría de su posición para forzarla a hacer lo que quisiera? La idea le retorció el estómago como las náuseas. Se juró que no permitiría que la volviera a tocar.

No permitiría que otro lord Bartholomew Langston entrara en su vida. El sobrino de su madrastra no solo era un hombre cruel, sino también un ladrón. Hacía cinco años, le había robado un collar a su padre y había intentado empeñarlo, pero su padre lo había descubierto. Como no había podido ignorar los suplicios de *lady* Auster, su bondadoso padre había dejado pasar el asunto, pero había guardado el recibo de la tienda de empeño como prueba del delito. Por desgracia, esa prueba no se encontraba en sus manos,

sino que estaba oculta a salvo en la casa londinense de su padre, un sitio al que no podía ir sin arriesgarse a que la capturaran.

—Acaba de ver a los niños —dijo de repente el duque de Eccess —. Ha visto lo mal que se comportan. Por eso la sexta institutriz acaba de renunciar. ¿Cuál es su plan? ¿Cómo comenzaría a educarlos y los mantendría bajo control?

Temperance tragó con dificultad. De seguro poseía los conocimientos necesarios para ser una institutriz, pero no tenía ni la más mínima experiencia con niños. Lo único que podía hacer era seguir el ejemplo de su padre, ser lo que él había sido para ella y decirle a ese imponente caballero lo que su padre hubiera respondido en esa situación:

—Como le he dicho, parecen muy listos. Estoy segura de que las otras institutrices no han logrado desafiar ni estimular sus mentes en la medida necesaria.

—¿Y cómo lo sabe?

—Porque yo era muy parecida a ellos. Pero mi padre se percató de ello y, como teníamos la fortuna de poder acceder a los libros, me alentó a leer sobre cualquier tema que deseara. Los libros de física, matemática, álgebra, geografía y química siempre han sido mis favoritos.

El duque de Eccess ladeó la cabeza en señal de reconocimiento silencioso y arqueó la boca. Tenía una hermosa boca masculina con unos labios sensuales y anchos.

—A juzgar por el modo en que me ayudó en la calle y por el hecho de que estaba sola y encontró alojamiento en Londres, usted es de lo más resiliente. ¿No es así, señorita Fields? ¿En cuánto tiempo debería esperar su renuncia en situación de estrés?

—No me asusto con facilidad y soy muy determinada, milord. — Temperance esperaba que eso fuera cierto.

El duque se removió en el asiento, y un papel se movió para dejar a la luz el último periódico. «¡La Heredera Loca sigue desaparecida! Recompensa de cincuenta libras para el que la encuentre». Cincuenta libras… Era el salario anual que se había publicado para el puesto de institutriz en esa casa. Un temor gélido la embargó. El duque estaba al tanto de la Heredera Loca… pero

desconocía qué aspecto tenía e ignoraba que la tenía sentada delante de él.

—¿Al menos tiene referencias?

Al principio, Temperance no lo oyó. La voz sonaba como si proviniera de debajo del agua porque el pánico le había congelado las extremidades y arrebatado el aliento.

—Eh… ¿Cómo ha dicho?

El duque de Eccess la miró irritado.

—Referencias, señorita Fields. ¿Hay alguien que pueda dar testimonio de que no es una fugitiva ni que está usando un nombre falso?

El significado de la pregunta la azotó como un látigo. A lo mejor, le vio el temor en los ojos o detectó el modo en que la sangre se le drenó del rostro y el frío la embargaba.

Por fortuna, alguien llamó a la puerta y la salvó. Un lacayo entró con una carta en una bandeja, y Temperance soltó el aliento con la esperanza de que el duque no se hubiera percatado de nada.

El duque de Eccess leyó la misiva por unos instantes y se incorporó de un salto. Las mejillas se le ruborizaron, y los ojos le destellaron de la agitación.

—Mi aplicación al puesto de presidente de la Junta de Comercio se considera favorable… —masculló—. Pasaré el proceso de consideración, junto con otro candidato.

—Felicitaciones, milord —murmuró Temperance intentando alisar las arrugas del vestido.

El duque se concentró en la segunda página de la carta, y la mirada le cambió de triunfante a confusión.

—Pero para adquirir el puesto debo cambiar mis hábitos… —murmuró leyendo con rapidez—. El mejor comportamiento… nada de carreras… ni de bebida… Hombre de familia… Y un gran baile de Navidad para entretener a los diplomáticos extranjeros… y demostrar que soy un hombre reformado.

La parte baja del mentón le sobresalía al tiempo que la movía de un lado al otro como lo había hecho antes. Luego la miró a los ojos.

—El destino está de su lado, señorita Fields. Al parecer, no tengo otra alternativa. Lo del mejor comportamiento no solo aplica a mí,

sino también a mis pupilos. El puesto es suyo, pero si no logra cambiarles el comportamiento o si descubro que me oculta algo importante, tendré que despedirla. —La estudió profundamente—. ¿Qué le parecen cincuenta libras al año? Creo que es lo que se menciona en el anuncio. Por supuesto que se ofrece cama y comida, y comienza de inmediato.

Casi había logrado su meta: encontrar un puesto que la protegiera durante esas precarias últimas semanas. Era la última oportunidad de tomar una decisión que podría influenciar el resto de su vida. Temperance se aclaró la garganta y miró hacia la ventana. La tormenta de nieve se había desatado y afuera no se veía nada más que blanco. Por más que quisiera, no podría marcharse. Al parecer, no tenía alternativa.

—Acepto.

—Excelente. Comience a mantenerlos bajo control de inmediato. Quiero ver mejoras en el comportamiento de los niños para el día de San Nicolás. Pero la verdadera prueba será en el baile de Navidad, ya que tanto el primer ministro como Su Alteza Real estarán presentes, así como también todos los miembros de la alta sociedad que se encuentren en Londres durante el invierno.

El primer ministro, lord Liverpool. Temperance contuvo el aliento. Lord Liverpool era el primo segundo de *lady* Auster, y se lo habían presentado durante una temporada. ¿Se acordaría de *lady* Agatha Hale?

«Papá, por favor, mantenme a salvo», rogó.

Estaba segura de que todo iría bien. Se encontraba en el lugar indicado. Lo único que tenía que hacer era mantenerse fuera de la vista y no atraer nada de atención.

¿Qué tan difícil podría ser?

4

—Se ve horriblemente apropiada —le susurró la niña más pequeña a su hermana.

La adolescente asintió con la cabeza.

—Y terriblemente delgada y pálida.

El hermano se encontraba de pie entre las dos y se frotó las manos.

—No durará ni una semana.

Bueno, quizás pensaban todo eso. Aunque los niños no lo supieran, los cuatro tendrían que tolerarse hasta el día de Navidad.

De pie al lado del duque, Temperance observó a los niños, que estaban pegados como tres árboles en un campo enorme en medio de la espaciosa aula. En el centro de la habitación, había una mesa alargada cubierta con un mantel verde y varias sillas alrededor; sobre la mesa, había hojas de papel, libros, mapas, tinteros y plumas. Ese debía de ser el sitio en que los niños estudiaban.

Contra una pared, había un sofá y, frente a los ventanales altos, que estaban vestidos con cálidas cortinas en tonos ocres y que permitían que la luz natural iluminara el escritorio, había un diván. Tres estanterías grandes estaban repletas de libros de geografía, filosofía de la naturaleza, colecciones de cuentos, manuales de gramática francesa y latina y libros de matemática e historia. Por encima del gran hogar, varios bustos descansaban sobre la repisa de mármol y otras tantas pinturas en acuarela decoraban la pared de un cálido tono amarillo. Un inmenso globo terráqueo se encontraba

debajo de un rincón abovedado y Temperance creyó que bien podría llegarle hasta la cintura.

Esa aula para los tres era algo que, de niña, había tenido para ella sola. Una punzada de soledad y tristeza por su padre la embargó porque casi se podía imaginar estudiando allí, leyendo acerca de los primeros experimentos con la electricidad que un alemán, Bose, un francés, Du Fay, y un inglés, un señor Gray, habían realizado en el siglo anterior. Temperance había quedado cautivada por las observaciones sobre los rayos y los fluidos eléctricos.

—Señorita Fields, por favor, conozca a sus estudiantes. Margaret, James y Sophie —dijo el duque de Eccess.

Temperance asintió con la cabeza y les ofreció una sonrisa amable. A pesar de que tenía que mantener un aire sereno para infundir una sensación de capacidad para el puesto, por dentro, todos los órganos experimentaban inquietud y nerviosismo.

—Es un placer conocerlos —dijo—. Estaré encantada de explorar nuevas ideas juntos y ampliar sus conocimientos.

Los niños no respondieron.

Temperance miró al duque. De seguro sabría cómo controlarlos… al fin y al cabo, era su tutor legal. Pero por más alto, grande e imponente que fuera, el hombre parecía tan incómodo como se sentía ella.

—La dejo con ellos —anunció antes de cernirse sobre ella con la mirada oscura destellando, y su aroma masculino la embargó—. Tiene ocho días para demostrarme que se pueden comportar. En el día de San Nicolás, mis mejores amigos, sus esposas y sus hijos vendrán a celebrar la velada e intercambiar obsequios. No permita que estos tres diablillos la vuelvan loca hasta entonces… Le deseo mucha suerte.

El duque de Eccess les dirigió una última mirada tan profunda a sus labios que se sintió derretir a pesar de las circunstancias inoportunas. Mientras se volvía para marcharse, los niños lo observaron con tal anhelo en los ojos que a Temperance le dio un vuelco el corazón. Recordó que el duque le había dicho que eran los niños de un difunto primo. Eran huérfanos… como ella.

Una sensación de soledad y traición la embargó. Su madre había muerto durante el parto, y toda la vida había anhelado tener una madre. Cuando su padre se casó con *lady* Auster, Temperance tenía doce años y aceptó a la hermosa dama con adoración pura y liviandad en el corazón. Para su alivio, durante los primeros meses, *lady* Auster se había convertido en la madre que jamás había conocido.

Temperance había intentado ser la hija perfecta. Había abandonado el interés por la ciencia, ocultado los libros de filosofía de la naturaleza y dejado de ir tanto a la biblioteca de su padre como a la sala de experimentos. En lugar de ello, se había abocado a parecer una pequeña dama de la alta sociedad y destacar por sus buenos modales, su atención a la moda y los tocados y su determinación de centrarse en conversaciones que solo abordaban chismes, las fortunas de otras personas o la última moda. Gracias a eso, se ganó miradas llenas de aprecio y aprobación por parte de su nueva madre. Sobre todo, luego de que *lady* Auster expresara lo antinatural y repulsivas que le parecían las mujeres que se interesaban por temas masculinos, como escribir libros o estudiar astronomía y filosofía de la naturaleza.

Sin embargo, un día, Temperance no pudo más y regresó al laboratorio para mejorar la botella de Leyden. Le había parecido fascinante que la botella pudiera almacenar fluido eléctrico, aunque solo fuera por poco tiempo, y había querido encontrar formas de almacenar más fluido eléctrico para que durara más tiempo.

Lady Auster la había encontrado en el laboratorio… y se había mostrado horrorizada. A Temperance se le rompió el corazón al ver la repulsión en el rostro de una persona a la que tanto quería. Acababa de encontrar una madre e inmediatamente la había perdido. En el intento desesperado de convencerla de que no había nada que temer, se le había acercado con la botella de Leyden cargada para pedirle que la tomara en sus manos y participara del experimento que tanta alegría le había causado… Pero, en lugar de haber tomado la botella por la parte segura, su madrastra había tocado el alambre que sujetaba el tapón. Tras oír un crujido alto, salió volando por la habitación y, en contra de los deseos de

Temperance, *lady* Auster acabó adolorida y de lo más aterrada. La había tildado de lunática y la había acusado de querer matarla porque no deseaba que su padre se casara con ella… Tras ese día, Temperance volvió a quedarse sin madre.

Retornando la atención al aula, notó que el sonido más audible era el de los copos de nieve que rozaban los ventanales por la tormenta que se desataba afuera.

—Bueno —comenzó con un tono optimista y miró a los tres niños que la estudiaban con el ceño fruncido—. ¿Qué les gusta leer?

Por dentro se estremeció. Los libros eran lo que más le gustaba en el mundo, pero probablemente no era algo con lo que pudiera conquistar el interés de esos niños rebeldes y aventureros. Los niños fruncieron el ceño aún más. Antes de comenzar, ya los estaba perdiendo.

James se acercó al escritorio sobre el que había un candelabro y lo tomó con una mano mientras recogía un libro con la otra.

—No nos gusta leer. ¡Nos gusta quemar libros!

El muchacho acercó el libro de cuero peligrosamente a las llamas. Una de las velas rozó una esquina del tomo, y Temperance inhaló de inmediato el olor a papel chamuscado. Su instinto le pedía que se moviera para rescatar el libro, pero se obligó a permanecer en su sitio. «Seis institutrices en un año». Era evidente que la severidad había fracasado en varias oportunidades.

—Bueno —dijo con calma al tiempo que extendía una mano—. Si prefieren la destrucción por encima del conocimiento, es tema de ustedes. Pero me pregunto si se les habrá ocurrido algo mucho más interesante que limitarse a quemar cosas.

James dudó y un dejo de duda se le asomó al rostro por encima de la expresión desafiante. Pero antes de que pudiera hacer nada, Margaret soltó un jadeo.

—¡Mi libro de trigonometría!

Cruzó la habitación a grandes zancadas y le arrebató el libro de las manos para golpearlo en la cabeza con el mismo tomo.

—¡Ay! —exclamó James frotándose el sitio en que el libro lo había golpeado.

Mientras Margaret se sentaba al escritorio y se inclinaba sobre el libro con una expresión de máxima concentración, Temperance señaló con un tono cálido:

—Margaret, me parece maravilloso que te interese tanto la trigonometría.

La joven se encogió de hombros.

—Me resulta fácil.

A Temperance le asomó una sonrisa al rostro. ¿La trigonometría era fácil? ¿No le había dicho lo mismo a su padre acerca de la filosofía de la naturaleza?

—Quizás me puedes enseñar lo que has estudiado y mostrarme cuáles son tus otros temas favoritos.

Margaret no movió ni un dedo.

—Disculpe, señorita Fields, pero no me gusta hacer cosas en vano.

—¿En vano?

—Es nuestra séptima institutriz en lo que va del año. No tengo ganas de gastar tiempo en algo que tendré que volver a hacer en un mes.

A Temperance le dio un vuelco el corazón al oírla. El cambio constante de institutriz de seguro no los ayudaba a aprender a comportarse. Sospechaba que lo que más anhelaban era cariño y atención, y no otro programa educativo que seguir.

—Sophie, ¿a ti qué te gusta hacer? —le preguntó a la pequeña, que parecía ser la más amistosa.

Sophie se rio.

—¿Sabe qué significa la expresión «*va au diable*»?

Temperance arqueó las cejas hasta que prácticamente le rozaron el crecimiento del cabello.

—Sí.

—*Va au diable!* —exclamó la niña y dio una vuelta saltando por el aula cantando a todo pulmón lo que parecía una canción francesa muy vulgar.

—¿Te gusta el francés? —le preguntó Temperance manteniendo la compostura en el mejor intento de no mostrar ninguna expresión

en el rostro—. Tu conocimiento de francés es muy impresionante. Ni yo conozco esa canción.

Sophie dejó de cantar y de saltar durante un instante y la miró anonadada de recibir un cumplido en lugar de la esperada reprimenda.

—Yo… —Una sonrisa radiante se le asomó al rostro—. Pero ¿no son malas palabras? —la voz se le llenó de alegría al decir «malas».

Temperance le devolvió la sonrisa.

—Sí. Aprecio que conozcas la diferencia entre el buen lenguaje y el malo. Puede que sea algo que las otras institutrices no te hayan enseñado… —o quizás era algo que su madrastra habría tildado de lunatismo—, pero me atrevo a decir que una dama debe conocer esas palabras para poder escoger cuándo utilizarlas y cuándo no. ¿Quieres jugar a los espías?

Sophie soltó un jadeo.

—¿A los espías? —repitió maravillada.

Mientras tanto, Margaret, que había estado agachada intentando resolver un complejo problema trigonométrico, alzó la cabeza.

—¿Quieres jugar a los espías con nosotros? —le preguntó Temperance como si no le importara lo que escogiera hacer la adolescente.

En ese momento, James volvió a abrir su caja, y los ratones que había recapturado luego de la escapada anterior salieron disparados por el suelo del aula. Por fortuna, Temperance no se descompensaba fácil con esas pequeñeces. Como toda científica que era, estaba convencida de que todas las criaturas, sin importar su tamaño, tenían un lugar en la tierra. De modo que dejó que los ratones corretearan y vio la mueca de desilusión en el rostro de James.

—Sabes que vamos ganando la guerra contra Napoleón, ¿no? —le preguntó Margaret—. Pronto no necesitaremos más espías.

Sophie se encogió.

—Ya lo sé.

Temperance asintió. Al menos estaban al tanto de los temas de actualidad.

—Bien dicho, Margaret. Pero lo que es interesante es que, durante la guerra, los espías se valen de códigos para transmitir

información secreta.

—Oh —dijo Sophie sorprendida—. Sí, claro que lo sabía —se apresuró a añadir.

—Bueno, ¿te gustaría descifrar los mensajes?

A la niña se le agrandaron los ojos como dos platos.

—¿Descifrar los códigos?

—Sí, tienes que descifrar los mensajes y decirme cuál es el verdadero mensaje.

—¡Oh!

—Pondremos a prueba tu francés para ver si podrías ser una espía francesa.

Sophie encuadró los hombros.

—¡Claro que podría ser una espía francesa!

—De acuerdo. —Temperance se sintió algo más relajada cuando se sentó y empezó a escribir.

Iba a tener que ser de lo más creativa con los tres niños, lo podía ver con facilidad, pero el desafío la entusiasmaba. Los niños desconocían que veía mucho de sí misma en ellos. Veía el aburrimiento en los ojos de Margaret, que no dejaba de resolver complejos problemas de trigonometría con gran rapidez. Veía el desafío en el rostro de James mientras fingía ignorarla. Y la pobre Sophie… lo único que quería era atención y reconocimiento, y Temperance tenía mucho para darle.

Temperance tuvo cautela de no relatar mensajes demasiado difíciles, pero tampoco le explicó cómo funcionaban, de modo que la niña pudiera sentirse orgullosa de descifrarlos.

James se sirvió agua de una jarra en un vaso sospechosamente similar a uno de *whisky* y comenzó a imitar al duque con gran precisión. Sostuvo el vaso con exagerada ceremonia e hizo girar el agua como había observado a su tutor en innumerables ocasiones.

—Oh, una cosecha excelente —declaró el niño con voz grave e imitando la dicción pausada del duque—. No hay nada como una verdadera copa para olvidarse de los problemas. —Tomó un largo sorbo y se secó la boca con el dorso de la mano haciendo un gesto exageradamente sofisticado para un niño de su edad.

—¿Cómo lograste atrapar a los ratones? —le preguntó Temperance como si no lo hubiera oído—. Fue de lo más listo.

—¿Ha oído hablar de las trampas para los ratones? —le respondió sin mirarla.

Temperance apretó los labios de lo más entretenida para contener una sonrisa.

—Sí. ¿Sabes si los ratones tienen la misma anatomía que nosotros?

El niño soltó un bufido.

—Claro que no. Todo el mundo lo sabe.

—Pero ¿sabes en qué se diferencian?

James lo dudó.

—No, ¿por qué iba a saberlo?

—Bueno, parece que tienes ratones por mascotas. ¿No te gustaría saber cómo hacerlos sentir más cómodos y descubrir más acerca del funcionamiento de sus cuerpos? ¿Conoces algo de la anatomía humana?

Fue una pregunta tenaz, pero James se apresuró a responderle:

—No necesito conocer ni la anatomía de los humanos ni la de las alimañas. Lo único que tengo que hacer es alimentarlos y retenerlos. Lo mejor de los ratones es el volumen de los gritos de las criadas.

Margaret soltó un gran bostezo, y cuando Temperance se volvió hacia la joven, se dio cuenta de que había terminado con todos los problemas de trigonometría. Y le sonrió con aprecio.

—Bien hecho, Margaret —le dijo antes de escribir un nuevo problema—. Sabía que eras muy lista, pero ¿puedes resolver este problema?

De una forma u otra, desafiando sus propios límites sin llegar a agotarlos, se las ingenió para sobrevivir al primer día como la institutriz oficial, con algunos ratones, una buena dosis de silencio y miradas asesinas y un ápice de calidez.

En el transcurso de los siguientes días, Temperance intentó evitar al duque lo mayor posible, y por fortuna, él parecía estar evitándola a ella también. Aunque, a pesar de que la casa era grande, eso no bastaba. Inevitablemente, daba vuelta a una esquina y se daba de bruces con el hombre, que salía de una habitación, o inhalaba su

aroma a sándalo y otras notas que tanto lo caracterizaban en el aire de los pasillos. Cuando se miraban a los ojos, por un mínimo instante, el recuerdo de su boca sobre la de ella quedaba pendiendo entre ellos como la chispa de un fuego artificial e iluminaba emociones que Temperance prefería no ver.

En una ocasión, mientras bajaba las escaleras con una pila de libros para los niños, se tropezó con el último escalón. Con reflejos veloces, el duque la tomó del brazo y la sujetó fuerte contra su pecho. Durante un instante, quedó apretada contra su calidez sólida sintiendo el acelerado latido de su corazón bajo la palma de la mano.

—Tenga cuidado —le murmuró con la voz áspera, y Temperance se preguntó si se refería a las escaleras o a otra cosa completamente distinta.

La extravagancia casual de la casa la hacía sentir cada vez más incómoda. Su padre siempre había dicho que demostrar las riquezas era menos importante que preservarlas. Temperance había vivido con la elegancia suficiente, con todo lo que siempre necesitó, pero sin derrochar nada. En cambio, el duque parecía disfrutar de la abundancia: todos los días cambiaban las flores frescas a pesar de ser invierno, las comidas eran tan sofisticadas que parecían más apropiadas para recibir la visita de un rey que para una cena familiar en medio de la semana y se compraban libros exóticos que rara vez se leían. Las comidas de Temperance y los niños eran demasiado desmesuradas e innecesariamente exquisitas, y no podía ni imaginarse cómo comería el duque, aunque los criados estaban sorprendidos de que el duque les hubiera ordenado que no le sirvieran ni le ofrecieran alcohol bajo ninguna circunstancia. Dos lacayos habían discutido entre susurros acerca de sus teorías de lo que podría haber provocado el repentino cambio en el señor de la casa, y Temperance recordó la carta que había recibido durante su entrevista en la que lo urgían a convertirse en un hombre reformado; una noción que aprobaba por completo por el bien de los niños.

Temperance se había criado apreciando la diferencia entre los lujos necesarios y la ostentación. Su padre le había enseñado a

invertir en cosas duraderas: el equipamiento del laboratorio era modesto pero preciso, y la biblioteca tenía pocos tomos seleccionados con cautela. En la casa del duque, Temperance observó a James romper una brújula de latón sin mayor consecuencia, sabiendo que su padre le hubiera hecho comprender cuántos salarios de criados bastaban para comprar esa brújula y de qué tendría que privarse para reponerla.

A pesar de estar rodeada de tanta riqueza, su vida como institutriz no era para nada fácil. Los niños le ocultaban los prismas de cristal, las delicadas balanzas que había encontrado en la amplia biblioteca del duque y otros instrumentos para reemplazarlos con utensilios de cocina, como una cuchara sopera, un batidor de huevos y cubiertos de peltre. Pero en lugar de enfadarse, Temperance se reía con ellos y los instaba a utilizarlos como «herramientas de experimentación» en estudios científicos.

Sin embargo, los niños no estaban domados en absoluto. A diario, intercambiaban los libros de filosofía de la naturaleza por panfletos y alegaban que estaban estudiando «literatura contemporánea». En una oportunidad, James ocultó el tomo *Principia* de Newton detrás de un libro de Thomas Archer.

Otro inconveniente que Temperance no había anticipado se presentaba cada dos noches. La primera vez, Margaret había llamado a su puerta rogándole ayuda. Al parecer, James estaba caminando sonámbulo mascullando algo acerca de su padre. Como era imposible despertarlo, lo único que atinó a hacer Temperance fue seguirlo y asegurarse de que no se cayera ni se lastimara. A la mañana siguiente, ni Margaret ni James mostraron ninguna señal de que ella los hubiera ayudado. Pero Margaret había regresado a su puerta otra vez… y otra más.

A pesar de que aún no los estaba conquistando y que los niños no cooperaban tanto como hubiera deseado, Temperance no perdió la compostura. Al fin y al cabo, su nombre significaba «templanza»; era una persona disciplinada tanto por naturaleza como por el modo en que la habían criado. Sabía qué era importante; su futuro dependía de permanecer oculta hasta el día de Navidad. A diferencia de las institutrices anteriores, que habían probado métodos de

disciplina estrictos y lecciones morales, Temperance decidió tomar otro camino. Cuando sus predecesoras habían demandado obediencia inmediata, ella les ofreció paciencia y en ningún momento dejó de ser amable o mostrarse positiva. Cuando sus predecesoras habían castigado la curiosidad y el cuestionamiento de las normas aceptadas, ella alentó la exploración. Y los niños no dejaron de ser ingobernables.

En la tarde del día antes de San Nicolás, todo cambió con Margaret y Sophie, y James sintió una pizca de curiosidad. Temperance les mostró lo que siempre la había apasionado: el fluido eléctrico. Al final de cuentas, ese era el único motivo por el que la apodaban la Heredera Loca.

Temperance buscó un cuenco de agua, un tubo de cristal y una bola de cristal que puso a flotar en el cuenco. Frotó el tubo con una piel de conejo para generar fluido eléctrico y cargar el tubo y luego acercó el tubo a la bola, que se apartó sin siquiera rozarlo. Al notar que los ojos de los niños se habían iluminado como si acabaran de ver un truco de magia, siguió experimentando. Al poco tiempo, los tres se turnaban para mover la bola por el cuento tras frotar el tubo con la piel de conejo cada vez que la carga se desvanecía.

Margaret la miró con los ojos destellantes y le preguntó:

—¿Qué más nos puede enseñar? —Temperance supo que las mentes ocupadas por fin mostraban más interés en la alegría de aprender que en la de rebelarse.

James era un poco más difícil de conquistar, por más que los ojos se le iluminaran al oírla hablar de mecanismos y el funcionamiento de diferentes objetos. A la mañana siguiente, en el día de San Nicolás, por fin le reveló qué era lo que más le interesaba.

Cuando Temperance entró en el aula, el niño miraba aburrido al reloj sobre la repisa de la chimenea y le preguntó si podía desarmarlo para estudiarlo por dentro. Sin detenerse a pensarlo, Temperance se negó porque el reloj funcionaba y era demasiado costoso. James se incorporó de un salto con el ceño fruncido y la boca torcida en una expresión amarga.

—Ya verá.

Más tarde ese mismo día, Temperance se percató de que James estaba más callado que de costumbre. Aunque solo había estado allí una semana, había aprendido que eso era una señal de advertencia, por lo que decidió no provocarlo más y volver su atención a la clase con Sophie. Sin embargo, al alzar la mirada al cabo de unos minutos, James se había marchado del aula.

—¿A dónde fue James? —le preguntó a Margaret.

Concentrada en sus cálculos, la joven le respondió distraída:

—Fue a buscar más objetos mecánicos que examinar, porque no lo ha dejado desarmar el reloj.

Temperance sintió una profunda preocupación, pero antes de que pudiera ir a buscarlo, el ama de llaves entró en el aula y les pidió que se unieran al duque de Eccess y sus amigos en la sala de estar para intercambiar regalos.

A Temperance le dio un vuelco el corazón al recordar otra hermosa tradición navideña que su padre tanto había disfrutado. Casi podía sentir su mano cálida en el hombro mientras desenvolvía la colección que había comprado en Boloña: la obra completa de la profesora Laura Bassi acerca de física e hidráulica. Los ojos de su padre habían brillado de alegría al oír el jadeo de su hija al descubrir el trabajo revolucionario de Bassi sobre las propiedades de la electricidad.

—Es la primera mujer que tiene un puesto de enseñanza de filosofía natural en una universidad —le había dicho orgulloso—. Su investigación sobre fenómenos eléctricos está a la par del trabajo del mismo Newton. Es para inspirarte, mi querida niña inteligente. Con esa mente brillante, puedes hacer lo que sea.

Juntos habían leído en voz alta los experimentos de Bassi, y una calidez y felicidad que nunca antes había experimentado la llenaron por dentro. Esperaba ver la misma alegría en los rostros de los niños al abrir sus regalos y deseaba que esos momentos preciosos de atención y amor los alegraran tanto como la habían alegrado a ella.

Temperance sabía que eso era una prueba. El duque quería ver cómo habían progresado los niños bajo su cuidado y cómo se comportaban ante otros miembros de la sociedad.

Mientras conducía a las niñas fuera del aula, se le formó un nudo en el vientre. Por desgracia, el hecho de que James no estuviera presente en una ocasión tan importante no era un buen testimonio de su trabajo. Pero su mayor temor, era que entre los invitados del duque se encontrara alguien que hubiera conocido a su padre. O, peor aún, alguien que pudiera reconocerla como la Heredera Loca.

5

Octavius se enderezó en el asiento cuando la señorita Fields entró en la sala de estar con Sophie y Margaret a sus espaldas. Tuvo que contener el impulso de ponerse de pie, como se acostumbraba cuando una dama de igual o mayor rango entraba. Por algún motivo, siempre tenía la sensación de que era su par, aunque era una simple institutriz. El pulso se le aceleró a pesar de sus esfuerzos por mantener la calma.

—¡Allí están! —exclamó Modesty al tiempo que se ponía de pie con el balbuceante bebé Augustus en los brazos.

La duquesa de Pryde, la nueva esposa de Constantine, se veía radiante con el niño. El duque de Pryde era uno de los amigos más cercanos de Octavius y observaba a su esposa y el bebé con una expresión de inmensa ternura.

—¿Ya están todos los niños aquí? —preguntó—. Oh, ¿dónde está James?

La sala de estar se llenó de alegres voces que se saludaban, y Sophie se arrodilló delante de Stella, de tres años, que se aferraba a su padre, Lucien, el duque de Luhst, sonriendo con timidez. Por su parte, Octavius no pudo despegar la mirada de la tímida y titubeante señorita Fields, que se movía por la sala con un vestido de lana marrón que se le envolvía en las piernas y tenía los hombros erguidos y el cuello largo y lleno de gracia que parecía a punto de doblarse por protección. La mezcla del aroma a lavanda y su nota femenina pendía en la habitación a su paso y le despertaba un calor

inoportuno en la entrepierna. Octavius se removió en el asiento para ajustar la posición.

¿Por qué parecía estar en guardia la señorita Fields? ¿Qué pensamientos le ocuparían la mente? ¿Estaría intimidada en presencia de siete duques y tres duquesas o era tímida por naturaleza? Octavius deseó poder preguntarle todo eso, comprenderla y reconfortarla. Deseó mostrarle su manera de lidiar con emociones desagradables.

Durante ocho noches, había yacido despierto pensando en ella, que dormía dos plantas más abajo, y preguntándose si tendría puesto un camisón o una camisola y qué tan largo sería su cabello si se lo soltara sobre los hombros y lo liberara del rígido moño. Había fantaseado con llevarla a su recámara luego de que los niños se quedaran dormidos, quitarle las horquillas del cabello de color azabache para sostenerlo en sus manos como seda y mostrarle cómo podría quitarle el estrés del día en gran detalle.

¿Por qué diablos estaba tan fascinado con ella? ¿Acaso él mismo no había proclamado hacía varios meses, delante de sus seis amigos, que jamás seduciría a una buena institutriz? Lo cierto era que jamás le habían interesado ninguna de las seis que la habían precedido.

A pesar de todo, de solo verla retirarse al extremo más alejado de la habitación y extraer un libro de filosofía de la naturaleza se le aceleró el pulso. Cuando la atormentada mirada gris de la institutriz se posó en sus ojos a través de la distancia, una descarga de placer le recorrió el cuerpo. Octavius se humedeció los labios como si acabara de probar una trufa.

«Qué mujer más condenada». Solo había pasado una semana en su hogar, y su presencia lo afectaba más que la botella de coñac de la que se había privado desde que recibió la carta en la que le informaban que estaba seleccionado como candidato al puesto de presidente de la Junta de Comercio.

«Solo hasta Navidad», se recordó. Tenía que tener presente el motivo por el cual se encontraba en esa situación. Conseguir la presidencia volvería a brindarle acceso a los lujos franceses. No tendría que depender de contrabandistas para comprar un vino

decente, ni pagarle precios exorbitantes a la modista de los niños, ni esperar que los cambios de moneda no fluctuaran antes de hacer una inversión significativa.

Octavius intentó convencerse de que sería por los niños; cuando la reputación de la familia mejorara, luego de lo mucho que él mismo la había arruinado, como su heredero, James tendría acceso a un buen futuro político y a buenas conexiones, y las niñas tendrían mejores posibilidades de matrimonio.

Pero en el fondo, sabía la verdad. La presidencia no se trataba ni del futuro de los niños ni tampoco de los lujos franceses. Lo hacía para demostrarle a su padre y al avergonzado niño cobarde que llevaba dentro que podía ser más que la desilusión que había hecho huir a su madre. Cuando se marchó con su hermana bebé y lo abandonó, la insinuación había estado más que clara: no valía la pena quedarse por él.

Ser el presidente de la Junta de Comercio les demostraría a todos que se habían equivocado. Le mostraría al desdeñoso padre de sus recuerdos que el niño que sollozaba y rogaba acobardado contra una pared se había convertido en un hombre. A diferencia de su padre, se ganaría el respeto por mérito y no por derecho de nacimiento. Por fin podría ser suficiente.

—Sí, ¿dónde está James? —masculló Octavius recorriendo la sala con la mirada.

Pasar el día de San Nicolás sin beber requería mucha distracción, y Octavius estaba contento de haber reunido a los seis duques, que eran sus mejores amigos, y a las esposas de Rath, Luhst y Pryde, junto con sus niños, en su sala de estar favorita. En los colores cálidos del otoño, sentía tranquilidad: las paredes eran de un verde opaco, unas cortinas de un tono naranja oxidado enmarcaban los ventanales desde el cielorraso hasta rozar el suelo y las paredes estaban decoradas con varios cuadros coloridos de naturaleza muerta: manzanas brillantes, uvas tan jugosas que casi rogaban ser masticadas, melocotones rosados y naranjas tan vibrantes que casi se podía inhalar su aroma…

La comida navideña estaba estrictamente prohibida en su casa, así como también los aromas a canela, nuez moscada y clavo de

olor, porque le daban náuseas, le aceleraban el corazón y le producían dolor de cabeza. Aún podía inhalar el aroma del vino caliente en el aliento de su padre mientras lo maldecía por ser un malcriado perezoso.

Octavius se tragó el recuerdo. En lugar de ello, se había asegurado de que en la mesa abundaran los mejores platos que el personal de cocina sabía preparar. Había tres soportes para pasteles con bizcochos mantecosos de semillas llenos de sabor, macarrones de almendra cubiertos de azúcar en polvo, delicadas galletas de ratafía y obleas delgadas como una gaza que se derretían en la lengua como la escarcha rozada por el primer rayo de sol matutino. También había platos llenos de almendras azucaradas de Italia que costaban más por kilo de lo que ganaban la mayoría de los criados en un mes, jengibre cristalizado que producía ardor en la lengua, dátiles rellenos de mazapán y melocotones disecados del Mediterráneo que destellaban como joyas.

Los niños comerían hasta empacharse, y una parte de Octavius los envidiaba. Hasta su intento de moderarse revelaba al glotón que llevaba dentro: había suficiente comida como para treinta personas, aunque solo había doce invitados, porque de pensar en quedarse corto le daba pánico. Su padre siempre decía que era mejor desperdiciar que quedarse con anhelo de más, y eso era lo que había aprendido. Ninguno de los dos había aprendido el significado de «suficiente».

—James salió del aula, pero vendrá enseguida —repuso la señorita Fields—. La señora Davies fue a buscarlo.

El ama de llaves traería a James. Muy bien.

Al mirar a la señorita Fields, Octavius sintió un estremecimiento en el pecho. El atuendo sencillo que llevaba puesto no lograba ocultar la suave curva de la cintura ni el modo en que los pechos le subían y bajaban cada vez que tomaba una bocanada de aire. Había pasado la última semana pensando en el grácil contorno de su cuello cuando se inclinaba para darles clases a los niños y en el modo en que se le entreabrían los labios cuando estaba concentrada. En más de una oportunidad, Octavius se había encontrado rondando el aula

para oír su voz melódica e imaginarse cómo sonaría al susurrar su nombre en la oscuridad de su habitación.

También recordaba el modo en que lo había desafiado durante la entrevista; lo había tratado como a un hombre y no como a un duque. Durante ocho días, había sido sumamente consciente de su presencia en su casa: había oído el suave crujido de la madera debajo de su recámara mientras se movía por el aula, había oído su dulce voz por los pasillos mientras les leía a los niños y había observado el seductor destello de sus vestidos marrones mientras desaparecían al dar la vuelta a una esquina cuando sus caminos se cruzaban. No sabía qué tipo de hechicería poseía la señorita Fields, pero su mera presencia bastaba para calmar la constante hambre en el vientre y la implacable necesidad de distraerse cuando no podía beber su mejor coñac francés.

Se había visto obligado a abandonar todo por un condenado puesto político. No le molestaba sacrificar las apuestas. Las cartas habían perdido cualquier atractivo porque cualquier apuesta le recordaba los miles de libras que había perdido en una velada, dinero que habría bastado para alimentar a la mitad de los habitantes de Whitechapel. Había abandonado los burdeles luego de una noche desastrosa, una semana antes del último domingo antes del Adviento, cuando se despertó en la cama de una cortesana en Covent Garden sin recordar cómo había llegado allí y sin el anillo de rubí. Para peor de males, de algún modo, los rumores de sus «actividades» habían llegado a los oídos del primer ministro al cabo de unos pocos días.

Pero la bebida… Cielos, privarse de beber era una tortura. Durante la última semana, desde que comenzó a estar sobrio, Octavius había estado pendiendo sobre la hoja de una daga, con los nervios al borde del colapso. El hombre que había encantado a todos en las salas de estar de Londres se había desvanecido, y ahora solo quedaba un malhumorado desconocido de ojos ojerosos que no podía controlar su ingenio sin vino para aflojar la lengua.

El gracioso y encantador libertino, siempre alegre, que podía hacer reír a la reina y lograr que los ministros aprobaran cualquier plan, se había desvanecido. Ahora tenía que enfrentarse a sus

fantasmas sobrio, como bien lo había señalado la señorita Fields, y los bastardos iban ganando. El único refugio que le quedaba era la comida, y el personal de cocina trabajaba sin cesar para satisfacer su glotonería desenfrenada.

—¡Bueno, niños! —exclamó Modesty con alegría—. ¡No todos al mismo tiempo!

Oír risas en lugar de los chillidos que habían reinado en su hogar durante meses era un cambio maravilloso. En la última semana, desde que la señorita Fields se había mudado, Octavius notó que había más calma, y eso era mucho más de lo que había logrado cualquier institutriz antes. Había menos ratones correteando por la casa y asustando a las criadas, habían desaparecido las manchas de tinta de las paredes y su rostro, y había dejado de disculparse por las obscenidades en francés delante de sus visitas. En el pasado, su ayuda de cámara había tenido que frotarle el rostro durante varios días para remover los dibujos de los niños, y desde su llegada, su rostro seguía limpio.

Octavius tragó saliva. De seguro era una casualidad. No podía deberse a la señorita Fields.

Sophie y Margaret se acercaron para buscar sus regalos al lado de Stella, mientras el pequeño Augustus dormía tranquilo contra el pecho de la duquesa de Pryde. Stella, que tenía el mismo cabello dorado que Lucien, abrió la primera caja de muchas con dedos temblorosos y luego abrió los regalos uno a uno soltando jadeos al encontrar melocotones azucarados, libros y juguetes de madera pintados. Octavius se removió en el asiento al ver el brillo inconfundible en los ojos del duque de Luhst. Le habían asomado unas lágrimas a los ojos mientras observaba la alegría inocente de su hija.

Quizás la alegría de ver la felicidad de los niños era contagiosa, porque Octavius sintió que los ojos le cosquilleaban al observar cómo se iluminaba el rostro de Margaret luego de desenvolver un paquete de frutas azucaradas y alzar la mirada hacia él.

—Mamá siempre nos regalaba frutas azucaradas para San Nicolás.

El duque asintió y le devolvió la sonrisa luchando contra sus emociones mientras Sophie se le acercaba.

—*Merci* —le dijo la niña apoyándose contra el brazo de su silla con los ojos abiertos y llenos de lágrimas—. ¿Te puedo dar un beso?

Octavius tragó un doloroso nudo en la garganta. «Haz una broma. Hazle un cumplido encantador». Pero sin la bebida, no tenía nada, de modo que se limitó a asentir con la cabeza. La pequeña le dio un beso en la mejilla que lo llenó de una alegría que no quiso sentir.

Los ojos celestes del duque de Rath destellaron entretenidos al posarse en él y ofrecerle una sonrisa.

—Quizás cambies de parecer en cuanto a la Navidad —le dijo Dorian.

Patience, su duquesa, miró a la señorita Fields con gran curiosidad y murmuró:

—Quizás la nueva institutriz está produciendo el cambio tan esperado.

A Octavius se le ciñó el estómago. La señorita Fields tenía una expresión de paz, pura dicha y alegría nostálgica en el rostro mientras miraba a los niños; le recordó la sonrisa de Mona Lisa. Serena, contenta y evocativa. ¿Sería una de esas personas que realmente disfrutaban de la Navidad? Para él, todas las tradiciones navideñas estaban llenas de recuerdos dolorosos y soledad, y no veía la hora de que se acabaran las festividades. Pero a lo mejor, para la señorita Fields, era distinto.

Los duques cambiaron de conversación y comenzaron a hablar del tema en boga en todos los salones de baile y todas las casas que habían tenido el agrado de visitar en el transcurso de las últimas semanas: la Heredera Loca.

—Lo siento mucho por la joven —dijo Archibald, duque de Enveigh—. Creo de todo corazón que, a veces, a las mujeres se las tilda de locas sencillamente porque quieren vivir sus vidas con la misma independencia que los hombres.

Modesty alzó la mirada hacia él con interés y meció a Augustus en sus brazos.

—¿De verdad crees eso?

Sin embargo, Octavius no le estaba prestando atención. Había notado que la señorita Fields se había puesto pálida y tenía la mirada clavada en Enveigh. El libro que había estado leyendo yacía olvidado sobre su regazo, y aferraba la tapa de cuero con tanta fuerza que los nudillos se le tornaron blancos. Todo su ser estaba pendiente de todo lo que decía Archibald. ¿Por qué le afectaba tanto toda esa charla acerca de la locura? Si bien no le importaba en qué concentrara su atención, lo cierto era que Archibald no necesitaba otra admiradora.

—Sí —repuso Archibald dirigiendo la mirada hacia la señorita Fields con tal intensidad, que a Octavius se le tensó algo por dentro —. Disculpen, espero no hablar fuera de lugar al compartirles algo privado. Mi propia madre sufría ataques de melancolía. Yacía en cama durante varios días, negándose a salir, pero había otros días en los que hacía mi mundo y el de mi hermano un paraíso en la tierra. Lamentablemente, mi padre la tildó de loca porque sus cambios de humor eran muy fuertes y no había explicación alguna de por qué o cuándo se recuperaría de los días tristes en los que sentía que ni siquiera formaba parte de mi vida.

En la habitación hubo un murmullo de comprensión, y Patience, la duquesa de Rath, lo miró con tristeza. La mujer estaba embarazada, y llevaba los rizos dorados en un tocado perfecto envuelto a la cabeza. Al parecer, cuanto más tiempo transcurría desde su boda con Dorian, más felices eran los dos.

—Lamento que tu madre haya tenido que atravesar eso —le dijo con suavidad a Enveigh—. Debió de haber sido muy difícil para ti.

—Sí, y aun así creo que la parte más difícil fue el modo en que mi padre la ignoraba. No la cuidaba ni le mostraba amabilidad. Simplemente la encerraba en alguna de sus propiedades, y creo que se sentía muy sola allí.

—Sí, seguro que sí —dijo Patience—. Debió haber sido doloroso para todos ustedes.

La conversación pasó a otro tema relacionado con los últimos avances de las señoritas con microscopios, un club para mujeres científicas en el que estaban involucradas las duquesas de Rath, Luhst y Pryde. Con una sensación de disgusto similar a la del vino

amargo, Octavius vio que Enveigh se incorporaba de su asiento y atravesaba la habitación para acomodarse en la silla vacía al lado de la señorita Fields. Para su gusto, su amigo se estaba inclinando demasiado cerca de ella y le hablaba en susurros que nadie más podía oír.

No le agradó ni un ápice eso, aunque su propia reacción lo dejó perplejo. Un extraño calor le subió por el cuello al ver los labios de Enveigh moverse cerca de la oreja de la señorita Fields, cuya postura generalmente rígida se suavizó un poco al escucharlo.

Que lo condenaran. Su amigo tenía todo el derecho del mundo a conversar con quien quisiera, al igual que la señorita Fields. Además, esa conversación íntima estaba teniendo lugar a la vista de todos. No había nada impropio en la situación, aunque algo en el modo en que los ojos de Archibald se arrugaron mientras la señorita Fields le susurraba algo en respuesta llevó a Octavius a apretar los dedos alrededor del brazo de la silla.

Enveigh se le acercó más, y la señorita Fields se sonrojó como un tomate antes de perder el color en el rostro. La expresión de Archibald reflejaba comprensión y amabilidad. Por todos los diablos, a Octavius se le retorcieron las entrañas de querer saber qué estaban susurrando. Las piernas se le tensaron y estaba listo para ponerse de pie de un salto y atravesar la habitación para demandar respuestas como un salvaje, mandando todo el decoro al diablo.

Sin embargo, en ese momento, la puerta del pasillo se abrió de golpe, y James entró a los brincos con un familiar objeto metálico que destellaba en el aire. A Octavius le dejó de latir el corazón.

«La pistola de duelo de mi padre».

—¡Mire lo que encontré en el estudio del duque! —anunció James adoptando lo que le pareció una postura de duelo, con los pies separados, la columna erguida y el brazo extendido hacia la señorita Fields. Había retirado el percutor del arma.

Por todos los diablos, era la misma pistola. James tenía doce años, y Octavius había tenido diez cuando su padre lo obligó a entrar en el estudio, lo empujó contra una pared y le colocó una manzana en la cabeza. No podía respirar. No podía moverse. «¡No!».

—James —lo llamó con la voz ronca por la falta de aire en los pulmones.

La señorita Fields se puso de pie con las manos visibles y estables.

—Ya es suficiente, James. Por favor, entrégame la pistola.

—Quería desarmar algo metálico —protestó James moviendo la pistola mientras hablaba—. ¿Ve? Encontré algo perfecto…

—¡James, no! —chilló Sophie inclinándose mientras el cañón se volvía hacia ella.

De repente, Octavius no se encontró más en su sala de estar. La mente se le llenó de recuerdos del oscuro estudio de su padre. El hedor a coñac, el olor del vómito y el aroma dulce de los bocadillos que el mayordomo sostenía en una bandeja mientras se detenía al lado de un Octavius tembloroso.

Sus seis amigos se removieron. Todos los ojos se concentraron en James y todos se tensaron, listos para actuar. Cualquiera de ellos podría lanzarse contra el niño y arrebatarle la pistola, pero en el medio del jaleo se podría disparar, y alguien podría resultar herido. O peor.

—Baja la pistola, James —le instruyó la señorita Fields, poniéndose directamente en la línea de fuego para proteger a Sophie—. Te puedo enseñar a desarmar un reloj viejo para aprender su funcionamiento.

Ahora el arma le apuntaba al vientre. Octavius luchó para quedarse en el momento, pero… Oyó la voz ebria de su padre. «Quédate quieto, cerdito. Por el amor de Dios, no te muevas».

De alguna manera, Archibald se interpuso entre la señorita Fields y el cañón de la pistola y alzó los brazos en un gesto aplacador.

—Ten cuidado. Mantengamos la calma.

Octavius recordó el estallido ensordecedor y el olor acre de la pólvora. La habitación se llenó de humo. Oyó su propio chillido lleno de pánico; parecía el de un cerdo. Los paneles de madera de la pared se astillaron y algo le rozó el oído. Sintió un dolor cegador en el hombro, seguido de un líquido pegajoso que le bajaba por el brazo.

De regreso en el presente, algo se quebró dentro de él. Se puso de pie de un salto, cruzó la distancia que lo separaba de James con tres grandes zancadas y cerró la mano alrededor del cañón de la pistola justo en el momento en que James comenzaba a volverse.

—¡Ya es suficiente, mocoso malcriado! —rugió Octavius tan fuerte que el cristal de los ventanales tembló.

El niño se puso pálido y el pecho le subió y bajó en el intento de tomar aire. Dio un paso atrás y soltó el arma. Sophie y Stella rompieron a llorar. La niña más pequeña se subió al regazo de Lucien, que la envolvió en sus brazos protectores.

A Octavius le ardía la garganta al tiempo que unos sonidos crudos le salían de los labios. No eran palabras, sino dolor, terror y rabia combinados en gritos. Su propia voz hacía eco, distante y extraña, como si perteneciera a otra persona.

James dio media vuelta y salió corriendo de la habitación con el rostro lleno de lágrimas. Sin pensarlo, Octavius lo siguió.

—¡Regresa aquí! ¡Aguarda! ¡Détente! —gritó, y su voz sonó como un disparo entre las paredes. Cada grito desesperado reverberaba por los pasillos, y las botas resonaban contra el suelo.

6

Temperance entró en el estudio del duque con el pecho agitado. Había revisado cada habitación de esa enorme casa y había perdido de vista no solo al duque, sino también a James. Allí, al final, encontró a uno… pero no al que más deseaba encontrar.

A causa de toda la conmoción que había experimentado en la sala de estar, todo el cuerpo le cosquilleaba como si le hubieran hecho cortes con delgadas hojas en varias partes. La primera conmoción fue al darse cuenta de que ya conocía a Archibald, el duque de Enveigh. Los habían presentado en el club social Almack's y, más tarde, habían bailado en el evento de la duquesa de Ashton. El duque había sido uno de los pocos caballeros que habían mostrado interés genuino por su conversación acerca de la filosofía de la naturaleza, en lugar de ignorarla por considerarla inapropiada. Por fortuna, no había mencionado ni el baile ni su interés por la ciencia, de modo que no le quedaba más que esperar que no la recordara ni la reconociera.

La segunda conmoción fue cuando James le apuntó una pistola cargada a ella y luego a Sophie. La sangre se le había congelado en las venas y todos los músculos del cuerpo se le habían tensado. A la vez, se había quedado sin respiración. Todo eso era lo mismo que había experimentado cuando Bartholomew le había clavado los dedos en la muñeca.

La tercera conmoción vino con la explosión enfadada del duque de Eccess. Durante la última semana, lo había visto batallar para

encontrar el equilibrio y el sentido del humor que había demostrado la noche en que se habían conocido. Su primera impresión de él había sido que era un hombre ingenioso, melancólico y compuesto; pero al verlo interactuar con los niños, lo veía amargo, distante y apartado. Sin embargo, eso iba más allá de su reciente melancolía. A lo mejor, había estado en lo cierto… y huía de fantasmas… ¿Sería que al final lo habrían alcanzado?

Así y todo, Temperance no podía negar que James había sido su responsabilidad. El duque le había dado la prueba de demostrarle que los niños podrían comportarse bien en presencia de otros miembros de la sociedad, y era evidente que James no podía. Temperance había salido corriendo detrás de los dos en el intento desesperado de reparar lo que ella misma había roto. Y lo que vio en el estudio hizo que el corazón se le hundiera hasta los pies.

El duque de Eccess estaba revolviendo uno de los cajones del escritorio y luego extrajo una botella de lo que parecía ser coñac y un abridor. En lugar de enfrentarse a lo que lo estuviera atormentando, el hombre escogía el escape familiar de la bebida. Tras haber pasado una semana con los niños, Temperance sabía lo mucho que lo adoraban e imitaban. En especial, James.

—Milord, creí que había dejado de beber —le dijo, y el duque alzó la cabeza para verla con el rostro sonrosado de una persona atrapada con las manos en la masa.

Mientras marchaba a través de la habitación hacia él, el hombre comenzó a retirarse como un niño escarmentado. Retrocedió hasta que la pared le bloqueó cualquier escape, y Temperance siguió avanzando con la mano estirada hacia la botella.

—Démela —le pidió.

El duque la fulminó con la mirada.

—Señorita Fields, se olvida de que soy su empleador y que trabaja para mí.

Temperance se detuvo a un paso de él e intentó sujetar la botella, pero su mano se cerró alrededor del aire. El duque salió disparado en la dirección opuesta, y tuvo que perseguirlo.

Dieron vueltas por el estudio como un par de niños. Las faldas largas y pesadas se le enredaban en los tobillos y le ralentizaban la

marcha. A pesar de su altura y su tamaño, el duque se movía rápido, con una suerte de gracia animalesca similar a cuando lo había visto montar el caballo castaño.

Cuando Temperance dio vuelta al escritorio, el duque se tropezó con algo, y eso fue todo lo que necesitó. Sujetó el cuello frío de la botella, sorprendida por haber triunfado ante alguien tan fuerte y veloz como él, y se la arrebató de las manos.

—Démela, señorita Fields —le gruñó su empleador.

Temperance se apretó la botella contra el pecho, giró sobre los talones y echó a correr, con las faldas al voleo mientras esquivaba muebles, sillas y aparadores. Oyó los pasos pesados a sus espaldas y casi pudo sentir el calor de su cuerpo. El corazón le latía desbocado en el pecho. Una mano la sujetó del codo y la hizo dar media vuelta, y Temperance atinó a esconder la botella detrás de la espalda.

El duque de Eccess se cernía sobre ella, intimidante y hermoso como una montaña. La hizo retroceder hasta que sintió una estantería contra la espalda. Luego se le acercó más; le sacaba casi una cabeza de distancia y parecía un predador que al fin había dado con su presa. Tenía una mirada salvaje en los ojos marrones casi negros, que destellaban con una voracidad intensa que ya había visto en ellos en otra ocasión.

A pesar de tenerla acorralada, Octavius mantuvo las manos a ambos lados del cuerpo y no hizo ningún movimiento para tomar la botella que Temperance tenía en la espalda, aunque sus brazos largos podrían habérsela arrebatado sin mayor esfuerzo. En cambio, se quedó parado; se veía completamente encantador y proyectaba una sensación de seguridad y cobijo que había sentido en sus brazos la noche oscura en que se habían conocido.

Temperance intentó no pensar, pero eso significaba sentir, y lo cierto era que no debía estar sintiendo nada. Cuando el duque se inclinó sobre ella, inhaló el maravilloso aroma masculino a cuero, sándalo y vainilla. Los labios se le acercaron cada vez más, y recordó la sensación exquisita y decadente de su boca contra la de ella. El aire se le desvaneció de los pulmones, y todo su cuerpo se concentró en sus labios.

Sin embargo, no podía volver a ceder a esos deseos. Se había prometido que no le permitiría cruzar esa línea. Cuando el duque le acercó más la boca, Temperance movió las dos manos a sus espaldas intentando abrir la botella. Antes de que los labios le rozaran los suyos, le quitó el tapón, la giró y volcó el contenido sobre el suelo.

En la habitación se oyeron las salpicaduras del líquido sobre la alfombra, y el intenso aroma a coñac de gran calidad quedó pendiendo en el aire. El duque de Eccess soltó un gruñido e intentó quitarle la botella de las manos para rescatar las últimas gotas, pero fue demasiado tarde. Entonces, dio un paso hacia atrás, y el rostro se le transformó en una máscara de ira desesperada.

—¿Sabe lo valioso que era ese coñac? —rugió—. Tuve que traerlo de Francia de contrabando a través de muchas personas de poca confianza, arriesgando mi reputación, y ¿lo derrama sobre el suelo como si fuera una porquería?

—Su pupilo acaba de apuntarle un arma a Sophie —le recordó Temperance con las manos temblorosas—, porque aprendió de usted que cuando las cosas se complican, se actúa sin pensar en quién puede resultar herido. Usted corre carreras de caballos por las calles con pirotecnia, y él les apunta pistolas a otros niños. ¡Se está convirtiendo en usted!

Temperance esperaba que discutiera, pero en lugar de eso, el duque guardó silencio, dejó caer la cabeza y asintió.

—Ya lo sé.

De alguna manera, la rendición repentina y la completa falta de pelea la desarmaron más que cualquier confrontación.

El duque de Eccess negó la cabeza y, al alzar la mirada, sus ojos se vieron acechados.

—Es que… es esta condenada época… la Navidad… es… No puedo…

Temperance frunció el ceño. ¿Detestaba la Navidad? ¿Por qué? ¿Qué le habría pasado?

—¿No puede qué?

El duque tomó una profunda bocanada de aire.

—Tiene razón, señorita Fields. Debo mantenerme sobrio. Es mi culpa que James no se comporte. Ha perdido a sus padres y, en lugar de darle al tutor legal estable que necesita, he… he desaparecido en la bebida cuando las cosas se complican. Diablos, el niño está desesperado por alguien de confianza.

Durante un momento, Temperance se quedó sin palabras. Había esperado que negara todo, que se siguiera ocultando y evitando la realidad. Pero el duque demostró una notable consciencia de sus defectos, y eso hizo que algo cálido se le expandiera por el pecho.

—Ya ha transformado a los niños —prosiguió—. Y me acaba de arrebatar una botella de coñac de las manos. Ni mis mejores amigos se hubieran atrevido… Ayúdeme, señorita Fields. Manténgame alejado del alcohol. Creí que era lo suficientemente fuerte como para resistirme, pero he subestimado la época navideña.

El duque aún se cernía sobre ella, hermoso e intimidante, y le resultaba de lo más surreal que ese hombre poderoso le estuviera pidiendo ayuda, admitiendo sus debilidades y mostrando toda su vulnerabilidad. Temperance supo que tenía en sus manos un precioso tesoro.

Pero ¿podía hacerlo? ¿Podía hacerle esa promesa? ¿Qué sabía acerca de sanar a hombres rotos? Era la Heredera Loca, la misma que huía de un manicomio y mentía acerca de su verdadera identidad, la que aún sufría la pérdida de su padre y la vida que creyó que tendría. ¿Cómo podría una persona tan dañada ayudar a reparar a otra? A pesar de todo, el dolor del duque apeló a algo en lo más profundo de su ser y no lo pudo ignorar.

—Lo ayudaré —le dijo en un susurro.

La mirada del duque reflejó una mezcla de alivio, gratitud y un destello de necesidad cruda.

—Señorita Fields —susurró el duque con la voz áspera y llena de voracidad—. No tiene ni idea de lo que me hace.

Antes de que pudiera responder, antes de que pudiera siquiera pensar, el duque le tomó el rostro entre las manos y le selló la boca con sus labios. No fue el beso atrevido de la primera noche, sino uno lleno de deseo desatado.

La fuerza del beso la empujó contra la estantería, y varios libros se cayeron al suelo mientras el duque apretaba su cuerpo contra el suyo. El beso se tornó demandante y la consumió entera. Temperance soltó un jadeo contra su boca y entreabrió los labios hacia él sin poder resistir la urgencia cálida que la embargó de pies a cabeza. Quería empujarlo, pero en lugar de hacerlo, cerró los puños en las solapas del abrigo y se lo acercó más mientras se abría a él. El duque sabía a una necesidad tan pura que le daba vueltas en la cabeza.

—Por todos los cielos —gruñó el hombre contra sus labios—, no debería… —Sin embargo, no se detuvo. Le deslizó las manos por la cintura y le enterró los dedos en la tela del vestido al tiempo que la alzaba para apretarla contra la estantería con firmeza. El peso sólido de su cuerpo la retuvo atrapada allí, y Temperance sintió los planos duros de su pecho y el latido acelerado de su corazón. Y le gustó.

Cuando movió la boca hacia su garganta, Temperance se arqueó siguiendo un impulso y un sonido que nunca antes había oído se le escapó de los labios. El duque la estaba devorando; con los labios y los dientes le exploraba la piel debajo de la oreja, mientras que con las manos le recorría la espalda, al borde de hacerla perder el control.

—Deliciosa —le susurró contra el cuello, y Temperance sintió su aliento cálido y agitado—. Cada día, cuando la veo… siento un hambre voraz…

Con manos temblorosas, Temperance le acarició el pecho y sintió la respiración acelerada a través del chaleco de terciopelo. Quería acariciarlo, necesitaba sentir más de él, pero se estaba ahogando en ese mar de sensaciones, abrumada por la urgencia feroz del deseo de ese hombre.

La boca del duque volvió a encontrar la suya, y el beso se intensificó con más voracidad que antes. Le enterró una mano en el cabello y le arruinó el moño rígido, mientras que la otra se posaba sobre la parte baja de su espalda para acercársela más y moldearla a su cuerpo.

—Tiene que detenerme —le gruñó contra los labios.

Sin embargo, Temperance se había quedado sin habla ni capacidad de pensar más allá del fuego en el que se le había convertido la sangre. No lo empujó. Por el contrario, se sentía tan bien la rendición, tan correcta…

Y, de repente, alguien llamó a la puerta.

Los dos se separaron rápido, como si se hubieran quemado, y respiraron entre jadeos. Temperance se llevó las manos al cabello e intentó arreglarse el moño, mientras Octavius se detenía, protector, delante de ella, con los hombros rígidos de la tensión.

Cuando la puerta se abrió, el duque de Enveigh asomó la cabeza para ver al duque de Eccess. El recién llegado pasó la mirada de su amigo a Temperance y frunció el ceño al tiempo que las comisuras de los labios se le tensaban de la preocupación visible… y algo más oscuro. Algo que se parecía mucho a los… ¿celos?

—Encontramos a James —anunció—. Tu pupilo está a salvo.

El duque de Eccess dejó caer los hombros como si le hubieran quitado un gran peso de encima. Temperance había logrado calmar la respiración, aunque todavía podía sentir un cosquilleo en los labios y un canto en todo el cuerpo.

Su empleador la miró con tanta intensidad que se le derritieron las rodillas. Su mirada guardaba una promesa de asuntos por concluir que le produjo una ola de calor en todo el cuerpo. Temperance desvió la mirada con la boca seca. Una punzada de arrepentimiento se le asentó en el estómago. Había actuado de manera impulsiva cuando debería haberlo detenido.

Pero no importaba. Solo tenía que mantenerse oculta durante tres semanas más. Por el momento, había estado a salvo allí… Ni siquiera el duque de Enveigh la había reconocido. Lo único que debía hacer era guardar la calma y no ceder a la tentación pura que representaba el duque.

Aunque a juzgar por lo que acababa de ocurrir entre ambos, Temperance no estaba segura de que ir con cuidado fuera suficiente.

7

El sonido de la risa de Sophie se oyó por el pasillo, seguido de una carcajada poco característica de James. Octavius se detuvo en seco. No se trataba de las risas salvajes e imprudentes que solían anunciar la ruptura de algún objeto costoso o los chillidos aterrados de las criadas. Eran sonidos alegres y genuinos de niños que no necesitaban rebelarse y podían ser ellos mismos.

Octavius se dirigía al aula para echar un vistazo y asegurarse de que James se encontrara bien luego del episodio del día anterior. Una parte de él quería quedarse más tiempo, pero no creía que el niño quisiera verlo. No obstante, se acercó al aula, detuvo la mano en el marco de la puerta y no logró marcharse.

En la luz de la tarde de diciembre, la señorita Fields estaba sentada con Margaret y Sophie a ambos lados en el sofá, mientras Sophie leía en voz alta en perfecto francés y actuaba lo que estaba leyendo. Sentado en el suelo, James tenía una expresión concentrada con la lengua afuera de la boca mientras desarmaba con cautela un antiguo reloj del vestíbulo de los criados. Octavius sintió el anhelo de unirse a ellos como si algo lo jalara desde dentro del pecho.

Bajo el cuidado de la señorita Fields, los niños se veían más felices. Incluso James, a pesar de su rebelión y falta de voluntad para demostrar que disfrutaba de los cambios en la casa, se veía más tranquilo. Hasta él mismo había cambiado, obviando el desliz de la noche anterior. Ahora que había dejado de beber, no estaba

seguro de que le gustara el hombre que era. Sentía constantemente la necesidad de estirar la mano y tomar una copa para saborear su coñac o vino favorito… perderse en los sabores, las notas y las complejidades de cada bebida mientras se iba sintiendo más liviano, divertido y relajado… y abrumado. Pero no podía permitirse nada de eso de momento.

Cuando le dieran el puesto de presidente de la Junta de Comercio, luego de que el gobierno hiciera el anuncio en Navidad, podría regresar a las andadas. No tendría que mantener la fachada inmaculada con tanta cautela. Mientras fuera discreto, no tendría que enfrentarse a ninguna consecuencia, como que lord Liverpool le quitara el puesto. La sociedad solía pasar por alto los pecados de quienes tenían poder.

Ese era el único pensamiento que lo ayudaba a sobrevivir cada día. Y ver a la señorita Fields. El modo en que escuchaba leer a Sophie, con la cabeza ladeada y una sonrisa suave en las comisuras de la boca. La forma en que lograba incluir a los tres niños sin que ninguno se sintiera ignorado era una habilidad que él jamás había tenido. La gracia serena con la que se sentaba, con las manos dobladas sobre el regazo, y la mirada gris concentrada en Sophie, luego en Margaret y también en James. Su mera presencia allí bastaba para que Octavius sintiera algo cálido en el pecho, algo que había estado entumecido durante muchos años.

Como si hubiera oído sus pensamientos, la señorita Fields alzó la cabeza y concentró la mirada gris, destellante y alegre en él. Octavius se quedó sin aliento.

—Yo… eh… James, ¿te encuentras bien? —preguntó incómodo mirando al niño.

James lo miró con sus ojos marrones, llenos de sorpresa, y parpadeó.

—¿Yo, milord? Sí… Estoy bien.

—Muy bien.

Eso era bueno. El niño parecía estar bien. Quizás se veía algo nervioso, pero no estaba pálido como la noche anterior. A Octavius se le tensó la garganta mientras consideraba disculparse por haber alzado la voz al punto de aterrorizar al niño. Pero la disculpa se le

quedó atorada como una piedra. Entre los cinco reinó el silencio. Sabía que debía marcharse, pero una parte de él no quería irse. Anhelaba ser incluido en esa cálida y serena escena doméstica como si siempre hubiera pertenecido allí. A una familia.

Claro que tenía una familia más allá de sus pupilos: su hermana menor. En el transcurso de los años, había investigado en Francia, Países Bajos, Prusia y Alemania, e incluso en los principados de Italia y España, en busca de cualquier rastro de su hermana o su madre. Pero todo había sido en vano. Las búsquedas solo le habían brindado una conclusión devastadora: su madre había muerto hacía siete años.

Siete años. Había vivido quince años alejada de él. Cuando lo cierto era que no había tenido la necesidad de marcharse del país ni seguir ocultándose porque su padre había muerto a la mañana siguiente de que se marchara. Podría haber regresado de inmediato. Ese pensamiento le pesaba en el pecho como un peñasco. Su madre había escogido mantenerse alejada en lugar de regresar con él. Pero aún tenía una hermana en algún lugar y no dejaría de buscarla. Era la única conexión familiar que tenía: una joven sola en el mundo, sin la herencia que le correspondía. Octavius tenía la responsabilidad de protegerla y asegurarse de que se encontrara bien.

—¿Le gustaría quedarse, milord? —le preguntó la señorita Fields arrancándolo de sus pensamientos.

—¡Sí, milord! —exclamó Sophie, entusiasmada, mientras hacía el libro a un lado, se incorporaba de un salto y avanzaba corriendo hacia él. La niña le tomó la mano con la suya cálida y jaló de él—. ¡Por favor, quédese! ¡Léanos un libro en francés!

Lo que más lo conmovió fue el deseo dulce en la mirada de James. Octavius permitió que la niña lo llevara por el aula y se sintió como un bruto en una tienda de porcelana que amenazaba con destrozar los delicados muebles, a los niños y a la hermosa institutriz. Además, no sabía leer bien y mucho menos en francés. Sin dudas, era un bruto.

—Léeme tú, Sophie —le dijo mientras se sentaba en el sofá al lado de ella.

—¡De acuerdo! —exclamó—. ¿Qué le gustaría? ¿Qué dice de *Los cuatro caballeros*? ¿Lo ha leído?

—No, no le he leído.

Con un andar muy poco digno de una dama, Sophie avanzó a brincos hasta la estantería. Al parecer, era su manera favorita de moverse, pero la señorita Fields no la corregía como lo hubiera hecho otra institutriz. Por algún motivo, a Octavius no le importó.

—Creo que una biografía de Isaac Newton es más interesante —dijo Margaret, que se puso de pie con la gracia de un cisne para acercarse a la estantería en busca de un libro.

—¿A ti qué te gustaría, James? —le preguntó la señorita Fields con amabilidad.

James los miró con el ceño fruncido desde el suelo.

—Nada. Son todas tonterías.

La señorita Fields se acercó a Octavius con las comisuras de los ojos arrugadas por una sonrisa.

—Al menos no está atrapando y liberando un ejército de ratones.

—¡No, *Los cuatro caballeros*! —insistió Sophie—. La biografía de un científico es aburrida. Queremos aventuras y batallas, ¿no es así, milord? —Tomó el libro y lo observó con los ojos llenos de esperanza.

A Octavius no le gustaba que las niñas discutieran, en especial para ganar su atención. ¿Cuál era la decisión adecuada?

—Yo… eh…

—¿Y si leemos primero acerca de estos cuatro caballeros y luego la biografía de Isaac Newton? —sugirió la señorita Fields—. ¿Están de acuerdo?

Margaret asintió en señal de acuerdo, y Octavius la miró lleno de admiración.

—Soy lo suficientemente grande como para consentir los caprichos de una niña. —Pero mientras hablaba, dirigió la mirada hacia el duque, como él mismo lo había hecho en tantas oportunidades buscando la aprobación de su padre.

—¡Les va a encantar! —exclamó Sophie y regresó al sofá con el libro—. Roland es uno de los cuatro caballeros, y le va a agradar

mucho, milord. —Se sentó cómoda al lado de la señorita Fields y abrió el libro.

Octavius se rio entre dientes.

—¿Ah, sí? ¿Por qué?

—Porque es grande y fuerte como usted y le gusta comer y beber vino.

Octavius tuvo que obligarse a contener una sonrisa.

—Muy bien, Sophie, léeme acerca de Roland.

La niña abrió la boca con aire de importancia y comenzó a leer. Todos la escucharon durante media hora, y Octavius sintió… que disfrutaba la lectura. Una extraña sensación de paz lo hizo sentir más liviano y cálido.

Detrás de Sophie, que leía con la cabeza agachada, Octavius se acercó a la señorita Fields.

—Ha logrado obrar un milagro, señorita Fields. Son un encanto.

La señorita Fields le obsequió una sonrisa que le encendió el corazón como una piedra caliente.

—Siempre han sido un encanto, milord.

Octavius le sostuvo la mirada y asintió con la cabeza al tiempo que experimentaba una sensación pulsante de alegría en el vientre. Se aclaró la garganta. «Esto podría ser un error».

—Sophie, deja de leer un momento. Señorita Fields, niños, me gustaría que vinieran a la pequeña velada que daré en tres días. Es un evento importante para mí porque, si los miembros de la Junta de Comercio y lord Liverpool la pasan bien, eso podría ayudarme a convertirme en el presidente de la Junta.

Si lord Liverpool no deseara ver que Octavius se había reformado y era un hombre de familia capaz de asumir responsabilidades, les habría pedido que se quedaran ocultos en el aula, fuera de la vista y fuera de problemas. Pero tener niños educados ayudaría a demostrar su transformación de libertino a tutor legal responsable. Los necesitaba allí.

A pesar de su lógica clara, la señorita Fields perdió algo de color en el rostro. ¿Sentiría timidez de encontrarse frente a miembros de la alta sociedad? Ojalá pudiera decirle que no tenía ningún motivo de

preocupación. Además, Octavius no veía a nadie más cuando ella se encontraba presente en la misma sala.

Sophie enderezó la espalda.

—Yo lo ayudaré, milord, puede contar conmigo. ¿Vendrán diplomáticos franceses? Será un placer entretenerlos en su lengua nativa.

Octavius se rio entre dientes.

—Sí, eso sería fantástico, Sophie. Siempre y cuando te abstengas de cantar tus canciones de borrachera favoritas.

—¿Se requiere mi presencia, milord? —le preguntó la señorita Fields casi en un hilo de voz—. Preferiría quedarme en mi habitación y aguardar a que los niños regresen.

Octavius tenía razón. Le daba timidez aparecer en sociedad.

—¿Acaso tiene algún fantasma del que esté huyendo, señorita Fields? —le preguntó con suavidad.

El poco color que le quedaba en las mejillas se terminó de desvanecer y la boca se le curvó hacia abajo.

—Para nada —repuso y tragó saliva—. ¿Quiénes…? —Se aclaró la garganta—. ¿Quiénes acudirán?

Octavius frunció el ceño y sintió que algo se le retorcía en el estómago.

—¿Acaso importa? ¿Intenta evitar a alguien?

En respuesta, la institutriz negó la cabeza con demasiado vigor.

—No, no, por supuesto que no.

Quería creerle, quería creer que no había tenido ningún amante en el pasado.

—Como institutriz, me gustaría que esté presente cuando los niños estén interactuando con miembros de la sociedad. En caso de que ocurra algo. Es una parte importante de sus deberes.

La señorita Fields asintió con la cabeza de inmediato.

—Por supuesto, milord. Cuente con mi presencia. Los niños estarán listos.

Octavius inclinó la cabeza con amabilidad.

—Gracias.

En ese momento, alguien llamó a la puerta, y el mayordomo asomó la cabeza.

—¿Milord?

Octavius tuvo la desagradable sensación de que lo arrancaban de una tina cálida y lo dejaban de pie en el aire frío. Se aclaró la garganta.

—¿Sí, Jacobs?

—Ha venido el duque de Enveigh de visita y se pregunta si puede unirse a ustedes en el aula.

Octavius frunció el ceño.

—¿En el aula? De ninguna manera. Que pase a mi estudio.

Sin embargo, detrás del mayordomo, se acercó Archibald por el pasillo. El modo en que su mirada buscó de inmediato a la señorita Fields hizo que a Octavius se le tensara el mentón. Su amigo tenía una figura de lo más elegante, llena de gracia y delgada, mientras que él se sentía como un gigante pesado.

El duque de Enveigh les ofreció una amplia sonrisa.

—Me gustaría saber cómo sigue la historia, si a todos les parece bien.

A Octavius se le formó un nudo en el estómago. No había nada de malo en que Archibald se uniera a la clase. Pero ¿por qué sentía como si uno de sus mejores amigos acabara de llegar para amenazar su dicha doméstica?

8

Sophie siguió leyendo, sentada alegre al lado de Eccess. Margaret quedó sentada al otro lado del duque luego de que Temperance se pusiera de pie y se moviera a una silla cerca de James para que no se sintiera dejado de lado. El niño había caminado dormido la noche anterior, y había sido muy difícil lograr que regresara a la cama. Temperance estaba preocupada de que el incidente con la pistola lo hubiera conmocionado más de lo que dejaba ver.

Para su inquietud, el duque de Enveigh tomó asiento al lado de ella. Temperance se removió en la silla. El día anterior no había mostrado ningún indicio de haberla reconocido. Pero ¿por qué la reconocería? Se habían conocido en su primer baile hacía casi tres años, en la primavera, al comienzo de la temporada. En esa ocasión, había llevado un destellante atuendo blanco, un moño cubierto de delicadas flores de seda y perlas en los pétalos que simbolizaban gotas de rocío. Había parecido una dama.

El duque de Enveigh le había parecido un hombre atractivo, frío e intimidante, y esas características habían despertado el interés de otras debutantes, así como también el de sus madres. Había sido de lo más amable con todo el mundo. Había bailado con varias damas jóvenes, incluida ella, y habían compartido una agradable conversación en presencia de su padre que la había dejado pensando que debajo de su fachada arrogante debía haber mucho más oculto.

Ahora ella se veía como una institutriz; con algo de suerte, el cambio de atuendo y tocado bastaría para nublar la memoria del duque. Algunas personas tenían la habilidad de olvidarse los rostros y los nombres de la gente enseguida. ¿Qué posibilidades había de que el duque de Enveigh no fuera una de esas personas?

Sophie tenía las mejillas sonrosadas del entusiasmo de sentir la atención del duque de Eccess. Y ahora otro duque había venido a oírla leer. La pequeña actuó los diálogos, añadió énfasis en algunas palabras y se confundió otras, de modo que las mejillas se le tornaron de rojo carmesí. A nadie le importó, y Temperance no dejó de decirle lo bien que lo estaba haciendo para instarla a continuar. Sin embargo, no era su aprobación lo que anhelaba la niña, sino la de su tutor, el duque, que se cernía sobre todos los presentes, aun cuando se encontraba sentado.

Al cabo de un tiempo, el duque de Enveigh se acercó a ella con su silla. Era un hombre alto y atractivo, pero mucho más esbelto que Eccess. Tenía el cabello castaño claro y unos ojos de color gris acero con una nota verde apenas perceptible. El abrigo de terciopelo verde oscuro resultaba sorprendente con su complexión.

—Señorita Fields —comenzó en un murmullo, y el empleador de Temperance lo fulminó con la mirada mientras Sophie seguía leyendo a su lado—. ¿Cómo se encuentra James luego del incidente de ayer?

Temperance miró al niño, que estaba sentado en el suelo, apoyado contra la pierna de su silla, y estudiaba los engranajes del reloj que sostenía en las manos con una expresión concentrada. Parecía como si estuviera oyendo la historia, aunque quisiera aparentar no prestar atención.

—Gracias por preguntar —repuso—. Se ha recuperado. Y Sophie también. Los niños discutieron por su imprudencia anoche, pero por la mañana hicieron las paces.

—Fue una gran conmoción para todos —señaló el duque de Enveigh—. En especial para usted, ¿no?

Temperance alzó la mirada para verlo, sorprendida por el tono preocupado de su voz.

—Yo… No esperaba que James actuara con tanta insensatez —repuso sacudiendo un poco la cabeza para recomponer los pensamientos—. Pero fue todo mi culpa. Tendría que haberlo buscado cuando vi que se marchó del aula. Tendría que haber satisfecho su curiosidad en temas de mecánica, que evidentemente terminó satisfaciendo solo.

El duque se rio y la recorrió con una mirada llena de extraña ternura.

—Estoy seguro de que está siendo muy dura consigo misma. Señorita Fields, ayer no tuvimos la oportunidad de hablar mucho. Por favor, cuénteme, ¿de dónde es?

Temperance se removió inquieta en el asiento. No le gustaba mentir. En especial, cuando la persona le agradaba. Las mejillas se le ruborizaron.

—De Cheshire.

—Cheshire…

Los ojos grises estudiaron cada detalle de su rostro y su cabello. Con el aburrido atuendo marrón y la camisa blanca con volantes que casi le llegaba hasta el rostro y le cubría el cuello y el pecho, parecía una criada más. Se suponía que debía ser invisible, y estaba fuera de cuestión que un duque la interrogara…

«¡Oh, no! ¿Me habrá reconocido?».

El duque de Enveigh se le acercó más, como si intentara estudiarla desde otro ángulo. Al mismo tiempo, Temperance tomó consciencia de la mirada abrasadora de Eccess al otro lado de la habitación. Se sentía como si estuviera atrapada entre dos predadores: uno que caminaba en círculos a su alrededor lleno de curiosidad y otro que observaba la escena con intensidad territorial.

—¿Y sus padres? —prosiguió el duque de Enveigh con el interrogatorio—. ¿Se encuentran vivos? ¿Saben que está aquí?

Temperance tragó con dificultad, y la sangre le latió en la sien.

—Lamentablemente, los dos han muerto.

—¿Es hija única?

—Así es.

—Hummm. ¿Y le gusta la ficción francesa? —El tono del duque era agradable, y cualquiera que los oyera no oiría más que una

conversación cordial. Pero su mirada penetrante la tenía clavada en el asiento, y las paredes amarillas de la habitación parecían estar avanzando hacia ella desde todos los frentes.

Temperance clavó la mirada en Sophie mientras sentía la atención del duque como carbones ardientes que le quemaban la piel.

—Sí… me gustan las novelas francesas.

—Hummm. Yo hubiera creído que los libros acerca del fluido eléctrico le interesarían más…

La conmoción fue como una lanza que la atravesó con una fuerza dolorosa. Temperance podía oír el dedo pequeño de Sophie recorriendo cada renglón mientras leía, los ruidos metálicos de las piezas del reloj que estaba manipulando James y hasta la respiración suave de Margaret. Todo mientras la mirada de Enveigh no se despegaba de su rostro. Habían hablado del fluido eléctrico años atrás.

Temperance lo miró fijo, intentando recuperar la respiración, con el corazón latiéndole desbocado en la garganta. La mirada del duque se veía entretenida, pero llena de ternura; no vio ni malicia ni triunfo en sus ojos, sino una suerte de entendimiento.

—Lo… —susurró desesperada—. Lo sabe…

El duque asintió con la cabeza sin quitarse los dedos del mentón.

—Me temo que la he reconocido, *lady* Agatha Hale.

«No… no, no puede ser».

—Por favor, no se lo diga a nadie —le rogó con un hilo de voz que apenas ella alcanzó a oír. Desde el otro lado de la habitación, el duque de Eccess la perforaba con la mirada.

—¿Octavius lo sabe? —le preguntó el duque de Enveigh en un susurro.

—¡No! No lo sabe.

—La Heredera Loca… —murmuró el duque recorriéndola con la mirada—. Interesada en los métodos ocultos para mover plumas y partículas sin tocarlas, crear luz de la nada… y provocarle dolorosas descargas a la gente haciéndolas tocar objetos comunes y corrientes…

—Fue un accidente.

El duque se rio entre dientes.

—Ya me lo imagino. Mi… eh… mi hermano mayor, Edgar, el que iba a ser el siguiente duque de Enveigh, tenía episodios de melancolía, al igual que mi pobre madre. Puedo distinguir la diferencia entre locura y genialidad.

—Por favor, milord —le rogó con un temor desesperado que casi le paralizó la lengua—. Por favor, no me delate con mi madrastra. Me encerrará en un manicomio si no me caso con lord Langston.

El duque frunció el ceño.

—¿Su sobrino, lord Langston?

Temperance se estremeció de la repulsión al recordar los roces «juguetones» de Bartholomew y cómo se habían vuelto más audaces tras el fallecimiento de su padre. Había comenzado a sujetarle las muñecas con mucha fuerza durante las conversaciones, a apretarse contra ella cuando se cruzaban en algún pasillo y a acorralarla en habitaciones vacías para susurrarle todo lo que le haría cuando estuvieran casados.

Cuando Temperance se quejó con su madrastra, *lady* Auster se limitó a sonreírle con frialdad: «Los deberes de una esposa comienzan con la obediencia, querida. Será mejor que lo aprendas».

—O me caso con él o me encierran en el manicomio —murmuró y se estremeció.

Una noche se había despertado y encontrado a Bartholomew en su recámara. Al soltar un grito, el intruso había dicho que había estado caminando dormido y que se había equivocado su recámara con la de ella. *Lady* Auster había acudido corriendo, pero en lugar de protegerla, la había regañado por «alentar tanta confusión con su comportamiento antinatural». La mujer había insistido en que había sido un error inocente. Desde esa noche, Temperance había comenzado a bloquear la puerta y nunca más se sintió a salvo en su casa.

El cariño que una vez sintió hacia *lady* Auster desapareció para siempre. Y el sentimiento era mutuo. Entendía por qué su madrastra se comportaba de esa manera. Ahora que su padre había fallecido y, en el testamento, le había dejado la mayoría de su fortuna a Temperance, *lady* Auster dependía por completo de que

Bartholomew se casara con una heredera, una heredera como ella, para asegurarse estabilidad financiera. Si llegara a aceptar el abuso de su sobrino, podría arriesgar que el matrimonio no tuviera a lugar, lo que la dejaría desahuciada. Era mejor convencerse de que Temperance exageraba y que lo único que había que «corregir» era su comportamiento antinatural. Pero ¿cuánto empeoraría el abuso de lord Bartholomew Langston cuando se convirtiera en su marido?

En ese momento, Temperance debía mantener la cabeza en alto. Tenía que observar su temor como a las nubes que flotaban en el cielo. Hasta ese día, había hecho todo bien. Había oído y se había ocultado… y había sobrevivido.

La mirada del duque de Enveigh se suavizó.

—No me gustan las personas que tildan a las mujeres de locas por el simple hecho de que no hacen lo que se considera típico. Además, los asilos no son más que prisiones diseñadas para encerrar a quienes la sociedad considera indeseables.

Temperance soltó una bocanada de alivio tan fuerte que James alzó la mirada para verla con el ceño fruncido. Temperance le sonrió al niño e intentó contener las lágrimas que amenazaban escaparse de sus ojos.

—¿No se lo dirá a *lady* Auster? —le preguntó en un susurro.

—No.

—¿Y no se lo contará al duque… a Eccess?

—Solo si usted lo desea.

Temperance se apresuró a negar con la cabeza.

—No.

Eso sería terrible. Lo que fuera que estuviera pasando entre ella y su empleador tenía que seguir siendo lo más distante posible. Él jamás podría descubrir la verdad. Cuantas menos personas conocieran su identidad, más a salvo estaría.

—La Heredera Loca —dijo el duque de Enveigh y se rio por lo bajo—. Comprendo la parte de «loca». La electricidad les da temor a muchos. Pero ¿qué hay con lo de «heredera»? ¿Acaso su herencia es lo suficientemente considerable como para que su madrastra la persiga a sol y sombra?

Temperance arqueó una ceja.

—Como caballero, sabe perfectamente bien que no es adecuado hablar de dinero.

El hombre le obsequió una sonrisa.

—Va a encontrar a muchos hombres que son mucho mejores caballeros que yo. ¿Y bien? ¿No va a satisfacer mi curiosidad?

Temperance lo dudó unos instantes, pero ¿qué sentido tenía ocultar ese tipo de detalles?

—Oh, de cualquier modo, saldrá a la luz en Navidad. Treinta mil libras, milord. Y seré libre para siempre.

—Treinta mil libras —repitió el duque pensativo—. Es una fortuna que resolvería muchos problemas… o crearía nuevos si cayera en las manos equivocadas. Si lo desea, la ayudaré como pueda.

Su mirada era cálida, su expresión, suave, pero sus ojos reflejaron una nota calculadora. Temperance tragó otro nudo que se le había formado en la garganta.

—Le puedo dar eso. Recuerdo a su padre; era uno de los mejores hombres que he conocido.

Los ojos se le volvieron a llenar de lágrimas.

—Sí, lo era. Lo echo mucho de menos.

—Estoy seguro.

¿Podía confiar en él? ¿Aunque solo fuera por un momento? Pero ¿qué alternativa tenía? Podía volver a empacar sus cosas y huir, pero ¿a dónde iría? Los sueldos de los criados se pagaban trimestralmente, de modo que se marcharía sin un céntimo, como había llegado. Si llegara a considerar huir, tendría que pedirle a Eccess que le pagara una parte del salario.

Temperance tragó con dificultad.

—Mi padre había estado enfermo durante más de un año, y luego del período de luto… No quería asistir a eventos sociales. Creí que podría pasar tiempo aquí… en secreto.

El duque de Enveigh asintió.

—Es comprensible. Por favor, tenga asegurado que su secreto está a salvo conmigo.

Temperance no sabía si podía confiar en él. Suponía que sí, porque hasta ese momento, no le había dado motivos para no hacerlo. Se obligó a asentir con la cabeza en agradecimiento, pero el

modo en que el duque sopesó la suma de dinero que recibiría al cobrar la herencia le tensó el vientre. Había sobrevivido hasta ese momento confiando únicamente en sus instintos. Y ahora, todos sus instintos le gritaban.

Cuando Temperance miró al señor de la casa al otro lado de la sala, un escalofrío le recorrió la columna vertebral. El duque de Eccess seguía observándolos con el ceño fruncido, y tenía la extraña sensación de que no le agradaba que su amigo estuviera hablando con ella. Aunque el motivo era un misterio.

9

—¡Lo siento!

La voz se oyó desde abajo y provenía de la habitación de los niños, de modo que Temperance alzó la cabeza para escuchar con atención. La vela que tenía encendida en su recámara titiló rápido a raíz del suspiro que soltó. Sobre el escritorio, bailaron unas sombras sobre el papel lleno de problemas de álgebra que había estado escribiendo para Margaret.

La habitación era modesta para una dama, pero lujosa para una institutriz. Eso no le molestaba. Su padre le había enseñado a ser feliz con poco, y sabía que solo tenía que esperar hasta el día de su cumpleaños. No se encontraba en el ala de los criados, pero tampoco en el de los señores de la casa, sino entre ambos mundos. Era su mundo hasta el día de Navidad.

—¡Lo siento! ¡No me eche!

Ese parecía James. Debía estar caminando en sueños nuevamente.

Temperance se incorporó de un salto, tomó una chalina y se la arrojó por encima del camisón. Acto seguido, tomó la vela y se apresuró a cruzar la habitación, pasando por delante de la cama y del hogar pequeño que irradiaba calor, para llegar a la puerta. En el pasillo del ático que se extendía afuera de su habitación, reinaba la oscuridad absoluta, y con la vela iluminó las escaleras que crujían mientras bajaba y se dirigió hacia la habitación de los niños.

—¡No! ¡No! ¡No me eche! —volvió a exclamar James.

Era lo que se había temido. En la oscuridad del rellano, vio dos siluetas en la cima de las escaleras.

Cuando Temperance se acercó a su lado, la vela iluminó a James, que se encontraba muy cerca del borde de las escaleras y se aferraba a la barandilla con una mano mientras rozaba el aire con la otra. Margaret lo sujetaba de la tela de la túnica para dormir y le susurraba palabras de consuelo. Pero cuanto más jalaba de su hermano, más se alejaba él hacia la peligrosa oscuridad de la escalera.

Sophie no estaba a la vista. «Gracias a Dios». Con algo de suerte, la niña dormía como un bebé, como siempre.

Margaret tenía los ojos celestes abiertos de par en par y la miró con tanta preocupación e impotencia que Temperance tragó con dificultad. Eso no había ocurrido nunca antes. James solía caminar cerca de las ventanas o hacia alguna puerta y, en ocasiones, salía al pasillo para avanzar hacia la ventana que había al final. Pero jamás había llegado hasta la escalera. Si se caía, se quebraría el cuello.

A Temperance se le puso la piel de gallina del temor y le apoyó una mano sobre el hombro para jalar del niño hacia atrás.

—James, querido, nadie te va a echar —le aseguró intentando apartarlo del borde de la escalera.

Sin embargo, James seguía estirando la mano e intentando dar un paso hacia abajo con los pies descalzos. Temperance contuvo un jadeo y lo sujetó al tiempo que Margaret le apretaba la túnica con más fuerza.

—No… no me odie —murmuraba el niño arrastrando las palabras —. Me… me portaré bien.

Temperance sintió pánico en todas las extremidades.

—James, no te odia. Por favor, querido, regresemos a la cama.

Pero todo fue en vano. El niño no la oía. Cuanto más intentaba tranquilizarlo, él más se apartaba en busca de un sitio invisible donde, de seguro, creía que se encontraba el duque. Con cada instante que pasaba, más aumentaba el riesgo de que diera otro paso hacia la oscuridad. Y, a pesar de que solo tenía doce años, era un niño alto y corpulento y parecía tener una fuerza sobrenatural en

ese estado. Temperance no podría detenerlo y si lo lograba, el niño regresaría allí.

Solo había una persona a la que podría oír antes de que perdiera el equilibrio y se cayera por las escaleras.

Temperance lo soltó y se sujetó el borde de la chalina contra el pecho.

—Margaret, iré a buscar al duque. Enseguida regreso. No temas, querida, sé que estás preocupada por James, pero va a estar bien.

Margaret asintió con la cabeza sin dejar de sujetar la túnica de su hermano.

Con la vela alumbrando el camino, Temperance bajó las escaleras para dirigirse al ala del duque. Era muy inapropiado que fuera a su recámara, pero ¿qué alternativa tenía? Aún se oían los sollozos de James.

Temperance se quedó petrificada un momento frente a la puerta del duque con la mano en el aire. Estaba a punto de llamar a la puerta de su empleador en la oscuridad de la noche. Era de lo más inapropiado. Pero era una emergencia y era por el bien de James.

Llamó a la puerta y aguardó unos instantes. Lo único que atinaba a oír eran los sollozos de James y el latido de su propio corazón. Al no recibir respuesta, volvió a llamar. «Diantres». Debía de estar durmiendo.

Iba a tener que despertarlo. Al pensar en el duque en la cama, el corazón se le aceleró más. Tanto las reglas del decoro como su reputación y el bienestar de James le previnieron ceder a la tentación… sin importar lo mucho que lo deseara.

Temperance abrió la puerta. En la luz titilante de un candelabro, encontró al duque de Eccess sentado en una silla con el cuerpo dándole la espalda. La piel suave de sus hombros gigantes se veía dorada a la luz de la vela, y los bíceps se le movían acelerados y, como tenía el muslo desnudo, quedaban a la vista una rodilla y una pantorrilla musculosa. El duque tenía la cabeza echada hacia atrás en la silla, los pómulos altos le destellaban gracias a la luz del hogar y la boca abierta se movía con una expresión de pura dicha.

¿Qué estaba haciendo desnudo… a solas… moviendo el brazo hacia arriba y abajo y… oh, por todos los cielos, gimiendo?

A Temperance se le secó la boca y se vio obligada a aclararse la garganta. No debería estar allí, en especial porque sentía algo cálido que la jalaba hacia él. «Santo cielo».

«¡No!». Pero ¿qué diantres estaba pensando? El duque era la tentación pura, y no podía permitirse ceder. En especial con él. «Recuerda por qué has venido. James te necesita». Tenía que mantener la fuerza. Se volvió a aclarar la garganta y dijo:

—Milord…

Octavius estaba en el paraíso. Estaba sintiendo los efectos de la falta de placer por la abstinencia de beber y de visitar Elysium, de modo que no había estado con una mujer desde que la señorita Fields había llegado a su casa.

Como cabía esperar, se la estaba imaginando a ella. En su imaginación, la institutriz montaba su miembro a un ritmo perfecto a la par de sus embestidas. Tenía el cabello derramado sobre los hombros y los pechos y unos mechones humedecidos por el sudor. Los pequeños senos redondeados se mecían mientras lo cabalgaba, y los pezones se le habían endurecido de placer. Era una mujer demasiado pequeña para un hombre de su tamaño, pero encajaba a la perfección y podía albergarlo sin ningún problema. La señorita Fields tenía los ojos oscurecidos, casi negros, y brillaban con intensidad mirándolo únicamente a él. Con los labios entreabiertos de placer, ronroneaba su nombre.

Verla de ese modo en su imaginación, agitada, perdiendo el control, seducida por él y arrastrada al lado oscuro, fue lo que más lo deshizo. Por primera vez en muchos días, estaba a punto de llegar a la cima. Por todos los cielos, necesitaba aliviarse como cualquiera necesitaba una bocanada de aire fresco.

Algo lo interrumpió… un llamado a la puerta. A lo mejor era su mayordomo, pero sabía que no debía irrumpir en su habitación a menos que lo llamaran. Solo necesitaba unos instantes más… Ni

siquiera una tos podría molestarlo cuando estaba tan cerca de acabar.

—Milord…

Su voz lo distrajo. Octavius volvió la cabeza hacia la puerta y no pudo dar crédito a sus ojos. Como si la hubiera conjurado en sueños, la señorita Fields se encontraba de pie en el umbral con un camisón y una chalina aferrada sobre los hombros, el cabello desparramado por los hombros. Tal y como la había imaginado… Y lo miraba con los ojos abiertos de par en par… llenos de interés.

Debía de ser un cerdo. Su primer pensamiento no fue que podría estar comprometiendo a una joven soltera al encontrarse desnudo y con el miembro duro como una piedra en la mano… sino que podría invitarla a unirse… y hacer realidad su fantasía.

Octavius no se sentía avergonzado ni tímido de que lo viera en medio de ese acto tan privado. Su primer instinto fue hallar el modo de hacerla desnudarse y montarse a horcajadas de él.

Por todos los cielos, ahora no podría acabar. A regañadientes, soltó el miembro y deseó poder ser más audaz… o, al menos, más penitente.

—No puede estar aquí, señorita Fields —masculló Octavius mientras buscaba la bata, aunque su cuerpo le pedía a gritos que acabara—. ¿Se ha perdido?

Para su pesar, la institutriz apartó la mirada.

—Se trata de James, milord.

A Octavius le había gustado sentir sus ojos sobre su piel desnuda recorriéndolo entero. Le había llevado mucho tiempo dejar de sentir vergüenza por su tamaño, porque tanto su constitución como su masa muscular se consideraban impropias de un caballero. Era lo que era. Un glotón en todos los sentidos de la palabra: bebida, comida y todos los placeres del cuerpo y la mente. Y, hasta el momento, su tamaño no había privado a ninguna dama de meterse en su cama.

Al cabo de varios instantes, las palabras de la señorita Fields lograron atravesar la niebla de su lujuria mientras pasaba los brazos por las mangas de la bata.

—¿Qué le pasó a James?

Avanzó hacia la institutriz. Mientras se acercaba a la puerta, oyó unos sollozos distantes que provenían de la planta alta. La preocupación por el niño le apagó el deseo como hielo.

—Está caminando en sueños otra vez —le informó la señorita Fields.

Se encontraba tan cerca de ella, que podía inhalar el aroma de su piel e intentar adivinar la forma de su cuerpo bajo la única capa de ropa blanca que llevaba puesta. Le encantaba verle el cabello suelto, derramado sobre los hombros como ondas negras. Era algo muy íntimo y doméstico. Anhelaba alzar la mano y acomodarle un mechón detrás de la oreja.

—¿Caminando en sueños? —preguntó intentando concentrarse.

—Me temo que está intentando hablar con usted.

¿Con él? Por todos los cielos, ahora sí que lo había arruinado todo. Estaba en lo cierto al preocuparse y sentir culpa. Ahora se había convertido en la pesadilla de James, al igual que su padre había sido la suya. Mientras había estado dándose placer y disfrutando de los pecados de la carne, el niño había estado asustado en su casa.

La culpa en el estómago le hizo sentir la necesidad desesperada de un escape. Una copa. Regresar a la silla cómoda, sujetar el miembro y volver a masturbarse.

—No puedo apartarlo de la escalera —continuó la señorita Fields —. Lo está llamando, murmura que usted lo odia… Creo que necesita oír que lo quiere.

Por todos los diablos. Ya era tarde para huir de esos demonios. Tenía que acudir a la llamada de auxilio cuando uno de sus… niños lo necesitaba.

Octavius soltó el aliento.

—Por supuesto.

Se puso las pantuflas y salió de la habitación. Mientras recorría el pasillo a paso acelerado y subía las escaleras hacia el ala de los niños, supo que eso era su culpa. La señorita Fields lo siguió, pero toda su atención se encontraba en los sollozos de James y en el anhelo de un trago.

Al ver a James en la escalera y a Margaret un escalón más arriba sujetando la túnica de dormir de su hermano con una mano y la barandilla con la otra, la sangre se le congeló en las venas.

—Me odia… Me odia… —murmuraba James.

A Octavius le dio un vuelco el corazón mientras subía las escaleras despacio y se colocaba debajo de James por si se caía.

¿Y ahora qué hacía? ¿Qué le decía? Si James le hubiera preguntado qué vino complementaría mejor las ostras frescas del océano Atlántico o qué hacer para prolongar el placer de una mujer en la cama, Octavius hubiera podido responder. Pero James no necesitaba ese tipo de consejos, y tampoco lo necesitaría durante varios años. Lo que necesitaba era otro tipo de ayuda.

Octavius miró a la señorita Fields con expresión de impotencia, y luego a Margaret, cuyo rostro reflejaba temor puro. ¿Y Sophie? Oh, por fortuna, no se encontraba allí.

—Háblele —le instruyó la señorita Fields—. Necesita oírlo de usted.

Lo que tenía que hacer era guiar a James lejos del peligro de la escalera. Octavius se movió para colocarse en el mismo escalón que el niño y le colocó una mano sobre el hombro.

—James, estoy aquí.

El muchacho ladeó la cabeza hacia el sonido, pero el pie siguió buscando el siguiente escalón y el brazo estirándose hacia la oscuridad.

—¿Milord? —murmuró, pero no abrió los ojos, y su voz sonó distante.

Ahora que Octavius había logrado captar su atención, subió un escalón y se detuvo en el rellano.

—Estoy aquí, James. Aquí arriba.

James soltó la barandilla y estiró los dos brazos hacia la voz de Octavius.

—No… no me eche… por favor.

—No te echaré —le aseguró manteniendo la voz calma a pesar del dolor que le produjeron las palabras del niño—. Estás a salvo, James. Estoy aquí. Un escalón más arriba.

Moviendo los brazos en el aire, James buscó el escalón superior con el pie, y Margaret siguió jalando de su hermano hacia arriba de modo que los dos avanzaron hasta Octavius. Los movimientos del niño se tornaron menos mecánicos y más fluidos, y la señorita Fields subió las escaleras detrás de ellos.

—Estoy aquí. —Octavius le tomó los hombros con delicadeza—. James, abre los ojos.

James parpadeó lento y entornó los ojos con dificultad para adaptarse a la penumbra iluminada únicamente con la vela que sostenía la señorita Fields. Tenía el rostro cubierto de sudor, varios mechones rubios pegados a la frente y los ojos marrones nublados por los vestigios de la pesadilla.

James parpadeó varias veces antes de mirar a la señorita Fields y luego a su hermana. El sueño se había desvanecido de sus ojos cuando por fin se volvió hacia Octavius.

—¿Mi… milord?

Octavius sintió una profunda ola de alivio en el cuerpo y soltó los hombros de James.

—Estoy aquí, pequeño. Todo está bien.

Todo podría haber sido muy diferente. Si Margaret no hubiera seguido a James, o si la señorita Fields no hubiera decidido buscar ayuda… pero en ese momento, no podía pensar en eso. Esa imagen en particular sería material de pesadillas.

La señorita Fields le ofreció una sonrisa reconfortante al niño.

—James, querido, estabas caminando en sueños y llegaste aquí. Estabas llamando al duque, por eso está aquí. ¿Qué dicen si regresamos todos a la cama?

James miró alrededor, se estremeció y asintió con la cabeza.

—Sí.

Margaret soltó un suspiro tembloroso, y los cuatro emprendieron el camino hacia la habitación de los niños. La señorita Fields le dio el candelabro a James y pasó una mano por los hombros de los dos hermanos mientras caminaban. Dentro de la recámara, como Octavius había predicho, Sophie dormía profundamente.

Si bien podía ser poco convencional que dos niñas y un niño compartieran una habitación a esa edad, desde que habían llegado a

la casa conmocionados y con los ojos descolocados, Octavius no quiso separarlos. Luego del incendio que había acabado con la vida de sus padres, los niños habían quedado solos en el mundo y dormir juntos los hacía sentir mejor. Con algo de suerte, eso cambiaría cuando pudieran ponerle fin al luto. Octavius quería creer que podían sanar luego de esa tragedia. Quería creer que los eventos de la infancia no proyectarían sombras que luego eclipsarían toda la alegría en la adultez.

Cuando Margaret y James estuvieron arropados en sus respectivas camas, Octavius se sentó en el borde de la cama del niño, y la señorita Fields se agachó frente a él.

—Has estado diciendo que el duque te odia… pero ¿de verdad piensas eso?

James alzó la mirada hacia Octavius.

—Creo que quizás sí. La… lamento haber tomado la pistola y haber asustado a Sophie, a la señorita Fields y a sus invitados. Yo… —tragó con dificultad y los ojos se le llenaron de lágrimas—. Me porté mal… Causo demasiados problemas. ¡Me va a echar!

Cuando el rostro del niño se desfiguró y comenzó a llorar, a Octavius se le rompió el corazón. La impotencia le pesaba en los brazos como un ancla. Alzó la mirada hacia la señorita Fields en busca de guía, pero esta se limitó a señalar a James con el mentón y hacer un movimiento con la cabeza.

Octavius tragó con dificultad. ¿Qué le estaba queriendo decir? «Abrácelo», le dijo, moviendo la boca sin emitir ningún sonido. De cualquier modo, no habría podido oírla sobre el llanto de James. Soltó el aliento. A él nunca lo había abrazado nadie cuando había llorado de esa forma. Suponía que su madre lo habría envuelto en sus brazos en alguna ocasión, pero las duquesas no abrazaban, y eso no era algo que esperara experimentar a no ser que fuera en los brazos de una amante. Se acomodó en la cama y, con cautela, envolvió los brazos alrededor del niño. James no se inmutó ni se apartó, tampoco se alejó asqueado; por el contrario, se aferró a él como una bola cálida, sudorosa y temblorosa.

—No… No te odio, James —le dijo con delicadeza esperando que el niño lo oyera por encima del llanto. Para su alivio, el muchacho se

calmó y los sollozos se apagaron—. Y nunca te echaré. Me temo que estás varado aquí conmigo, hasta el día en que estés tan cansado de mí que quieras huir a Oxford.

James tomó una profunda bocanada de aire temblando y alzó la mirada hacia él al tiempo que se secaba la nariz con el revés de la manga.

—¿No… no me va a echar?

A Octavius le costó mirar al niño a los ojos porque emociones puras de arrepentimiento, cariño y culpa se desataron en su interior como una peligrosa mezcla cálida que amenazaba con derramarse. Sin embargo, se obligó a mantener el contacto visual.

—No. A ninguno de los tres.

—¿Aunque haya tomado la pistola?

—Aunque hayas tomado la pistola… Pero eso no significa que puedas volver a tomarla.

El niño asintió entusiasmado.

—No, claro que no. No lo haré. Y le prometo que me comportaré bien en la velada de mañana.

Octavius asintió con la cabeza y soltó el aliento. De momento, la crisis parecía haber pasado. Miró a la señorita Field, que tenía su atención fija en él con una expresión de ternura que le provocó un vuelco en el corazón.

—Te arroparé, James —murmuró la institutriz—. ¿Crees que podrás volver a conciliar el sueño?

James volvió a mirar a Octavius y asintió con la cabeza al tiempo que se recostaba sobre la almohada.

—Gracias, milord… por no castigarme. Y por no odiarme.

Octavius asintió con el cuerpo tenso. Debería decirle algo más, reconfortarlo mejor, asegurarle que se preocupaba por él y por sus hermanas. Al final de cuentas, quería el puesto de presidente de la Junta de Comercio por ellos. Estaba dejando de lado la glotonería por ellos. Sin embargo, no pudo. No sabía cómo hacerlo. Se sentía como un tronco grande y rígido.

—Buenas noches —le dijo bruscamente.

Cuando se marchó de la habitación, no regresó a la cama, sino que aguardó a la señorita Fields en la oscuridad.

Al cabo de unos minutos, la vela apareció en la puerta de la habitación de los niños, y la institutriz avanzó hacia la escalera, donde la esperaba. Octavius dio un paso hacia ella.

—Señorita Fields…

La mujer soltó un chillido, asustada, y la vela cayó al suelo y se apagó rápido.

—Lamento haberla asustado —dijo Octavius al tiempo que se acercaba a ella. Sin el brillo de la llama, solo con la luz de las estrellas que se colaba por las ventanas en la pared de la escalera, apenas podía distinguir sus rasgos—. Yo… eh… —comenzó.

Se quedaron de pie en la oscuridad, y el aire entre ellos pareció cargarse de electricidad. Octavius podía inhalar el aroma suave a lavanda de su cabello y ver el ritmo acelerado de su pecho bajo la tela delgada del camisón.

—Gracias —le dijo—. Por venir a buscarme. Por ayudarme a darle lo que necesitaba.

La señorita Fields alzó la mirada gris, casi negra, hacia él.

—Lo ha hecho todo bien. Ha dicho precisamente lo que necesitaba oír.

Octavius arrastró los pies.

—No sabía qué decir. Carezco de la habilidad para cuidar a los niños.

—Se subestima. —La institutriz se sujetó la chalina alrededor de los hombros—. James necesitaba oír que no es una carga, que su espíritu, su curiosidad y su energía no son algo de lo que avergonzarse. Supongo que todos necesitamos saberlo… algunos de nosotros más que otros.

Un instinto lo hizo titubear.

—¿Algunos de nosotros? —la pregunta se le escapó de la boca antes de que pudiera contenerse, y la señorita Fields se quedó paralizada. A pesar de que no dijo más nada, Octavius supo que debía estar hablando de sí misma. ¿Acaso alguien la había hecho sentir vergüenza de su espíritu, su curiosidad y su energía? —¿No había dicho que la habían alentado a estudiar?

—Mi padre, sí. Mi madrastra, por otro lado, solía decirme que mis intereses eran poco adecuados para una dama. Que era demasiado.

—Demasiado… Qué cosa más ridícula para decirle a una niña.

Una sonrisa efímera asomó a los labios de la institutriz al oír el comentario.

—Es extraño, ¿no lo cree? A veces las personas más allegadas a nosotros nos traicionan de la manera más dolorosa. Como había vivido doce años de mi vida sin conocer a una madre, adoraba a mi madrastra cuando mi padre se casó con ella. Creía que era lo mejor que me había pasado en la vida, que ella sería la madre que siempre había anhelado… Como nunca tuvo hijos y solo tenía un sobrino del que cuidar, ella también me quería… Hasta que descubrió que tenía un interés profundo por la ciencia. Y me tildó de… antinatural. Se tornó más fría que el hielo.

Octavius no logró contenerse y le tomó el rostro entre las manos. Se maravilló de la sensación aterciopelada y cálida de su piel bajo su palma.

—No es antinatural. No es demasiado, señorita Fields. Es… —Luchó por encontrar las palabras indicadas, consciente de que se encontraban a solas en un pasillo en tinieblas con sus prendas de dormir—. Es exactamente lo que necesitamos. Lo que yo necesito.

La confesión quedó pendiendo entre los dos como un puente que ninguno de ellos se atrevía a cruzar. La señorita Fields entreabrió los labios, y Octavius se inclinó hacia ella atraído por fuerzas que no sabía nombrar ni mucho menos controlar.

—Milord… —susurró.

Octavius anhelaba corregirla, pedirle que lo llamara por su nombre…

Hacía menos de diez minutos, lo había visto en un acto íntimo, y nunca se había sentido más cerca de ella que en ese momento. Física y espiritualmente. El calor que irradiaba de su piel lo acariciaba. Si daba un paso más, podría envolverla en sus brazos y saborear esos labios suaves otra vez para demostrarle lo que tanto anhelaba hacerle.

Al diablo con sus consecuencias.

—¿Le sorprendió lo que vio en mi recámara? —le preguntó Octavius—. ¿La he aterrorizado?

Con satisfacción, vio cómo entreabría los labios aún más, y entornaba los ojos que parecían oscurecerse más aún en la penumbra.

—Le puedo asegurar que no me ha aterrorizado.

Octavius se permitió echarle un vistazo al cuerpo, y vio los pezones erectos rozando la tela del camisón. No podía apartar la mirada de sus senos, y el cuerpo le reaccionó de inmediato con una erección. No estaba aterrorizada, gracias al cielo… pero ¿era posible que estuviera leyendo las señales correctamente y que esa pequeña mujer serena estuviera… tentada? ¿Excitada?

La boca se le secó más que un desierto. Estaba tan cerca que podía estirar las manos y acariciarle los senos, jugar con sus pezones y verla abrir la boca como lo había imaginado antes.

—Y entonces, ¿qué pensó? —le preguntó obligándose a mirarla a los ojos.

A pesar de la oscuridad, pudo ver el rubor que se asomaba a las mejillas de la institutriz y la respiración acelerada.

—No sabía lo que estaba viendo. Me disculpo por haberme entrometido en su privacidad.

—Es bienvenida a entrometerse, señorita Fields.

Sus miradas se encontraron. El desafío estaba dicho. Si se movía, sabía que no lo rechazaría a pesar de sus diferentes estatus sociales y todo lo que iba en contra de la falta de decoro. Y, por Dios, cómo lo deseaba… Lo anhelaba… Tenía que hacerlo.

Sin embargo, no pudo. Porque la querría todas las noches, todos los días, a su lado, respirando el mismo aire que él. Y entonces ¿qué ocurriría?

Octavius era su empleador, y ella se encontraba bajo su protección y responsabilidad. No podía usarla y saciar su glotonería con ella. Eso no solo causaría que la institutriz se marchara, sino que la arruinaría para siempre.

Esa mujer había llevado paz a su hogar y les había dado a los pobres niños algo que él jamás había podido ofrecerles. Había visto la aflicción de James y había sabido exactamente qué hacer. Se merecía algo mejor que un hombre que no pudiera controlar sus apetitos. Un hombre que hacía pocos instantes había estado perdido

en sus fantasías con ella mientras un niño lloraba desconsolado en la planta superior.

Y casarse con ella estaba fuera de discusión. No podía casarse tan por debajo de su condición social. No solo por su candidatura a la presidencia, sino porque tenía que demostrarle a su padre que no era un glotón sin valor alguno. Su querido padre le había asegurado que ninguna mujer nacida en la nobleza accedería a casarse con un desgraciado como él, que solo una criada lo aceptaría y que la estirpe de Eccess se diluiría para siempre con la sangre de los plebeyos. No podía demostrarle que había estado en lo cierto.

Con un esfuerzo enorme, Octavius dio un paso hacia atrás.

—Debería regresar a su habitación —le dijo con la voz más ronca de lo que le hubiera gustado—. Antes de que alguien nos vea así.

Una mirada de dolor atravesó los ojos de la señorita Fields, pero desapareció pronto bajo la máscara del decoro.

—Por supuesto.

Octavius deseó acariciarla y asegurarle que no la estaba rechazando a ella, sino a sus propios apetitos. Sin embargo, se quedó petrificado en su lugar, mientras ella se cerraba la chalina por el cuerpo.

—Buenas noches, milord.

La formalidad del saludo sonó como una puerta cerrándose de un golpe entre ellos.

—Buenas noches, señorita Fields.

Octavius la observó tomar la vela que se le había caído y subir las escaleras hacia el ático. Acto seguido, regresó a su habitación, donde lo aguardaban en la oscuridad la silla y la evidencia de sus actividades. En lugar de reanudar la tarea interrumpida, se detuvo frente a la ventana y clavó la mirada en el jardín cubierto de nieve. Recordó un par de ojos grises y el modo en que le dijo que ella también sabía lo que era ser demasiado.

Por primera vez en muchos años, el placer físico le parecía menos atractivo que la posibilidad de compartir su verdadero ser con una mujer.

Y esa epifanía lo aterrorizó más que cualquier pistola jamás.

10

A LA TARDE del día siguiente, Temperance se detuvo frente a un pequeño espejo con las manos temblorosas para ajustarse el rígido tocado de institutriz que llevaba sujeto con horquillas. El modo en que Octavius la había mirado en el pasillo en penumbras, la ternura ruda en su voz cuando le preguntó acerca de su infancia y el enfado por lo que le había ocurrido… ¿Y el momento en que lo vio desnudo en su recámara haciendo algo maravilloso e íntimo?

Le había parecido la personificación de la energía masculina; un hombre hermoso y poderoso que no se avergonzaba de sus deseos o anhelos… Había algo muy atractivo en eso. Temperance se preguntó cómo sería vivir de ese modo. Incluso ahora, que habían pasado varias horas, la intimidad de haberlo encontrado desnudo le producía una ola de calor en el pecho.

Apenas había logrado conciliar el sueño, se la había pasado recordando todos los sucesos de la noche anterior; revivió el modo en que el duque había ayudado a James mostrándose amable y paciente con el niño. El momento en que se había encontrado de pie cerca de ella, lo bastante cerca como para que sintiera el calor que irradiaba de su cuerpo a través del delgado camisón. Y recordó cómo, por una décima de segundo, creyó que iba a besarla. Peor aún, lo había deseado.

«Es exactamente lo que necesitamos. Lo que yo necesito».

Las palabras le resonaron en la mente mientras se alisaba el sencillo atuendo marrón y se aseguraba de que todos los rizos

estuvieran en su lugar. La noche anterior, había sentido que algo había cambiado entre ellos, como si hubieran admitido sin palabras que podrían ser más que un empleador y su institutriz. Que podrían ser… ¿qué? ¿Una familia?

Ese pensamiento la aterrorizó y la entusiasmó en igual medida. Por primera vez desde la muerte de su padre, tuvo un destello de cómo podría sentirse pertenecer a algún sitio. Ser querida no por su fortuna ni por su estirpe, sino por quien era.

Temperance nunca había deseado un marido ni nadie que la controlara. Y el duque de Eccess estaba determinado a vivir una vida libre de escándalos para conseguir el puesto de presidente. Lo que menos necesitaba era una esposa.

«Resiste hasta Navidad», se dijo. «Luego podrás reclamar tu herencia y desaparecer para siempre de su vida». Sin embargo, el recordatorio la hizo sentir más vacía que nunca. La noche anterior algo fundamental había cambiado. Temperance ya no se estaba solo ocultando en su casa. Estaban comenzando a importarle. Tanto los niños como él.

Recordó que no podía limitarse a pasar el día frente al espejo; tenía un trabajo que hacer. Salió de la habitación y fue a la de los niños para buscarlos. Cuando los tres estuvieron listos, bajaron a la planta del medio de la casa del duque de Eccess. El sonido de risas y voces que provenían del vestíbulo de entrada la hizo detenerse en seco en las escaleras, pero los niños siguieron bajando delante de ella. Desde donde se encontraba, podía ver a los invitados que iban llegando. Divisó vestidos hermosos en volandas y destellos de joyas y oyó los repiqueteos de las botas de los caballeros contra el suelo.

—¿Viene, señorita Fields? —le preguntó Sophie y se volvió a mirarla.

—Sí. —Temperance se obligó a sonreír—. Claro que sí.

Mientras descendía con cautela, sintió que con cada paso se desvanecía el suelo bajo los pies. Se preguntó qué probabilidades habría de que su madrastra y lord Langston acudieran esa noche. Había muchas damas y caballeros entre los miembros de la alta sociedad de Londres, aunque ahora que era invierno, muchos menos permanecían en la ciudad. Sin embargo, era posible que estuvieran

invitados a la velada del duque, por más que su familia no hubiera tenido conexión alguna con los Eccess y nunca hubiera oído a su madrastra hablar del duque. Pero entonces, ¿por qué estaba preocupada al punto de tener el estómago revuelto?

Temperance y los niños entraron en el salón, donde unas veinte personas se encontraban reunidas y hablaban en pequeños grupos. Reconoció a las duquesas de Rath, Luhst y Pryde, así como también a sus respectivos esposos. Los duques de Enveigh, Irevrence y Fortyne también se encontraban allí, y la mirada cálida del duque de Enveigh encontró la suya. Por fortuna, no vio ningún indicio de *lady* Auster ni de lord Langston en el salón, y la tensión se le empezó a desvanecer de los hombros.

El duque de Eccess, que se encontraba frente a la puerta saludando a los invitados que seguían llegando, la dejó sin aliento.

—Han llegado —los saludó a los niños—. Muy bien. Pásenlo bien, y demuéstrenme que pueden comportarse.

—Si pudiera tener una copa de coñac… —murmuró James con una sonrisa pícara. Era evidente que volvía a sentirse como de costumbre. Temperance intentó contener una sonrisa al oírlo.

—Nada de coñac —masculló el duque—. Ni de pistolas.

—Es mi primera velada —dijo Sophie llena de orgullo.

—Si se portan bien, no será la última —prometió el duque.

La niña enderezó la espalda.

—Me portaré bien. Puede que James no lo haga, pero yo sí.

James la fulminó con la mirada.

Margaret parecía toda una dama y mantuvo la cabeza en alto, llena de gracia, con los ojos destellando de entusiasmo mientras recorría la sala con la mirada.

—Iré a saludar a los invitados como la dama de la casa.

Octavius se rio y miró a Temperance a los ojos.

—Muy bien, señorita Fields. Parece que los niños están listos. No los pierda de vista.

—Por supuesto, milord.

Hizo una reverencia y, al pasar por delante de él, la calidez de sus ojos marrones la siguió, haciéndole sentir un cosquilleo en el

pecho. Su aroma a cuero, vainilla y sándalo le produjo otro en las piernas.

Luego de entrar en el salón, buscó un sitio desde el cual observar a los niños. Se quedó de pie a su lado mientras saludaban a los seis duques y las tres duquesas, que parecían encantados de ver a los niños a pesar de lo ocurrido el día de San Nicolás.

A cinco o seis pasos del grupo, oyó una conversación que la hizo ruborizar de vergüenza y le cerró la garganta presa del pánico.

—… ¿han oído algo? ¿La Heredera Loca sigue en fuga?

—¿Se pueden imaginar el horror que está atravesando *lady* Auster? ¿Y toda la miseria que esa niña desquiciada le ha provocado a una condesa luego del fallecimiento de su marido?

A Temperance le subió el calor por el pecho, el cuello y el rostro.

—Pobre *lady* Auster —dijo una tercera voz femenina—. ¡Espero que ninguna de mis hijas se vuelva así de peligrosa!

«Peligrosa…». A Temperance se le nubló la vista al tiempo que la primera mujer chasqueaba la lengua.

—La ciencia… el fluido eléctrico… pero ¿qué mujer en su sano juicio ocuparía su tiempo con ese tipo de cosas?

—Sí… —dijo la segunda mujer—. Pertenece a Bedlam. No hay nada más que escándalo allí. Cualquier familia que se relacione con *lady* Agatha quedará mancillada para siempre.

Temperance sintió como si se le achicaran las costillas y tuvo que luchar por respirar. Durante un momento, temió perder el conocimiento, pero una silueta alta e imponente se detuvo entre ella y las tres mujeres que no dejaban de intercambiar chismes. Era el duque de Enveigh.

El caballero comenzó una conversación que Temperance siguió a duras penas concentrándose en sus palabras y en lo que podría decir para responderle. Con gran habilidad, el duque la condujo lejos del grupo, y Temperance sintió el alivio cosquillándole la piel. Él conocía su secreto… y aunque de momento no representaba ninguna amenaza, tenía poder sobre ella. Y eso le ponía los nervios de punta.

—Le traje esto —le dijo con un tono suave—. Para James.

El duque de Enveigh le mostró un antiguo reloj de bolsillo de plata adornado con unos entallados complejos. La cobertura de cristal estaba rajada y rayada, pero se veían unos números romanos y unas manijas ornamentadas.

—Es viejo y, de momento, no funciona. Supongo que hay que repararlo. ¿Le molestaría que se lo dé? Me pareció que se beneficiaría con un objeto menos destructivo que pudiera estudiar… pero quería consultarlo con usted antes, por si tiene otro plan.

Temperance estudió al duque. Los ojos grises de acero se veían cálidos posados en ella.

—Qué considerado —murmuró—. No me molesta. Creo que a James le encantará.

El duque de Enveigh asintió con la cabeza y sus labios le obsequiaron una sonrisa apenas visible.

—Muy bien. En ese caso, se lo daré.

Temperance asintió con la cabeza intentando no pensar en el modo en que la había acorralado. Margaret la observaba, llena de curiosidad.

—Gracias.

—Y también… —el duque de Enveigh le ofreció una sonrisa—. Me preguntaba si sería muy atrevido de mi parte o, quizás no deseado, considerando que intenta evitar las apariciones en público, pero dudo que *lady* Auster y su sobrino acudan a ese tipo de evento, dado que aseguran que la ha electrocutado…

Temperance frunció el ceño y sintió algo pesado en el esternón.

—¿Qué tipo de evento?

—En seis días, hay una exhibición en el Egyptian Hall de Piccadilly: «Las maravillas de la electricidad». Dicen que van a hacer una demostración del beso eléctrico.

La mirada del duque se posó en sus labios al pronunciar la palabra «beso», y Temperance se tensó. Era una reacción completamente opuesta a como la hacía sentir el duque de Eccess. Las atenciones de ese hombre se sentían extrañas y no adecuadas.

—¿El beso eléctrico? —preguntó como si no tuviera interés alguno en el tema.

El duque asintió.

—Creí que, dado su interés en el fluido eléctrico, podría disfrutar el evento. Me gustaría llevarla. Y, por supuesto, me aseguraría de que todo sea decoroso y se encuentre a salvo de las personas que desea evitar.

Sonaba como si la estuviera… cortejando. El duque era demasiado amable con ella, demasiado considerado, ¿no? El duque de Enveigh no la conocía, ¿y ahora quería llevarla a una exhibición nocturna?

¿Acaso sus atenciones se basaban en ella… o en su dinero? Él era el único que conocía su verdadera identidad. Si la ayudaba a proteger su fortuna hasta que pudiera heredarla y luego le ofrecía matrimonio, se beneficiaría con su dinero. Se estaría encerrando en la prisión de otro hombre como Bartholomew… quizás más bondadoso, pero seguía siendo un hombre que se adueñaría de ella desde un punto de vista legal.

Aunque fuera un hombre amable y decente, tendría todo el control legal sobre ella. Ese pensamiento la impulsó a buscar una ruta de escape. Su mirada encontró a Octavius al otro lado del salón, enfurruñado frente a la puerta, con la mirada clavada en ella y Enveigh. Su empleador tenía el ceño fruncido, parecía tenso y movía el mentón en un gesto enfadado. A pesar de que apreciaba la consideración de Enveigh, le pareció mejor detener cualquier esperanza que pudiera albergar hacia ella.

—Me temo que no sería prudente —le respondió con la mayor amabilidad que pudo—. Por fascinante que suene.

El duque de Enveigh asintió con la cabeza intentando ocultar la desilusión que le provocó su respuesta. Temperance intentó sonreír.

—Sin embargo, apreciaría mucho si pudiera enviarle una carta a mi abogado, el señor Barton. Temo enviarla por correo porque su empleado, el señor Stokes, u otra persona podría estar observando la oficina e intervenir. Pero si se la pudiera entregar en persona…

El duque asintió con la cabeza.

—Claro. Lo que desee. ¿Tiene la carta consigo?

—No, pero la escribiré ahora y se la daré.

Aunque todos sus instintos la empujaban a huir, Temperance extrajo un anotador y un lápiz del secreter que había en una esquina

de la sala y tomó asiento en un sitio donde podía seguir observando a los niños. Luego comenzó a escribir. Al terminar, arrancó la página, la plegó y la dirigió al señor Burton. Tras ponerse de pie y entregársela al duque de Enveigh, el hombre asintió y prometió ayudarla. Ahora que el asunto estaba concluido, se disculpó y volvió a tomar asiento. Se hundió más en la silla y dejó caer los hombros. Volvió a respirar con normalidad al notar lo bien que se estaban comportando los niños.

—¡La condesa de Auster y Bartholomew, lord Langston! —anunció de repente el mayordomo, y Temperance se quedó congelada.

No. No, no podía ser posible.

La condesa era una mujer majestuosa que parecía dulce, rolliza y digna de confianza. Con la sonrisa encantadora y las pestañas alargadas, tenía el aspecto de una cálida y sabia muñeca de porcelana. Era hermosa y elegante, con el cabello rubio platinado recogido en un perfecto moño, decorado con flores de seda y perlas y un broche de zafiro que Temperance nunca antes había visto. *Lady* Auster siempre había tenido joyas exquisitas que su padre le había regalado, pero esa en particular tenía un diseño más sofisticado y las gemas relucían bajo la luz de las velas como estrellas. Era evidente que esa joya era más nueva y mucho más extravagante que cualquier otra que su padre le hubiera regalado. Era algo que una mujer se ponía para demostrarle al mundo entero que era adinerada.

Era una mujer de lo más engañosa que se las había ingeniado para encantar a todos aparentando ser bondadosa y comprensiva. Hasta la misma Temperance había confiado en ella. Lo que había sido un grave error.

Lord Bartholomew Langston se encontraba justo al lado de ella, con la espalda ancha erguida en una pose orgullosa y el mentón en alto como todo un aristócrata. El caballero tenía rasgos agradables, con el cabello rubio ondulado, unos intensos ojos azules y, al igual que su tía, un rostro joven, casi infantil, a pesar de tener veinticinco años.

El par de recién llegados entró en la sala y la recorrió con la mirada, al tiempo que Temperance se incorporaba de un salto. Por fortuna, aún no la habían visto.

De repente, no logró sentir el suelo bajo los pies ni pudo inspirar el aire que necesitaba para pensar con claridad. Estaban allí.

El duque de Enveigh la miró desde el otro lado de la habitación con los ojos abiertos como platos. Acto seguido, se apresuró a avanzar al encuentro de *lady* Auster y lord Langston y los saludó de manera tal que los posicionó de espaldas a Temperance.

Temperance sintió una ola de gratitud. El duque la estaba ayudando… A lo mejor, sí podía confiar en él. Pero en ese momento tenía que marcharse. Tenía que salir de la habitación y desaparecer… ocultarse. Eso era exactamente lo que había temido al tomar ese puesto y su peor temor se había vuelto realidad. Con cautela avanzó pegada a la pared, deseando tener la habilidad de fundirse con ella. En ningún momento despegó la mirada de su madrastra o de Langston.

El corazón le latía desbocado en el pecho al dar tres pasos más hacia la ventana, con la mirada clavada en las nucas de los recién llegados. ¿Podría evitarlos? ¿Podría seguir ocultándose allí ahora que sabía que conocían al duque de Eccess?

La escalera principal se encontraba detrás de ellos. Tendría que pasar por delante de su madrastra y lord Langston para llegar a ella, y cualquier movimiento repentino en las escaleras llamaría la atención de todos los presentes. ¿Y si la veían ahora? Un estremecimiento la recorrió de pies a cabeza al tomar dos pasos más.

Estaba cansada de huir y de sentir miedo. Tenía una carta más que jugar, pero era demasiado arriesgado. El recibo de la tienda de empeños se encontraba oculto en la casa londinense de su padre… que estaba lo suficientemente cerca de allí como para ir a pie.

Si lograra hacerse con el recibo, podría confrontar a *lady* Auster y a Bartholomew. Podría amenazarlos con abrir una causa penal en contra de él y enviar una copia a todos los periódicos, algo que su padre había tenido la bondad de no hacer. No obstante, intentar irrumpir en la casa de su padre era sumamente peligroso. Podrían

atraparla. Su madrastra, Bartholomew o incluso sus leales criados podrían verla, y luego todas las esperanzas se harían humo.

Tenía que ser Temperance Fields, no *lady* Agatha. Tenía que tener cuidado, ser lógica y evitar los riesgos. Solo necesitaba aguardar un poco más y permanecer a salvo hasta Navidad.

Sin embargo, si ellos dos se convirtieran en invitados frecuentes del duque de Eccess, no podría evitarlos para siempre. El pánico hizo que le diera un vuelco al estómago y la mente se le quedara en blanco. «Huye», le aconsejó una voz en la cabeza. «Huye, tienes que huir». Tendría que renunciar esa noche.

Lady Auster comenzó a volver la cabeza hacia Temperance, que reaccionó por instinto y se dirigió a toda prisa hacia las puertas francesas que se abrían hacia el balcón y se ocultó detrás de las pesadas cortinas de terciopelo que las enmarcaban. La tela gruesa le brindó un santuario temporal mientras se apretaba contra el cristal frío y luchaba por controlar la respiración acelerada.

Un profundo alivio la embargó, pero duró poco. Unos pasos resonaron al otro lado de la cortina. De repente sintió una presión en el pie que la dejó anonadada. Algo se había chocado con su zapatilla, que sobresalía del borde de la cortina. Antes de que lograra reaccionar, la presión desapareció, y una voz masculina soltó un aullido de sorpresa. El aire se llenó del claro sonido del cristal repiqueteando contra la bandeja de plata. Un momento de silencio sepulcral y… el estrépito que siguió pareció resonar por todo el salón.

Todos los invitados soltaron jadeos o gritos de conmoción. Con el corazón acelerado, Temperance se atrevió a echar un vistazo por la pequeña brecha entre las cortinas. Vio a un lacayo despatarrado en el suelo, rodeado de cristal hecho añicos, una bandeja de cristal y vino tinto desparramado por doquier. En el centro de la desgracia, se encontraba de pie Robert Jenkinson, conde de Liverpool y primer ministro del Reino Unido. El caballero se mantuvo erguido mientras el líquido de color borgoña se le deslizaba por el rostro y le manchaba tanto el inmaculado pañuelo blanco como la camisa a juego.

Para el horror de Temperance, justo al lado de la cortina, donde había estado su pie, se encontraba James. No podía ver su rostro, pero tenía los hombros en alto, la espalda tensa y las mejillas comenzaban a sonrosarse.

—¡James! —la voz de Octavius sonó como un latigazo en pleno silencio—. ¡Otra vez no!

—Pero no he sido… —masculló el niño.

—Mis más sinceras disculpas, lord Liverpool —lo interrumpió Octavius, avanzando con una expresión atormentada—. Por desgracia, mi pupilo ha causado incidentes similares en el pasado.

—Pensé que iba a crear un evento impecable, milord —farfulló lord Liverpool.

El duque de Eccess se veía de lo más estresado y pasó la mirada por la habitación.

—¿Dónde está la señorita Fields, James?

A Temperance se le retorció el estómago del temor. El corazón le latía tan acelerado que apenas podía escuchar sus propios pensamientos.

James dejó caer la cabeza, derrotado.

—No lo sé… Creí verla aquí. Vine a preguntarle…

Oh, no, era todo su culpa.

Como si las cosas no pudieran empeorar, lord Bartholomew Langston apareció entre la multitud y le ofreció un pañuelo inmaculado al primer ministro.

—Qué desgracia, milord. Uno podría observar que la calidad del manejo de un hogar suele reflejar la atención a los detalles que presta… el señor. Y creo que eso es igual de importante a la hora de lidiar con temas gubernamentales y «comerciales».

La sugerencia quedó pendiendo en el aire como la hoja de una guillotina. Temperance se sintió muy mortificada.

Mientras James miraba alrededor de la sala, su mirada se posó en la de ella, que se vio enfrentada a una terrible decisión. Si se quedaba escondida, el niño tendría que asumir la culpa por el error de ella. Pero si James delataba dónde se ocultaba o si decidía abandonar su escondite y aceptar la responsabilidad de sus actos, la

atraparían y la revelarían como la Heredera Loca antes de encerrarla en el manicomio…

«¡Huye! ¡Huye!». Llevada por el pánico y no por la lógica, Temperance abrió las puertas del balcón y salió al aire de la noche. Afuera estaba oscuro. Solo los destellos dorados de las velas del interior alumbraban el suelo del balcón cubierto de nieve. La tormenta de diciembre le perforaba las prendas como dagas. El viento le arrojaba copos de nieve al rostro sin dejar de rugir. Dentro, la luz cálida iluminaba los rostros de los invitados que habían reanudado la celebración y ahora conversaban, reían e intercambiaban chismes, con joyas que destellaban, moños brillantes y mentones afeitados al ras.

Temperance se encontraba sola, afuera, como el bicho raro de la sociedad… La Heredera Loca. De hecho, comenzaba a pensar que estaba loca al creer que podría escapar y que convertirse en la institutriz de un duque era un plan inteligente para evitar a quienes le estaban dando caza.

Temperance miró alrededor. No había otra manera de entrar. Iba a tener que descender. Con el corazón acelerado, pasó una pierna por la balaustrada de hierro y los dedos se le entumecieron contra la baranda cubierta de hielo. Pasó la segunda pierna y se agachó para sujetarse a la parte inferior de la baranda. La caída parecía larga, y la nieve seguía cayendo y se le clavaba en los ojos. Sujetó la baranda con toda la firmeza que logró reunir y dejó las piernas colgando en el aire. Estimó que había entre dos y tres metros entre sus pies y el suelo. Le rogó apoyo a su padre y se soltó. Durante un momento aterrorizador, cayó… Las faldas se le subieron, se golpeó contra el suelo y sintió un dolor agudo en el tobillo.

Temperance silenció el grito de dolor e intentó recuperar el aliento. Ni siquiera sentía frío de lo rápido que le latía el corazón por el temor. Se las ingenió para ponerse de pie mientras calmaba la respiración y avanzó cojeando entre la nieve para dar la vuelta a la casa y usar la entrada de los criados. El tobillo iba mejorando con cada paso que daba, aunque seguía apoyándose más sobre la pierna sana. Subió las escaleras de los criados con un solo pensamiento en mente. Tenía que marcharse.

Le llevó cinco minutos juntar sus pocas pertenencias. Lo que necesitaba era dinero, parte de su salario. Había pasado menos de dos semanas allí, y el salario que le había prometido el duque de Eccess la ayudaría a encontrar alojamiento. Quizás hasta bastaba para no tener que buscar otro puesto de trabajo. El corazón se le desgarró en dos al pensar en los niños. Iba a ser la séptima institutriz que los abandonaba…

A pesar del dolor en el tobillo, Temperance logró bajar las escaleras de los criados y pedirle a uno de los lacayos que le dijera al duque que necesitaba hablar con él en la entrada de servicio, en la parte trasera de la casa.

El duque de Eccess llegó al cabo de varios minutos con el ceño fruncido. Tras echarle un vistazo a la pelliza y la bolsa que llevaba en la mano, puso mala cara. En la luz tenue que provenía de detrás de las escaleras, Temperance se sentía expuesta a su mirada penetrante.

El duque se acercó lo suficiente como para que pudiera ver la preocupación detrás de la ira, lo suficiente como para que su presencia llenara por completo el pequeño espacio.

—¿Qué es todo esto, señorita Fields?

—Lo siento. Debo pedirle mi salario y entregar mi renuncia con efecto inmediato.

—¿Su renuncia?

Al mirar sus ojos café, sintió un agradable estremecimiento en todo el cuerpo.

—Me temo que sí. Por favor, págueme el salario, milord, y puede regresar con los invitados.

Una tormenta se desató detrás de los ojos que se habían tornado casi negros. Una línea dura se le formó en el mentón mientras la observaba con el pecho enorme subiendo y bajando.

—¿Por qué?

Temperance tragó con dificultad. La mente se le aceleró en busca de un motivo que no lo ofendiera ni a él ni a los niños, pero no logró encontrarlo. El pánico y el temor le dejaron la mente en blanco. Algo acerca de que su familia la necesitaba… pero ¿qué familia? Estaba enredada en tantas mentiras que no sabía qué decirle.

—¿Va a huir con él? —le preguntó el duque de Eccess acercándose más, y Temperance retrocedió hasta sentir la pared de piedra fría contra la espalda.

La pregunta la dejó tan anonadada que solo atinó a parpadear.

—¿Con quién?

Temperance se quedó sin aliento cuando el duque apoyó las manos sobre la pared a ambos lados de su cabeza. Estaba atrapada por el calor que emanaba de su cuerpo y la intensidad de sus ojos oscuros.

—Enveigh. He visto el modo en que susurran y siempre intentan encontrar un rincón tranquilo para hablar a solas…

—Milord…

—¿La ha seducido? Por Dios, ¿la ha deshonrado? —la voz del duque de Eccess se volvió tan baja y cargada de amenaza que le resonó en las costillas.

—¡No! ¿Cómo se atreve a pensar que yo…?

El duque tomó una profunda bocanada de aire y luego la soltó.

—Disculpe. Tiene razón, pero no era su honor lo que estaba cuestionando.

Temperance parpadeó, sin saber qué pensar de esa acusación.

—Yo… Le aseguro que mi renuncia no tiene nada que ver con el duque.

Eccess bajó las manos a sus hombros y la rozó con sorprendente suavidad. El calor de sus palmas atravesó la tela del vestido, y Temperance tuvo que luchar contra el deseo de acercarse a su fortaleza.

—¿Se trata de los niños? ¿O de mí? —La voz era apenas un susurro, y Temperance sintió el roce de su aliento contra la frente—. Debo ser yo. Tiene a los tres diablos comiendo de la palma de la mano. Es la primera institutriz que ha marcado una diferencia…

—No se trata de los niños ni de usted. —Temperance no soportaba que los niños creyeran que se marchaba por ellos, cuando le hubiera encantado seguir trabajando con ellos y viviendo en esa casa, con él.

—Entonces ¿por qué?

Temperance intentó dar un paso al costado y escapar de la abrumadora cercanía del duque, pero al apoyar el peso en la otra pierna, un dolor agudo le perforó el tobillo.

El duque bajó la mirada y vio el movimiento.

—¿Está herida?

—No es nada, solo me he tropezado.

El duque de Eccess le sujetó la muñeca con firmeza delicada y el pulgar se le detuvo sobre el pulso.

—No me mienta.

Temperance no quería mentirle, pero ¿cómo podría decirle la verdad?

—Debo irme, milord. Me temo que el trabajo es muy desafiante.

Temperance sintió que se podría haber ahogado en la preocupación que le vio en los ojos. La mano libre del duque le acarició la mejilla y le ladeó la cabeza hacia él.

—Entonces ¿se trata de los niños?

—No. Son seres humanos maravillosos que necesitan el amor y la guía adecuada. Pero… estoy cansada.

—Le daré lo que sea que demande, señorita Fields. Lo que sea. Le daré los fines de semana libres. Le duplicaré el salario.

—No, eso no es…

—Se lo triplicaré.

—Milord…

—Se lo cuatriplicaré. Y si dice que el trabajo es muy duro, se lo haré más fácil. Es fácil ver que su vida no es más que trabajo. No está disfrutando nada. Corregiré eso.

Temperance tragó con dificultad. Deseó poder decirle la verdad. No estaba huyendo ni de él, ni de los niños, ni tampoco del trabajo, sino del manicomio… o de un matrimonio forzado que la destruiría. Sin embargo, ya le había mentido. Si le decía la verdad ahora, se arriesgaría a que la delatara con su madrastra…

Unos pasos serenos se acercaron por el pasillo y, cuando la puerta se abrió, vieron a Margaret. El duque de Eccess bajó las manos de inmediato y dio un paso hacia atrás, y Temperance sintió la pérdida de calor como un dolor físico. La piel le cosquilleaba en

los puntos donde la había acariciado y tuvo que apretar las manos contra los laterales del cuerpo para obligarse a no buscarlo.

—Me pareció oír voces… —La mirada de la niña se detuvo en la bolsa de viaje—. ¿Se marcha, señorita Fields? —La voz le tembló de dolor.

A Temperance le dio un vuelco el estómago.

—Yo… eh…

—Es por nosotros, ¿no? —le preguntó la joven con lágrimas en los ojos—. James dijo que la vio salir. Somos demasiado. Nadie nos tolera.

«¡No!». No podía marcharse. Por más que la atraparan y la encerraran en un manicomio, no podía permitir que los niños creyeran que era su culpa. El duque de Eccess tenía razón: estaba haciendo mucho progreso con ellos. Si los abandonaba de ese modo, justo cuando habían comenzado a mejorar, los destruiría. No quería hacerles daño.

—No —dijo Temperance y se obligó a sonreír—. No. No me marcho.

La mente se le aceleró desesperada en busca de una solución. Debía pedirle que la excusara de eventos sociales. Eso era mucho más importante que un aumento de salario.

Sin embargo, sería sospechoso. ¿Qué tipo de institutriz solicitaría algo tan inusitado sin un buen motivo? ¿Cuántas preguntas más le haría el duque a raíz de eso? Una institutriz que se rehusaba a acompañar a sus pupilos a los eventos de la sociedad no parecería ni competente ni de confianza. De seguro *lady* Auster y lord Langston no acudirían a ninguna otra velada en esa casa antes de Navidad y, si lo hacían, fingiría estar enferma y se quedaría en la recámara de los niños.

—No me marcho —dijo Temperance con la mayor alegría que logró reunir—. Durante un momento, lo consideré, pero el duque es un excelente negociador y un muy buen empleador. No tiene nada que ver contigo ni con tus hermanos. No… no podría estar más feliz de quedarme.

Pero ¿cuánto tiempo podría ocultarse cuando sus atormentadores estaban bien conectados con el duque de Eccess?

11

MÁS TARDE ESA MISMA NOCHE, luego de que todos los invitados se hubieran marchado, Octavius se encerró en el estudio y lo recorrió de un extremo al otro. Luego de la catástrofe de la noche y la conmoción de haber estado a punto de perder a la señorita Fields, les había pedido a sus seis amigos, los otros lores de los pecados, que se quedaran con él a aconsejarlo.

Las manos le temblaron mientras vertía coñac en seis copas, y el líquido marrón rojizo destellaba seductor a la luz de las velas. Por todos los cielos, cómo deseaba beberse hasta la última gota en lugar de servírselo a sus amigos.

Octavius tomó una profunda bocanada de aire.

—Debía ser la velada perfecta, mi primera oportunidad de demostrarle al primer ministro que puede confiar en mí. Pero James…

Y luego de la conversación que había tenido cuando el niño había caminado en sueños… cuando le prometió que se comportaría bien.

—¿Estás seguro de que fue James? —preguntó Enveigh.

Al ver a Archibald, Octavius sintió que el estómago se le retorcía de ira y celos. Aborrecía el modo en que su amigo, uno de sus mejores amigos llegado el caso, le prestaba tanta atención a la mujer que ocupaba cada uno de sus pensamientos. Enveigh era un libertino y buscaba una heredera adinerada para resolver sus problemas financieros. Una institutriz empobrecida estaba muy por debajo del rango de un duque, y Enveigh nunca consideraría ser

honesto con ella y pedirle matrimonio. Pero, por más que lo hiciera, de pensar en Enveigh y Temperance frente al altar, de imaginársela con el anillo de bodas de él y un hermoso vestido de novia, a Octavius se le retorció el estómago aún más y la furia le burbujeó en el pecho.

Irevrence frunció el ceño.

—¿Solo seis copas? ¿Sigues sin beber?

Octavius hizo una mueca.

—Sí.

Sus seis amigos intercambiaron una mirada de perplejidad, y Octavius puso los ojos en blanco.

—Solo hasta que me den el puesto de presidente de la Junta de Comercio. Ese es el motivo de que estemos aquí reunidos.

—Pero Archibald hizo una pregunta excelente. —Dorian, el duque de Rath, estaba sentado cómodo en su silla con una pierna cruzada sobre la rodilla y las cejas oscuras fruncidas—. ¿Por qué estás tan seguro de que fue James?

—Estoy seguro porque es lo que les gusta hacer a los tres. Atormentar a los criados. Atrapa ratones y los libera por toda la casa, dándoles un susto de muerte tanto a las criadas como a los lacayos. La cantidad de bandejas con comida y bebida que han sido víctimas de esas picardías…

Aunque, por supuesto, el niño no había hecho nada de eso últimamente. Y eso se debía a la señorita Fields. Octavius hizo el pensamiento a un lado y llevó las bebidas por la sala para que todos los duques tomaran una. Pero cuando Enveigh tomó la última copa, algo se le retorció en el pecho.

—Qué curioso —masculló sin poder contenerse—. Lo fácil que se te da tomar lo que le pertenece a otro.

La mano de Enveigh se congeló sobre la copa.

—El coñac es tuyo, Octavius, pero soy tu invitado. Tú me lo has ofrecido.

—¿Ah, sí? —Las palabras sonaron más duras de lo que quiso—. A veces me pregunto qué más te he ofrecido sin darme cuenta.

El doloroso recuerdo del modo íntimo en que Archibald y la señorita Fields se habían acercado para conversar más temprano se

le vino a la mente. El regalo que Archibald había traído para James era algo que Octavius hubiera deseado que se le hubiera ocurrido a él. ¿Qué tan difícil hubiera sido encontrar un reloj de bolsillo roto? No, había tenido que ser Archibald quien lo encontrara y así se ganara aún más la estima de la institutriz.

Dorian bebió un sorbo de coñac.

—¿De qué quieres hablar, Eccess?

Octavius se aclaró la garganta.

—Me temo que la travesura de James me haya costado la presidencia. Necesito su ayuda para restaurar la situación.

—Claro, lo que necesites —dijo Roderick, el duque de Fortyne—. ¿Qué podemos hacer?

Octavius pensó en la época en la que solían pasar fines de semana enteros en Elysium, bebiendo hasta el amanecer, haciendo apuestas escandalosas y entreteniendo a damas de reputación cuestionable. El recuerdo de esa libertad, de la glotonería pura en todos los sentidos de la palabra, le hizo sentir pesar en el pecho. Pero ese era el antiguo Octavius. El que no intentaba demostrar que era digno de un prestigioso puesto en el gobierno.

—¿Qué puedo hacer para aplacar al primer ministro y a los demás miembros de la Junta de Comercio? —preguntó—. Ahora, no caben dudas de que lord Sinclair, el otro candidato cuyo pupilo no ha derramado nada sobre el primer ministro, se ve más favorecido.

—No lo dejaremos ganar. —Fortyne se puso de pie, y el abrigo de color violeta oscuro se le estiró por los hombros musculosos.

Luego de dos horas de acalorada discusión, los seis duques trazaron una estrategia completa: un simposio de comercio seguido de un baile de Navidad, con periodistas documentando el conocimiento superior de Octavius en temas de comercio y contactos internacionales. Cada uno de los duques se valdría de sus propias influencias: Fortyne, con las inversiones en compañías de transporte; Pryde, a través de sus contactos con la Compañía de las Indias Orientales; y Luhst, a través de Thorne Blackmore, que podría ejercer presión sobre el príncipe regente. Thorne Blackmore era el rey no coronado de Whitechapel. Nacido fuera del lecho matrimonial, hijo de un noble y criado como un aristócrata, se había convertido

en un contrabandista, un señor del crimen y el dueño del club para caballeros más exclusivo e infame de Londres: Elysium. También era el hermanastro de *lady* Seaton, la esposa de lord Richard Seaton.

Cuando todo quedó resuelto y los duques comenzaron a despedirse para regresar a sus casas, Octavius apoyó la mano sobre el hombro de Enveigh.

—¿Puedo hablar contigo, por favor?

—Por supuesto —repuso Archibald.

—¿Cuáles son tus intenciones? —le preguntó cuando se quedaron a solas.

—¿Mis intenciones?

—Con la señorita Fields.

Enveigh lo miró fijo durante un instante prolongado, luego giró la copa, pensativo.

—Si tuviera intenciones serias hacia ella, ¿te opondrías?

A Octavius se le tensó el mentón. Se opondría. Por supuesto que se opondría. De hecho, cada parte de su cuerpo gritaba de oposición pura. Algo primitivo en su interior no quería a ningún otro hombre cerca de ella, ni quería que hubiera conversaciones susurradas, ni intercambio de miradas profundas, ni ningún otro tipo de intención de nadie… que no fuera él. Sin embargo, él no podía ofrecerle eso.

Como duques que eran, ni Octavius ni Archibald tenían ningún motivo válido para mostrar interés en una humilde institutriz. Un día podría querer casarse con una noble que sería más una aliada estratégica y podría darle apoyo a sus ambiciones políticas mientras se hacía cargo de los niños. Por su parte, Enveigh iba a necesitar a una mujer de diferente clase social a la de una criada: la hija de un conde o de un duque, no la de un vendedor de libros. De modo que Octavius tenía que encontrar otra excusa.

Tamborileó los dedos contra la superficie del escritorio mientras pensaba.

—¿Por qué irías a tener intenciones serias hacia una institutriz? Necesitas una esposa adinerada, y ella no lo es. Nunca te permitiré seducirla. Se encuentra bajo mi protección y es mi deber asegurarme del bienestar de mis empleados.

Algo destelló en la mirada de Archibald.

—Entonces ¿te opones?

—Sí.

A Archibald se le dilataron las fosas nasales.

—Si quiero a una mujer, la tendré. Nadie podrá detenerme.

Octavius sintió que se le tensaba el mentón. Detestaba eso, detestaba discutir con uno de sus mejores amigos por una mujer.

—No puedo permitir que una buena institutriz abandone el puesto de trabajo. La señorita Fields es la primera que está haciendo la diferencia.

No solo para los niños, sino también para él. La mujer lo desafiaba. La encontraba de lo más interesante. Lo ayudaba a mantenerse alejado de la bebida. No estaba de acuerdo con él en todo, a diferencia de todas las institutrices anteriores, y lo hacía querer ser mejor hombre. Desde la llegada de la señorita Fields, nunca había un momento en el que no pensara en ella de alguna manera. O se preguntaba qué estaba haciendo en la planta superior, o quería saber qué pensaba del menú que había escogido para la semana o qué opinión tenía de su biblioteca. De modo que, sin dudas, se opondría a perderla.

—Debes casarte por dinero. Es evidente que ella no es adinerada.

A Enveigh se le tensó la mandíbula y el ángulo afilado del mentón sobresalió arrogante.

—¿Y si quisiera cambiar? ¿Si quisiera casarme por algo más que dinero? Entonces ¿qué?

Octavius se sintió cada vez más acorralado e indefenso. Se estaba quedando sin motivos para oponerse a las visitas de Archibald.

—¿Casarte por algo más que dinero? De seguro no con una institutriz —ladró.

—Pero Rath se casó con una plebeya, y Pryde también.

—Tenían buenos motivos para hacerlo —soltó Octavius—. Rath estaba perdiendo la razón por la culpa y quería arreglar el pasado, y a Pryde lo estaban chantajeando. Tú no tienes ningún motivo para casarte con la señorita Fields.

Enveigh lo miró con frialdad.

—Ninguno que tú comprendas.

—Te ruego que me lo expliques.

Archibald lo fulminó con la mirada y nunca se había visto más peligroso que en ese momento. La serpiente era el emblema de su casa, y había algo mortal, característico de una cobra y de un dragón, en él.

—¿Y si invoco el credo? —preguntó con cautela.

A Octavius se le secó la boca. Los siete credos eran sagrados. Inquebrantables. Ya habían sobrevivido al episodio de Pryde revelándole sus secretos al príncipe regente. «Secretos compartidos. Secretos sellados». Lucien había violado el credo al seducir a la hermana de Dorian. «Protegerás a la familia del prójimo como si fuera la tuya».

¿Podría su hermandad sobrevivir otra violación? Cada episodio los debilitaba más. ¿Cuántas veces podrían ceder antes de destrozarse para siempre?

—No lo hagas, amigo —le advirtió Octavius.

—«Una dama reclamada por uno de nosotros está prohibida para los demás» —murmuró Enveigh, citando el cuarto credo.

Sin embargo, ¿acaso Octavius no había reclamado a la señorita Fields? La había besado. La había tocado. La había deseado. Pero no se lo podía decir a Archibald. Lo más honorable sería casarse con ella, pero no podía casarse con una institutriz, en especial cuando lord Liverpool esperaba que evitara los escándalos y mejorara su comportamiento pecaminoso. Si se casaba con alguien de la clase trabajadora, su casa sufriría un escándalo devastador por el que sufrirían las siguientes generaciones. Rath y Pryde se habían casado con mujeres que se encontraban por debajo de su estatus social, pero ni siquiera ellos se habían casado con una criada. Sin importar su estatus social, la señorita Fields no se merecía quedar mancillada. Y si él revelara lo que había ocurrido entre los dos, la deshonraría.

Apretando la mandíbula hasta sentir dolor, dijo:

—Ya me sé el credo.

Archibald dio un paso hacia atrás y sin despegarle los ojos fríos añadió lenta y claramente:

—Reclamo a la señorita Temperance Fields. —Y cada palabra sonó como un martillo contra un yunque.

Octavius sintió una piedra en el estómago. En base al credo que todos habían firmado y jurado seguir, si uno de ellos reclamaba a una dama que quería conquistar, los otros tenían que hacerse a un lado.

Iba a tener que permitirlo. No tenía ningún motivo oficial por el cual oponerse a Archibald. No la había reclamado para sí en voz alta, y Archibald había sido testigo de la promesa que Octavius había hecho de no seducir a una buena institutriz. Tres meses atrás, los siete se habían sentado en el suelo de la oscura sala de baile de Pryde intentando animar a Constantine luego de que su esposa lo abandonara. Las palabras exactas que había usado Octavius habían sido: «Jamás me llevaría a la cama a una institutriz que pueda mantener a esos tres demonios bajo control. La apreciaría, la adoraría y jamás le pondría ni un dedo encima».

Ahora su promesa se había vuelto su propia condena. Y, a pesar de eso, todos sus instintos, todos los huesos en el cuerpo y todos los músculos le gritaban que era suya. Él la había reclamado, aunque no lo dijera en voz alta. Y al diablo con las promesas, los credos y el decoro.

—No me importa —gruñó Octavius en el rostro de su mejor amigo.

A Archibald se le dilataron las fosas nasales, pero la mirada permaneció fría. En ocasiones, Octavius se preguntaba si el hombre tenía sangre caliente en las venas.

—Pues está bien. Puede que no te importe, pero eso no significa que no la puedo tener. Tienes que hacerte a un lado. La he reclamado.

Octavius cerró los puños con fuerza.

—No lo puedo permitir. Soy su empleador, y su bienestar es mi responsabilidad. No permitiré que la deshonres y le arruines la vida.

Enveigh sonrió con arrogancia. Qué bastardo. Octavius ya lo había visto usar su veneno contra sus enemigos, sobre personas a las que quería hacer a un lado, pero ser el recipiente de su mirada le congeló la sangre.

—Estamos del mismo lado, Octavius. No tengo ninguna intención de deshonrarla ni arruinarla. Por el contrario, sé que la señorita Fields necesita protección… y un verdadero amigo. Jamás me aprovecharía de alguien en esa situación.

¿Necesitaba protección? ¿Un verdadero amigo? ¿Esa situación?

A Octavius se le cerró el pecho. ¿Cómo era posible que Archibald viera todo eso cuando él mismo no lo había visto? ¿Acaso se sentiría sola? ¿El trabajo la estresaba tanto? Cuando la encontró esa noche más temprano, a punto de marcharse, la había visto tan asustada que había querido envolverla en sus brazos y calmarla. Protegerla.

—¿Y por qué necesita un amigo? —le preguntó y vio un destello de algo en los ojos de Enveigh que no le dejó ninguna duda de que sabía más de lo que quería decirle.

Su amigo se limitó a encogerse de hombros.

—Todo el mundo necesita un amigo. Ella no conoce a nadie en Londres, excepto a ti y a los niños. Y, bueno, a mí.

Octavius se aclaró la garganta. No encontraba ningún motivo para mostrarse en desacuerdo con las intenciones nobles de Archibald hacia la señorita Fields. Que lo condenaran.

—De acuerdo, la puedes visitar en calidad de amigo, pero debes asegurarte de que se mantenga el decoro en todo momento y que no se sienta en riesgo ni comprometida.

Enveigh entrecerró los ojos.

—¿Y desde cuándo te importa el decoro?

Octavius se sonrosó como si acabaran de atraparlo haciendo algo escandaloso, algo que jamás debía hacer.

—Solo quiero que la buena institutriz se quede. Ha hecho una gran diferencia con los niños. No quiero que se angustie, eso es todo.

Enveigh negó con la cabeza y se puso de pie.

—Has cambiado. Hay algo diferente en ti.

Sintiendo la tensión en todo el cuerpo, Octavius se encogió de hombros y murmuró:

—Solo es por el puesto que quiero obtener. Cuando lo tenga, cuando sea el presidente de la Junta de Comercio, volveré a mi vida normal, como si nada de esto hubiera pasado.

Cuando Enveigh se marchó, fue evidente que, por primera vez en mucho tiempo, su amistad pura y honesta con uno de sus mejores amigos estaba en peligro.

Sin importar lo mucho que Octavius negara la verdad, los dos habían reclamado a la misma mujer.

12

Octavius se llevó otra sorpresa al entrar en la biblioteca a la mañana siguiente.

Un anhelo agudo lo perforó al ver a la señorita Fields y los niños poniéndose cómodos en ese espacio. Por un momento, se quedó petrificado, sintiéndose como un intruso y queriendo pertenecer a esa escena con desesperación. La señorita Fields estaba sentaba a la mesa con James inclinado sobre un gran libro, mientras Sophie y Margaret se concentraban en sus propias lecciones.

Durante unos instantes, escuchó a James leer con confianza y fluidez. A diferencia de él.

—El título del barón de Eccess fue creado en el año trigésimo segundo del reinado de su majestad el rey Enrique viii, en el año cristiano de 1540, en reconocimiento del servicio extraordinario de Thomas Eccleston, maestro de la cocina del rey en el palacio de Hampton Court…

Octavius gruñó. «¡Ay, esto no!». De niño, él también había tenido que estudiar a todos los anteriores duques de Eccess. A diferencia de la amable señorita Fields, su tutor le había golpeado los dedos con crueldad cada vez que titubeaba. Eso lo había motivado a memorizar el texto para fingir que tenía la habilidad de la lectura.

El gruñido no pasó desapercibido. Sophie alzó su rostro dulce del libro y le obsequió una sonrisa.

—¡Buenos días, milord!

—Buenos días —los saludó a todos.

Margaret enderezó los hombros y le ofreció una sonrisa amable, mientras James alzaba la mirada tímida hacia él con los ojos llenos de culpa. La señorita Fields, por su parte, le sonrió con una nota de tristeza. Verla de ese modo era lo que menos deseaba. Había algo que la estaba preocupando y agotando, y el intento de marcharse del día anterior lo había dejado inquieto y alarmado.

Con una punzada de celos, recordó las palabras de Archibald sobre Temperance la noche anterior. Su mejor amigo quería reclamarla, casarse con ella y convertirla en su duquesa. Pero Enveigh también había dicho algo acerca de que la institutriz necesitaba un amigo… Por todos los cielos, deseaba poder ser el amigo en el que pudiera confiar; sería una tortura ver cómo otro hombre se convertía en su protector. ¿Acaso los pensamientos de su madrastra, la persona que nunca la había comprendido, la inquietaban?

—Milord —lo saludó la señorita Fields.

Octavius le recorrió el cuerpo con la mirada.

—¿Cómo está su tobillo, señorita Fields?

—Oh, mucho mejor. No es nada.

Sophie cerró el libro.

—No lo esperábamos tan temprano aquí. Nunca se despierta antes del mediodía.

Octavius se aclaró la garganta.

—He venido a buscar *La riqueza de las naciones*, de Adam Smith. Roderick, el duque de Fortyne, me lo recomendó. Debo encontrar citas para hablar de la restauración del comercio entre el Reino Unido y Francia y así mejorar mi candidatura.

—Excelente idea —dijo la señorita Fields, entusiasmada—. Quizás podemos usarlo para la lección. Estábamos leyendo acerca de la historia de su familia, pero podríamos estudiar todos juntos el trabajo de Adam Smith.

Octavius entró alegre en la biblioteca.

—Claro. Primero terminen la historia de mi familia. No era mi intención interrumpirlos.

—¿Dónde estábamos, James? —le preguntó la institutriz al niño, que frunció el ceño estudiando las páginas.

Sin embargo, Octavius sabía exactamente dónde se había detenido, y mientras estudiaba la estantería en busca del tomo de Smith, respondió:

—Unos meses antes, en la festividad del día de San Esteban, en el año 1539, la vigilancia del maestro Eccleston salvó la vida del rey. Durante el gran banquete de Navidad, el maestro Eccleston observó que el lacayo encargado de catar la comida del rey se había enfermado de gravedad luego de comer un trozo de cerdo asado. En lugar de permitir que Su Majestad probara la comida, el maestro Eccleston se arrojó entre el monarca y la carne envenenada y declaró que prefería morir antes que ver sufrir a su rey por comida que se había preparado en su cocina.

Cuando alzó la mirada a James, el niño lo miraba maravillado y la señorita Fields le sonreía. Por todos los cielos, cada condenada palabra que había tenido que memorizar había valido la pena para lograr esa sonrisa.

—Por su lealtad y habilidad de observación —continuó Octavius, nunca antes más alegre de recitar—: al maestro Eccleston le obsequiaron las tierras disueltas de Lowcross Abbey en Essex y lo elevaron a rango de par, bajo el título de barón de Eccess. Años más tarde, su hijo mayor sirvió con distinciones en las campañas a Escocia de Isabel I de Inglaterra, y lo elevaron a duque de Eccess, de modo que Lowcross Abbey se convirtió en Eccess Manor.

Los ojos de la señorita Fields destellaban llenos de alegría.

—Qué memoria más impresionante, milord.

«Más —le dijo una voz por dentro—. Hazla más feliz, bórrale la tristeza, dale más alegría». Su herramienta de elección era todo el exceso que pudiera ofrecerle. Eso era lo único que se le daba bien; asegurarse de que nunca le faltara nada.

El deseo de hacer feliz a alguien era nuevo. Si su propia tristeza lo molestaba, estaría deleitándose con bocadillos exquisitos o saboreando una copa de coñac mientras intercambiaba anécdotas divertidas con sus amigos o con desconocidos que estuvieran en Elysium. Pero la tristeza de la señorita Fields era diferente. No podría escapar de verla sufrir. No podía beber y, sin lugar a dudas, no podía ir a Elysium, a menos que lo hiciera de forma discreta. Pero en ese

momento, ni siquiera le importaba Elysium. ¿Cómo podría desear a otra mujer cuando cada fibra de su ser la anhelaba a ella? Lo que podía hacer era traer la celebración allí, donde estaba ella.

—Me gustaría invitarlos a los cuatro a un gran banquete.

—¡Un gran banquete! —exclamó Sophie—. ¿Cómo los que daba el rey Enrique VIII?

Octavius se soltó una carcajada.

—Así es, un verdadero banquete lleno de excesos. Luego de los eventos de ayer, creo que todos necesitamos alegrarnos. —Miró a James a los ojos—. No tienes la culpa de lo de ayer, querido. Quiero que sepas que no te culpo de nada.

Las mejillas del niño se tornaron de color carmesí, y la señorita Fields se puso de pie como para decir algo, pero de repente cerró la boca.

—No fui yo —le dijo el niño con terquedad.

—No creo que haya sido él, milord —añadió la señorita Fields—. El lacayo se tropezó con el zapato de alguien. Lo vi desde donde me encontraba.

James la miró sorprendido y aliviado, y Temperance se alegró. La noche anterior, el niño no había intentado llegar dormido hasta la escalera, pero Octavius había oído que sí había estado caminando por la casa de sonámbulo y no quería que se volviera a repetir nunca más esa noche aterradora.

Asintió con la cabeza.

—Te creo, James. Y por eso quiero que todos se preparen para el banquete de esta noche. Solo ustedes cuatro. Me gustaría recompensarlos por el trabajo arduo que han estado haciendo durante las últimas semanas. Pónganse sus mejores atuendos.

—¿No vendrá nadie más? —preguntó la señorita Fields, y un pensamiento enfadado hizo que se le retorciera algo en el estómago. ¿Acaso esperaba que viniera Archibald?

—No —le dijo con sequedad—. Lamento desilusionarla, pero solo seremos nosotros.

Aunque para su sorpresa, la mirada en su rostro no reflejó desilusión, sino un alivio tan visible, que hizo que todo el cuerpo de Octavius se relajara.

Al cabo de unos minutos, bajó a la cocina para hablar con la cocinera y decirle exactamente lo que quería. A decir verdad, estaba nervioso. Quería impresionar a la señorita Fields y a los tres demonios. Quería ver los ojos de la señorita Fields rebosantes de placer. Y ordenó la cena para las siete de la tarde, que era mucho más temprano de lo que solía cenar, para que los niños pudieran acudir.

El comedor era un espacio grande, con paredes de paneles de madera cubiertas de tonos bermejos y dorados, y suavemente iluminado por la luz de los candelabros. En el invernadero que tenía en el techo, estaba cultivando tulipas de color melocotón, que sobresalían orgullosas entre los ramos dispuestos a lo largo de la mesa. Los lacayos habían tomado sus puestos alrededor de la sala y estaban listos para servir. Y los niños se veían muy entusiasmados, a pesar de que James intentara no demostrarlo. La adorada Sophie ya se había colado en su corazón gracias a sus observaciones inocentes e inteligentes y su naturaleza tierna. Margaret era amable, cuidaba de sus hermanos y tenía una mente brillante que admiraba.

La señorita Fields bajó en el vestido marrón de institutriz, con una camisa blanca con cuello alto que le llegaba hasta el rostro, y el cabello sujeto en un moño rígido que le dejaba el rostro completamente despejado. El estilo severo debería haberle dado un aspecto sencillo, pero en lugar de eso, le resaltaba la elegante curva del cuello, la delicada línea de la mandíbula y la luminosidad de sus ojos. Aún con prendas de lana sosas se veía arrebatadora.

Sin embargo, no era solo su belleza lo que lo mantenía cautivo. Sus inteligentes ojos grises veían más allá de su máscara. No podía ocultarse de ella ni podía encantarla para desestimar sus observaciones afiladas. Cuando James ponía excusas para justificar su mal comportamiento, ella ladeaba la cabeza con esa mirada astuta que le decía que sabía exactamente lo que estaba sintiendo. Cuando Octavius intentaba evadir algún asunto con humor o sarcasmo, ella se limitaba a esperar, sin apartarle los inquebrantables ojos pacientes de encima, hasta que se encontraba confesándole cosas que jamás le había contado a nadie. Con ella, no había manera de escapar a mentiras más cómodas. Pero su

honestidad era lo más embriagante de ella… junto con el aroma a lavanda y sus notas femeninas.

—Sopa blanca —anunció Octavius mientras los lacayos servían la entrada.

Se sintió extrañamente mareado. Los niños habían estado a su cuidado desde hacía casi un año, pero esa era la primera vez que compartía con ellos una de las cosas que más le gustaban.

Octavius probó la sopa y tuvo que contenerse de soltar un gemido de dicha pura. Estaba convencido de que en todo Londres no había mejor cocinera que la suya, ni siquiera en el palacio del príncipe regente, y le pagaba muy bien. Valía cada centavo. El potaje aterciopelado con caldo de venado, almendras y arroz sabía exquisito y suave, y estaba saborizado con laurel, macis, perejil y tomillo.

Cuando alzó la mirada para ver la reacción de sus invitados, a Octavius se le desvaneció la sonrisa de la cara. James disfrutaba de la sopa y bebía una cucharada tras otra con una expresión similar a la que él mismo había tenido hacía unos instantes. Sophie balanceaba la cuchara en la mano pequeña y bebía la sopa más alto de lo apropiado. Por lo que había observado hasta el momento de la señorita Fields, no le sorprendió encontrarla bebiendo la sopa lentamente sin derramar ni una sola gota de la cuchara. Margaret, sin embargo, revolvía la sopa con la mirada perdida. Octavius frunció el ceño.

—Margaret, querida, ¿no te gusta la sopa blanca?

—A mamá le encantaba —murmuró, y Octavius sintió como si le hubieran atravesado el pecho con un palo de golf. Todos se quedaron petrificados, excepto James, que no dejó de zamparse la sopa como si fuera su última comida. Octavius comprendía muy bien ese sentimiento.

—Sí —dijo James con la boca llena—. Me acuerdo.

A Sophie se le llenaron los ojos de lágrimas.

—Yo no. ¿Está mal?

La señorita Fields estiró la mano para apretar la de la niña.

—No, no está mal, Sophie. Para nada. Solo tienes ocho años. Es natural que no recuerdes tantos detalles como James y Margaret.

Pero debes echar de menos a tus padres tanto como lo hacen tus hermanos. Yo también echo mucho de menos a mi padre.

A Octavius se le retorció el corazón en el pecho. No se podía imaginar cómo sería echar de menos a su padre. A su madre, sí. Aunque lo hubiera abandonado.

El aniversario de ese evento trascendental que había desgarrado su vida en dos se avecinaba. Un dolor crudo le cerró el pecho. Necesitaba un trago. ¡Diablos, una botella entera! Octavius sabía que no debía anhelar la bebida, pero necesitaba un escape y el único que tenía en ese momento era la sopa blanca. De modo que, a pesar de que Sophie y sus hermanos estaban apenados, reanudó su exiguo placer.

—¿Qué recuerdas, Sophie? —le preguntó la señorita Fields con dulzura.

La niña alzó la mirada hacia Octavius con timidez y la volvió a clavar en el plato.

—Los cantos de mamá y cómo me hablaba en francés. Las risas de papá y cómo me enseñaba a jugar al ajedrez.

—Julius era un excelente jugador —murmuró Octavius antes de poder contenerse—. Nunca tuve la oportunidad de derrotarlo. —Su mirada se posó sobre James, que lo estudiaba con gran intensidad. Tenía que cambiar de tema. El dolor significaba que necesitaba una distracción. Comida, bebida, compañía, humor. Sin embargo, continuó—: También era un gran bromista su padre. Sé que lo heredaron de él. Creo que la cocinera encontró una visita inesperada en su habitación anoche.

De repente, James encontró algo de lo más interesante y delicioso en la sopa blanca y siguió comiendo con velocidad.

—Quizás la próxima vez los puedas presentar como es debido. «Cocinera, este es el señor ratón. Señor ratón, esta es la cocinera, que va a gritar tan alto que despertará a todos los residentes de Mayfair».

Para su deleite, todos, incluido James, explotaron en carcajadas.

—Si pueden mantener los experimentos en las salas adecuadas —añadió la señorita Fields con un tono severo y una sonrisa irónica —, y si continúan siendo buenos alumnos, los llevaré a la exhibición

de «Las maravillas de la electricidad» en el Egyptian Hall en cinco días. Si el duque no se opone, por supuesto.

Los niños soltaron jadeos de sorpresa, y hasta el rostro de James se iluminó lleno de interés. Sophie asintió entusiasmada con la cabeza, mientras Margaret corregía su postura para adquirir la de una duquesa.

A Octavius se le expandió el pecho al mirar los rostros alegres de los niños. ¿Cómo era que la señorita Fields siempre sabía qué decir? Si lograra ordenar sus pensamientos para formar un discurso elocuente…

—Estoy muy orgulloso de los tres y de todo el progreso que han hecho. James, tu interés en la mecánica es de lo más admirable, y tus habilidades matemáticas, muy impresionantes, Margaret. Y Sophie, tu pronunciación en francés es absolutamente perfecta. Suenas como si hubieras nacido en París. Todos deberían estar orgullosos del progreso que han hecho con la ayuda de la señorita Fields.

Sophie sonrió radiante y alzó una cucharada de sopa.

—*Ceci est absolument délicieux!* —dijo con un acento francés tan espléndido que, sin dudas, podría haberse criado en París.

—Me alegra que estés de acuerdo, Sophie, y que hayas escogido frases más apropiadas en francés para expresarte —dijo Octavius.

La niña lo miró, llena de inocencia.

—¿Quiere decir en lugar de *va te faire fou*—?

Octavius miró al mayordomo y la interrumpió rápido.

—Estamos listos para el rodaballo, Jacobs.

Mientras los lacayos limpiaban la mesa, Margaret se acercó a Sophie y corrigió el modo en que la niña sujetaba la cuchara de sopa. A Octavius se le retorció el vientre al recordar su infancia y todas las ocasiones en que su padre había señalado sus errores, nunca satisfecho de sus modales.

Octavius soltó una carcajada.

—¿Sabes qué, Margaret? Creo que un día serás una excelente duquesa, si deseas casarte con un duque. Mi ayuda de cámara temblaría ante tus destrezas organizativas.

Margaret enderezó la espalda aún más, intentando no parecer complacida.

—Alguien debe mantener los estándares.

—Así es. ¿Te gustaría comenzar con mis libros de contabilidad?

Todos se rieron, pero los ojos de Margaret no se despegaron de él.

—¿Habla en serio, milord?

Octavius le sonrió.

—Si sigues así, sí.

Los lacayos colocaron los platos de rodaballo con salsa de langosta, la segunda parte de la entrada, y a Octavius se le hizo agua la boca. Estaba contento de haberle pedido a la cocinera que sirviera la comida abajo para reducir el número de criados en el comedor. Se puso de mejor ánimo al ver uno de sus platos favoritos. Al probar un bocado, tuvo que contenerse de soltar otro gemido. El pescado era fresco y suave, y se le derretía en la lengua mezclado con el sabor cremoso de la mantecosa salsa de langosta y camarones. La cocinera, la señora Stevenson, era su persona favorita en todo el mundo. Durante unos instantes, permitió que todos sus sentidos se sumergieran en la mezcla celestial de la indulgencia pura. Lo único que le faltaba era el vino. Un riesling fresco de la región del Rin haría de esa experiencia algo realmente orgásmico.

Sin embargo, la señorita Fields podía disfrutar el vino, y él podía vivir de modo indirecto a través de ella. Pero cuando alzó la mirada, la encontró comiendo con una precisión perfecta y vio que la copa de vino seguía intacta. Pero qué desgracia.

Octavius frunció el ceño.

—Señorita Fields, apenas ha probado el vino. ¿Debería estar ofendido?

Sus miradas se encontraron a lo largo de la mesa.

—Prefiero mantener las facultades, milord. Además, no debería deleitarme con vino cuando usted se está privando de beber.

Octavius miró el plato de la institutriz de manera crítica. Su pescado ya había desaparecido, pero el de ella parecía como si solo hubiera probado tres bocados.

—¿Acaso tiene la intención de sustentarse únicamente con aire y decoro?

—Creo que los excesos nunca mejoran nada.

—Qué afortunado que soy de tenerla aquí señalando mis errores personales.

Ella arqueó una ceja.

—Considérelo mi contribución hacia su mejora moral.

Oh, podría contribuir a su mejora moral cualquier día en cualquier momento con esa boca dulce e inteligente que tenía. El desafío de su mirada en conjunto con el hermoso rubor en los pómulos le produjo otra ola de placer en el vientre y lo hizo sentir como si estuviera a punto de despegar del suelo; era una sensación extraña que solo podía comparar con el efecto de la champaña más exquisita. Tuvo que tensar los labios para contener una sonrisa.

Margaret apoyó el tenedor sobre la mesa.

—¿Cuáles son sus platos favoritos, señorita Fields?

La señorita Fields negó con la cabeza.

—Mi padre creía que las comidas eran únicamente para nutrirse, no para deleitarse. Me temo que no tengo ningún plato favorito.

Sophie, que ya se había devorado el pescado, la miró anonadada.

—¿No tiene un plato favorito?

James soltó un bufido.

—Sin dudas, no le gusta el pescado.

La señorita Fields se aclaró la garganta.

—¡Claro que sí! Es de lo más adecuado… quiero decir, delicioso.

¿El rodaballo con salsa de langostinos que había preparado su cocinera era «adecuado»? Pero qué barbaridad. ¡No lo iba a permitir! Decidió enseñarle lo que se estaba perdiendo. Si su padre la había alimentado en base a los nutrientes, dejando de lado la dicha del sabor, Octavius estaba dispuesto a mostrarle los placeres de saborear la comida. Pero no delante de los niños. Iba a tener que añadir otro postre. Un postre especial.

Llamó a Jacobs y le murmuró instrucciones para la cocinera. El resto de la velada pasó alegre, pero cuando los niños se retiraron a la cama y la señorita Fields se puso de pie para marcharse, Octavius la detuvo.

—Por favor, quédese, señorita Fields —le pidió estirando el brazo por la superficie de la mesa—. La señora Davis los ayudará a prepararse para la cama.

La institutriz volvió a sentarse con una expresión de alarma en el rostro.

—¿Lo puedo ayudar en algo, milord?

—Por supuesto que sí —repuso Octavius con el estómago cosquilleando de anticipación. Un lacayo trajo la selección de postres y vinos que había pedido.

Como había instruido, colocó los platos sobre la mesa, y la mirada de la señorita Fields reflejó gran confusión mientras observaba la comida.

—Nos puedes dejar —le dijo por encima del hombro al lacayo, y oyó el sonido suave de los pies del criado y el mayordomo alejándose de la sala. Cuando la puerta se cerró, se quedó a solas con la señorita Fields. En la sala reinó un silencio tenso que parecía estar cargado de electricidad.

Octavius se puso de pie y caminó al otro lado de la mesa para detenerse en el extremo opuesto, al lado de ella. Sus rodillas casi se rozaron debajo de la madera. La institutriz lo observaba con las pupilas oscurecidas de algo que no logró definir.

Octavius estaba confundido con sus propios sentimientos, aunque no le desagradaban ni hubiera logrado oponerse a ellos por más que lo hubiera intentado. Por lo general, se mostraba frío con las mujeres; por supuesto que le gustaba compartir el placer, pero incluso eso era para su propio beneficio. Mientras las voces y el tumulto interno se acallaran y se sintiera menos despreciable, estaba contento.

Ahora quería complacerla a ella. Quería enseñarle lo que se estaba perdiendo con los pequeños bocados que comía y su manera de ser tan… tan… puritana y tan… correcta en todo momento.

Octavius quería verla sonrojarse como cuando la había besado, y quería ver ese cabello inmaculado todo enmarañado, los labios hinchados y destellantes. Quería verla luchar por mantener los ojos abiertos mientras se le cerraban de placer, quería oírla gemir de un éxtasis que nada pudiera contener. Y lo iba a conseguir.

—Ha sido la imagen pura de su nombre —le dijo mientras servía un vino blanco de alta acidez en la copa que tenía delante—. Temperance. Templanza. No se permite ni una sola gota de placer, aunque esta noche se trataba única y exclusivamente de eso.

La señorita Fields frunció el ceño mientras observaba el vino en la copa. Octavius tomó la copa e inhaló cerrando los ojos.

—Oh —murmuró perdiéndose en los aromas—. Melocotones. Cáscara de limón. Una nota de miel, como la de las flores silvestres. —Acto seguido giró la copa—. Es dulce al principio, pero se transforma en la lengua. Es un vino exquisito. Austero y elegante. —Le entregó la copa—. Pruébelo por mí, por favor.

La institutriz tomó la copa y la colocó sobre la mesa.

—Ya he bebido vino antes.

—No del modo en que le mostraré.

Eso la hizo arquear las cejas.

—Lamento desilusionarlo, milord, pero darme gustos no se encuentra entre mis prioridades.

Octavius se rio entre dientes.

—Bueno, usted me está enseñando abstinencia. Me gustaría mostrarle mi forma de ser. Solo por esta noche. Por favor. A falta de mejor expresión, señorita Fields… deme el gusto.

Ella se rio mientras él hablaba y se permitió ofrecerle una sonrisa sincera antes de ladear la cabeza.

—De acuerdo. Solo por esta noche.

Octavius inclinó la cabeza en señal de agradecimiento e hizo lo mejor que pudo para no mostrarle cómo ese simple gesto le había causado una ola de anhelo en el vientre.

—Muy bien. Gracias por mostrarse abierta. Ahora, por favor, mantenga la mente abierta a la experiencia.

Octavius tomó una servilleta blanca inmaculada y se puso de pie. Los ojos de la institutriz destellaban de sorpresa antes de que se colocara a espaldas de ella. Dobló la servilleta en una línea y se la llevó a los ojos para sujetársela en la parte trasera de la cabeza. El jadeo que soltó le produjo inmensa dicha en las venas. Por todos los cielos, era más embriagante, más deliciosa que el vino.

Al acercarse a su oído, los cabellos que se le habían escapado del moño le cosquillearon los labios.

—Confíe en mí, señorita Fields —le murmuró al oído—. Por favor.

Ella asintió en respuesta, y Octavius sintió más excitación que cuando había corrido carreras por las oscuras calles de Londres sobre un excelente semental y con fuegos artificiales explotando por doquier.

Octavius se obligó a tomar asiento.

—No saboreó la comida durante la cena. ¿En qué estaba pensando?

Ella tragó con dificultad.

—Tengo algunos asuntos en mente.

—Lo he notado. ¿Qué asuntos, si me permite la pregunta?

Se estaba distrayendo; verla con una venda en los ojos, delante de él, vulnerable y llena de confianza… haberse convertido en su maestro para guiarla en el arte del placer… Era bueno que no pudiera ver cómo la prueba de su deleite se le había comenzado a apretar contra los pantalones.

—Tengo… una fecha en particular en mente.

—Entonces ¿está pensando en el futuro? ¿Y no en el aquí y ahora?

—No. No en el aquí y ahora.

—Hummm. Ese es su problema, ¿no es así, señorita Fields? —Se le acercó más y tomó la copa de vino—. ¿Alguna vez está en el presente?

La institutriz se humedeció los labios. Diablos, ahora que le destellaban, la presión en los pantalones aumentó.

—Solo cuando hago experimentos de electricidad.

Octavius frunció el ceño. ¿Hacía experimentos de electricidad? Había algo en eso que le sonaba de lo más familiar, pero suponía que lo habría mencionado antes. O quizás, alguna de las duquesas de Rath, Luhst o Pryde había comentado algo al respecto, considerando el club de las señoritas con microscopios. Bueno, en ese momento no podía pensar en eso. Estaba abocado al placer.

Octavius soltó el aliento despacio.

—Va a probar este vino. No lo trague. Inspire aire con los labios fruncidos. No se preocupe por el escandaloso ruido que hará al sorber. Concéntrese en el sabor, la temperatura, la textura, las sensaciones, los olores y las notas. No existe más nada. ¿Está lista?

La señorita Fields asintió.

—Mi padre me dijo que ignorara los sabores y los olores; los placeres de la comida son distracciones para una verdadera científica. Siempre pensé que la comida no era más que un sustento, algo necesario para la salud y las funciones vitales. Este concepto me resulta muy extraño.

—Me moriría si solo comiera alimentos por sustento.

—Eso es imposible. De hecho, es todo lo opuesto.

Octavius se rio.

—Supongo que tiene razón. Casi me muero de celos ahora que está a punto de descubrir esto. ¿Está lista?

—Sí —repuso tras un breve titubeo.

Con suavidad, le acercó el borde de la copa a los labios y reclinó la bebida. Como se pasó, una gota de vino le cayó por el borde de la boca y le rodó por el mentón. Octavius tuvo que recurrir a toda su fuerza de voluntad para evitar lamerle el líquido de la piel.

La señorita Fields sorbió el vino como le había instruido y tomó aire entre los labios haciendo un ruido escandaloso y poco digno de una dama al sorber. Octavius notó que él mismo también entreabría los labios como si estuviera saboreando el vino y explorando sus notas. Luego la vio tragar.

—Más —le susurró la institutriz.

Octavius sintió la sonrisa ancha que le asomaba a los labios.

—Por supuesto. En esta ocasión, solo bébalo y concéntrese en las notas y el sabor.

Le dio más de beber y observó la garganta de la institutriz mientras bebía. Se imaginó recorrerle el cuello con la lengua, sentir su pulso, el sabor dulce y salado de su piel y, a su vez, su textura aterciopelada.

Cuando colocó la copa sobre la mesa, le preguntó:

—¿Le gusta?

La señorita Fields se humedeció los labios, y Octavius tuvo que reprimir un gemido al ver que la punta de la lengua le sobresalía.

—Es… es delicioso.

Octavius se rio entre dientes.

—Muy bien. Es otro tipo de «delicioso», en comparación al que mencionó con amabilidad al hablar del rodaballo.

La institutriz sonrió. Por todos los cielos, qué sonrisa más hermosa.

Octavius llegó a la cima de su plan: el cuenco con fresas frescas. Del invernadero de su casa. Le costaba una pequeña fortuna mantener ese invernadero, pero por ese momento, valía la pena.

Tomó la fresa más grande que encontró y la hundió en una esponjosa crema batida con azúcar en polvo.

—Abra la boca —le instruyó con la voz ronca.

La señorita Fields le obedeció. «Qué buena chica». Octavius tuvo que detenerse para liberar parte de la tensión que llevaba acumulada soltando el aire. Al ver los labios carnosos entreabrirse, el miembro se le endureció más contra los pantalones, al punto de provocarle dolor.

Le acercó la fresa a los labios y se la colocó en la boca. Que Dios lo ayudara, pero quería colocar otra cosa entre esos labios para verlos cerrarse a su alrededor.

Cuando mordió, la crema se le expandió rebelde por el rostro, y Octavius tuvo que resistir el impulso de lamérsela de los labios. No pudo controlarse de murmurar:

—Eso es, señorita Fields, cómala… El sabor de las fresas… es decadente… en pleno invierno… prohibido, tan prohibido como un beso… como el sabor de la crema en los labios, mezclada con el jugo de las fresas…

Soltando una maldición por dentro, se acercó para limpiarle el jugo rosado de la comisura de la boca. Cuando el pulgar le rozó los bordes de los labios aterciopelados, casi se cayó de rodillas frente a ella para venerarla. Aterciopelados, decadentes… esos labios no estaban hechos para recitar prosa en latín ni enseñar francés. No. Estaban hechos para el pecado. Aunque ella no lo supiera.

Siguiendo un impulso, Octavius se llevó el pulgar con la gota de jugo de fresa a la boca y lo succionó, cerrando los ojos para deleitarse con el sabor de la fruta… y de ella. Se acercó más a ella. Mantenerse alejado le era imposible. Y se detuvo tan cerca que pudo inhalar el aroma a fresas y crema mezclados con el de su piel femenina. Pudo sentir el calor de su cuerpo.

Octavius clavó la mirada en la garganta delgada mientras tragaba. Luego le dio más fresas, una tras otra, y, al acabar, le hizo probar diferentes helados y la fue guiando a través de los delicados sabores. La voz de la señorita Fields fue cambiando mientras describía las sensaciones y se tornó ronca y grave. La respiración se le aceleró a tal punto que Octavius pudo ver el subir y bajar del pecho bajo los pliegues de ropa.

Al final, la señorita Fields lo sorprendió al llevarse la mano a la cabeza y desatarse la venda que le cubría los ojos. De pronto, quedaron a pocos centímetros de distancia.

Octavius sintió otra descarga inesperada de placer.

—¿Qué le pareció, señorita Fields? —le preguntó sin poder despegarle la mirada de encima.

—Estuvo bien —repuso.

Ninguno de los dos se movió, pero ambos eran conscientes de lo cerca que se encontraban. Octavius comenzó a inclinarse hacia ella con los brazos apoyados en las rodillas y las rodillas rozando los pliegues de sus faldas.

Ya la había besado. Podría volver a besarla. Y quería hacerlo. Pero el dolor en el vientre, el anhelo… era otra cosa.

Quería mucho más que placer físico de ella. Quería verla feliz. Con cualquier otra mujer, ya hubiera estado en su interior, ya la hubiera seducido a su antojo. Pero con ella… solo quería que la señorita Fields disfrutara, se sintiera feliz y descubriera todo lo que se estaba perdiendo. Ese deseo de complacerla era una tortura, un hambre voraz que jamás podría satisfacer…

Y lo aterrorizaba. Nunca había sentido eso por ninguna mujer. Pero ella era la única a la que no podía seducir ni comprometer. La única a la que no podía enseñarle más placer que los deleites culinarios.

«El credo». Octavius se apartó, y la conexión entre ambos se rompió. Pero ¿qué estaba pensando? La iba a perder como institutriz y la necesitaba. Los niños la necesitaban. Casi los había dejado en una ocasión, no podía hacer nada indecoroso.

Quizás luego de ganar el puesto de presidente de la Junta de Comercio y restaurar el nombre y la reputación de su familia… podría permitirse perderla. Pero también tenía que recordar que Enveigh la había reclamado. ¿Sería capaz de dejarla ir y permitir que su amigo la tuviera?

Jamás. La señorita Fields era suya, por más que ni Enveigh ni el resto del mundo lo supiera. Era suya para besar, para consentir con fresas y vino, para complacer y para proteger.

Qué cerdo más egoísta.

—A veces —le dijo tomando la servilleta de las manos para cubrirse la erección—, el placer no viene del momento presente… sino de la anticipación.

13

—Señorita Fields.

Sentado detrás del descomunal escritorio en su estudio, el duque de Eccess la miraba con intensidad sin despegarle la mirada café de encima. Temperance dudó unos instantes en el umbral y sintió como si el suelo se estuviera desvaneciendo debajo de sus pies.

El calor del estudio y el sonido calmante de las brasas en el hogar hicieron que se le subiera una ola cálida por las mejillas. No estaba segura si se debía a la mirada penetrante del duque o a su voz aterciopelada como el pecado personificado.

Desde la cena de la noche anterior, se había sentido muy nerviosa. No recordó jamás haber disfrutado una comida tanto como lo había hecho el día anterior. Era como si se hubiera convertido en una nueva persona en los pocos minutos que le había permitido cubrirle los ojos y darle de probar fresas con crema batida en pleno diciembre… Y el vino… ¡Que Dios la ayudara! Temperance por fin podía comprender su embriaguez. Siempre había pensado arrogantemente que beber mucho era una debilidad; jamás había considerado que podía estar relacionado con los sabores artísticos que sintió en la boca. Era todo un mundo nuevo que se había abierto ante ella y había estado en su interior desde siempre.

—¿Me ha llamado, milord? —le preguntó sintiéndose liviana, como si estuviera hecha de papel, mientras entraba en el estudio.

—Sí —repuso el duque—. Por favor, pase. Siéntese.

El duque tenía el ceño fruncido y puso mala cara al verla entrar. Parecía más distante que el día anterior, cuando había sido pura suavidad y carácter juguetón, como la crema que le había quitado de la boca con dulzura. Ese día era un aristócrata frío con rasgos afilados y mirada oscura.

—Necesito su ayuda.

Temperance había tenido la esperanza… había querido que le preguntara algo relacionado con la comida… si la había disfrutado, si había saboreado el desayuno de esa mañana, que, de hecho, estaría complacido de saber que lo había hecho. Cuando los niños no la observaban, había cerrado los ojos y mordido la tostada con mantequilla y mermelada de fresas. La había disfrutado con pausa y la había masticado como le había enseñado él la noche anterior, saboreándola, analizando la mezcla de dulzura y cremosidad, la nota tenuemente ahumada de la corteza, la suavidad de la mantequilla y la acidez de las fresas del verano. Si le hubiera preguntado eso, hubiera estado encantada de contarle todo eso y ver cómo se regocijaba con ella…

Pero no se lo preguntó. Y tampoco estaba regocijado. Esa tarde parecía que su empleador no estaba interesado en lo más mínimo en que Temperance se diera un gusto. Y era lo adecuado. Tenía que concentrarse en su trabajo y en su meta. Por sobre todas las cosas, no tenía que pensar en sus labios, ni en sus manos alimentándola con ternura y habilidad, ni mucho menos en el aroma especiado y masculino del duque.

—¿Qué puedo hacer? —le preguntó tomando asiento delante de su empleador.

—Me temo que el desafortunado incidente que tuvo a lugar en la velada de hace dos días ofendió al primer ministro y me ha dejado en desventaja para obtener el puesto que deseo. Tanto es así que han invitado a participar a un nuevo candidato. Un tercer candidato.

Movió la carta plegada frente al rostro malhumorado. Temperance sintió que se ruborizaba. El desafortunado incidente había sido su culpa y no la de James. Se había disculpado con el niño a solas y le había confesado que había sido su propio pie el que

causó la escena, pero la disculpa en privado no había logrado deshacer la humillación pública.

—Tengo que hacer todo lo posible para mejorar mi candidatura —continuó Eccess—. Mejorar mi reputación no basta. Y… me avergüenza admitirlo, pero necesito que trabaje para mí. Como mi institutriz.

Temperance frunció el ceño y negó con la cabeza intentando decidir si lo había oído bien.

—¿Su institutriz?

—Sí. No estoy orgulloso de esto, pero creo que nos conocemos lo suficientemente bien, y siento que se lo puedo contar… Necesito más que hablar francés, que se me da bastante bien. Necesito poder leerlo y escribirlo… a la perfección.

—Oh. ¿Y no sabe? —Eso la sorprendía. El hombre era muy seguro de sí mismo, y Temperance no se podía imaginar que algo se le diera mal.

Le resultaba muy extraño ver a ese hombre alto y lleno de confianza encogerse un poco.

—Me temo que no. Logré ocultarlo durante la mayor parte de mi vida, pero siempre fui un caso perdido a la hora de leer algo, no solo francés. Y mi padre… —El duque se tornó algo pálido y los ojos se vieron acechados—. Según mi padre, no tenía ingenio. Era una vergüenza para él.

Temperance sintió una descarga de ira. ¡Por supuesto que el duque de Eccess tenía ingenio! Le gustaba aparentar ser simple y evitar temas serios con bromas, pero era evidente que se estaba saboteando.

—Lamento decirle que eso fue muy cruel por parte de su padre.

La mirada café se posó en sus ojos. Para su consternación, el duque se veía de lo más vulnerable. A Temperance le hubiera parecido imposible de concebir eso en el hombre más grande que había visto en toda su vida.

—Era cruel —admitió el duque—. No solo conmigo. Cuando tenía diez años, en el último domingo antes del Adviento, provocó que mi madre entrara en trabajo de parto antes de lo esperado. Al enterarse de que había dado a luz a una hija y no a un heredero de repuesto,

se tornó imposible. No culpo a mi madre por haber huido con mi hermana bebé en la víspera de Navidad.

Cada una de sus palabras le perforó el pecho.

—¿Acaso esos son los fantasmas que lo acechan? —le preguntó antes de poder pensar.

Cuando el duque asintió, el corazón le dio un vuelco, tanto por él como por su familia. Ella misma conocía las traiciones que podían infligir los miembros de la familia. Abrió la boca para decirle eso, queriendo compartirlo con él y asegurarle que lo entendía más de lo que sabía. Por primera vez, Temperance consideró contarle toda la verdad: su verdadero nombre, su verdadera historia, los atormentadores que habían ido a esa misma casa y que era su culpa que su candidatura se encontrara en peligro.

Sin embargo, no pudo hacerlo. Ya les había mentido a él y a los niños durante varias semanas. No le haría ningún favor al contarle todo y enredarlo más en su escándalo. Además, si la encontraban, al menos el duque podría decir que era inocente. La culpa sería exclusivamente suya. Solo tenía que aguardar un poco más. Debía resistir cualquier emoción hacia su empleador porque, en trece días, se marcharía de su vida para siempre.

—Detesto que le haya ocurrido eso, milord —le dijo con la garganta cerrada—. A pesar de todo, creció para convertirse en un hombre capaz y habilidoso.

—Quizás en algunas áreas —admitió el duque con la voz ronca—. Sin dudas, su presencia me está ayudando con los niños de formas que jamás había esperado.

«Es lo que yo necesito…». Temperance sintió un cosquilleo en el vientre al recordar esas palabras. Debería decirle la verdad. Seguro que, si le explicaba que no estaba loca, la entendería como lo había hecho su amigo, el duque de Enveigh. No la entregaría a las autoridades o a su madrastra.

Pero no. Sería mejor mantener la boca cerrada. Sería una tonta de confiarle su secreto a otra persona. La única persona en la que debía confiar era en sí misma.

—De todos modos, el motivo por el que la llamé hoy es que mi incapacidad de leer y escribir en francés me está empezando a

limitar —continuó el duque soltando el aliento—. De niño, tenía un tutor que debería haberme enseñado eso, pero siempre fui bueno a la hora de fingir, de modo que lograba engañarlo con mi encanto y sentido de humor. Como siempre me criticaron por no poder aprender, supongo que no lo intenté demasiado porque me hicieron creer que era en vano. Pero usted…

Lentamente la recorrió con la mirada, y Temperance sintió un escalofrío en todo el cuerpo. «No —pensó—. No haga eso. No me haga desear lo que jamás podré tener. No me mire como si importara cuando todo lo que sabe de mí es mentira. No me mire como si fuera el centro de su atención cuando me marcharé en trece días y jamás sabrá quién era en realidad».

—Usted obró un milagro con los niños que sacaron de quicio a todas las institutrices en pocas semanas… y creí que, si pudo lograr eso, quizás puede ayudar a otra causa perdida. A este humilde servidor.

Temperance sonrió y el corazón se le aceleró.

—Por supuesto, milord. Estaré encantada de ayudarlo.

El duque de Eccess asintió con la cabeza, y vio como una ola de alivio le relajó los rasgos.

—De acuerdo. Nos encontraremos todos los días aquí, por favor. ¿Después del almuerzo o antes de la hora del té le parece bien?

—Sí, por supuesto.

—Gracias.

Temperance asintió con la cabeza y reprimió la mezcla de nervios y entusiasmo que la embargaron al pensar en encontrarse a solas con él. ¿Intentaría besarla de nuevo? ¿Se lo permitiría?

—¿Está libre ahora? —le preguntó alegre, aunque se veía algo nervioso.

—Sí, y tengo un libro en mente. Deme un instante, por favor.

Temperance fue a la recámara de los niños, que jugaban, y tomó el libro de fábulas de Sophie. Tras darles instrucciones de que regresaría en una hora, regresó al estudio y colocó el libro sobre el escritorio delante de él. El duque frunció el ceño.

—¿Un cuento para niños?

—Sí. Es simple, pero lo mantendrá interesado. —Pasó las páginas del libro hasta llegar al cuento que quería—. Comience con este, por favor.

El duque de Eccess se humedeció los labios y comenzó a leer con lentitud.

—*La… petite… sou…* —Se detuvo frustrado—. Diablos. Conozco las palabras cuando las escucho, pero verlas escritas…

—Es completamente natural. Tiene un excelente oído para el francés. Solo necesita hacer la conexión con el texto escrito. Por favor, lea la primera oración en silencio. Cuando termine, dígame qué cree que significa.

El duque movió los labios sin emitir ningún sonido.

—¿Un ratoncito… visita a su primo?

—¡Exacto! Ahora, consideremos todas las palabras que le producen incertidumbre…

Siguieron trabajando con el texto, discutiendo el vocabulario, la pronunciación y los significados de las palabras. Al cabo de un rato, el duque logró leer la oración completa con muy pocas interrupciones.

—¿Qué le pareció, milord? —le preguntó Temperance.

—Me sentí como si estuviera corriendo en el barro. Pero por primera vez en la vida, no tengo que adivinar nada.

—Muy bien, milord. Continuemos.

En quince minutos, con cautela y lentitud, logró terminar el primer párrafo. Cuando terminó la primera fábula, se apoyó contra el respaldo algo anonadado.

—Un momento. El ratón de campo va a la gran ciudad, se atiborra de exquisiteces pensando que eso lo hará feliz y acaba descubriendo que darse banquetes todo el tiempo tiene consecuencias…

—Muy bien.

El duque entrecerró los ojos llenos de desconfianza.

—Al final, regresa a su vida simple, donde comenzó.

Temperance se encogió de hombros.

—A veces, no tenemos que huir para encontrar lo que necesitamos. Porque siempre ha estado allí. El ratón no necesita

convertirse en un glotón para ser más feliz.

La expresión del duque se tornó oscura y tormentosa.

—Con todo el respeto, le tengo que pedir que se abstenga de darme lecciones sobre mis pecados, señorita Fields. Necesito su ayuda con el francés, no con mi moral, ni mis hábitos ni mis elecciones.

—¿No me había pedido ayuda para dejar de beber?

El duque de Eccess cerró el libro de golpe.

—Estoy haciendo lo mejor que puedo, y no tiene ni idea de lo mucho que me cuesta. Usted me lo dejó claro hace un tiempo, y todavía lo recuerdo. Por favor, deje de echarle sal a la herida.

—*Lady* Agatha, espero que no le moleste que la vuelva a visitar —le dijo el duque de Enveigh, acercándose a ella en las caballerizas que se encontraban en la parte trasera de la casa.

Aunque hacía frío, estaba un poco más cálido que días anteriores; toda la nieve que había caído en las últimas jornadas se estaba derritiendo, y el calor que resplandecía sobre los adoquines húmedos hacía que el aire se ondulara como un espejo, distorsionando los edificios.

—¿Por qué me ha llamado aquí? —le preguntó Temperance mirando alrededor.

No se veía a nadie. Una de las criadas la había llamado para informarle que había un caballero esperándola en la parte trasera. Por un momento, el corazón le dio un vuelco. «No puede ser Bartholomew». Por fortuna, no lo era.

—Bueno, no podía ir a visitarla. A Octavius no le agrada nuestra amistad, y no quería llamar su atención más de lo necesario. No me podría haber recibido en la sala de estar porque no es la señora de la casa. Y Octavius ya está enfadado conmigo. No aprueba nuestra conexión.

Temperance tragó con dificultad al oír la palabra «conexión». No le pertenecía a Enveigh, y el duque no tenía derecho a protegerla ni

controlarla. Todos los hombres creían que tenían el derecho a dictaminar en las elecciones de las mujeres: los empleadores, los pretendientes y los desconocidos. Jamás permitiría que un marido dictaminara en su vida como lo habían intentado su madrastra y Bartholomew.

—No me importa su aprobación.

Sin embargo, eso no era cierto. A pesar de todo, quería agradarle al duque de Eccess…

Enveigh bajó los ojos grises al suelo y pareció tímido, pero Temperance no sabía si creía en la autenticidad del duque.

—Le entregué su mensaje al señor Barton, como me pidió, pero no creo que haya sido una buena estrategia.

Temperance sintió una ola de inquietud.

—¿Qué pasó?

—Me temo que noté que un hombre me sigue desde ayer.

A Temperance se le congeló la piel. El duque continuó:

—Tenía que confirmar que nadie me seguía antes de venir a verla. No me podía arriesgar a conducirlos a su puerta. Hoy, mi astuto lacayo me ayudó a despistarlos, así que estamos a salvo. Debe dejar de enviarle mensajes a su abogado.

Las manos le temblaron. El cielo azul le pareció tan pesado que sintió que se caería encima de ella.

—Por todos los cielos, está pálida… —murmuró Enveigh—. Venga, sentémonos un momento. —La tomó del codo con amabilidad y la condujo a un antiguo banco—. Respire, *lady* Agatha. Respire…

De alguna manera, a pesar de sus dudas en cuanto al duque, en ese momento le resultó una presencia reconfortante y segura. Temperance se dio cuenta de que no era la primera vez que asistía a alguien en un momento de angustia y recordó que le había hablado de su madre y sus batallas contra la melancolía. Tomó una lenta bocanada de aire y contuvo el aliento en los pulmones.

—¿Qué ve? —le preguntó Enveigh.

—Las… las caballerizas —logró responder—. Nieve en el suelo. Paredes. Una casa.

—Muy bien. ¿Y qué oye?

Temperance tragó de nuevo. La inquietud que la había abrumado comenzaba a sosegarse.

—Su voz —repuso—. Un carruaje a dos o tres manzanas de aquí. Voces de transeúntes al otro lado de la pared. Y viento en mis oídos.

—Muy bien —la alentó el duque con una sonrisa—. ¿Y qué siente en el cuerpo?

—El banco duro debajo de las piernas… el suelo frío bajo los pies. Aire gélido en el rostro.

—Sí, muy bien. ¿Se siente un poco mejor?

Temperance asintió con la cabeza y, para su sorpresa, no estaba mintiendo.

—Parece que no le es ajeno lidiar con la angustia de otros.

El duque se rio entre dientes y negó con la cabeza.

—Intenté ayudar a Edgar. A juzgar por su aspecto físico, era perfecto, pero en casa, la presión lo inquietaba. Lo ayudé guiándolo en malos momentos… pero él fue el que me dijo que lo ayudaba concentrarse en lo que lo rodeaba.

—Fue una persona importante en su vida —dijo Temperance.

Enveigh asintió y se clavó la mirada en los zapatos.

—Sí. Lo quería… y lo detestaba. No tiene sentido, lo sé…

Temperance negó con la cabeza.

—Tiene mucho sentido. Sé exactamente cómo se siente.

Los ojos grises del duque se posaron sobre los de ella y, en esta ocasión, no vio ningún indicio de pretensión entre ellos.

—Supongo que sí. Nunca se lo conté a nadie, pero aún tengo pesadillas sobre el día en que murió…

Un estremecimiento frío la embargó y sintió empatía hacia el duque.

—¿Cómo murió?

El duque de Enveigh se humedeció el labio inferior y clavó la mirada en un punto blanco. Los ojos grises se le oscurecieron como si estuvieran acechados por el pasado.

—Viajó a Londres en mi lugar. Murió en un accidente de carruaje en el que debería haber estado yo, *lady* Agatha.

—Oh, no —murmuró y le apoyó una mano en el antebrazo. El corazón le dio un vuelco por el hombre—. ¿Se culpa por eso?

El duque asintió.

—Como debería hacerlo. Como me culpó mi padre. Estoy viviendo su vida y no me la merezco.

—Estoy segura de que no es cierto, milord.

—Por favor, llámeme Archibald —le dijo con un brillo de ternura en los ojos—. Me gustaría creer que somos amigos… ¿no?

Temperance quería creerle. El hombre parecía genuino. Pero también le había preguntado la suma exacta que heredaría. ¿Acaso los amigos preguntaban esas cosas? ¿Era curiosidad o había otro motivo para esa pregunta?

—Sí, somos amigos —repuso con cautela.

El duque de Enveigh adoptó una expresión seria.

—Como su amigo, me gustaría ofrecerle mi protección. ¿Por qué no la llevo a mi propiedad de campo hasta Navidad? Mi madre se encuentra allí, junto con dos cuidadoras y suficientes criados. Requiere mucho dinero cubrir sus costos, pero haría lo que fuera por mi madre. Su viaje se llevará con la mayor discreción posible, y me aseguraría de contratar hombres que la lleven para que no la puedan conectar conmigo. De ese modo, nadie sospechará nada. Y para asegurarle todo el decoro, ni me atrevería a hacer nada irrespetuoso. Podría considerar… eh… —El duque se aclaró la garganta—. Como debe saber, no estoy casado y estoy buscando una esposa con fondos…

Temperance escuchó atónita lo que estaba sugiriendo. Como había temido, el duque necesitaba su dinero. La oferta de ayuda sonaba sincera, pero ¿cómo podía confiar en un cazador de fortunas? Pero antes de calmar la mente confundida, la puerta a sus espaldas se abrió, y Sophie salió corriendo hacia las caballerizas.

—¡Allí está, señorita Fields! *Venez!* ¡Venga!

Temperance se puso de pie y el estómago le dio un vuelco.

—¿Qué sucede?

—¡Han venido algunos cantantes de villancicos, y creo que vendrán más! Sé lo mucho que le gusta la Navidad. ¡Venga!

Temperance se rio entre dientes aliviada de tener una excusa para regresar a la casa.

—Gracias, Sophie. Enseguida voy.

Sophie dudó unos instantes, con los ojos celestes llenos de curiosidad.

—¿Por qué está en la caballeriza con el duque? Se ve tan sospechosa como el hombre que vino luego de los cantantes.

—¿Qué hombre? —ladró Enveigh con una expresión fría.

—Un hombre que le ofreció dinero a uno de los lacayos y le preguntó si había una mujer joven en nuestra casa.

Temperance sintió como si el suelo se moviera debajo de sus pies. No… ¿alguna vez estaría a salvo?

—El lacayo no dijo nada —continuó Sophie, despreocupada, con toda la inocencia de una niña—. Pero el hombre dijo que era demasiado tarde, porque los criados de los vecinos habían hablado, y sabe que hay una nueva institutriz cuidando de los niños.

Temperance sintió que el estómago se le hundía a los pies y que el cielo y las paredes de la mansión comenzaban a cerrarse a su alrededor. Debía de ser el hombre que había contratado *lady* Auster, el señor Finch. ¿Quién más podría ser?

Temperance supo que no podía escapar. Podrían venir a por ella en cualquier momento y podrían estar observándola en ese mismo instante. Sintiéndose debilitada, dio un paso hacia atrás. Y luego otro. Se dio la vuelta y, sin pensarlo, entró corriendo a la casa.

—¡Aguarde, señorita Fields! —la llamó Sophie.

—¡Señorita Fields! —exclamó Enveigh, pero Temperance no se detuvo ni tampoco sabía a donde se dirigía. Tenía que esconderse. Tenía el pecho tenso y el corazón tan acelerado que estaba segura de que se le quebrarían las costillas.

Temperance no sabía a dónde iba, pero no le importó. Tenía que correr. Subió las escaleras hacia el ala de los criados a toda prisa, pero en algún momento, se olvidó de girar. O quizás el pasillo se veía diferente bajo la luz tenue. ¡Tenía que encontrar un armario, una sala de almacenamiento o lo que fuera! Solo debía desaparecer hasta que pudiera pensar, hasta que pudiera volver a respirar. Intentó una puerta tras otra, pero todas estaban cerradas. Excepto la última, y cuando la abrió, no pudo moverse ni despegar la mano del pomo.

Los labios se le abrieron para soltar un jadeo silencioso, y el rostro se le ruborizó mientras recorría los contenidos de la habitación con la mirada.

14

Temperance se tambaleó conmocionada mientras la puerta se cerraba con suavidad a sus espaldas.

Al principio, solo vio una enorme cama en el centro de la recámara con un cubrecama de color óxido y dorado encima. En cada esquina de la cama, había un grueso pilar de madera de caoba y un dosel con cortinas del mismo color. Pero nada de eso importaba; no podía despegar la mirada de los anillos de hierro que había en el cabezal de madera tallada. ¿Para qué servirían?

«Para amarrar a alguien…», le respondió un pensamiento excitante.

La habitación en sí era oscura, con las paredes de paneles de caoba y cortinas de color carmesí sobre las ventanas. A Temperance se le hundieron los pies en la alfombra suave mientras caminaba. La luz del sol se colaba por las ventanas, pero había velas sobre candelabros de plata encendidas por toda la recámara. En el área de aseo personal, había una tina gigante llena de agua caliente. Un pequeño banquete aguardaba sobre una pequeña mesa redonda frente al hogar con quesos, cortes fríos, frutas, pan recién horneado, mantequilla, patés y caviar. Una jarra de vino estaba lista al lado de la comida, pero solo había una copa. Las criadas habían preparado la recámara para alguien hacía poco… y ese alguien llegaría en cualquier momento.

Temperance tragó con dificultad. Debería marcharse. Acababa de entrar en un espacio prohibido, en un sitio secreto. No debería estar

allí. Sin embargo, sabía quién sería el dueño de ese secreto, y de pensar en su empleador, se adentró más en la recámara casi en contra de su propia voluntad. El duque de Eccess. Octavius.

Estaba conmocionada. El duque de Enveigh le había hecho una propuesta que podría solucionarlo todo y hasta había insinuado una propuesta de matrimonio… pero todos los pensamientos que tenía se centraban en el señor de esa casa. Lo veía en cada curva de los tallados de la cama, en el destello del cubrecama de seda y en las cortinas aterciopeladas, en los aromas sensuales a madera, especias y cuero que pendían en el aire. Y se sentía a salvo. Escondida en los confines de su secreto. Allí no existía ninguna madrastra malvada, ni primos lejanos crueles, ni matones, ni asilos. Solo existía él.

A Temperance se le ralentizó la respiración. Todos sus sentidos estaban exaltados y relajados al mismo tiempo. Su curiosidad ardía por más mientras seguía recorriendo la habitación.

Esa no era la recámara del duque. Ya había estado allí, y el recuerdo le produjo un delicioso estremecimiento.

Ahora que podía pensar con claridad, divisó una colección de objetos curiosos que la hicieron soltar un jadeo y llevarse la mano a la boca. Sobre un aparador, había una docena de… penes… de madera y mármol… El calor se le subió al rostro, y las mejillas le ardieron. Reconocía los penes gracias a los libros de biología y las esculturas clásicas que representaban esa parte de la anatomía con gran detalle… pero esos eran enormes.

Apenas respirando, Temperance se acercó más sin despegar la mirada de los objetos en cuestión. Cada uno tenía un tamaño y grosor diferente, así como distintas curvas e inclinaciones. El de mármol se veía tan suave, que estiró la mano para acariciarlo… pero no se atrevió. Se humedeció los labios. ¿Para qué se usarían? ¿Para qué los necesitaría si ya tenía… el suyo?

Temperance sintió un cosquilleo en el pecho. Sobre las paredes, había cuadros a los que no le había prestado atención todavía, con escenas de lo que se podía hacer con esos instrumentos de mármol o madera. Ahora que los estudiaba con detenimiento, vio varios cuadros con diferentes escenarios. Uno en particular le llamó la atención: había una mujer mirando al espectador, con los senos

descubiertos y un hombre penetrándole… su parte íntima… pero no la parte femenina… ¡sino la otra! Mientras la embestía con un pene de madera en la parte… femenina.

La boca se le abrió de la perplejidad. Nunca se le había ocurrido que se pudiera usar la otra parte de la anatomía para eso…

Debería marcharse. Pero no quería. Se sentía encendida, consciente y despierta. Al igual que la noche anterior, el duque de Eccess había logrado abrir otra puerta en su interior, un nuevo compartimiento secreto que le endurecía los pezones y le producía un anhelo dulce entre las piernas. Había estado ignorando esa parte de ella durante toda la vida. Pero ahora que había abierto la puerta, no quería cerrarla.

Temperance clavó la mirada en más objetos fascinantes. Esponjosas plumas de avestruces, huevos de jade y mármol, un colgante con grandes cuencos de cristal, esposas de piel de conejo, pinceles con cerdas suaves, fustas, cuerdas de seda en diferentes colores, enlaces, pañuelos y aceites esenciales en hermosas botellas. Levantó uno a uno los tapones de las botellas e inhaló el aroma a rosas y jazmines.

Era como si hubiera entrado en otro mundo. Cuanto más veía, tocaba y olía, más se le llenaba el cuerpo de una anhelación dolorosa y un estremecimiento maravilloso. Sentía lo mismo que cuando experimentaba con el fluido eléctrico. Se sentía viva. Como si estuviera profundamente conectada con la vida. Como si conformara una entidad con el mundo.

El fluido eléctrico le encendía el espíritu; pero ahora todo su cuerpo estaba en llamas. Cuerpo, mente y alma.

Debería marcharse. Alguien llegaría pronto, ya fuera un criado o el señor de la casa. Pero en lugar de dirigirse a la puerta, Temperance quiso saber qué ocurriría si el duque llegara…

En otro aparador, notó una colección de máscaras cuidadosamente esparcidas sobre la superficie. Había máscaras venecianas que cubrían la mitad del rostro, otras más pequeñas que apenas cubrían más que unas gafas y todos los tamaños en el medio. Reconoció un arlequín, un tigre, un gato negro, un lobo, un pavo real, un jabalí, Dionisio, Apolo, Afrodita…

Temperance rozó los dedos por las rosas de seda y las conchas de la máscara de Afrodita. ¿Acaso su empleador usaría una máscara estando allí con una amante? ¿Cómo se sentiría abandonar las restricciones de su nombre y su personalidad, olvidarse de la mujer que se había criado para ser obediente, cumplir con las pautas del mundo y vivir con templanza? Ignorar su cuerpo…

Temperance tomó una máscara… y se convirtió en la diosa de la belleza y el amor. Se la colocó sin titubear y ajustó los lazos de seda detrás de la cabeza.

La máscara le producía una agradable presión contra la piel y el interior de seda suave le enfriaba el rostro acalorado. ¿Cómo sería ser una diosa? ¿Existir únicamente para los placeres del cuerpo, la emoción del amor, la veneración de un hombre y ser adorada como mujer…?

El papel de la diosa la embargó como una segunda piel, y enderezó la espalda sacando pecho. Sintió un cosquilleo en la cintura y las caderas y una tormenta de sensaciones en la entrepierna.

—*Bonjour* —dijo una voz a sus espaldas—. Aquí estás.

Era como Temperance lo había creado en sus sueños; lo había conjurado en sus pensamientos y ahora sentía que la máscara que se había puesto le otorgaba los poderes de una diosa. Sentía la cabeza liviana y mareada, el cuerpo en armonía con cada sensación. Se aferró a los bordes del aparador, pero no permitió que se le hundieran los hombros ni escondió los senos. No se encogió ni un solo centímetro.

Los pasos serenos del duque sobre la alfombra anunciaron que se estaba acercando. ¿Debería decir algo? ¿Revelar quién era?

Una parte de Temperance le decía a gritos que se estaba comprometiendo, que estar a solas con un hombre en una habitación tan escandalosa como esa… Casi podía oír la voz de cada matrona de la alta sociedad diciéndole que, si alguien se enteraba de eso, estaría arruinada. Y, a pesar de que era una preocupación válida, ignoró esa voz. Era la señorita Fields, no *lady* Agatha Temperance Hall. Y en ese preciso instante… era Afrodita.

De repente, lo sintió a sus espaldas, acunándola con su cuerpo grande y proyectándole su calor corporal. Una mano grande se le apoyó en la cintura y se la acercó más, apretándole la espalda contra su torso duro. La otra mano se le posó en la mejilla y, con firme delicadeza, le volvió el rostro hacia él.

—*L'Aprodite* —dijo el duque de Eccess con la voz ronca—. *Très bien*. Déjame venerarte, mi diosa.

De repente, sus labios se encontraron sobre los de ella, demandantes, devoradores y arrebatadores. La besó con pasión, y la lengua la acarició con voracidad.

—Necesito que me ayudes a olvidar a alguien —murmuró contra sus labios.

Debía ser la máscara o quizás esa habitación diseñada para el pecado. Temperance no logró contenerse y no pudo hacer otra cosa que no fuera regresarle los besos y responder a él con la misma medida de deseo que le daba. Las sensaciones que le provocaba en el cuerpo se estaban apoderando de ella y la convertían de una mujer correcta y compuesta en un lío cálido, suave y maleable. El cosquilleo en los senos se intensificó, y el placer le produjo un agradable ardor en el vientre y la entrepierna. Su cuerpo cantaba haciéndola sentir más viva que nunca antes. Viva, segura y maravillosa.

El duque de Eccess comenzó a desatarle los lazos del vestido y separó la tela. Temperance soltó un gemido al sentir sus manos sobre el corsé. Cuando le acarició los pechos, la cascada de calor abrasante que le recorrió el cuerpo le arrancó un jadeo. Para su sorpresa, tenía los pezones duros como piedras y le dolían con una necesidad dulce.

—*Bonjour*, milord —dijo una mujer en alguna parte de la habitación.

No… La voz estaba mal. No debía estar allí.

Tanto ella como el duque se quedaron paralizados. Al cabo de unos instantes, el duque dio un paso hacia atrás, y Temperance se volvió intentando cerrarse los lazos en la espalda del vestido. El duque fruncía el ceño confundido y pasaba la mirada de ella a la puerta.

En el umbral había otra mujer. Tenía el cabello oscuro y era pequeña, como ella. Llevaba una pelliza de color púrpura de última moda y un sedoso vestido rojo debajo. Era una mujer hermosa, con grandes ojos oscuros, pestañas alargadas y labios carnosos que destellaban como cerezas.

—*Je vois que vous avez déjà de la compagnie. Tant mieux. Je vais me joindre à vous…* —«Veo que ya tiene compañía, pero mucho mejor. Me uniré a ustedes…».

La mujer se acercó a ellos, y Temperance dio un paso hacia atrás. Tenía la certeza absoluta de que ya no se sentía como Afrodita. No tenía poder sobre nadie y mucho menos sobre él. ¿Cómo podría si no dejaba de pensar en él? Y todo mientras él invitaba a otra mujer para entregarse a los placeres con máscaras y juguetes para hacer el amor.

15

—¡Largo! —rugió Octavius.

Su hermosa amante, Celeste, se quedó congelada con el ceño fruncido de la confusión.

—¿Que me largue? —le preguntó con una voz melódica y acento francés—. Pero me llamó de urgencia, milord…

Todo lo que decía era cierto, y no era la culpa de Celeste que hubiera estado lleno de deseo durante varias semanas; pero fue la seducción de la señorita Fields lo que lo deshizo.

Ver a su institutriz comer fresas, responder a sus caricias y aceptar confesiones en su estudio sin juicio alguno lo había excitado más aún. Se había negado sus placeres habituales durante varias semanas ya, todo por el bien de la candidatura a la presidencia de la Junta de Comercio. El primer ministro tenía espías en todos lados…

Pero al ver a la señorita Fields saborear la comida y la bebida que le había ofrecido y concentrarse en las gotas del jugo que le rodaron por la piel… Que el cielo lo amparara. Necesitaba aliviarse de esa tortura como un hombre a punto de ahogarse necesitaba el aire. Acostarse con mujeres, comer, beber y comportarse como un libertino eran cosas que se le daban bien y necesitaba sentirse como él mismo… aunque solo fuera por un momento.

Quería fingir que Celeste era la señorita Fields y que la seducía, de modo que cedió a sus deseos y la llamó para borrarse a la mujer que en realidad quería tener en esa habitación. Cuando la besó con la máscara puesta, una parte de él supo que no estaba besando a

Celeste, sino a la mujer que jamás podría tener. Esa parte de él, la parte más decadente y débil, había estado lista para tomarla. Para saciar su mayor deseo.

Era como si la hubiera conjurado en sueños, como si la hubiera manifestado con el poder del deseo voraz que sentía por ella.

Octavius no podía ser tan maleducado con Celeste cuando la mujer no había hecho nada mal. Pero la conmoción le endureció la garganta, le cerró los pulmones y, al parecer, le obnubiló los buenos modales. Nunca había querido que la señorita Fields supiera de Celeste. La vergüenza lo abrasaba, y no supo cómo evitar convertirse en un salvaje. Nunca se había sentido tan torpe o irritable como en ese momento. Se sentía como un patán inculto, como un bochorno absoluto. Y había vino sobre la mesa que lo llamaba.

No quería que la señorita Fields lo viera en ese estado, no quería que supiera lo bajo que podía caer. Ella había visto lo más profundo de su alma con tan solo una mirada; sabía hasta donde llegaba la plaga que había residido en su interior durante muchos años.

Octavius había sentido algo entre ellos. Una conexión, un fuego y gran confianza. Una confianza que, sin dudas, se había roto ahora.

—¡Sí, Celeste, márchate! —le confirmó Octavius señalando la puerta, consciente de lo rígido y tenso que se encontraba su cuerpo, a pesar de la erección que se negaba a calmarse sin importar la vergüenza que sentía. «Típico»—. Por favor —añadió.

La conmoción de comprender a quién había besado lo había arremetido como una pared. El deseo sobrenatural que sintió al tomarla en sus brazos, la comodidad con la que su cuerpo se adaptó al suyo…

—Oh —soltó Celeste, con los ojos curiosos destellando—. *Pardonnez-moi*, por favor.

«La señorita Fields sabrá que estaba a punto de disfrutar de la compañía de otra mujer». El pensamiento se le retorció en el vientre. Octavius no soportaba la idea de que lo viera complacer sus instintos más bajos, que lo viera convertirse en el libertino que de seguro creía que era. Sin embargo, una parte de él rugía de alegría

de que Celeste se marchara; la mujer que en realidad deseaba ya se encontraba allí.

—*Très bien* —dijo Celeste.

Cuando por fin se marchó Celeste, Octavius no pudo mirar a la señorita Fields. Tuvo que darse la vuelta por un momento para permitir que se calmara su deseo ardiente. Anhelaba a la institutriz como nunca antes había deseado a nadie ni a nada. A lo mejor se debía a su inocencia o al desafío de que fuera tan decorosa y siempre se alejara de los placeres cuando él solo había vivido para esos mismos placeres. El desafío de sacarla de su eje y provocarle sensaciones le resultaba excitante. Debía de ser eso. Lo seducía la idea de perseguir la fruta prohibida; eso era todo. De seguro no se trataba de que lo hiciera sentir como si él pudiera ser él mismo.

Octavius nunca se había sentido afectado por una mujer del modo en que la señorita Fields lo afectaba y ahora la iba a perder. No solo como la institutriz que había logrado conquistar a sus tres pupilos, sino también como la mujer que se había vuelto esencial para su existencia.

Además, el escándalo de seducir a una institutriz dañaría cualquier posibilidad de conseguir la presidencia que deseaba, aunque eso perdía significancia frente a la idea de que se marchara de su vida para siempre. Ni siquiera podía mirarla. No soportaba ver su propia devastación reflejada en sus ojos.

—Debe marcharse, señorita Fields —gruñó Octavius sin mirarla—. Debe olvidarse de esto.

La institutriz se volvió a mirarlo con la máscara en la mano. Estaba sonrojada, pero los ojos le ardían llenos de deseo. Tenía los labios hinchados y destellantes del beso y un hermoso tono rosado en el cuello y las mejillas. Y llevaba el vestido abierto. Que Dios se apiadara de él.

Nunca había deseado reclamarla más que en ese momento. Quería ir a la casa de Archibald a todo galope y decirle que el motivo por el que se negaba a que la cortejara era que él ya la había reclamado. Pero ¿y luego qué? El matrimonio era imposible. Llevársela a la cama sin ofrecerle matrimonio no solo le destruiría la reputación, sino también el futuro. Y él jamás haría eso.

—¿Cómo podría olvidarme de esto, milord?

Octavius soltó el aliento tembloroso.

—No estoy en posición de poder ofrecerle matrimonio. No se lo puede contar a nadie.

La señorita Fields frunció el ceño.

—¿Qué le hace…?

—En semejante situación, se espera una propuesta. Y yo no le haré ninguna.

Sorprendida, parpadeó. No estaba de acuerdo. Por todos los cielos, esperaba que le propusiera matrimonio… como debía esperarlo. Maldita sea. Una parte de él quería…

Pero no podía casarse con una mujer tan debajo de su rango solo para poder hundir su miembro en ella cuando le diera la gana. No quería repetir el matrimonio de sus padres ni la miseria que se habían producido entre los dos, la que le habían causado a él y, sin lugar a dudas, a su hermana también.

—¿Cuánto quiere por su silencio? —le preguntó más alto de lo deseado—. ¿Diría que unas cien libras bastarán?

Para una institutriz como ella, joven y sin experiencia, esa suma era una fortuna. Le permitiría ganar una gran seguridad financiera. Sin embargo, la señorita Fields echó el rostro hacia atrás como si acabara de abofetearla. Octavius se volvió a sentir como un oso enorme en una tienda de porcelana. Había tratado la situación muy mal.

—¿Cree que me puede comprar? Piénselo de nuevo, milord. Ni siquiera se molestó en preguntarme qué quiero —repuso la señorita Fields al tiempo que arrojaba la máscara al suelo para marcharse.

La había ofendido.

A Octavius se le retorció el vientre. El dolor y la furia que vio en su mirada hizo que el alma se le retorciera de la culpa.

¿Por qué no podía haberse controlado para no besarla? En el pasado, había culpado a la bebida por ese tipo de comportamiento. Creía que, si pudiera controlar la bebida, podría controlarse a sí mismo.

Pero ahora, que estaba sobrio, la había devorado como un hombre famélico frente a un banquete. La verdad brutal lo azotó. Su

glotonería no se trataba exclusivamente del alcohol. Era algo que lo consumía todo sin detenerse a pensar en las consecuencias: la comida, el vino, el placer… y ella.

Era un hambre insaciable que nada podía calmar. El problema era que quería cambiar. Deseaba que su institutriz lo mirara con aprobación. Necesitaba ser un hombre mejor. Si no era por él, al menos por ella.

16

Octavius hundió los puños en la masa, y la harina voló por la superficie de madera de la mesa de la cocina. Se había prometido que no pensaría más en la señorita Fields luego de encontrarla en su sala de pecado más temprano ese día. Sin embargo, allí estaba, haciendo comida a media noche como un tonto enamorado.

La enorme cocina estaba en penumbras, excepto por el candelabro con seis velas que iluminaba el espacio desde una pequeña esquina. Octavius vertió más harina en el cuenco y siguió amasando. La carne glaseada con miel y mostaza se estaba cocinando en el horno y le cosquilleaba los sentidos con el aroma que le hacía agua la boca.

Mientras aguardaba a que estuviera lista, había querido algo con lo que ocupar las manos, de modo que comenzó a hacer una masa para pastelillos. No podía dormir, no podía beber y no podía acostarse con nadie. Aunque, a decir verdad, tampoco estaba seguro de querer hacer esto último. Excepto con la prohibida señorita Fields.

Ni siquiera podía ensillar a Achilles para unirse a sus amigos solteros, que debían de estar pasándolo a lo grande en Elysium. Los rumores de ese libertinaje no tardarían en llegar a oídos del primer ministro. Y, además, todas las mujeres le resultaban poco interesantes en comparación con su institutriz. Sus días de libertinaje habían llegado a un abrupto fin.

Por eso, al igual que cuando era un niño, solo y sin modo de calmarse que no fuera comiendo, Octavius había ido a la cocina. Cocinó solo y más tarde comería solo. Lo que no pudiera terminar, quedaría de sorpresa para los criados.

Seguía anonadado ante el modo en que se había comportado como un bruto con la señorita Fields. Podría haber manejado la situación con mucha más delicadeza, podría haberse comportado como un caballero. ¿Qué lo había llevado a ofrecerle dinero? Por supuesto que no podía comprarla. Era la señorita Fields, la mujer que reprendía a un duque por su imprudencia.

La puerta se abrió y, como si hubiera oídos sus pensamientos, la señorita Fields apareció en el umbral. Llevaba puesto su camisón y se sujetaba una chalina alrededor de los hombros.

Octavius solo llevaba puesta una túnica para dormir, sin nada más abajo, y el vello del pecho le asomaba. Si ella ya lo había visto así y peor también, ¿por qué se sentía tímido y vulnerable ahora? ¿Acaso el acto de cocinar era más vergonzoso que el de darse placer? ¿O seguía abochornado porque había descubierto a Celeste en su sala de placer? ¿Cómo era posible que tuviera la habilidad extraña de encontrarlo en sus momentos más vulnerables?

—Señorita Fields —la saludó.

—¡Milord! —Los ojos se le agrandaron para reflejar sorpresa, y las mejillas se le sonrosaron cuando se dio la vuelta para marcharse —. Lo siento… no creí que habría nadie aquí. Mucho menos usted, de todas las personas. Me iré…

—No, no, por favor, quédese. ¿Quería algo?

La institutriz dudó unos instantes.

—No podía dormir. Creí que quizás una taza de té me calmaría los nervios.

Ella tampoco podía dormir, ¿eh? Qué interesante.

—Claro, por favor. No se preocupe por mí.

La institutriz asintió y entró en la sala.

—El horno está caliente —le dijo Octavius—. El agua hervirá rápido.

Mientras volvía a amasar, la observó acercarse a la bomba de agua y llenar una hervidora para ponerla sobre la cocina.

—¿Le puedo preguntar qué hace? —dijo al sentarse sobre un banco a unos pocos pasos de distancia de él.

Octavius se rio entre dientes.

—Estoy amasando.

—¿Un noble que sabe amasar? —Le ofreció una sonrisa—. Qué novedad.

—Debo ser el único.

La señorita Fields observó cómo hundía los dedos en la masa, la giraba y la presionaba, mientras Octavius se imaginaba haciéndole algo similar en las nalgas. «Por el amor de Dios, me tengo que calmar». Era justamente ese tipo de pensamientos los que lo habían llevado allí.

—¿Qué está preparando? —le preguntó.

Él se encogió de hombros.

—Aún no lo he decidido. Estoy asando carne al horno, así que quizás un pastel. Algo dulce.

—Si no lo ha decidido, ¿le gustaría una sugerencia?

—Claro, pero puede que no la acepte.

—No hay comida navideña en la casa…

A Octavius no le gustaba el rumbo que estaba tomando esa conversación. Durante toda su vida, había habido un tipo de comida que no soportaba: los alimentos y las bebidas navideñas. Y el cerdo. El apodo cruel de su padre, «cerdito», le había arruinado ese alimento.

—… y la echo mucho de menos —continuó la señorita Fields—. A mi padre le encantaba el pastel de la víspera del día de Reyes, y cada año lo preparaba para Navidad. ¡Pero hay muchos otros platos también! ¿Qué dice de tartaletas de frutas?

Los grandes ojos grises le destellaban bajo la luz de las velas con una tristeza profunda que rara vez se veía en las expresiones de los miembros de la sociedad de Londres, y la oscuridad cálida que los rodeaba les ofreció un momento de intimidad…

Ella echaba de menos a su padre, y Octavius no soportaba verla tan triste. Se había prometido mostrarle gratificaciones, placeres y mejorar su vida. Enveigh le había dicho que necesitaba un amigo. No había mejor momento para ser su amigo. ¿Podría romper una de

sus reglas y hacer comida navideña en la casa para hacerla feliz? Por esa mujer, rompería muchas promesas y resoluciones.

Tomó un palo de amasar.

—Le haré las tartaletas de frutas.

El modo en que se iluminó el rostro de la señorita Fields con una sonrisa hizo que todo valiera la pena. Octavius sintió que el pecho se le encendía de placer cálido y rodó el palo de amasar por la masa para aplastarla.

—Cuando habla de su padre, se le ilumina el rostro. Debe haber sido un buen hombre.

El rostro de la señorita Fields se suavizó mientras clavaba la mirada en la oscuridad.

—Era el hombre más bondadoso. Me enseñó a ser una persona decente y siempre alentó mi interés en el fluido eléctrico y la lectura.

—Hizo un muy buen trabajo.

Entre ellos reinó un silencio cómodo mientras Octavius seguía trabajando la masa.

—¿Quiere que prepare las frutas? —le ofreció.

—¿Sabe hacerlo?

—Me temo que no puedo cocinar nada, pero soy buena estudiante. Dígame qué quiere.

«La quiero desnuda, extendida sobre mi cama y con los muslos separados». Octavius negó la cabeza para deshacerse de la seductora imagen que se le formó en la mente, tomó un cortante y comenzó a trazar formas sobre la masa.

—¿En su casa no había cocinera?

La señorita Fields se ruborizó un poco.

—Por un tiempo, sí… mientras la tienda de mi padre iba bien. Usted tiene cocinera y aquí está, haciendo tartaletas.

—La cocina me calma. No puedo beber coñac, pero puedo comer, así que aquí estoy.

Acto seguido, le dijo dónde encontrar los ingredientes, mientras la institutriz buscaba manzanas, pasas de uva, grosellas y las sobras de la carne que había usado para el pastel. Mientras ella cortaba las manzanas, él picó la carne en trozos delgados y la colocó sobre los trozos de masa en placas de horneado.

—¿Por qué no puede dormir, milord? —le preguntó la institutriz mientras cortaba las manzanas. El cuchillo hacía un ruido suave sobre la tabla de madera—. Sé por qué no puedo dormir yo.

La culpa se le retorció en el estómago.

—¿Y por qué es, señorita Fields?

—Porque me ofendió antes. Me besó, me… me tocó y luego me ofendió.

Octavius sintió que se le tensaba el mentón y apretó los dientes en la boca. Tenía que disculparse, pero él jamás se disculpaba. Era un duque. No lo habían criado para eso.

La cercanía de ambos mientras trabajaban a la luz de la vela lo hizo sentir vulnerable y expuesto.

—Ofendió mi honor —continuó la señorita Fields—. Me ofreció dinero. ¿Quiere que le diga por qué?

Octavius no podía ni mirarla. Lo único que atinó a hacer fue seguir colocando la masa de tarta sobre los moldes de estaño.

—¿No tiene respuesta?

Octavius colocó otro trozo de masa en el molde con la garganta seca.

—Creo que se siente culpable y que sabe que debe disculparse, pero a lo mejor es demasiado orgulloso o quizás no sabe cómo hacerlo. Quizás no puede encontrar las palabras, aunque sí quiera disculparse. ¿Estoy en lo cierto?

«¡Qué mujer más condenada!». ¿Acaso era vidente? Como las palabras no se le vinieron a la boca, Octavius asintió a regañadientes.

Eso hubiera sido mucho más fácil luego de una copa. Tendría la mente liviana como una pluma y no dejaría de contar bromas. La tomaría en sus brazos y bailaría un vals con ella por toda la cocina, tarareando la melodía mientras sus carcajadas llenaban el espacio. Pero en lugar de eso, usó el cortante y colocó otra tartaleta sobre el molde de estaño.

La señorita Fields colocó los trozos de manzana en un cuenco y los mezcló con las pasas de uva y la carne.

—Es importante que se enfrente a sus sentimientos, milord, y que no huya de ellos ni se oculte en la comida, la bebida, las

carreras de caballos y… y los penes de mármol.

«¿Los penes de…?». No podía dar crédito a lo que oía. Una carcajada alta y bulliciosa se le escapó de la garganta y rebotó por las paredes de la cocina. La institutriz se rio con él.

—¿Así que los vio? —murmuró Octavius algo maravillado.

—¿Qué eran? —le preguntó a través de las risas—. ¿Cómo se usan?

Octavius se detuvo y la miró con una ceja arqueada.

—¿De verdad me lo pregunta?

—Bueno, en uno de los cuadros de la pared había una demostración —dijo con la mirada baja—. Pero quizás hay otras formas de usarlos.

—Esa es una de las dos formas más populares.

La institutriz se rio y las mejillas se le tornaron del tono rosado que tanto le encantaba a él. Y entonces no pudo contenerse.

—Señorita Fields, si continúa con su investigación, me veré inclinado a pensar que le gustaría una demostración más práctica.

Ella dejó de mover la cuchara, y se miraron a los ojos a través de la mesa de la cocina.

Si seguía su tentación y hacía lo que más anhelaba, la montaría sobre la mesa de la cocina para que le envolviera las piernas por las caderas y la besaría como nunca nadie la había besado, sin temor a que los descubrieran y con todo el derecho a tenerla. Le mostraría para qué se usaba un pene, pero no uno de mármol. Sin embargo, no podía hacer nada de eso y apartó la mirada para continuar poniendo la masa sobre los moldes.

—Añádale azúcar, por favor.

Colocó la última masa sobre el molde y comenzó a buscar especias. Encontró coñac, canela, nuez moscada, clavo de olor y macis. Vertió todo en un cuenco. El aroma a Navidad lo golpeó como un puñetazo mientras mezclaba. La oscuridad aumentó a su alrededor, y los fantasmas comenzaron a asomar desde las esquinas.

—Mmm —murmuró la señorita Fields con una sonrisa nostálgica —. Huele exquisito. Tengo la sensación de que mi padre vendrá en cualquier momento a preguntar cuánto falta para que estén listas.

La sonrisa semiamarga en su rostro le produjo alegría en el corazón. Intentó imaginarse cómo sería todo si la Navidad fuera una época de felicidad y amor, como debía ser. Tomó el cuenco, pasó por delante de la señorita Fields y añadió coñac en la mezcla de manzanas.

Octavius le cubrió la mano que sostenía la cuchara, y juntos batieron el relleno. Se imaginó que hacía círculos enterrado en su interior y que ella contenía el aliento. Cuando la sintió tomar una profunda bocanada de aire, tomó consciencia de lo cerca que se encontraban y lo pequeña y frágil que parecía estando a tan pocos centímetros de él que su maravillosa esencia le embriagaba los sentidos.

Lo único que tenían puesto los dos eran las prendas de dormir y no había nadie más alrededor. Todos los residentes de la casa dormían. Solo existían ella y él, con la comida y las velas.

—¿Y qué siente ahora, señorita Fields? —le preguntó con la voz baja.

—Me siento a salvo —repuso con suavidad.

Se sentía a salvo con él. De forma curiosa, le había hecho un obsequio.

—Me siento honrado —murmuró Octavius—, aunque le dije que no me casaría con usted. Ya la he comprometido al menos en tres ocasiones.

Ella negó con la cabeza despacio.

—Si se hubiera molestado en preguntar, milord, habría descubierto que no me interesa el matrimonio en lo más mínimo. Nunca seré la esposa de nadie.

El estómago se le retorció inquieto.

—¿Qué objeciones tiene al matrimonio?

—Muchas.

—¿Aunque… digamos que… un duque le pida su mano? ¿No le gustaría ser duquesa?

—No. No quiero ser ni duquesa, ni condesa, ni nadie. Solo quiero ser la señorita Fields.

Octavius asintió deseando saber por qué se oponía tanto a la idea del matrimonio. La mayoría de las damas solteras no parecían

capaces de pensar en ninguna otra cosa que no fuera encontrar un buen marido. Como la señorita Fields no dijo más nada, no se sintió con derecho a hacerle más preguntas al respecto.

—Es una mujer independiente. Me gusta su espíritu, señorita Fields. Más de lo que debería.

La institutriz entreabrió los labios, y Octavius no se pudo contener. Mandó al diablo cualquier resolución porque ella lo atraía como nada más en ese mundo.

Esa era una invitación, y Octavius se inclinó para volver a besarla volviéndole el rostro hacia él. Como se lo había imaginado hacía unos instantes, la subió a la mesa deleitándose con su boca. La señorita Fields le envolvió los brazos alrededor del cuello y se lo acercó más. Las piernas se le subieron a la cintura, y su punto más íntimo quedó apretado contra su vientre.

Su boca… cielo santo, Dios la había creado para él. Octavius deslizó la lengua en su boca una y otra vez, sin lograr saciar la necesidad de saborearla e inhalarla.

Y los aromas de las manzanas, la canela y las pasas de uva en las tartaletas… el aroma a comida navideña que había sido una fuente de dolor y humillación para él desde la noche en que su padre lo usó como blanco de tiro… en ese momento todo cambió. Su deseo por ella, la felicidad de encontrarse en la misma habitación con ella, bastaba para borrar todo el dolor. La señorita Fields era un bálsamo sanador para su alma desgarrada, y necesitaba más.

Hasta que comenzó a oler algo quemado. La carne asada.

Se apartó y la besó rápido.

—Con permiso, señorita Fields… se quema la carne.

Octavius dio un paso alrededor de la mesa para llegar al horno. Tomó un trapo plegado y extrajo la bandeja. No se había quemado, pero estaba un poco más cocido de lo que le hubiera gustado. Era el momento perfecto para sacarlo del horno. A la señorita Fields se le abrieron los ojos de par en par al ver la nube de vapor que salía de la comida y oía el siseo de la salsa y la grasa.

—Terminemos las tartaletas. Espero que me acompañe para disfrutar esta comida.

Cuando acabaron de preparar las tartaletas y las metieron al horno, Octavius cortó la carne y la sirvió con pan horneado el día anterior. Acto seguido, se sentaron a solas en la cocina.

Mientras la señorita Fields mordía el primer bocado y cerraba los ojos en apreciación, Octavius la estudió. Seguía sintiendo culpa y las palabras que le había dicho antes lo acechaban. «Es importante que se enfrente a sus sentimientos, milord». Había querido preguntarle más al respecto, pero el comentario acerca de los penes de mármol lo tomó por sorpresa. La noción de observar sus propias emociones en lugar de enterrarlas en coñac y excesos se sentía extranjera, casi como si proviniera de otro mundo. Suponía que eran opuestos, y la curiosidad que sentía hacia ella era como un hambre voraz en el estómago. ¿Dónde habría aprendido esa sabiduría tan inusual? ¿Qué tipo de crianza producía una mujer que podía hablar con franqueza acerca de sus sentimientos mientras horneaba tartaletas de frutas vestida únicamente con un camisón?

—¿Su padre le permitía hablar de las emociones? —le preguntó Octavius, y una parte de él sintió inquietud ante el extraño tema de conversación.

—No solo eso —le respondió la señorita Fields—. Desde joven me dijo lo importante que es observar mis emociones, sin importar qué esté sintiendo. «No las juzgues», me instruía. «Obsérvalas como nubes que flotan por encima de tu cabeza». Me enseñó que es muy importante encontrar el equilibrio. Me enseñó a ser de este modo.

—¿Entonces nunca se sintió embargada por la ira o por una tristeza profunda? —le preguntó, fascinado, mientras comía otro bocado.

La institutriz masticó y cerró los ojos del placer. Le obsequió ese gemido que había anhelado oír de sus labios, un gemido que hizo que el miembro se le endureciera de inmediato. Ese era el modo de conquistar a esa mujer: a través de la comida.

—No. Cuando era joven y tenía temores profundos, mi padre se sentaba conmigo en el suelo y, con mucha paciencia, me pedía que le explicara las sensaciones con detalle. Me preguntaba cómo se sentía el temor en mi cuerpo, y yo le decía que se sentía tenso, oscuro, frío y cuadrado. O le explicaba que se encontraba entre mi

pecho y mi estómago, y él me pedía que lo observara como una nube en el cielo. Que lo dejara ser y lo dejara pasar.

Octavius asintió mientras masticaba sumido en sus pensamientos.

—Me hubiera encantado conocer a su padre —le dijo—. Mi padre era todo lo opuesto.

La señorita Fields arqueó una ceja.

—¿Cómo?

—Bueno, su padre le decía que observara el temor o la ira como nubes en el cielo. Mi padre era la causa de la ira y el temor. ¿Sabe por qué no me gusta la Navidad?

La institutriz negó la cabeza.

Octavius tragó con dificultad. Nunca le había contado eso a nadie.

—A mi… A mi padre le gustaba beber. Mucho. Hace más de veinte años, en vísperas de Navidad, me llamó al estudio. Sabía que no debería haber ido, pero ya era una gran desilusión para él: no podía leer bien, no podía descifrar las letras en una página, no me podía memorizar las conjugaciones en latín sin importar cuántas veces me azotaran por ello y, si desobedecía, me castigaba. Me llamaba cerdo, estúpido o patán inútil. Al parecer, a la mañana siguiente tenía un duelo y quería usarme como blanco de tiro en su estudio. Me hizo parar contra la pared del estudio y colocó una manzana sobre mi cabeza… y luego empezó a disparar.

El rostro de la señorita Fields se puso pálido, y a Octavius se le tensó el mentón. No quería contarle eso, pero se sentía obligado a hacerlo.

—Se sentó en la silla ebrio y comenzó a disparar, apuntándole a la manzana, mientras yo lloraba y gimoteaba suplicándole que no lo hiciera. Las balas volaron una tras otra, y la sala se llenó de estruendosos disparos. Las astillas de los paneles de madera me rasguñaron el rostro. Una bala me rozó el hombro, y fue muy doloroso, pero ninguna le acertó a la manzana. De pronto sentí algo cálido y pegajoso que se me deslizaba por el brazo. Y me dijo: «¿Tienes miedo, cerdito? ¿Tienes miedo, cerdito?». Y el mayordomo se quedó de pie a mi lado sin hacer nada, limitándose a sostener

una bandeja de comida… hasta que mi padre se acercó y me metió el pudín navideño en la boca. Luego me hizo beber ponche caliente para que dejara de temblar. «Ten, cerdito», me dijo. «Ten, cerdito. Come. Come».

Ese era el motivo por el que jamás había comido cerdo y se negaba a tenerlo en la casa. Octavius recordó la sensación de náuseas en el estómago y el modo en que el placer del delicioso pudín dulce se mezcló con la intoxicación, el temor y las sensaciones agudas de dolor. No había podido hacer nada, pero comer lo había ayudado a distraerse de la muerte y de la sensación de encontrarse en peligro y muerto de miedo.

—Creo que entonces descubrí que el placer me distrae del dolor.

Desde su sitio, la señorita Fields le apretó la mano con dulzura.

—Debió haber sido muy confuso para un niño encontrar consuelo en lo mismo que estaban usando para lastimarlo. No es de sorprender que tenga problemas con el exceso. Su cuerpo aprendió a asociar el placer con la supervivencia.

Octavius tragó con dificultad.

—Nadie en mi vida me ha comprendido tan bien como usted, señorita Fields.

—Su padre era un hombre cruel.

—Sí. Y tengo miedo de hacerles daño a James, Margaret y Sophie.

Ella negó la cabeza.

—Nunca podría.

—Sí que podría. —Octavius intentó ignorar la tensión que se le retorcía en el vientre—. No sé cómo ser un buen tutor legal. Nunca tuve un buen ejemplo porque hasta mi madre me traicionó. Ella fue quien desató la furia de mi padre. Ese día, más temprano, tomó a mi hermana bebé y huyó. Por eso mi padre se encontraba en ese estado. Por eso había bebido tanto.

En ese momento, la señorita Fields se puso de pie y lo volvió a sorprender. Lo empujó contra la mesa, se colocó entre sus muslos y le envolvió los brazos alrededor del cuello para abrazarlo. Y Octavius se sintió… como si hubiera llegado a casa. La envolvió en sus brazos

y se la acercó más para enterrarle el rostro entre el cuello y el pecho.

Había más secretos… cosas detestables que había hecho estando ebrio. En especial, el secreto oscuro que siempre lo acechaba. Si alguien lo descubriera… Pero por ahora estaba a salvo.

Por primera vez en su vida, observó el dolor pasar, como si fuera una nube flotando en el cielo. Lo podía sentir como algo oscuro, frío y afilado en el centro del vientre, pero podía observarlo y dejarlo ser.

Ahora que por fin se enfrentaba a él, Octavius no pudo contener las lágrimas que le rodaron por el rostro. Por primera vez en su vida, no huyó del dolor terrible ni reprimió las lágrimas, sino que lloró contra el cuello de la señorita Fields.

17

—Señorita Fields. —El duque de Eccess se puso de pie detrás del escritorio, donde aún había algunas sobras del almuerzo, y Temperance sintió un cosquilleo de sorpresa en todo el cuerpo.

Los caballeros solo se ponían de pie cuando una dama de igual o mayor rango entraba en la habitación. No en presencia de una criada o una institutriz. A Temperance le había costado acostumbrarse a eso al haberse criado como la hija de un conde, pero ahora que estaba en la piel de la institutriz, el gesto hizo que el corazón se le subiera a la garganta, tanto de la alegría como de la culpa. En el momento en que sus miradas se encontraron, sus dudas se derritieron como la crema batida en la lengua.

—*Bonjour* —lo saludó sin lograr contener la sonrisa que le asomó a los labios—. ¿Está listo para la clase de francés?

El día anterior no se hubiera atrevido a sonreírle de ese modo, pero ese día, las cosas se sentían diferentes. De hecho, habían cambiado por completo. No creía que hubiera una persona más cercana a ella en todo el mundo, excepto su padre. No luego de la noche anterior con el duque.

En esa enorme cocina, él le había cocinado. Le había preparado las tartaletas de frutas que le había pedido y le había dejado probar la carne asada más sabrosa de su vida para luego abrirle su alma. Aún podía sentir las lágrimas cálidas y húmedas y la expansión en el pecho que la hacían sentir como si estuviera volando. El duque le

había compartido sus secretos. Y, para su pesar, ella había mantenido los suyos ocultos.

No quería que la siguiera llamando «señorita Fields». La noche anterior había tenido que morderse la lengua para evitar abrir la boca y revelarle su verdadera identidad; para evitar contarle que estaba a la fuga y que se estaba ocultando, que era su igual, la hija de un aristócrata. Cualquier otra mujer se hubiera disculpado por haber mentido y se hubiera puesto a su merced, le hubiera rogado que la ayudara a mantenerse oculta y le hubiera contado el peligro en el que se encontraba. Le hubiera hablado de su madrastra, de Bartholomew, de los hombres que habían contratado y que ahora vigilaban la casa.

Pero la noche anterior, Temperance no encontró la fortaleza para herirlo o desilusionarlo luego de ese momento tan tierno. Podría contarle todo ese día. Y debería hacerlo. Sin embargo, una vocecita le murmuró que quizás no sería prudente confiar en él. Le había confiado la carta para el señor Barton al duque de Enveigh, y de algún modo eso había llevado al señor Finch o uno de sus hombres a descubrir su paradero. Cada vez que vertía su fe en alguien, la red a su alrededor parecía cerrarse más. Al final de cuentas, era mejor depender solo de sí misma y no confiar en nadie.

—Me temo que tendremos que saltearnos la clase de francés —le dijo el duque de Eccess con un tono formal—. Muy a mi pesar.

Esa tarde se veía impecable. Estaba elegante, como si se hubiera preparado para una audiencia con el príncipe regente. El abrigo de color óxido estaba confeccionado a su medida y el chaleco de seda debajo, bordado con flores doradas. ¿Cómo podía verse tan descansado luego de la noche en vela que habían compartido cuando ella se sentía completamente aniquilada?

A pesar de eso, Temperance recordó el modo en que el cuerpo sólido del duque se había apretado contra el suyo y cómo su piel había ardido bajo sus manos grandes. Como la masa que había estado amasando, la fue moldeando en una nueva versión de sí misma, una consumida por la necesidad dulce de saborear su piel salada, sentir el roce mantecoso de su lengua contra la suya y experimentar el placer que la derretía como miel cálida.

El duque había abierto nuevos mundos para ella… pero ella mantuvo lo más importante oculto. Su verdadera identidad.

Temperance sabía que tenía que olvidarse de los impulsos de su cuerpo y del deseo de demandar que la empujara contra la pared y satisficiera la necesidad que él mismo le había despertado sin importar las consecuencias. Se obligó a mantener la calma. «Observa estos sentimientos como nubes», se dijo.

—¿Ocurrió algo?

—Tengo buenas y malas noticias. La mala noticia es que el tercer candidato al puesto de la presidencia de la Junta de Comercio es pariente del primer ministro. Eso, de seguro, le dará ventaja. Se trata de lord Bartholomew Langston.

El duque de Eccess continuó hablando, pero la mente de Temperance dejó de registrar lo que decía. Todos los pensamientos placenteros se esfumaron, y de pronto sintió el rostro gélido y no podía mover las extremidades. Se volvió hacia la ventana tan rápido que le dolió el cuello. ¿Habría alguien vigilando la casa en ese momento? ¿Bartholomew se las había ingeniado para postularse al puesto?

De seguro *lady* Auster había usado sus contactos con su pariente lejano, el primer ministro, para asegurarse de que su sobrino fuera considerado. Mientras los pensamientos se le aceleraban en estado de pánico, Temperance se dio cuenta de que Bartholomew no solo buscaba el puesto de presidente, sino que quería otra oportunidad de estar en la misma casa que ella.

—Pero la buena noticia —continuó el duque de Eccess, ajeno a su pánico— es que el primer ministro y otras personas importantes han aceptado mi invitación a un evento hoy. Me temo que, luego del incidente del vino, no me puedo arriesgar a que los niños nos interrumpan. Por ende, en lugar de tener nuestra clase de francés, me gustaría que los lleve de paseo esta tarde.

Durante un momento, Temperance se quedó sin habla. ¿Llevar a los niños de paseo? ¿Mientras había alguien vigilando la casa? Eso era prácticamente lo mismo que entregarse a los hombres de Bartholomew y su madrastra por voluntad propia.

El duque de Eccess la miró con el ceño fruncido.

—¿Hay algún inconveniente?

Temperance abrió la boca para decir algo, para decir que no, que era una mala idea. Podía asegurarle que los niños no se apartarían de su vista en ningún momento y que no saldrían del aula. O podría confesarle toda la verdad y pedirle ayuda, como lo haría una persona normal. Si salía de la casa, el señor Finch podría llevársela a rastras o incluso hasta lastimar a los niños. Pero, por otro lado, quedarse en la casa le daría a Bartholomew la oportunidad de encontrarla… ¿Y luego qué?

—¿Habrá otra velada? —le preguntó con incertidumbre.

—No. Es una charla de comercio.

—¿Con… todos los candidatos? ¿Incluido lord Langston?

El duque frunció el ceño aun más mientras la estudiaba con una mirada perforadora.

—Sí. ¿Por qué? ¿Acaso lo conoce?

Entumecida, Temperance sintió como si toda la sangre le hubiera abandonado el rostro. Como el duque aguardaba su respuesta, negó la cabeza con vigor.

—No. Simplemente quería saber si los tres candidatos estaban invitados.

—Así es. Por eso debo asegurarme de que haya paz en la casa. El primer ministro también viene, junto con los miembros de la Junta de Comercio y el director del periódico *The London Gazette*.

Temperance recordó las manos crueles de Bartholomew, el dolor que le había causado. Si lord Langston era un invitado en esa casa, quizás no fuera mala idea salir de paseo.

La pregunta era, ¿qué sería más seguro? ¿Quedarse en la casa, donde podría encontrarla y no tendría adónde huir? Octavius estaría allí para protegerla, pero tendría que confesarle que había estado mintiendo desde el principio. Por otro lado, si corría el riesgo y salía con los niños, podría guardar su secreto un tiempo más. Solo faltaban doce días hasta Navidad, cuando podría ir a la oficina de su abogado para reclamar su independencia.

—Muy bien —dijo.

—Hay un mercado navideño en el lago Serpentine, en Hyde Park. Lleve a los niños en el carruaje. Además, ha hecho bastante frío

como para que el agua se congele, así que quizás pueden patinar sobre hielo. Lleve los patines. —El duque de Eccess le dio una bolsa llena de monedas—. Por favor, disfruten el paseo.

Temperance tomó la bolsa y se obligó a calmar el temblor en las manos.

—De acuerdo, milord.

El mercado navideño en Hyde Park estaba en pleno auge de actividad. Los puestos, alineados uno al lado del otro, estaban decorados con hiedras y acebo y olían a galletas de jengibre, ponche caliente y leña. Como había predicho el duque, el lago Serpentine se había congelado, y varias personas se deslizaban sobre la superficie de hielo con sus patines. A lo largo de la orilla había varios puestos para entrar en calor, y los vendedores ofrecían vino especiado y castañas asadas.

Temperance sintió que el corazón se le subía a la garganta. Debería estar pendiente de cualquier persona que los pudiera estar siguiendo, pero no vio ningún indicio de nadie y le resultaba maravilloso ver a la gente sobre el hielo. Otra tradición que había tenido con su padre había sido patinar juntos cuando la capa de hielo en el estanque de su propiedad era lo suficientemente gruesa. Era otro momento que jamás volvería a compartir con él. Sin embargo, podría compartirlo con los niños. El duque de Eccess había hecho bien en recordarle que llevaran los patines.

—¡Oh, señorita Fields! —exclamó Sophie señalando el lago congelado—. ¿Podemos ir allí?

James echó un vistazo por encima de la pequeña pared de piedra construida alrededor del lago.

—El hielo parece lo suficientemente grueso.

A pesar de la ansiedad que la embargaba, Temperance sonrió.

—Así es. Y como hay mucha gente patinando, debe ser seguro.

—¿Podemos patinar? —le preguntó Margaret, y su cautela característica se derritió como la nieve al sol.

Los niños habían experimentado muy poca alegría en el último año. ¿Cuándo había sido la última vez que vio tanto entusiasmo en esos rostros? Como el tobillo ya no le dolía, podría patinar con ellos.

—Claro.

—Papá nos enseñó a patinar —le dijo James—. Los patines son parte de la herencia que trajimos aquí.

A Temperance le dio un vuelco el corazón.

—A mí también me enseñó mi padre.

Los niños la miraron con tristeza en los ojos. Los cuatro estaban unidos por la pena que compartían. Quizás era hora de hacer nuevos recuerdos. Recuerdos felices.

Los patines de los niños eran de buena calidad, con bordes de madera, filos de hierro y tirantes de cuero alrededor de las botas. Parecían unas sandalias de gladiador. Al recordar las instrucciones de su padre, Temperance los ayudó a ajustar los tirantes alrededor de los tobillos sin apretarlos demasiado. James se deslizó sobre el hielo con confianza y Margaret lo siguió con más cautela, pero con una habilidad nata.

Sophie sujetó la mano de Temperance y se quedó cerca de ella. Durante casi una hora, disfrutaron del hielo, se rieron y se persiguieron por la superficie del lago. Al final de la hora, James patinaba hacia atrás, daba giros abruptos y levantaba el hielo con los filos de los patines al tiempo que saltaba sobre los pequeños desniveles. Margaret patinaba en círculos y competía contra James a lo ancho del lago. Sophie fue ganando más confianza y, de a poco, se fue alejando de Temperance.

¿Y Temperance? Se permitió experimentar la sensación de patinar, el rocío del hielo que desprendía James al girar y los gritos de felicidad de la gente que la rodeaba. Decidió olvidarse de la constante necesidad de estar en vigilia y moverse con cautela. Gracias a las risas de los niños, el aire fresco del invierno y el simple placer de los movimientos sobre el hielo… fue como si hubiera regresado a la vida que había creído perdida para siempre.

—Señorita Fields, es una muy buena patinadora —le dijo James mientras se deslizaba delante de ella haciendo un sofisticado arco hacia atrás.

—Mi padre me enseñó en el estanque de nuestra… —Casi dijo «propiedad de campo», pero recordó a tiempo que las institutrices no tenían propiedades—. Cerca de nuestra casa.

Esos detalles personales eran peligrosos, pero las palabras casi se le habían escapado por la alegría del momento.

—Debió ser un gran maestro —señaló Margaret girando con gracia.

—Sí. Era una manera sencilla de disfrutar de las cosas simples.

El recuerdo le trajo unas lágrimas inesperadas a los ojos. A su padre le habría encantado verla con esos niños, hubiera estado fascinado con sus habilidades y sus rostros iluminados. Temperance sentía su presencia en ella y le sonrió al cielo al tiempo que las lágrimas le humedecían las comisuras de los ojos.

En el momento que se estaban preparando para marcharse, Temperance vio un puesto que vendía galletas de jengibre.

—Comamos algo rico —propuso y los guio fuera de la pista de patinaje.

Cuando se sentaron en un banco de madera y comenzaron a desajustarse los tirantes de los patines cerca del fuego, Temperance sintió inquietud en el cuello. Miró alrededor. ¿Por qué sentía como si alguien la estuviera observando? Hasta el momento, no había visto nada sospechoso, así que luego de que los niños se quitaron los patines, compró galletas y se las entregó.

—Son deliciosas —dijo Margaret con la boca llena.

—El hombre me dijo que están recién horneadas —le dijo Temperance sin dejar de escanear la multitud mientras masticaba su galleta.

De repente, la sangre se le congeló en las venas. Cerca del puesto de vino caliente, una silueta de baja estatura y redondeada le llamó la atención. Había algo en el sujeto que le resultaba familiar y le produjo una ola de temor en el estómago. Cuando el hombre se volvió, tenía un rostro redondo y amistoso, el tipo de rostro que podría tener un panadero local. Pero los ojos eran los de un cazador. «El señor Finch».

A Temperance se le cayó la galleta sobre la nieve. Todos los músculos del cuerpo le gritaban que echara a correr, pero las piernas

parecían clavadas en su sitio.

El sujeto le hizo una reverencia llena de burla.

—*Lady* Agatha Hale —la llamó.

La sangre le abandonó el rostro.

—Niños, tenemos que marcharnos. De inmediato.

—¿Qué sucede? —le preguntó Sophie, que seguía comiendo su galleta.

—¿Ese hombre le hablaba a usted? —le preguntó James—. ¿Quién es?

—Está equivocado. —Con las manos temblorosas, Temperance ayudó a Sophie a ponerse de pie—. Tenemos que regresar al carruaje.

—Pero si está equivocado, ¿por qué tenemos que irnos? —le preguntó Margaret.

«Ay, ¿por qué tienen que ser tan listos?». A Temperance se le aceleró la mente en busca de una explicación.

—Porque, aunque esté equivocado, los hombres que se acercan a desconocidos con tanta audacia y gritan a todo pulmón no son seguros. Debo protegerlos, y hay algo en ese hombre que no me sienta bien.

Avanzaron a toda prisa entre los puestos, y cuando Temperance se volvió, vio que el señor Finch se abría paso entre la multitud a sus espaldas. A sus talones, iban dos hombres más.

James miró por encima del hombro.

—¿Nos está siguiendo?

—Me temo que sí. ¡Tenemos que darnos prisa!

El niño se dio vuelta y comenzó a correr, pero el señor Finch y los otros dos hombres que los seguían continuaron avanzando hacia ellos esquivando gente en su camino.

«Por todos los cielos, doce días más». Solo faltaban doce días para su cumpleaños. Doce días para asegurarse su libertad. Pero los hombres se encontraban cada vez más cerca. Tres metros… Un metro y medio…

James giró a la derecha y los condujo a un espacio entre dos puestos.

—¡Por aquí!

Temperance lo siguió con las dos niñas. Se escurrieron entre el espacio angosto y emergieron detrás de la fila de puestos al parque abierto. Allí había una planicie cubierta de nieve inmaculada, y los pies se les hundieron con cada paso lento que daban. Avanzar en esas condiciones era agotador. Sophie jadeó.

—No puedo… moverme… más.

—Ven, querida. —Temperance la tomó en sus brazos. La niña era delgada, pero lo suficientemente pesada como para ralentizarla. Sin embargo, la desesperación la impulsó a seguir adelante.

Temperance respiraba entre jadeos y sentía una punzada en el lateral.

—Un poco más y llegaremos al sendero principal.

Para cuando salieron al sendero de grava cubierto de nieve y hielo, Temperance sentía que Sophie era un peso muerto en sus brazos y las piernas le temblaban exhaustas. El carruaje se encontraba un poco más adelante, pero estaba tan agotada que no tenía idea de cómo llegaría al vehículo. Con el siguiente paso, se resbaló, y el peso de Sophie se movió en sus brazos. En una décima de segundo, vio un destello blanco, sintió una ola de pánico, y las dos cayeron al suelo. Temperance se quedó sin aire en los pulmones en el momento que el coxis entró en contacto con el hielo y experimentó profundas olas de dolor en la columna vertebral. Pero el grito asustado de Sophie la aterró más. La niña yacía despatarrada a su lado, con el rostro transformado en una expresión de dolor.

—El tobillo —gimoteó.

Temperance se arrodilló a su lado recorriendo los alrededores con la mirada en busca de los perseguidores. Por algún milagro, ni el señor Finch ni sus hombres se encontraban a la vista. Debieron haber seguido el sendero principal cuando James tomó el atajo entre los puestos del mercado.

—A ver. —Temperance le alzó la falda, pero las medias gruesas que tenía la niña le imposibilitaban ver la herida.

James y Margaret se arrodillaron a su lado.

—¿Está roto? —preguntó su hermano ansioso.

—Creo que no, pero tenemos que llevarla a casa de inmediato. —Temperance volvió a alzar a Sophie en sus brazos con mucho

cuidado y se retorció al oír el gemido de dolor de la niña.

«Casa». ¿En qué momento había comenzado a pensar en Dulcis Court como su «casa»?

Ahora que Sophie estaba herida, la decisión estaba clara. No podía volver a huir de esa familia, no cuando una niña estaba adolorida por su culpa y mucho menos cuando había comenzado a querer mucho a esos niños. Iba a tener que enfrentar cualquier peligro que la aguardara bajo el techo de Octavius y arriesgarse a que la descubrieran en cualquier momento… Y quedarse.

James abrió la puerta del carruaje y, mientras Temperance acomodaba a Sophie contra los cojines, vio las expresiones de confianza en los ojos de los niños. Entonces supo que había tomado la única decisión con la que podría vivir.

18

A LA MAÑANA SIGUIENTE, Sophie estaba acostada en la cama con el tobillo hinchado sobre unas almohadas y envuelto en vendas cálidas. Si no hubieran estado huyendo del señor Finch, si Temperance no hubiera estado tan desesperada por escapar, la niña estaría dando brincos por el aula en lugar de estar confinada a la cama.

—¿Me lee algo, señorita Fields? Por favor —le pidió esperanzada la pequeña.

—Por supuesto —accedió y se sentó en la cama a su lado. Margaret se unió a las dos.

Y antes de que pudiera empezar a leer, Sophie le preguntó:

—¿Por qué ese hombre la llamó *lady* Agatha Hale?

Temperance sintió una puñalada de temor. Detestaba tener que mentirles a los niños que se habían vuelto mucho más importantes para ella de lo que jamás había querido. Sin embargo, no podía contarles la verdad.

—Eso no importa —le dijo y sintió un rubor en las mejillas mientras abría el cuento de *Los cuatro caballeros*—. Me confundió con otra persona, y estoy segura de que solo quería la pesada bolsa con monedas que me dio el duque. Lamento haberte hecho pasar por eso. Pero James… —Alzó la mirada al niño que, para su sorpresa, se acercó—. James, has sido muy valiente, querido. Prácticamente nos has salvado.

James se ruborizó mientras bajaba la mirada a sus manos de la vergüenza.

—Bueno, al final, no logré salvarnos enteros —dijo con pose de adulto y señaló a Sophie con la cabeza—. Ella salió herida.

—No es nada —le aseguró Sophie—. Los cuatro caballeros que le sirven al rey Luis IX se arriesgan mucho peor.

Temperance le sonrió con tristeza, pero eso no ayudó en lo más mínimo a quitarle la culpa. La pobre Sophie no debería haber salido herida.

Quizás lo mejor sería que se marchara para proteger a los pobres niños de cualquier otro peligro. Pero ¿cómo podría dejar a Sophie, James y Margaret ahora que la necesitaban aún más? Lo mínimo que podía hacer era cuidar de la niña hasta que el tobillo le sanara. El modo en que a Margaret se le habían agrandado los ojos al preguntarle si quería marcharse porque se habían portado mal aún le partía el corazón.

Estaba segura de que Bartholomew y *lady* Auster ya se habrían enterado del incidente en el parque. Ya estarían divisando otro plan para atraparla. Al igual que ella, eran conscientes de que se acercaba Navidad. Para Temperance sería peligroso abandonar la recámara de los niños sin correr riesgo de que la persiguieran.

«¿Y el recibo de la tienda de empeños?», recordó. ¿Podría encontrar el coraje de intentar recuperarlo? El temor la embargó. Si se las ingeniaba para escabullirse de los hombres que vigilaban la casa del duque y lograba entrar a hurtadillas en su antigua casa para recuperar el recibo… ¿qué haría? Tendría que confrontar a *lady* Auster y Bartholomew, amenazarlos con exponer el robo y presentar los cargos criminales que su bondadoso padre no había querido presentar. Pero ¿qué los detendría de arrebatarle el recibo a la fuerza? Quizás podía dejarle copias selladas al duque de Enveigh, con instrucciones de entregárselas a las autoridades y los periódicos si le ocurría algo. Pero ¿de qué servirían las copias? De seguro, argumentarían que eran pruebas falsificadas.

A Temperance la recorrió un escalofrío al imaginarse a su madrastra y Bartholomew dominándola, un sacerdote dispuesto a asegurar que había oído un «sí» de sus labios por más que gritara «no» o un carruaje negro listo para encerrarla en el manicomio.

No. No podía. No era lo suficientemente fuerte. Al recordar los dedos de Bartholomew clavándosele en la piel, sus palabras crueles y los esfuerzos de su madrastra para humillarla, recordó lo vulnerable que era.

Solo tenía que esperar. Faltaban once días.

Temperance les leyó a Sophie y a Margaret un buen rato mientras James también escuchaba. Era como si los tres hermanos estuvieran unidos en busca de consuelo. La mañana se pasó con tranquilidad y, luego del almuerzo, la convencieron de que continuara leyendo. La habitación estaba cálida y, estando allí, sentía como si nada pudiera lastimarla…

—¿Señorita Fields? —la llamó una voz desde la puerta.

Al alzar la mirada, Temperance encontró a la señora Davies.

—¿Sí?

—La buscan abajo. Al parecer, el duque de Enveigh ha venido a verla.

¿Enveigh? ¿Había ido a visitarla? ¿Luego de haberla encontrado en la caballeriza para que el duque de Eccess no se enterara de que la había ido a ver? Eso no le gustaba ni un ápice. ¿Habría decidido contarle su secreto al duque de Eccess?

Mientras seguía a la señora Davies, el estómago le dio un vuelco de inquietud. Por eso quería ser independiente; su vida dependía enteramente de la merced de los otros: su madrastra, Bartholomew, el señor Finch… y ahora el duque de Enveigh. Una fría mezcla de temor y furia se retorció en su interior mientras descendía los escalones con el corazón en la boca.

En la sala de estar, su mirada se posó en los cálidos ojos café del duque de Eccess, que le aceleraron el pulso. El duque se incorporó de la silla siguiendo cada uno de sus movimientos con los ojos y produciéndole un extraño cosquilleo en la piel. De repente, Temperance notó que en la habitación también se encontraban presentes el duque y la duquesa de Rath, el duque y la duquesa de Luhst, el duque y la duquesa de Pryde y los duques de Enveigh, Irevrence y Fortyne. Todos se encontraban sentados con tazas de té. Al parecer, había interrumpido la visita.

—Oh, señorita Fields —la saludó la duquesa de Rath con su calidez habitual. El delicado vestido que llevaba puesto no hacía demasiado para ocultarle el vientre prominente, y el rostro le destellaba como a muchas otras mujeres embarazadas.

—*Milady*. —Temperance hizo una reverencia a todos los invitados.

—¿Cómo se encuentra Sophie? —le preguntó la duquesa de Rath.

—Está descansando. Y leyendo.

En la habitación se hizo el silencio. Temperance miró de reojo al duque de Enveigh. «Por favor, no revele mi secreto». En cualquier momento, iba a exponer todas sus mentiras, y entonces la buena opinión que tenía el duque de Eccess de ella quedaría destrozada para siempre. De alguna forma, ese pensamiento le producía gran infelicidad e inquietud. La pérdida de su buena opinión de ella. La idea de que se sintiera traicionado por ella.

Enveigh dio un paso hacia adelante, atractivo con las líneas del impecable abrigo esmeralda derechas y el cabello castaño claro enrizado sobre la cabeza. Los ojos grises la estudiaban llenos de entusiasmo y esperanza. Oh, no. El duque tenía un plan en mente.

—Yo llamé a la señorita Fields —anunció el duque—. Porque quería verla.

A Temperance se le retorció el corazón y se le formó un nudo en el estómago. ¿Por qué no había ido a verla en las caballerizas como antes?

—¿Querías verla? —le preguntó el duque de Eccess con detenimiento—. ¿Y nuestra conversación?

Había un distintivo matiz tormentoso en el nivel de voz del duque. Las cejas se le habían fruncido hasta formar una línea de color miel casi perfecta por encima de los ojos oscuros. El duque de Enveigh lo miró a los ojos sin inmutarse, con una frialdad y seguridad de acero.

—Al cuarto credo no le importa nuestra conversación, amigo.

No parecían amigos. Parecían rivales. Casi enemigos.

Nuevamente se hizo el silencio.

—Hay cosas que no sabes, Octavius —continuó Enveigh, y a Temperance se le hundió el corazón hasta los pies. Podía sentir el

pulso latiéndole en los dedos de los pies.

«Oh, no». Lo iba a arruinar todo. Les iba a contar la verdad.

—¿Qué cosas? —preguntó Eccess entrecerrando los ojos.

Podía parecer alto y dominante, pero cada músculo tenso del cuerpo parecía un resorte enroscado. Un jabalí podía parecer un animal torpe, pero era poderoso y letal. Y así era como se veía su empleador en ese momento. Letal. Y toda esa disputa se debía a ella; no era su lugar interponerse en la amistad de los dos hombres.

—Estas cosas —repuso Enveigh. Acto seguido, provocando una ola de murmullos en la habitación, dio tres pasos hacia ella y se arrodilló a sus pies.

Temperance soltó un jadeo. Las otras tres duquesas la imitaron.

—Pero ¿qué haces, hombre? —preguntó el duque de Luhst en un murmullo.

«No, no, no». Temperance había temido que revelara su secreto, pero, de algún modo, eso era peor.

—Señorita Fields —comenzó el duque de Enveigh—, en vista de los eventos de ayer…

Temperance frunció el ceño. ¿Qué eventos de ayer? ¿Se había enterado de que los habían seguido?

—… me he dado cuenta de que debo actuar. Tengo que hacer algo.

En medio de la confusión, se sintió agradecida de que no hubiera dicho nada concreto. Había mantenido su promesa.

Las tres duquesas murmuraban, y Temperance sintió un cosquilleo horroroso mientras observaba que los ojos grises del duque arrodillado destellaban con calidez genuina. Sin interrumpir el contacto visual, se metió la mano en el bolsillo del chaleco y extrajo un anillo de oro con una esmeralda enorme y unas serpientes que la rodeaban. Ofrecer un anillo de compromiso era de lo más inusitado, aunque el gesto resultaba sorprendente. Enveigh estiró la mano y le ofreció el anillo.

—¿Me haría el gran honor de convertirse en mi esposa?

Ese era el gesto más generoso, romántico y honorable que alguien había tenido hacia ella en toda su vida. Sin embargo,

Temperance no lo quería. No quería nada de eso. Ni el anillo, ni al hombre, ni la propuesta. ¿Qué diantres debía hacer ahora?

—¿Qué sucede? —preguntó la duquesa de Rath a sus espaldas.

A Temperance le latía el corazón desbocado en la garganta mientras veía al duque arrodillado, puro honor y sinceridad.

—¿Por qué hace esto? —le preguntó en un susurro.

—Me gustaría ofrecerle mi mano, mi protección y mi corazón. Señorita Fields, la verdad es que me he prendado de usted desde el momento en que la conocí.

De seguro no se refería al baile de hacía tres años, cuando no se habían visto durante gran parte de ese tiempo. Nunca habían intercambiado correspondencia, ni tampoco la había visitado, ni le había declarado sus intenciones a su padre. ¿Por qué lo hacía ahora?

—Mi corazón le pertenece —anunció con audacia—. ¿Qué dice, señorita Fields?

¿Su corazón? Eso sonaba falso. ¿Cómo había logrado capturar el corazón de ese duque?

La furia del duque de Eccess era una fuerza física a su alrededor, caliente y con púas. Los rostros de los otros duques y las duquesas reflejaban la conmoción que ella misma sentía.

Se le formó un nudo en el estómago. Enveigh le estaba ofreciendo una salida, una solución a sus problemas. Lo sabía y le parecía un gesto muy noble y honorable de su parte, muy caballeroso, pero no creía que la amara realmente. Se habían conocido hacía años, pero jamás habían pasado el tiempo suficiente como para desarrollar esa especie de afecto, y sin lugar a dudas, ella no lo amaba. No podía aceptar un marido para evitar otro. No, tenía que rogar para poder llegar a Navidad sin que su madrastra la capturara.

Pero ni siquiera era eso. En lo más profundo de su corazón, Temperance sabía que no había lugar en su alma para nadie más que Octavius, el duque de Eccess. No podía ser cruel y aceptar la propuesta de ese hombre bondadoso sin jamás llegar a amarlo, solo considerándolo su mejor amigo.

—Se lo agradezco mucho. Me honra, milord…

—Soy un duque. Tendrá la mejor protección.

—¿Y por qué necesita protección? —preguntó Eccess con un tono tajante.

Enveigh lo ignoró, y Temperance intentó estabilizar la respiración ajetreada.

—Me siento honrada con su oferta, milord, pero jamás me casaré con nadie. Hace tiempo que he decidido que seré soltera para siempre.

El duque asintió con una expresión derrotada y se puso de pie. Temperance no soportaba ver a alguien tan dolido y rechazado. Tenía que marcharse de la habitación de inmediato. Enveigh no debería haberle propuesto matrimonio.

Sin mirar a nadie, Temperance se disculpó.

—Con su permiso, debo regresar a cuidar a Sophie.

Durante el resto del día, no se sintió como ella misma. La propuesta inesperada le aceleró la mente y la distrajo una y otra vez. Estaba con los niños, pero no se podía concentrar en los libros ni en las tareas ni en las lecciones. No se podía olvidar de la mirada furiosa y herida en el rostro del duque de Eccess. A pesar de que Enveigh se había equivocado al proponerle casamiento, eso solo sirvió para aclararle aún más algo: no deseaba a nadie más que a Octavius.

A Temperance se le aceleró el corazón en el pecho al asimilar la verdad y sentirla como una capa cálida que la envolvía. Y, aunque nunca sería la esposa de nadie, ¿estaría mal dejar de negarse el placer que encontraban los hombres y las mujeres en el matrimonio? El pensamiento hizo que se le ruborizara la piel. Se llevó las manos a las mejillas y se sintió imprudente y llena de vida, de un modo que nunca antes había experimentado antes de entrar en la sala de placer. A diferencia de otras mujeres, su virtud no valía de nada en el mundo que la aguardaba. Su reputación ya estaba en ruinas gracias al sobrenombre de la Heredera Loca. ¿Qué más podría arrebatarle la sociedad? La vida se extendía ante ella con tres senderos posibles: el asilo, el matrimonio con Bartholomew o la dichosa independencia.

En ninguno de esos futuros importaría para nada su inocencia. Y eso significaba que ese momento, esa elección y ese hombre podían

ser suyos. Plenamente suyos. En once días, se marcharía de esa casa y se alejaría del poder de su señor. Pero esa noche podía escoger algo para sí misma.

Si no hacía nada, siempre se preguntaría cómo se habría sentido si el duque de Eccess hubiera continuado con lo que habían comenzado en la cocina. Qué placeres le podría haber mostrado en esa recámara sensual.

A diferencia de lo que le habían enseñado durante toda su vida, Temperance no se arrepentiría de conocer las caricias de un hombre fuera del lecho matrimonial. Se arrepentiría si no lo hacía.

Esa noche, cuando los niños se quedaron dormidos y el lacayo nocturno se acomodó en la silla afuera de su habitación, Temperance se sentó frente al pequeño escritorio de su recámara. La mano le tembló mientras hundía la pluma en el tintero para comenzar a escribir. Cuando terminó, dobló el papel con el corazón latiéndole tan fuerte que creyó que despertaría a toda la casa.

Mientras recorría los oscuros pasillos, intentó suavizar los pasos lo más posible. Cada crujido del parqué bajo sus pies la hacía estremecer. Al llegar a la habitación de su empleador, dudó un momento y deslizó la nota por debajo de la puerta. El papel susurró al deslizarse sobre la madera.

Llamó a la puerta para que se percatara de la nota y se alejó a paso apretado por el pasillo. Desapareció en una esquina antes de que el duque abriera la puerta. Su destino estaba sellado; solo había una cosa que deseaba: su habitación de placer.

Temperance regresó a la recámara que la había llenado de curiosidad y excitación, donde se había convertido en Afrodita durante unos gloriosos minutos, y aguardó con el corazón latiéndole en la garganta.

Cuando la puerta se abrió al cabo de varios minutos, se dio la vuelta y lo encontró de pie en su salto de cama. El duque de Eccess la recorrió con una mirada cálida como la miel.

—Está llena de misterios, señorita Fields. ¿Ahora envía notas? ¿Quería verme aquí? ¿Tenía algunas preguntas?

La garganta se le secó.

—Sí.

—No debería estar aquí.

—Oh, no. Este es el sitio exacto donde quiero estar.

—¿Por qué rechazó a Archibald? —Le acarició la mejilla con los nudillos—. Es un duque. Cualquier mujer de cualquier estatus saltaría ante esa oportunidad.

—Ya le dije por qué no —repuso Temperance y se reclinó contra sus dedos para experimentar el cosquilleo que le recorría todo el cuerpo—. No me casaré jamás.

—Eso es de lo más inusitado en una mujer —murmuró su empleador y con un dedo le recorrió el cuello.

—Quizás soy una mujer inusitada.

—¿Qué hace aquí, señorita Fields?

Lo miró a los ojos y se hundió de inmediato en la hermosa profundidad marrón de su mirada calmante y relajante. Intentó no mirar otras partes de él que la cautivaban: sus brazos musculosos, su pecho ancho y su cuerpo alto que podía tragársela entera.

—En esta oportunidad, no quiero que se detenga, milord.

El duque parpadeó.

—¿No quiere que me detenga?

—No. Enséñeme lo que no me enseñó antes. Solo por esta noche.

Octavius negó con la cabeza. Su mirada reflejaba perplejidad.

—No sabe lo que dice.

—Por el contrario. No quiero un marido, pero quiero un amante sin consecuencias ni obligaciones —le dijo Temperance, sin poder creer que pudiera hablar con tanta audacia—. No le exigiré casamiento. No usaré esto en su contra. Solo quiero que me tome, que use esos penes de mármol en mi cuerpo y me enseñe qué es tan especial cuando se trata del placer en la recámara.

El duque de Eccess cerró los ojos y se le escapó un gruñido de la garganta. El sonido fue tan bajo que se pareció al de un jabalí.

Cuando abrió los ojos, Temperance vio resolución y deseo derretido en ellos.

—Créame, no hay nada que desee más, pero no puedo —dijo con la voz casi estrangulada.

Temperance dio un paso hacia atrás. El rechazo se sintió como un latigazo.

—¿Por qué no?

Los ojos de Octavius se oscurecieron tanto que parecían negros en ese instante.

—Porque no sería honorable arruinar a una institutriz bajo mi empleo. No sabe lo que pide, y no me puedo arriesgar a que se marche. En especial ahora.

19

—No, milord —lo corrigió la señorita Fields—. Esta palabra es *'ses seins*.

La tarde del día siguiente estaba gris, y afuera nevaba durante la lección de francés de Octavius. El libro que había estado intentando leer yacía delante de él en el escritorio, y el delicado aroma floral de la señorita Fields era lo único en lo que podía pensar mientras la tenía de pie a su lado.

Había estado leyendo una novela francesa durante media hora, pero había dejado de prestarle atención a la historia. Octavius seguía intentando entender los acontecimientos abrumadores del día anterior. Primero, Enveigh le propuso matrimonio a la señorita Fields en contra de sus deseos, por más claro que le hubiera dejado a su amigo que tenía que dejar en paz a la institutriz. Era suya, por más que el duque no lo supiera. Él la había reclamado. El hecho de que no se lo hubiera dicho a nadie no cambiaba nada.

Luego, la nota que la señorita Fields había deslizado por debajo de la puerta de su recámara… Debería haber sido fuerte y haberla ignorado. ¡La señorita Fields quería que la tomara! Y en lugar de hacerlo gustoso, se había detenido.

—*Ses seins* —repitió la institutriz.

«¿Sus senos?». Octavius parpadeó. ¿Qué había estado leyendo? Repasó la última oración.

—«Él saboreaba cada curva delicada de sus senos…»—, leyó en francés.

Oh, la pícara sabía lo que estaba haciendo. La oración hizo que la sangre se le reuniera en la entrepierna y los pantalones se le tornaran incómodos.

—«… la lengua le trazaba patrones alrededor de los pezones rosados y endurecidos por sus caricias».

La imagen en su cabeza estaba clara. El caballero del libro era él, y la mujer, ella. Cómo deseaba colocarla sobre el escritorio y darse un banquete personal, lamer cada centímetro de su cuello, morderle los pezones para que se arqueara contra él, succionarle un pecho en la boca y luego el otro y dejar la parte más dulce de su cuerpo para el postre.

—Ya sé a qué está jugando —masculló Octavius.

La señorita Fields contuvo el aliento unos instantes, y Octavius sintió el calor de su cuerpo a través del vestido de lana marrón. No pudo evitar observar la curva de sus senos. ¿Sabrían tan dulces y salados como se lo había imaginado?

Una alegría nunca antes vista le destelló en los ojos grises como diamantes.

—¿Estoy ganando, milord?

¿Estaba ganando? Había ganado hacía mucho tiempo. Había sido suyo desde el momento en que provocó que casi se matara con el caballo.

—No la voy a arruinar, señorita Fields —dijo Octavius entre dientes—. Tiene que haber otro libro que despierte mi interés.

—Me preguntó cuántas otras cosas se pueden despertar —dijo la señorita Fields con inocencia falsa—. Hablando del tema, ¿le gustaría explorar algo que ya esté despierto?

Oh, qué mujer más astuta. Octavius soltó una maldición por lo bajo al clavarle la mirada en el pecho y dejar que su imaginación divisara dos pezones rosados. Debía estar a punto de sufrir un derrame cerebral. Una ola de calor le embargó el cuerpo y la piel le empezó a sudar.

Por todos los cielos, esto era su culpa, ¿no? Había creado un monstruo. El coqueteo, la mujer seductora… él la había tentado, él la había abierto al mundo del placer al que se había escapado durante

toda su vida… Pero ahora se aferraba a los últimos hilos de autocontrol, y ella era la que lo tentaba.

¿No era irónico que siendo completamente opuestos hubieran cambiado de roles en tan solo unas semanas?

La señorita Fields se acercó a la estantería.

—¿Acaso su determinación se ha endurecido en mi contra, milord?

—Todo en mí se endurece cuando me mira así —masculló Octavius mientras observaba cómo las prendas le abrazaban la silueta, y la mente se le aceleraba para imaginarse su cuerpo bajo todas esas capas.

La institutriz se rio mientras estudiaba la estantería.

—Culpe a los contenidos del libro. —Tomó un libro y lo estudió—. Quizás un catálogo de la flora del norte de Francia lo estimule menos.

Octavius tragó con dificultad y la observó acercarse a él. Giró el cuerpo hacia ella sin querer y los muslos se le abrieron mientras la institutriz seguía avanzando. Los ojos de la señorita Fields destellaron.

—Pero apuesto que lo que le llama la atención no es el libro que está leyendo, ¿no?

Para su sorpresa, se le sentó en la rodilla, y Octavius no encontró ninguna palabra para pedirle que se apartara. La verdad era que lo último que quería era que se incorporara. Saboreó todo lo que era la señorita Fields: el liviano peso sobre el muslo, el dulce aroma a lavanda y la calidez de su piel.

—No debería… —comenzó Octavius.

—¿Sentarme en su rodilla? Yo diría que es mucho más cómodo que estar de pie a su lado. ¿No me había estado enseñando la importancia de la comodidad?

Octavius soltó un suspiro. La institutriz abrió el libro.

—Por favor, comience, milord.

Octavius tragó con dificultad. Tenía la garganta seca y rasposa y se aferraba a los apoyabrazos de la silla para contenerse de envolverla en sus brazos, acercársela más y apoyarle una mano en el

trasero para apretarle las seductoras nalgas. Apartó los ojos de ella y parpadeó para concentrarse en el texto.

—*Le nord de la France…a plusieurs…variétés de…plantes différentes* —leyó despacio en francés—. El norte de Francia tiene muchos tipos de plantas diferentes…

—Bien hecho —ronroneó la señorita Fields—. Lo está haciendo muy bien.

La atención de Octavius estaba concentrada en todos los lugares donde se tocaban. Sus muslos yacían sobre su cuerpo, una mano apoyada entre la unión de la cadera y el vientre… muy cerca de donde quería sentirla… en su miembro.

Leyó acerca de varias plantas, ninguna de las cuales creía que tuvieran nombres traducidos al inglés, y el cuerpo se le fue calentando cada vez más. El miembro se le endureció y la mente se le aceleró con una única pregunta: «¿Cómo me puedo resistir a ella?».

Quizás era su habilidad de capturar toda su atención o sus elogios que lo ayudaban, pero cuanto más leía, más velocidad y fluidez adquiría. Otro milagro que había logrado la pequeña institutriz.

Octavius había dejado de beber alcohol. Había dejado de participar en carreras de caballo. Había dejado de apostar. Y había dejado de ir a los clubes de caballeros. Sin embargo, ninguna de esas tentaciones era tan fuerte como la necesidad de ceder a la seducción de esa mujer y arrojar la cautela por la borda.

La señorita Fields no sabía nada del arte de la seducción, pero porque era ella misma, porque la deseaba y porque era la mujer más hermosa, todo funcionaba. «Maldita sea».

Inocentemente o no, le recorrió la mejilla con los nudillos y le produjo una sensación cosquilleante y cálida como la miel en la columna vertebral.

—*Trifolium pratense* —leyó Octavius bajando la voz—. *Trèfle rouge*.

—Trébol rojo —murmuró, y sintió su mirada en los labios como quien se anticipa a una cereza madura, dulce, elegante e intensa—. Muy bien, milord. Es un alumno sobresaliente.

El elogio y el apoyo le produjeron una sensación cálida en el cuerpo y le enmendaron las partes rotas y fuera de lugar. «No pienses en sus labios, en las cerezas… ¡ni siquiera pienses en el trébol rojo!».

Octavius dirigió toda su energía a mantener las manos aferradas sobre el apoyabrazos de la silla y los ojos clavados en la página. Le ordenó al miembro que dejara de retorcerse de deseo porque ella lo tocara. Cualquier parte del cuerpo de la institutriz podía deshacerlo.

—*Brassica olorecea* —pronunció Octavius mientras ella se inclinaba contra su pecho con la gracia de una gata, llena de seguridad, como si hubiera nacido para hacer eso, y tuvo que contener un gemido de placer ante la conexión profunda de sus cuerpos—. *Chou sauvage*…

La señorita Fields le acarició el borde del mentón con los labios suaves.

Octavius cerró los ojos, y su mundo se encogió en la dicha que le produjo ese simple roce de los labios. Era como si todo su cuerpo hubiera suspirado de placer y protestado cuando sus labios se separaron.

—Mujer —masculló—, estoy pendiendo del último hilo de autocontrol.

—Col silvestre… —ronroneó, y el aliento le acarició la piel.

Y entonces el último hilo se le quebró como la cuerda tensa de un arco.

—Ya le voy a mostrar una col silvestre —gruñó Octavius.

Le arrebató el libro de la mano, lo arrojó a algún punto y lo oyó golpearse contra una pared y aterrizar con suavidad sobre la alfombra al mismo tiempo que la envolvía en sus brazos y la besaba.

Sabía mejor que cualquier alimento o bebida que jamás hubiera ingerido. Había tantas notas y matices en el sabor de la señorita Fields en su lengua, en el aroma de su piel y su cabello y en el modo que se sentía contra su cuerpo: como si cayera en una nueva galaxia con una miríada de aspectos de placer que ni siquiera podía comenzar a enumerar.

A Octavius se le aceleró la mente mientras se apoderaba de su boca, y ella le respondió con entusiasmo. La lengua de la institutriz

recibió la suya con avidez, y el cuerpo se le arqueó contra el suyo cuando le recorrió la columna vertebral con la mano, arrancándole gemidos de dicha y anhelo que se amortiguaban contra su boca.

No había podido decirle a Enveigh que era suya, que ya la había reclamado. No podía tomar su virginidad. Pero podía sentir el deseo y la voracidad de la señorita Fields. Y era su culpa. Él había despertado eso en ella. De modo que dependía de él satisfacer esas sensaciones. Ella quería saborear la indulgencia sexual, y él se lo permitiría.

Octavius se apartó de sus labios y la miró a los ojos. Estaban oscuros y salvajes, como el baile del viento antes de una tormenta de verano. Reflejaban fortaleza, se veían invencibles y tan primitivos como el deseo que sentía por ella.

—De acuerdo. Usted gana, señorita Fields —gruñó—. Le voy a enseñar el placer, pero no la arruinaré. Dígame que desea esto… o pídame que me detenga. Lo que usted escoja sucederá.

La institutriz jadeaba temblorosa contra su cuerpo; tenía la piel sonrosada como a él le gustaba.

—¿Eso es posible? —le preguntó—. ¿Sentir placer sin quedar arruinada?

Octavius se rio entre dientes.

—Oh, sí, señorita Fields. Es muy posible. Pero solo será esta vez. ¿Está claro?

La institutriz asintió con la cabeza.

—¿Solo una vez? Si lo dice. Yo no he tenido problemas a la hora de resistirme a la tentación en toda mi vida, pero… ¿puede usted decir lo mismo, milord?

Octavius le tomó los senos a través del corsé y el vestido, encontró un pezón debajo de las capas de tela y le arrancó un gemido. La señorita Fields arqueó los pechos hacia él en respuesta.

—Es una atrevida —murmuró y le subió las manos al cuello para abrirle los botones del vestido con una urgencia casi desesperada—. Supongo que me ha estado enseñando a resistir durante todo este tiempo.

—Y ahora se pondrá a prueba su aprendizaje.

Octavius le besó el cuello y el pecho expuesto acercándose a los senos que podía acariciar a través de la tela. Le lamió toda la piel con la lengua y la sintió estremecerse en sus brazos. Él mismo estaba a punto de deshacerse.

—Prométame que no se marchará debido a esto —le rogó contra los pechos.

—Lo prometo… —murmuró la señorita Fields.

Algo en sus palabras se sintió casi liberador. De pronto, la epifanía de por qué eso importaba tanto le resonó en la mente. Ya le había ocurrido antes. Había amado a una mujer, y lo había dejado para no regresar nunca más. Estaba aterrado de que la señorita Fields hiciera lo mismo. De que lo dejara, de que lo abandonara…

Parecía que había transcurrido mucho tiempo desde que había sido un joven que apenas podía hablar con una mujer o mirarla a los ojos. Beber era lo único que le había dado coraje para hacerlo. A través de compartir los placeres de la comida y la bebida y las fiestas salvajes llenas de libertinaje, había conectado con las mujeres y había hecho amigos. No había sabido de qué otro modo silenciar a los fantasmas.

Pero ahora la señorita Fields era una nueva dicha en su vida, más fuerte que cualquier vino o cualquier banquete exquisito. Experimentaba una nueva sensación de dicha pura en el pecho; una nueva forma de vida plena. ¿Acaso sentía amor en presencia de la señorita Fields? El amor era un banquete del que el glotón que llevaba dentro no podía saciarse.

Octavius se incorporó, envolvió un brazo en la cintura de la señorita Fields y con el otro brazo despejó todo lo que había sobre el escritorio.

—Una indulgencia de una sola vez —masculló mientras la colocaba sobre el escritorio. Las faldas y las enaguas se le subieron hasta la cintura, y los muslos quedaron expuestos debajo de las medias blancas. Octavius la observó entera. Vio cómo se le ruborizó el rostro y cómo le subía y bajaba el pecho agitado, así como también los ojos salvajes que destellaban llenos del mismo entusiasmo y excitación que experimentaba él—. Mi banquete personal.

Octavius se arrodilló delante de ella, le sujetó las rodillas y le recorrió los muslos con las manos para separarlos con delicadeza. Acto seguido, bajo el rostro. Y, escondido entre los rizos oscuros, encontró el centro de su placer. Y del suyo. Su propia *pièce de résistance*.

Le besó la piel por encima de las medias y luego las caras internas de los muslos y fue subiendo hacia los rizos y la parte baja de su vientre.

—Octavius —gimió y le clavó los dedos en el cabello.

Hasta el hecho de oír su nombre de sus labios le producía placer. Tomó consciencia del tono de su voz ronroneando por sus caricias. Ni siquiera sus amantes lo llamaban así.

Siguió besándola y bajando hasta los rizos. Cuando inhaló el aroma decadente de su centro, el miembro se le estremeció y se le endureció más en los pantalones hasta provocarle dolor. Le separó los labios y se acercó a su sexo.

«Oh, cielos». El sabor de la señorita Temperance Fields le hizo olvidar todo a su alrededor. Oh, sí. Era un banquete, y nunca había probado algo tan exquisito. Le había asegurado que solo sería esa vez, pero ¿cómo podría saciarse de eso? ¿De ella?

Jugó con ella, la provocó con la lengua y bebió de su manjar de los dioses. Con todas las amantes que había tenido antes, por más que les había dado placer, siempre había buscado el suyo propio. Había querido que llegaran a la cima pronto para poder acabar. Pero con esa mujer… su placer era lo único que existía, y no quería nada a cambio. La tenía estremecida, gimiendo, temblando y exclamando su nombre mientras la acercaba cada vez más al clímax. Y luego se desharía.

La señorita Fields se estremeció contra su boca y se meció contra su lengua mientras la lamía, y Octavius supo que había llegado a la cima del placer. Se tragó sus deliciosos jugos con voracidad y exploró su sabor femenino. Pero quería más. Se convirtió en la personificación pura de la glotonía y la quiso entera. El concepto de «suficiente» no existía cuando se trataba de ella.

Luego de que hubiera llegado al clímax, Octavius le introdujo un dedo y comenzó a moverlo despacio en círculos. Le brindó un

descanso de sus labios, pero le acercó una mano a un seno, seguro de que podía provocarle otro orgasmo.

Oh, cielos, era tan estrecha por dentro. Había anhelado tanto esa entrada íntima de su sexo. No podía estar más claro que era virgen, pero Octavius podía hacerle sentir suficiente éxtasis como para que supiera cómo se sentiría un gran pene de mármol en su interior, como ella misma le había pedido.

Temperance… ¿Por cuánto tiempo más podría pensar en ella como la señorita Fields luego de ese momento? Temperance jadeó de sorpresa, y él siguió acariciándola y provocándole el clítoris. En unos minutos, se volvió a deshacer contra su cuerpo, y Octavius le arrancó más de esos dulces y hermosos gemidos. Todo eso de Temperance Fields, cuyo nombre le había parecido un desafío a superar, y ahora la tenía allí, enseñándole el placer de su cuerpo y compartiendo su apetito insaciable.

Octavius no tenía piedad a la hora de darle placer, y cuando le prolongó la dicha con un orgasmo más, la oyó gritar su nombre mientras su interior aterciopelado se tensaba contra su dedo. Luego del tercer orgasmo, la dejó descansar. Temperance se dejó caer sobre el escritorio, y él tenía el miembro rígido como una piedra.

Octavius se quedó sin aliento mientras la ayudaba a sentarse sobre el escritorio y la acunaba en sus brazos. Se sentía pequeña y frágil, como las figuras de azúcar en los pasteles franceses. Llevaba su aroma en los dedos y en los labios y nunca quería quitárselo de encima. Le dio un beso en la frente mientras ella descansaba, relajada, contra su pecho.

Nada en toda su vida se había sentido tan bien como tenerla en sus brazos, como sentir su cuerpo sobre su regazo y su lengua entrelazada con la suya. Hasta ese momento, había creído que había vivido una vida llena de indulgencia, consentido con sabores, aromas y sensaciones. Los conceptos de «templanza» o «control» no formaban parte de su vocabulario. Se había permitido de todo sin límite alguno, sin consecuencia, sin necesidad de detenerse. Hasta que llegó ella.

Él era el duque de Eccess, quien jamás se había negado nada. ¿Cómo diablos iba a negarse lo único que no podía tener? ¿Lo único

que en verdad quería? Su institutriz.

20

Temperance se había despertado con el cuerpo cantando. Cada vez que cerraba los ojos, revivía las sensaciones de las manos y la boca de Octavius o el modo en que había venerado su cuerpo como si no hubiera otro tesoro que se le comparara. ¿Cómo haría para enfrentarse a él ese día sin sonrosarse? No se lo podía imaginar.

Estaba acomodando las almohadas de Sophie, cuando James apareció en el umbral con los ojos destellando de entusiasmo.

—Señorita Fields, ¿nos hemos portado bien? —le preguntó con un tono esperanzado.

La habitación de los niños estaba bien iluminada por la luz matutina, y Temperance había llevado té para Sophie, que aún se estaba recuperando de la lesión en el tobillo. La niña podía sentarse con facilidad, pero no podía caminar a menos que la ayudaran.

—«Las maravillas de la electricidad» —le recordó James—. Nos dijo que, si nos portábamos bien, nos llevaría a la exhibición. Y es hoy.

Temperance jugueteó con los pliegues de la falda mientras consideraba qué decir. Una ola de nervios se le asentó en el pecho. Era evidente que James quería ir y Margaret también, a juzgar por el modo en que se detuvo en el umbral, con una expresión esperanzada. El niño había estado durmiendo mucho mejor desde la noche en que intentó encontrar a Octavius. Había vuelto a caminar en sueños en dos ocasiones, pero se había limitado a quedarse de pie frente a la ventana o a la estantería y al final había regresado a

la cama. Temperance se sentía agradecida de verlo más en paz y entusiasmado con la idea de salir. Además, estaba estudiando más a menudo y había dejado de soltar ratones por la casa. Por su parte, Margaret y Sophie también se habían esmerado mucho en sus estudios.

A pesar de todo eso, ir a un evento público era peligroso, en especial ahora que el señor Finch sabía dónde estaba. Alguien debía de estar vigilando la casa. Por ende, lo más sensato sería negarse a ir a la exhibición con los niños. Pero al ver los ojos encendidos de esperanza y saber lo importante que sería esa recompensa por haberse esforzado por ser mejores estudiantes, sintió que el pecho se le ceñía. Como no podía soportar desilusionarlos, iba a tener que encontrar el modo seguro de llevarlos.

Temperance miró a la pequeña en la cama.

—Me temo que Sophie no puede ir.

Los ojos de Sophie se nublaron un instante, y la niña bajó la mirada a las manos, pero luego la miró con una sonrisa.

—Pero eso no significa que Margaret y James no puedan ir. No los castigue por mi herida.

Temperance soltó el aire y le sonrió.

—¿Cómo puedes ser tan sabia a tu edad, Sophie? —le preguntó con una sonrisa suave—. ¿Estás segura de que no te ofenderás si llevo a James y Margaret?

—No me ofenderé —le aseguró, aunque sus ojos reflejaban algo de tristeza—. A lo mejor se repita en unos meses, y me pueda llevar.

En unos meses, Temperance no estaría allí. Unas lágrimas le escocieron en los ojos al pensar en eso. Si todo salía bien, estaría en la propiedad de su padre desarrollando una idea que tenía para una esfera eléctrica que destellara permanentemente y que, con algo de suerte, sería mucho más segura que el fuego y más barata que reemplazar velas. O quizás viajaría a Francia, Países Bajos o Edimburgo para reflexionar sobre todo lo que había ocurrido y distraerse de las dificultades que había tenido que sobrepasar por culpa de su madrastra y Bartholomew. Sospechaba que iba a necesitar mucho tiempo para olvidar al duque de Eccess y para sacárselo del corazón.

—No quiero que te quedes sola —le dijo con inquietud.

—No estaré sola —le aseguró Sophie—. Esta casa está llena de criados. La señora Davies y Jacobs y dos decenas de lacayos y otras dos de criadas. Estoy segura de que habrá gente de sobra para traerme té.

—¿Eso significa que podemos ir? —preguntó James.

Era muy extraño verlo genuinamente entusiasmado con algo, en lugar de fruncir el ceño en señal de protesta o imitar a Octavius con una sonrisa arrogante.

«Octavius», pensó con ternura. Al menos en su mente, había empezado a llamarlo por su nombre. Era un nombre muy poderoso, significante y grande, como él.

—De acuerdo —accedió. El rostro de James se iluminó con una sonrisa radiante, y Margaret aplaudió entusiasmada—. Iremos.

A Temperance le encantaba verlos felices, en especial considerando que habían sentido mucha tristeza y se habían quedado solos hacía casi un año.

—A prepararse para «Las maravillas de la electricidad» —dijo poniéndose de pie.

—¡Hurra! —exclamaron James y Margaret.

Sin dudas, podría recrear cualquiera de los trucos y experimentos que fueran a demostrar en la exhibición. Tenía todo el equipamiento en la propiedad de campo de su padre, donde habían llevado a cabo la mayoría de los experimentos, así que quizás podría hacer algo para Sophie más tarde, algo pequeño.

—Sophie, gracias por ser tan abierta y generosa. Iré a buscar a la señora Davies, y te veremos en unas horas. Que estés bien, querida.

Sophie sonrió y tomó el libro *Los cuatro caballeros*.

—Tendré a los cuatro caballeros franceses haciéndome compañía.

Mientras bajaban las escaleras, Temperance se sonrojó al ver que Octavius salía del estudio y casi se daba de bruces contra ellos.

—¿Van a salir? —les preguntó con curiosidad.

—Sí. ¡Vamos a «Las maravillas de la electricidad»! —exclamó James con el rostro orgulloso y una sonrisa.

Octavius arqueó las cejas.

—Porque se portaron muy bien —dijo Temperance intentando mantener la voz neutra—. Es la recompensa por eso.

—¿Y yo me comporté lo suficientemente bien como para ser recompensado? —le preguntó el duque con un destello pícaro en los ojos.

—Oh, ¿puede venir el duque? —preguntó Margaret entusiasmada.

Temperance sintió un estremecimiento al recordar la boca del duque dándole placer, el modo en que sus enormes brazos la habían abrazado luego de llevarla a la cima tres veces. Sí, el día anterior se había comportado excepcionalmente bien. Sin embargo, era extraño que el duque necesitara el permiso de una institutriz para hacer algo. Una sonrisa tímida le asomó a los labios, y el duque le respondió con una radiante.

—Se comportó muy bien. Puede venir con nosotros.

Media hora más tarde, Temperance se encontró en un abarrotado salón de exhibición y localizó a los niños y a Octavius de inmediato. La gente comenzaba a tomar asiento alrededor de una plataforma redonda donde había instrumentos que conocía bien: una máquina eléctrica, una plataforma de resina, una esfera de cristal y unas varas de metal. Temperance sintió una ola de entusiasmo. En la parte trasera, había una instalación de madera lo suficientemente alta como para suspender a una persona de ella valiéndose de cuerdas.

Mientras James y Margaret miraban alrededor y susurraban entre ellos, Octavius se inclinó contra su oído.

—Oiga, he estado pensando… Ha mencionado varias veces que no desea casarse. Pero me pregunto si habrá alguna circunstancia en la que consideraría aceptar la propuesta de alguien.

El pecho se le ciñó por un momento. Sus ojos reflejaban seriedad, aunque una suave sonrisa le iluminaba los labios.

—¿Qué está preguntando? —le dijo con incertidumbre—. ¿Está intentando asegurarse de que no guarde resentimiento hacia usted por lo de ayer? Ya se lo dije: no tiene nada que temer.

Octavius se humedeció los labios con la lengua. Cielos, tenía los labios masculinos más hermosos y definidos que había visto. Se le

vino a la mente la sensación prohibida de las fresas con crema, dulce y suave. Indulgencia pura.

—No, simplemente me gustaría saber.

Temperance intentó respirar con tranquilidad.

—Me temo que no aceptaría una propuesta bajo ninguna circunstancia. Lo cierto es que no deseo que nadie tenga poder sobre mí. Un marido tiene todo el control sobre su mujer, y mi independencia es lo más importante para mí.

Los ojos del duque se tornaron intensos y oscuros como el pecado, y la mirada café se posó sobre sus labios. Un rubor le coloreó las mejillas. La habitación estaba en penumbras y no hacía mucho calor, pero en ese momento, Temperance se sintió ardiendo.

—¿Aunque su marido valore su independencia tanto como usted? —le preguntó.

Temperance tragó con dificultad.

—No creo que ese marido exista en esta tierra, milord. Luego de la muerte de mi padre… —Tomó una profunda bocanada de aire. No podía decirle toda la verdad, por más que deseara sacar todo a la luz: su nombre, su historia, todo. La mentira era necesaria para su supervivencia, pero le pesaba mucho—. Luego de la muerte de mi padre, mi madrastra me traicionó. Me quedé sola, sin dinero y bajo gran amenaza. Ella quería casarme con alguien, pero era una persona muy cruel. Nunca me podría ver casada ni con él ni con nadie, y la gente en la que más confiaba me hizo mucho daño, así que no deseo… —Temperance tragó con dificultad—. Y estoy al tanto de la ley del estado de una mujer. No deseo ser una de esas mujeres controladas por un hombre, ni por dinero, ni por seguridad, ni siquiera por amor. Seré una solterona para siempre y estaré muy contenta con eso.

Octavius asintió con la cabeza y se puso de mejor ánimo. No había discutido con ella, ni la había silenciado, ni minimizado sus sentimientos. La había escuchado abiertamente, y eso le produjo una sensación cálida en el pecho.

—¿Y usted por qué no se ha casado todavía? —le preguntó juntando las manos sobre el regazo—. ¿No lo ayudaría con los niños estar casado?

Octavius tragó con dificultad, y el pañuelo blanco se le movió en la garganta.

—Algún día tendré que casarme, aunque en ausencia de mis propios hijos, lo más probable es que James herede el título. Eso me quita algo de carga. Mi principal objeción al matrimonio es… que no sé cómo ser un buen marido o un buen padre, porque nunca tuve un buen ejemplo. Lo único que tuve en la vida fueron indulgencias. Comida exquisita, vino de calidad y entretenimiento temerario.

—¿Señorita Fields? —la llamó alguien a la izquierda. Al volverse abruptamente, Temperance vio al duque de Enveigh con la mirada fija en ella y Octavius, como si los hubiera atrapado con las manos en la masa. Sus ojos anunciaban una tormenta—. Creí que no quería venir a la exhibición —dijo el duque con una voz fría, pero tenía un brillo cálido en los ojos al posarse en ella—. O quizás se negó a que la acompañara yo.

Margaret se acercó a Temperance como un gesto protector.

—La señorita Fields nos trajo como recompensa por nuestro buen comportamiento.

—Sí —añadió James—. No ha habido más incidentes con las pistolas. El mecanismo de su reloj me mantuvo ocupado durante varios días, milord.

—Me alegra oírlo. —La expresión de Enveigh se suavizó aún más al mirar a los niños. Sin embargo, cuando se volvió hacia Octavius, cualquier nota de calidez se desvaneció—. Al parecer, tienes la afinidad de tomar lo que no te pertenece —murmuró lo suficientemente alto como para que Temperance lo oyera.

Temperance se tensó. No le pertenecía a ninguno de los dos. La sugerencia hizo que el vientre se le anudara de la indignación.

—Solo tomo lo que me ofrecen de voluntad propia —repuso Octavius y los ojos se le oscurecieron hasta tornarse casi negros—. A lo mejor deberías considerar por qué tus ofertas no son aceptadas.

El aire entre los hombres estaba cargado de tensión. Antes de que ninguno de los dos pudiera decir más nada, los lacayos bajaron la iluminación de la habitación aún más.

—¡Atención! ¡Atención! —exclamó el presentador con un acento alemán que, según el programa, se llamaba Herr Schultz—. Damas y

caballeros, bienvenidos a «Las maravillas de la electricidad».

El nudo de tensión que sentía Temperance en los hombros se disipó gracias al anuncio del presentador, que llamó la atención de todos. Luego del intercambio poco amigable entre los duques, podía volver a respirar, aunque sospechaba que la confrontación se reanudaría durante la pausa.

—Este es un simple trozo de ámbar —dijo Herr Schultz mientras tomaba el elemento en cuestión y comenzaba a frotarlo sobre una piel de animal.

—Está creando fluido eléctrico —les dijo Temperance a los niños en un susurro.

El presentador sostuvo el ámbar sobre las pieles y las plumas de los animales, y todas se alzaron y se pegaron a la piedra. Cuando alzó el ámbar aún más, no se despegaron. Una ola de aplausos explotó en la sala, aunque Temperance supo que era un truco muy sencillo. La mayoría de las personas ya estaban familiarizadas con eso de una forma u otra.

A continuación, el presentador movió la máquina eléctrica. Se trataba de un aparato de madera con una gran esfera de cristal conectada a una manilla y tenía un cepillo adjunto que rozaba la esfera. Si en la esfera había mercurio, destellaría cuando el hombre comenzara a girarla.

Un asistente de Herr Schultz comenzó a girar la manilla, y la esfera de cristal también giró. En unos momentos, comenzó a destellar. La habitación estaba lo suficientemente sumida en las penumbras como para que toda la audiencia lo viera. Se oyó un jadeo colectivo, seguido de palabras exclamadas en murmullos. «¡Increíble!». «¡Pero qué maravilloso!». Temperance les explicó a los niños en voz baja que se trataba del fluido eléctrico, una fuerza invisible que se generaba al frotar el cristal con el cepillo.

Para el siguiente acto, Herr Schultz colocó una vara de metal con un redondeado pomo del mismo material cerca de la esfera giratoria. Ese era el material conductor e iba a absorber la carga eléctrica. Mientras la máquina giraba, unas chispas volaron entre el cristal y la vara de metal, y James soltó un jadeo de entusiasmo al ver una

diminuta chispa azul en el aire. Temperance sintió una alegría profunda al notar la fascinación de los niños.

—Es como un rayo —susurró Margaret, y Temperance estuvo de acuerdo.

Al cabo de varias demostraciones más, incluyendo una donde un niño quedó suspendido encima del escenario, Herr Schultz anunció:

—Y ahora me gustaría hacer la demostración de *Afrodita Electrificada* —dijo acercándose a los espectadores—. Necesito una joven hermosa.

Antes de comprender qué estaba ocurriendo, antes de poder sisear que era imposible, Margaret le dio un empujón suave a Temperance, que se asomó entre las personas que tenía adelante y quedó frente a Herr Schultz.

—¡Esta joven hermosa! —exclamó Margaret entusiasmada, y Temperance sintió que el rostro se le tornaba rojo carmesí.

—Muy bien.

Herr Schultz le tomó la mano y la condujo hacia la plataforma, aunque todo en su cuerpo anhelaba con desesperación regresar al lado de Octavius. Una ronda de aplausos explotó a su alrededor. Herr Schultz ya la había subido a la plataforma y no había forma física de apartar la mano de la del presentador. Eso no era nada bueno. Si los hombres de su madrastra la habían seguido allí, la verían con total claridad.

Herr Schultz la colocó en la plataforma aislante hecha de resina.

—En la siguiente demostración —anunció—, la dama se convertirá en una Afrodita electrificada, cargada de energía invisible.

«Afrodita…». Temperance recordó la manera maravillosa en que se había sentido su cuerpo al ponerse la máscara que había encontrado en la sala de pecado de Octavius. Buscó sus ojos entre la multitud, como si le hubiera leído la mente. Era fácil encontrarlo considerando que prácticamente le sacaba una cabeza a la mayoría de las personas.

—Y aquí —continuó Herr Schultz—, se cargará de fluido eléctrico. Luego de eso, un caballero intentará besar a esta joven.

Los niños en la audiencia soltaron carcajadas ante la mención de un beso.

—No será un beso común y corriente —prosiguió Herr Schultz, mirando a los niños con severidad—. Aquí no ocurrirá nada indecoroso. Será un beso eléctrico. La virtud de esta joven no correrá ningún peligro.

Le entregó la vara de metal a Temperance y la sostuvo cerca del cristal que seguía girando. Temperance sabía lo que tenía que hacer y había sentido la carga en numerosas ocasiones. Cuando el asistente comenzó a girar la máquina, las pocas hebras de cabello sueltas del moño rígido que llevaba siempre comenzaron a erizarse y a producirle un cosquilleo en la piel. En su cuerpo se estaba acumulando la carga eléctrica.

—Ahora necesitaremos a un caballero que intente besar a la Afrodita electrificada —anunció Herr Schultz.

La audiencia se movió y Temperance vio que Enveigh comenzaba a avanzar hacia ella, pero alguien más grande y audaz le dio un codazo, se abrió camino entre los presentes y avanzó hacia ella. Octavius.

Temperance no podía respirar. No quería que nadie más que él la besara, en especial en público, y el corazón se le aceleró al verlo sumamente determinado, con los ojos oscuros y las cejas de color miel fruncidas mientras avanzaba hacia la plataforma a zancadas. A sus espaldas, Enveigh se quedó de pie con los puños apretados y mala cara al tiempo que el labio superior se le curvaba en una mueca de desdén. Parecía insultado. Incluso letal.

—Ahora, por favor, acérquese e intente besar a la dama en la mejilla o en los labios, caballero. La dama intentará evitar el beso si puede, y veremos qué sucede.

Octavius se acercó a ella. Aunque Temperance se encontraba en una plataforma pequeña, él se seguía ciñendo sobre ella. Se inclinó para darle un beso, y ella lo evitó con una sonrisa. Podía sentir el cosquilleo en la piel mientras se acercaba; en parte se debía a la carga eléctrica en su cuerpo, pero también al acelerado latido de su corazón en el pecho cuando se encontraba cerca de ella. El duque volvió a intentar besarla desde el otro lado, y Temperance volvió a esquivarlo. Una sonrisa traviesa le asomó al rostro mientras la audiencia soltaba carcajadas e intercambiaba susurros.

Octavius se volvió a inclinar, y Temperance se quedó quieta, como hipnotizada. Pero antes de que sus labios la rozaran, oyó un chasqueo entre ellos y una descarga de dolor en los labios. A su alrededor, la sala se llenó de aplausos.

Octavius no se movió; sus labios se encontraban a pocos centímetros de los suyos. La miró profundamente a los ojos y le murmuró:

—Señorita Fields, nunca estuvo hecha para la vida de una solterona. Está hecha para ser una mujer que sabe lo que vale y para disfrutar todos los placeres que la vida tiene para ofrecerle.

Temperance no podía respirar, y en ese momento, Herr Schultz les pidió que abandonaran el escenario. Mientras regresaban a la audiencia, un movimiento en una esquina de la sala le llamó la atención. Alguien avanzaba entre la multitud mientras la exhibición continuaba.

Enveigh se acercó a Octavius para reanudar su discusión, pero no los escuchó. Toda su atención se encontraba en los tres hombres que avanzaban hacia ella. Uno de ellos era el señor Finch.

Cualquier resquicio de calidez desapareció del rostro de Temperance. Sintiéndose fría y entumecida, retrocedió y se tropezó. Luego giró sobre los talones y se abrió paso entre la multitud lo más rápido que pudo.

—¡Deténganla! —exclamó uno de los hombres, pero siguió corriendo.

Uno de los dedos de los hombres le sujetó la manga en el instante en que Temperance vio la botella de Leyden, que debía estar preparada para el último acto. De seguro, estaría cargada para lograr un efecto de lo más dramático. De ser así, estaría albergando suficiente fluido eléctrico como para causar una buena conmoción.

Con cuidado de no rozar el metal, Temperance tomó la botella por la base de cristal y, cuando el hombre se lanzó sobre ella, se la arrojó. El pomo de latón le rozó la mano descubierta y produjo una chispa azulada. El hombre se retorció de la fuerza que lo arrojó hacia atrás, contra sus cómplices. Los tres se tambalearon y cayeron entre la multitud de espectadores.

La gente alrededor de la sala soltó un jadeo y gritó mientras se volvían hacia el alboroto. Temperance se encontraba respirando entre jadeos y con el corazón acelerado. De repente, vio a Margaret y James que la miraban con los ojos entrecerrados. Avanzó entre la multitud anonadada hacia los niños y les dijo:

—Tenemos que irnos.

Al lado de los niños, el duque de Enveigh se acercó al señor Finch y sus hombres. Mientras intentaban ponerse de pie, los pisó con la espalda erguida y el rostro convertido en una máscara gélida.

—¿Qué significa todo esto? ¿Qué quieren con la joven? —les preguntó imperiosamente.

Confundido y furioso, Octavius se detuvo a su lado.

—¿Qué pasó?

—Estaban siguiendo a la señorita Fields —le dijo Enveigh.

—¿Por qué? —ladró Octavius fulminando a los hombres con la mirada.

A Temperance le latía el corazón tan desbocado que temió que todos pudieran oírlo. El señor Finch les diría a todos quién era en realidad. ¡No podía permitirlo!

—Querían mi dinero —se apresuró a decir—. Uno… uno de ellos me lo quiso arrebatar antes.

La excusa sonaba débil, aun para sus propios oídos. Entre la audiencia había personas que se veían mucho más adineradas que ella, con joyas valiosas y costosos relojes de bolsillo. Temperance supo de inmediato que esa explicación no tenía mucho sentido.

Los ojos de Octavius se entrecerraron mientras la estudiaba y le calaba hasta el alma. Él había compartido muchas cosas personales con ella, sus secretos, sus temores y sus vulnerabilidades. Había hecho que su cuerpo cantara; con la boca exploró… oh, cielos, sitios que jamás supo que podrían ser explorados con una boca.

—¿Es cierto? —le preguntó Octavius al señor Finch con una voz peligrosamente suave.

El hombre miró a Enveigh y luego a Octavius.

—Yo… sí. Ha sido un malentendido. Confundí a la dama con otra persona.

Temperance sintió que las rodillas se le debilitaban del alivio, aunque no estaba ni remotamente cerca de encontrarse a salvo.

—¿Tenía la intención de robarle a otra persona? —le preguntó Octavius con un tono duro—. Los ladrones deben ser castigados.

—No, por favor… una advertencia basta. —El señor Finch comenzó a retirarse pasando la mirada entre Temperance y los duques—. La Navidad es una época de desesperación para muchos… de seguro puede comprenderlo.

El rostro de Octavius se deshizo en una expresión de dolor. Oh, el señor Finch era muy astuto. ¿Acaso habría investigado al duque?

—De acuerdo. Márchese.

Los tres hombres se retiraron, y Temperance se preguntó por qué. De seguro para esas alturas ya sabían que vivía en la casa del duque de Eccess y que contaba con la protección del duque de Enveigh. Debían temer su poder. A pesar de eso, Temperance sospechaba que no dejarían el tema con facilidad. Su cumpleaños se acercaba rápido, y su madrastra debía estar cada vez más desesperada.

Sintió la mirada penetrante de Octavius en el rostro y se obligó a mirarlo a los ojos. ¿Cuánto tiempo más podría mantener ese engaño? Cada mentira que decía la hundía en un pozo cada vez más profundo del que quizás nunca podría escapar. Además, se estaba arriesgando a hundirlo con ella. El duque la estaba defendiendo sin saber el peligro que podría estar llevando a su hogar, y cualquier conexión con la Heredera Loca podría destruir las posibilidades de conseguir el puesto de presidente de la Junta de Comercio. El puesto para el que tanto había trabajado para conseguir. El pensamiento le produjo un nudo de culpa en el vientre.

Mientras reunía a los niños y se dirigía a la salida, Temperance no logró controlar los temblores que la embargaron. Por algún milagro, se había comprado otro día de seguridad, pero ¿a qué costo? El señor Finch y sus hombres debían haber sospechado que se encontraba bajo la protección del duque, pero ahora lo habían visto en público. Octavius se había puesto en peligro sin siquiera saber por qué.

Y, lo peor de todo, era que había visto la mirada calculadora en sus ojos mientras la ayudaba a subirse al carruaje. El duque de Eccess no era ningún tonto. Las incongruencias en su historia comenzaban a ser imposibles de ignorar. Con cada día que pasaba, sus secretos se iban desenmarañando uno a uno.

Faltaban nueve días para Navidad. Nueve días para ser libre. Pero ¿lograría sobrevivir su corazón a lo que tendría que hacer para alcanzar su libertad?

21

Esa noche, la sonrisa valiente de Sophie no logró engañar a Octavius ni por un instante. Podía ver la tensión alrededor de sus ojos y el modo cauteloso con el que se mantenía sentada sobre la cama. Octavius se puso de pie para ir a buscar otra almohada y colocarla debajo del tobillo de la niña. Luego se volvió a sentar en el borde de la cama.

—¿Estás mejor?

El rostro de la niña se relajó del alivio y le sonrió. Ir a la habitación de los niños se había convertido en un ritual en el transcurso de los últimos días. Un ritual sin el que no podía vivir.

No podía dejar de pensar en los extraños hombres que habían perseguido a la señorita Fields en Hyde Park, el evento en el que Sophie se había lastimado. En especial, luego de lo que había ocurrido en la exhibición ese mismo día. Estaba determinado a conseguir respuestas más tarde. Pero en ese momento, todo el foco estaba en Sophie. Una vez que regresaron de la exhibición, el médico había ido a verla de nuevo. Tras examinarle el tobillo, dijo que se lo había torcido al caerse. La niña también se quejó de un dolor de garganta que había tenido durante unos días sin contarle a nadie.

Con las piernas cruzadas, James leía un tratado de mecánica en el suelo. Hacía un mes, Octavius no se lo habría podido imaginar de ese modo: tranquilo y estudioso. Margaret estaba sentada en un sofá frente a la ventana, leyendo una biografía.

—¿Estás triste de haberte perdido «Las maravillas de la electricidad»? —le preguntó a Sophie con ternura.

La niña recorrió el borde del libro que yacía encima de su manta.

—Sí.

—Te echamos mucho de menos.

—Oh, pero la señorita Fields me llevará de nuevo cuando mi pierna sane. Bueno, si vuelven a hacer la exhibición.

—Claro. Si me lo permites, yo también iré.

La pequeña asintió con la cabeza y le ofreció una sonrisa tímida.

—Lo permito.

—¿Te duele, querida?

Sophie asintió de nuevo.

—El tobillo está perfectamente bien. Mucho mejor, de hecho. En poco tiempo, estaré huyendo de la Inquisición de nuevo.

Una niña no debía poner expresión valiente y mantener la compostura cuando sentía dolor. En general, Octavius no hablaba de sus sentimientos. De hecho, sentiría que tenía una piedra atorada en la garganta que bloqueaba cualquier expresión de emoción, pero al verla sufrir de ese modo, en especial cuando se sentía responsable, era peor. Por eso, tomó una profunda bocanada de aire y le dijo:

—No tienes que fingir por mi bien, querida. No estás en problemas. Puedes llorar y sentir ira. Yo… Todos nosotros estamos preocupados por ti y queremos que estés sana y salva pronto.

Sintió las miradas sorprendidas de James y Margaret, pero fue Sophie la que más lo preocupó. Los agrandados ojos celestes se suavizaron y se le llenaron de lágrimas.

—Sí… sí que duele, milord.

Octavius estiró la mano para apretar la de la niña, que se encontraba sobre el libro abierto. ¿Quién era él para brindarle soporte físico? Hacía dos semanas, se había encontrado de pie en el umbral deseando ser capaz de eso. Ahora estaba consolando a la niña. Y no había nada que se sintiera mejor.

—Ojalá pudiera quitarte el dolor, Sophie —le dijo con la voz ronca —. Dámelo, querida No te sirve para nada, y yo soy grande como un jabalí. Lo puedo sobrellevar mejor que tú.

El rostro de la niña se iluminó a pesar de las lágrimas.

—¡No diga eso, milord! No puedo darle dolor. Además, los caballeros no se encogen de miedo ante una torcedura mínima. Estaré mejor mañana.

Octavius le sonrió.

—Eres una joven fuerte y admirable. ¿Sigues leyendo *Los cuatro caballeros*?

—Por tercera vez.

Su francés era fluido sin esfuerzos, mientras que el de Octavius… Octavius había estado practicando con la señorita Fields durante varios días. Para su sorpresa, había mejorado bastante. Ese mismo día, había logrado leer una fábula simple en quince minutos. No fue una lectura perfecta ni tampoco fluida, sino lenta y con algunas trabas, pero en comparación con cómo había leído antes era algo cercano a un milagro.

Por dentro sabía que no se debía a ningún talento que poseía, sino a las alabanzas y los elogios de Temperance, al efecto tierno y amable que tenía en él. Estando con ella, se sentía tranquilo, como si no tuviera que ocultar sus partes rotas de ella y pudiera simplemente… ser.

—¿Me lee un rato? —le preguntó Sophie interrumpiendo sus pensamientos.

La pregunta le produjo una ola de miedo. Estaba seguro de que cometería errores y parecería tonto. La niña se daría cuenta de que era muy mal lector. Sin embargo, pensó… ¿y qué? ¿Acaso eso no sería un elogio a las habilidades de la niña si notara que leía mejor que un hombre adulto de treinta y un años? Le daría eso. Eso y más, por más que fuera a su propia expensa. Octavius tomó el libro.

—Claro que sí.

Los ojos de la niña se iluminaron, y el suspiro alegre que soltó le llegó al corazón.

James y Margaret se acercaron a la cama de Sophie. Los ojos del niño se veían suaves, y la hermana mayor parecía toda una dama. En tan solo cuatro años, Octavius tendría que presentarla en sociedad y encontrarle un marido apropiado, y ya sabía que no habría ni un solo hombre digno de esa niña astuta y dulce. Suspiró

por dentro. Dudaba que pudiera ser lo suficientemente fuerte como para apartarse de ella. O, mejor dicho, de ninguno de los tres.

Octavius abrió el libro y comenzó a leer despacio al principio. Al cabo de algunas oraciones, leyó con más entusiasmo y encontró su ritmo. Sophie lo ayudó; cuando llegaba a alguna parte difícil, la niña pronunciaba una palabra por él. A lo mejor, debería ser su segunda tutora de francés.

Llegaron a la escena en la que Roland y sus dos amigos leales acababan de salvar al cuarto caballero, Gautier, de la Santa Inquisición por pura suerte, pero aún no conocían bien a Gautier.

—Los caballeros y soldados de la Inquisición los siguieron. Los cuatro caballeros, incluido Gautier, se unieron espalda con espalda y alzaron las espadas.

»—Solo somos tres contra muchos —dijo Roland, mirando a los soldados avanzar—. No podemos derrotarlos.

»Gautier bajó la visera del casco.

»—Oh, no, señor. Puede que me derroten y me torturen, pero los protegeré a los tres hasta que una espada me perfore el corazón. Les debo mi libertad.

»Montagu intercambió una mirada chispeante con Roland y Severin.

»—Al parecer, ya no somos tres.

»Severin sonrió.

»—Cuatro caballeros. Somos cuatro caballeros.

»Gautier alzó la espada en el aire, y los otros tres caballeros lo imitaron de modo que las puntas de las armas se rozaron.

»—Juntos, invencibles.

Las palabras se hundieron en el corazón de Octavius. Invencibles. Cuatro caballeros.

Sintió la mano de Sophie en la suya y se la apretó mientras repetía las palabras. Los cuatro se encontraban acurrucados juntos en la cama. Ya no eran más tres. Eran una pequeña familia. Una familia de cuatro.

Octavius sintió un nudo en la garganta, y las lágrimas le nublaron la vista. Por primera vez desde que le habían llevado a los niños y le habían informado que era su tutor legal, sintió que eran una familia.

Eso le produjo una nueva forma de placer. Jamás había conocido la simple alegría de encontrarse rodeado de las personas que más le importaban, las personas a las que debía proteger y adorar.

Al instante, un temor le congeló los huesos. ¿Ese momento de felicidad sería solo eso? ¿Un momento? ¿Les fallaría a los niños como su padre le había fallado a él?

Una parte de él se enfocó en la cena para beneficiar su carrera política que daría al día siguiente. Otra parte se preguntó qué ocurriría cuando lograra su meta de convertirse en el presidente de la Junta de Comercio y pudiera reanudar sus placeres de costumbre. ¿Podría combinar esas dos facetas? El viejo Octavius que vivía para la indulgencia y ese nuevo hombre que podía leerle en francés a sus tres pupilos y ganarse su amor y confianza, tan tiernos y delicados en la palma de su mano que se sentían como el obsequio más grande que jamás pudiera recibir. Y luego estaba la señorita Temperance Fields, la institutriz energética que lo había consumido por completo durante varias semanas.

Dejó de leer unos instantes al captar un movimiento por el rabillo del ojo. En el umbral, se encontraba ella de pie con una sonrisa hermosa en el rostro y la mano en la boca. Lo observaba con lágrimas en los ojos. A Octavius se le hinchó el corazón y sintió una sonrisa formándose en la comisura de los labios.

Le gustaba la persona nueva en la que se había convertido, pero la pregunta era: ¿podría sentirse satisfecho por el resto de la vida? ¿O regresaría a los viejos hábitos y acabaría lastimando a todos a su alrededor?

Cuando terminó de leer el capítulo, los niños dejaron que los arroparan en sus camas a regañadientes, y Octavius hizo el libro a un lado.

—Descansen bien, mis pequeños caballeros.

Siguió a Temperance al pasillo y cerró la puerta de la recámara de los niños con suavidad.

—Un momento, señorita Fields —murmuró y la sujetó del codo con gentileza.

La institutriz se volvió, pero algo en su tono había hecho que se pusiera tensa.

—¿Sí, milord?

«Octavius… Llámame Octavius».

La observó bajo la luz del candelabro e intentó leer los secretos que ocultaba bajo esos ojos grises tormentosos; los secretos que, una sospecha que le carcomía la boca del estómago, le decían podían arrebatarla de su lado.

—Venga conmigo a mi estudio. No podemos permitir que nos vean hablando tan íntimamente en la oscuridad.

Octavius avanzó por el pasillo en penumbras y bajó las escaleras con la intención de dirigirse a su estudio. Pero al llegar al pie de las escaleras, el destino pareció tener otros planes. Unos pasos se aproximaban desde arriba, seguidos de voces: la señora Davies con una criada, que de seguro se habían asegurado de que su recámara se encontrara lista para la noche.

Como no quería que otros miembros del personal los vieran así, o que corrieran rumores que complicaran la vida de la señorita Fields innecesariamente, la tomó del brazo y la condujo a toda prisa hacia la otra ala de la planta, en la oscuridad absoluta. Con la señorita Fields a su lado, entró en la única habitación que sabía que ni la señora Davies ni la criada entrarían a esa hora. La habitación del pecado.

Cerró la puerta a sus espaldas y encendió algunas velas. La recámara estaba fría porque no la había usado desde el incidente con Celeste. La señorita Fields se quedó de pie en silencio mientras él encendía el hogar. Ese sitio había sido su santuario, su fuente de alivio, el lugar que lo había acogido no solo a él, sino también a la mujer que amaba. El pensamiento lo dejó sin aliento.

—¿No dijo que solo me lo haría una vez, milord? —le preguntó.

—Octavius —la corrigió acercándose para acariciarle la mejilla con los nudillos—. Llámame Octavius.

El corazón le dio un vuelco al ver las chispas de alegría en los ojos de la institutriz.

—Octavius.

Oír su nombre cristiano en sus labios le produjo una ola de dicha en la columna vertebral.

—Temperance. —Su nombre sabía como el vino más delicado—. Por mucho que me duela, no te traje aquí por el propósito que sirve esta habitación. Algo me ha tenido inquieto.

Temperance parpadeó, y una leve expresión de temor la llevó a agrandar los ojos. Octavius tenía una sensación en el estómago de que algo no iba bien en la situación de la institutriz: el modo en que la había conocido, huyendo, sola por la noche; el modo en que había llegado a su casa sin intercambiar correspondencia con la señora Davies, sin traer referencias, pero con todo su equipaje en una mano; los hombres que la habían perseguido, no solo a ella, sino también a los niños, en Hyde Park; y por último lo ocurrido en «Las maravillas de la electricidad»…

—Los hombres que te persiguieron hoy —comenzó—, no eran carteristas comunes, ¿no? —Ella abrió la boca para protestar, pero Octavius la interrumpió—. Por favor, no me insultes negándolo. No es la primera vez que te persiguen desde que te conozco.

Temperance perdió todo el color en el rostro. Era evidente que tenía miedo, lo que significaba que estaba en lo cierto. No había sido honesta con él. Y si no podía ser honesta, no podía confiar en ella.

En una ocasión, había intentado marcharse, pero él la había convencido de que se quedara. ¿Y si sus secretos la obligaban a abandonarlo de nuevo? Y si se marchaba…

Octavius conocía el sentimiento muy bien. Ya se había quedado de pie indefenso, sabiendo lo insignificante que debía haber sido para su madre, que huyó no solo de su padre, sino también de él.

Y ahora esa mujer. La señorita Temperance Fields. Siempre había estado huyendo, desde el momento en que la conoció. ¿Cómo podía haberse enamorado de alguien como ella cuando podría hacerle lo que más temía? ¿Acaso era un masoquista que se ocultaba bajo la máscara de un glotón?

El terror lo arrasó como la lanza de un cazador: de repente, de manera brutal, y en el sitio exacto entre las costillas para abrirse camino mortal al corazón.

¿Debería obligarla a darle respuestas? ¿Podía cerrar los ojos ante cualquier prueba y escapar a través de la indulgencia? ¿Podía

alejarse del temor, de los fantasmas del pasado y de los del futuro también?

Pero ese sería el viejo Octavius, el que bebía, comía, hacía el amor y corría carreras a caballo con fuegos artificiales. El que se negaba a enfrentarse a las consecuencias de sus actos, que ya habían demostrado ser letales. La culpa lo carcomía, y los recuerdos vagos y ebrios de un cuerpo retorcido de manera antinatural debajo de las ruedas de una calesa amenazaban con salir a la superficie.

Se obligó a reprimirlos. Quería cambiar. Ya había comenzado a cambiar gracias a esa mujer. La persona en la que se había convertido no huía de los fantasmas, sino que se enfrentaba a sus miedos.

—No eran carteristas, Temperance —repitió concentrado en la mujer que tenía en frente—. ¿Quiénes eran?

Temperance parecía un animal acorralado. Lo último que quería era asustarla o forzarla a hacer algo; no obstante, tenía que saber la verdad.

Durante un instante, no le respondió. Luego bajó la mirada a los pies.

—No, no eran carteristas.

—¿Quiénes eran?

Temperance lo miró a los ojos.

—Podría mentirte, pero no quiero.

Un dolor agudo le perforó el vientre.

—He sido más que honesto contigo. Te he contado cosas de mi vida que nadie más sabe. ¿Acaso no me merezco la verdad?

Temperance comenzó a temblar, y no pudo soportarlo. No soportaba las lágrimas, ni su incomodidad, ni su inquietud. Avanzó un paso hacia ella y la envolvió en sus brazos.

—No puedo —le susurró contra el pecho—. Quiero contártelo, pero no puedo.

—¿Por qué no?

—Esos hombres… —comenzó y la voz se le quebró—. Están… Están intentando forzarme a una situación en la que no quiero estar.

A Octavius se le tensó la mandíbula.

—¿Qué tipo de situación?

—Una en la que pierdo todo el control de mi vida.

Octavius bajó la mirada hacia ella sin apartarla de la seguridad de sus brazos. Desde su altura, podía ver los ojos abiertos y llenos de temor.

—¿Un matrimonio?

Los hombros se le tensaron.

—Sí. Y otras cosas también.

¿Alguien estaba intentando obligarla a casarse… y a otras cosas? La furia se alzó en él como una pared de fuego. Los puños le dolían del deseo de destrozar a quien se hubiera atrevido a amenazar su bienestar. Por todos los cielos, Enveigh había hecho referencia al peligro que la seguía… a que necesitaba un amigo. ¡Lo había sabido! ¡Debió haber confiado en Archibald antes de confiar en él!

La sensación de traición le produjo un aguijón y le encendió más la ira. ¿Qué había hecho para provocar esa falta de confianza cuando él mismo había creído que podía confiarle cualquier cosa?

De algún modo, los retazos de razón que le quedaban lo llevaron a contener el jabalí feroz que se había despertado en su interior. No podía asustarla como había asustado a James cuando el niño había aparecido con la pistola. Tenía que ser amable, sin importar lo mucho que le costara.

Octavius se apartó y le tomó el rostro entre las manos para mirarla profundamente a los ojos.

—Por favor, dulzura, dime. ¿Quién está intentando obligarte a eso?

Temperance dudó, y pudo ver el dolor crudo en la profundidad de sus ojos. Octavius no pudo respirar mientras esperaba su respuesta.

—Mi padre falleció, y un hombre… es un pariente lejano, así que no tenía nadie más que me ayudara. Al principio, no fue demasiado. Me empujaba, me sujetaba las muñecas con fuerza, me decía cosas viles…

La furia le ardió en el vientre, más caliente y afilada que antes.

—En lo que a mí concierne, eso ya es demasiado.

—No fue nada en comparación a la vez en que entró en mi recámara por la noche…

—Entró… —Octavius no logró terminar la oración. La furia y el temor por ella le formaron un nudo en la garganta mientras se imaginaba a alguien forzándola. «Oh, cielos, no».

Temperance clavó la mirada en un punto en la distancia.

—Me… me subió el camisón, y grité. Cuando mi madrastra entró, me soltó.

Octavius no podía pensar con claridad. Se había convertido en fuego ardiente, una fuerza de la naturaleza demasiado poderosa como para ser contenida. Las palabras dejaron de existir. Se convirtió en una completa y absoluta necesidad de destruir a cualquiera que le provocara una sola lágrima.

—El nombre —demandó—. Dame su nombre.

—No puedo…

—Puedes —rugió a pesar de que quería controlar el temperamento—. Dame su nombre, Temperance, y lo arrastraré de los pelos hasta ti. He deseado una bolsa de boxeo humana para mi práctica pugilística durante mucho tiempo. Créeme que no se le ocurrirá volver a hacerle nada de eso a nadie más.

Temperance cerró los ojos luchando por contener las lágrimas. Una extraña mezcla de alivio y arrepentimiento luchaban en su rostro.

—Quiero… de verdad. Pero no puedo.

Octavius comenzó a recorrer la habitación abriendo y cerrando los puños. El vientre se le retorcía de la necesidad de golpear a la porquería humana que se había atrevido a hacerle daño.

—¿Por qué lo defiendes? Te hizo daño, y no permites que alguien que se preocupa por ti… que…

Temblando, Temperance se cruzó de brazos con una mirada salvaje.

—¿Que haga qué?

«Que vengue a la mujer que amo», quiso proclamar. Ahora todo tenía sentido. Temperance estaba huyendo de ese pariente, y el pariente la estaba buscando. Esos hombres que la seguían… Una ola de furia posesiva se adueñó de él. De pensar en otro hombre reclamándola, en especial en contra de su voluntad, le hervía la sangre.

—¡Defienda lo que es mío!

La declaración cruda quedó pendiendo en el aire entre ellos.

Temperance se puso tensa.

—¿Tuyo?

El último dejo de contención se quebró en su interior. Octavius avanzó hacia ella abriendo y cerrando las manos a ambos lados.

—Me lo contarás todo. No quiero más mentiras ni evasiones. Me contarás quién es ese hombre así puedo destruirlo antes de que te vuelva a lastimar.

—Octavius…

Siguiendo un instinto poderoso de aferrarse a ella antes de poder perderla, dio un paso hacia adelante, pero se detuvo. La mente se le aceleró como un caballo asustado, se dio vuelta y se aferró a la repisa fría del hogar hasta que los dedos se le tornaron blancos.

—No puedo… Me niego a perder a otra persona que me importa. Debo insistir en brindarte protección. Un lacayo cuando sales de compras, una criada cuando estás en el jardín. Guardias alrededor de la casa.

—¡Octavius, escucha lo que dices!

La alarma en su voz debería haberlo hecho entrar en razón, pero estaba lleno de temor por ella.

—Hablaré con los magistrados, con los detectives de Bow Street… ¡Al diablo, le haré una petición al mismo Liverpool de ser necesario!

El rostro de Temperance registró gran alarma.

—¿Lord Liverpool? ¿El primer ministro del país? Oh, cielos, ¡no puedes involucrar a nadie en mis asuntos privados!

¡No lo estaba escuchando! Tenía que hacerle entender. Octavius se volvió y avanzó hacia ella para tomarla de los hombros.

—Temperance, mi casa está en peligro. Tú estás en peligro ¿y esperas que no haga nada? ¡Nadie amenaza lo que es mío!

Las palabras resonaron como un trueno, y de repente se pudo ver cómo debía verlo ella: ciñéndose sobre ella, dominante, agresivo y sujetándole los hombros. Tenía el vientre retorcido de una furia que, en lo más profundo, le recordaba a su padre.

Temperance se quedó de pie sin inmutarse bajo sus manos y respiró rápido.

—Suéltame.

La orden serena atravesó la ira como una espada. Octavius se miró las manos, aún sobre los hombros de ella, y la soltó como si lo hubiera quemado. Por todos los cielos, ¿qué había hecho? Por favor, que no la hubiera lastimado. El asco por él mismo hizo que la bilis se le revolviera en el estómago.

Temperance lo fulminaba con la mirada, aunque los ojos aún tenían lágrimas sin derramar.

—Quieres que cambie una forma de control por otra.

—No intento controlarte —objetó Octavius, pero pudo oír la idiotez de sus palabras—. Estoy intentando protegerte. Está perfectamente justificado renunciar a ciertas libertades cuando se trata de la seguridad.

Sin embargo, ¿no era eso lo que el viejo duque le había dicho a su madre? «Es por tu propio bien, mujer. No podía soportar que alguien se aprovechara de tus sensibilidades. No eres capaz de tomar decisiones racionales por cuenta propia; estarías perdida sin mi guía y sin mi protección. Debo saber dónde estás en todo momento».

¿Acaso ese sería uno de los motivos por los que su madre lo había abandonado? ¿Haría lo mismo Temperance ahora que lo veía comportándose como el monstruo que lo había engendrado? No. No era como «él». No podía serlo.

Oh, cielos, estaba pasando. Eso era lo que había temido desde el comienzo.

Temperance se alejó un paso de él.

—Le agradezco su preocupación, milord, pero me las arreglaré sola.

«Milord. Ya no soy Octavius».

La pérdida de la proximidad lo hizo sentir como si se encontrara al borde de un abismo. Su cuerpo enorme y poderoso se encontraba irremediablemente indefenso.

—No quiero asustar a nadie —continuó Temperance con el mismo tono de voz frío y distante—. Si me desea lo mejor, por favor,

prométame que no dirá nada. He cometido el tonto error de confiar en personas que han roto mi confianza, y ese es el motivo exacto por el que me encuentro en esta situación y me están acechando.

Acechando… A él también lo habían perseguido. Él había tenido que quedarse de pie, como blanco de tiro, mientras las balas volaban a su alrededor. Detestaba que ella tuviera que sentirse de ese modo. Quería quitarle ese dolor, pero se le estaba escapando de las manos.

—De acuerdo —dijo Octavius, y el estómago se le hundió a los pies. No estaban comprometidos ni casados. Ni siquiera la estaba cortejando. Se habían besado, y ella le había pedido que le diera placer solo una vez. Ella no le debía nada—. Tus secretos son tuyos. Solo… Desearía que confiaras en mí, pero veo que no es el caso.

Temperance asintió con los grandes ojos grises llenos de lágrimas.

—Buenas noches, milord.

La pérdida de intimidad fue un golpe físico al vientre cuando cerró la puerta a sus espaldas.

22

A LA NOCHE SIGUIENTE, Temperance estaba llena de inquietud. Desde la recámara de los niños, oía las voces y los movimientos de los lacayos que servían la cena mientras en la casa pendía el aroma a comida exquisita. Mientras James tallaba un carruaje en un trozo de madera intentando crear un vehículo que pudiera ensamblar en el futuro, Margaret leía *Los viajes de Gulliver*, de Jonathan Swift, en voz alta y todos la escuchaban con atención.

Temperance intentaba concentrarse en las palabras que leía la joven y no pensar en el temor que había soportado el día anterior. El señor Finch casi la había atrapado, y había estado a punto de verse obligada a contarle toda la verdad a Octavius… pero el duque había explotado de repente.

Octavius quería controlarla. Durante las primeras semanas, la había conquistado. Luego de todo lo que había ocurrido entre ellos, Temperance creyó que la entendía. Pero ¿era mejor que tener a Bartholomew de esposo o acabar encerrada en un manicomio?

El corazón le decía que debía confiar en él, que el duque debía sentir temor por ella y los niños, pero el miedo que experimentaba en el vientre le pedía a gritos que volviera a huir. Había confiado en personas que deberían haber estado de su lado, y ahora se encontraba allí, ocultándose y llena de temor, luchando por el derecho a decidir su propio futuro.

Luego de la discusión de la noche anterior, solo había visto a Octavius una vez ese día. Había ido a verlo para la lección de

francés, pero no lo encontró en el estudio, y la señora Davies le dijo que había salido. Cuando lo vio un instante efímero durante la tarde, el duque había evitado mirarla a los ojos y se había visto de lo más tenso. Esa distancia incómoda entre los dos la hizo protegerse aún más.

Por fortuna, Octavius había estado ocupado planificando el siguiente evento importante para conseguir el puesto que buscaba. El primer ministro, lord Liverpool, iba a acudir, así como también representantes de la Compañía de las Indias Orientales, diplomáticos extranjeros y un enviado francés que al parecer estaba abierto a conversar acerca del comercio una vez terminada la guerra. Las voces de abajo penetraban la habitación de los niños, aunque no se oían con claridad. Era probable que dos de esas voces pertenecieran a su madrastra y Bartholomew. El pensamiento hizo que la sangre se le congelara.

Podrían estar allí. En esa misma casa. Justo debajo de sus pies, en ese preciso momento, disfrutando del exótico vino de Octavius y conversando acerca de políticas de comercio mientras conspiraban para destrozarla. ¿Cómo podría escapar de ellos? Solo faltaban ocho días para poder reclamar su herencia, pero cada día se sentía como una eternidad.

Quizás era mejor que Octavius la hubiera alarmado. De cualquier modo, pronto se marcharía de su vida. Siempre permanecería en su corazón como el hombre que le había enseñado los verdaderos placeres corporales, pero jamás podría ser más nada. De algún modo, lograría olvidarlo o arrancárselo del corazón de ser necesario.

Sophie estaba acostada en la cama, pero, en lugar de conversar como de costumbre, permanecía en silencio. El cabello dorado se le pegaba a las mejillas sonrosadas, y se había subido la manta hasta los hombros a pesar del fuego que ardía en el hogar. Luego de que Temperance le preguntara cómo tenía la garganta, la niña respondió con voz ronca que se sentía peor.

—¿Le parece que se encuentra bien, señorita Fields? —le preguntó Margaret con ansiedad mirando a su hermana menor. Sin aguardar respuesta, alzó la voz—: Sophie, ¿recuerdas cómo llamaba papá al movimiento de ajedrez en el que se sacrifica a la reina?

La niña apenas volvió el rostro hacia la pared y gimoteó.

Temperance hizo la costura a un lado y se acercó a la cama para apretarle el dorso de la mano contra la frente. La niña estaba enferma.

—Oh, querida, estás ardiendo. Le pediré a alguien que traiga la tintura de corteza de sauce.

Sophie asintió con la cabeza y se acurrucó más contra la manta. Temperance se puso de pie y jaló de la campana con la esperanza de que alguna criada pudiera acudir a la habitación de los niños. Sin embargo, al cabo de varios minutos sin respuesta, volvió a jalar de la cuerda. En el transcurso de la siguiente media hora, nadie respondió.

Todo el personal debía de estar ocupado sirviendo la elegante cena. Cuando volvió a tocar la frente de la niña, la sintió aún más caliente. No le quedaba otra alternativa que ir a buscar la tintura en persona.

A Temperance se le subió el corazón acelerado a la garganta. Todo iría bien. Los invitados se encontraban en la sala cenando. Nadie andaría caminando por la casa porque eso sería de mala educación. Y nadie la vería porque utilizaría las escaleras de servicio. Iba a buscar la tintura y regresar de inmediato.

—Iré a buscar la tintura —le dijo con el mayor optimismo que logró reunir—. Regreso enseguida.

—¿Me puede traer el segundo volumen de *Los cuatro caballeros*? —le rogó la niña—. Lo dejé en la biblioteca.

La biblioteca… Eso la desviaría de las escaleras de servicio. Pero, hasta ese momento, había estado a salvo. Eso no cambiaría.

—Claro. —Temperance se obligó a sonreírle. Sin embargo, sonaba más segura de lo que se sentía.

Andando con cautela y a paso apretado, recorrió el pasillo y se dirigió a las escaleras. En la cocina, había un caos de actividad mientras varias cocineras preparaban la cena y los lacayos y las criadas volaban por todos lados. Temperance dio un paso al costado para evitar a una ayudante de cocina que se veía sumamente agobiada y tomó la botella de la tintura de corteza de sauce. Solo

tenía que ir rápido a la biblioteca y regresar a la recámara de los niños.

Subió por la escalera de servicio, abrió la puerta que daba al pasillo principal y fue a buscar el libro para Sophie. Pero fue un grave error. Si hubiera echado un vistazo antes, los hubiera visto. Podría haberse retirado. En lugar de eso, como en una pesadilla, vio a las dos personas que más temía: *lady* Auster y Bartholomew.

—Muy bien, querido —le decía *lady* Auster alegre a Bartholomew —. Lord Liverpool estaba muy impresionado contigo. Has conseguido una invitación a la cena de mañana. No veo la hora de…

La mujer mayor dejó de hablar al ver a Temperance. El terror que sintió no se asemejó a nada que hubiera experimentado jamás, ni siquiera cuando la persiguieron en las calles oscuras por la noche. Estaba atrapada.

Lord Langston avanzó a toda prisa hacia ella, vestido a la perfección con un abrigo y pantalones negros a la última moda. La expresión severa y gélida en sus ojos no se condecía con el rostro infantil.

—Qué sorpresa más agradable, Agatha —murmuró lord Langston al tiempo que la sujetaba del codo—. ¿Por qué no conversamos?

Temperance abrió la boca para pedir ayuda, pero la alejó a rastras de la puerta antes de que pudiera emitir ningún sonido.

Estaba acorralada. Apretó los pies contra el suelo para resistirse, pero no sabía qué más hacer para evitar que la arrastrara. No podía pedir ayuda a los gritos, porque entonces todos descubrirían su secreto. ¿Cómo la vería Octavius? ¿Cómo podría generar un escándalo en su casa sabiendo lo importante que era para él mantener una reputación inmaculada?

—Niña tonta —dijo *lady* Auster mientras cerraba la puerta de la biblioteca a sus espaldas.

Bartholomew le soltó el brazo, pero antes de que Temperance pudiera pensar, hablar o huir, *lady* Auster echó un brazo hacia atrás y la abofeteó. El dolor le partió la cabeza y la desorientó.

—¿Creíste que estabas siendo astuta al esconderte aquí? —masculló Bartholomew.

—Las locas siempre se creen astutas —murmuró *lady* Auster—. ¿Qué? ¿No tienes ninguna máquina eléctrica para electrocutarme, querida?

Temperance alzó la palma temblorosa para cubrirse la mejilla ardiente.

—De… Déjenme en paz.

—Fui muy buena contigo, querida, pero creíste que me podías derrotar poniéndote bajo la protección de los siete lores de los pecados. Volviéndote intocable. Sabías que no podíamos convertirlos en nuestros enemigos, no hasta que pudiéramos lidiar con tu herencia. Ni siquiera le puedo pedir a lord Liverpool que interfiera porque si Eccess descubre cómo te traicioné, la hermandad se convertirá en un enemigo más poderoso que nadie más en este país.

Temperance se llevó la mano a la garganta. Por fortuna, habían llegado a esa conclusión falsa. De lo contrario, ya la habrían expuesto ante Octavius o lord Liverpool.

Lady Auster continuó:

—En lugar de mantenerte ocupada con esas tonterías científicas, deberías estar agradecida de asegurarte un matrimonio conveniente con un respetable miembro de la familia, como lo estaría cualquier mujer —le dijo con tono engreído—. Tu padre tonto, con ese corazón tan bondadoso, te debió haber dejado su fortuna por equivocación. Debería haber sido mía. Pero casándote con Bartholomew, el dinero permanecerá en la familia, sin dudas, como tu padre hubiera querido.

—Ustedes no son mi familia —dijo Temperance retrocediendo hacia la puerta.

—Oh, sí que lo somos —gruñó Bartholomew y la tomó de los hombros para sacudirla—. Somos tu única familia. Tenemos hombres aguardando en el carruaje y están dispuestos a llevarte directo al manicomio. Esta es la última oportunidad de tomar la decisión adecuada y acceder a ser mi esposa.

Temperance negó con la cabeza, pero aún veía las estrellas del dolor.

—Mocosa desagradecida —murmuró *lady* Auster con una voz llena de veneno—. Soy demasiado bondadosa contigo, Agatha. Me

has causado gran dolor. Aún tengo la marca de cuando me electrocutaste. ¡Tengo una cicatriz!

Su madrastra se quitó el guante y le mostró la punta del dedo índice.

—No hay ninguna cicatriz —dijo Temperance parpadeando para dejar de ver las estrellas—. La descarga que recibiste no fue lo suficientemente fuerte como para causar ningún daño…

—¡No lo sabes! —exclamó la mujer con las mejillas encendidas—. ¡Podría haber muerto como mi hermano! ¡Eres una mujer peligrosa! ¡Peligrosa!

Temperance frunció el ceño sin lograr seguir el hilo de la conversación.

—¿Tu… hermano?

La mirada de *lady* Auster se llenó de tristeza.

—Sí, tenía un hermano. De niño recibió la descarga de un rayo y murió gritando. —Los ojos le destellaron de temor y rabia—. Delante de mí. —Soltó un sollozo—. Estás jugando a ser Dios. ¿Cómo puede hacer eso una persona cuerda? Ese poder no ha de ser manipulado por la gente, y mucho menos por las mujeres.

Temperance experimentó una descarga de conexión y empatía hacia la mujer con la que había deseado tener una buena relación, la mujer a la que una vez había querido. Hasta que la traicionó y se convirtió en su adversaria.

Desesperada, Temperance intentó pensar en cómo escapar y soltó:

—Lamento mucho que tu hermano haya muerto, pero el fluido eléctrico no es algo que únicamente le pertenece a Dios. La humanidad ha estado practicando cómo controlarlo durante más de ochenta años. No estoy haciendo nada, excepto trabajar en algún avance excitante. El hecho de que no quiera un marido no significa que haya perdido la razón y el dinero de mi padre me pertenece por derecho, como lo establece el testamento. Me quería y deseaba que fuera feliz. Su deseo era otorgarme independencia…

—¿Ves? De nuevo con las tonterías —dijo *lady* Auster cortándola bruscamente—. Sin dudas, perteneces a un manicomio. ¡Independencia! —Soltó un bufido—. El sitio de una mujer está al

lado de su marido. Conozco y quiero a Bartholomew como si fuera mi propio hijo, y cuando se case contigo, te curará esas ideas desquiciadas. Le darás hijos, y el dinero de tu padre estará donde pertenece: con un hombre. Con un hombre que sepa administrarlo como es debido.

Temperance estaba temblando. ¡Eso no podía estar ocurriendo! ¡Era una pesadilla!

—Bartholomew no sabe cómo manejar nada como es debido, considerando las deudas que tiene. ¿Cómo puedes ser el presidente de la Junta de Comercio del país?

El labio superior de Bartholomew se curvó en una expresión furiosa.

—No me podría importar menos ser presidente. Solo necesitaba acercarme a ti.

La boca de *lady* Auster formó una línea recta.

—Es tu última oportunidad, querida. ¿Qué escoges? ¿Ser la esposa de mi sobrino o terminar en el manicomio?

Por el rabillo del ojo, Temperance vio que lord Langston se preparaba para llevársela a rastras de la biblioteca. De seguro, planificaba sacarla de la casa por la puerta trasera.

No podría ganar. Si Octavius los veía, se daría cuenta de que había llevado el peligro a su casa, puesto en riesgo su carrera política y el bienestar de los niños que tanto quería. Cuando el primer ministro descubriera que el duque de Eccess había estado alojando a la «Heredera Loca» en su casa, Octavius perdería cualquier oportunidad de acceder al puesto. Se daría cuenta de cómo había traicionado su confianza y no habría posibilidad alguna de que la ayudara. ¿Por qué lo haría?

—¿Y? —insistió *lady* Auster mientras Bartholomew le clavaba los dedos más profundo en los brazos y le provocaba dolor.

Pero no se daría por vencida aún.

—Creen que estoy loca porque me interesa la ciencia —dijo metiendo la mano en el bolsillo para sacar la botella de tintura de corteza de sauce—. Sin embargo, no pueden apreciar lo práctico que resulta poseer esos conocimientos.

La mente se le aceleró. Tenía que improvisar. No podía superarlos con fuerza física, pero podía jugar con el mayor temor y debilidad de *lady* Auster.

—La línea entre medicina y veneno es muy delgada —dijo con suavidad—. La diferencia se encuentra… en la dosis.

Bartholomew aflojó los dedos, y Temperance liberó el brazo y se detuvo detrás del escritorio.

—Nos estás engañando —gruñó.

—Mi padre me enseñó mucho en su laboratorio —continuó al tiempo que abría el corcho de la botella con el pulgar—. Esta solución de mercurio era vital para los experimentos eléctricos. La usábamos en la máquina de electricidad para que la esfera de cristal se iluminara. —Sostuvo la botella en alto para que la vieran, esperando que los dedos no le temblaran—. Pero el mercurio atraviesa la piel en pocos minutos. Primero, las manos te tiemblan, luego arrastras el discurso y por último pierdes la cordura.

Terminó de quitar el corcho de la botella y dio un paso hacia adelante. El color marrón de la tintura no se parecía en nada al del mercurio, pero ellos no lo sabían. Lo único que tenía que hacer era lograr asustarlos.

Temperance tomó una profunda bocanada de aire.

—Es irónico, ¿no? Me quieren encerrar en un manicomio por locura, pero esto los sacaría completamente de quicio. ¿Alguna vez han oído cómo los tratamientos de mercurio hacen que los que padecen de sífilis pierdan la razón? Sufren temores, alucinaciones, hablan con habitaciones vacías…

—Aunque fuera mercurio, no lo usarías —dijo Bartholomew, apretándose contra la pared en contradicción con sus palabras—. Tus valores morales no te permitirían envenenar a nadie.

—Mis valores morales no me protegieron de tu abuso —repuso Temperance alzando la botella una vez más—. A lo mejor, es hora de ver cómo se siente el envenenamiento con mercurio.

Casi había llegado a una posición donde podría salir corriendo hacia la puerta. ¿Podría empujar a *lady* Auster?

—¡Déjenla en paz! —dijo una voz infantil.

Temperance ni siquiera había notado que la puerta se había abierto, pero James se encontraba de pie con una pistola apuntada a Bartholomew, que miró por encima del hombro con una mezcla de temor y sorpresa al tiempo que se le perdía todo el color del rostro.

—Niño, ¿qué crees que haces?

—Déjenla en paz —repitió James, y le recordó tanto a Octavius, que el corazón le dio un vuelco. Qué niño más valiente y determinado. James dio un paso hacia adelante—. Vayan a esa esquina.

Con un gesto, señaló la esquina más alejada de la biblioteca, y Temperance reconoció la pistola. Era la misma que había usado cuando asustó a todos en el día de San Nicolás. Se debería haber asegurado de que se encontrara bien guardada, pero tanto la valentía como la naturaleza pícara de James le estaban jugando a favor en ese momento.

—¿Y tú quién eres, niño? —le preguntó Bartholomew sin moverse —. ¿No te he visto antes?

—Soy el pupilo del duque, el heredero al título.

Lady Auster alzó las manos en señal de defensa.

—Oh, sí, ¿no causaste un incidente con el vino frente a lord Liverpool?

La mirada de James se oscureció y le volvió a recordar a la de Octavius. Antes de responder, amartilló el arma.

—Eso no significa que no pueda disparar bien.

El rostro de *lady* Auster se tornó pálido, y Bartholomew comenzó a retroceder hacia la esquina mientras su tía decía:

—El futuro duque… Bueno, es todo un malentendido.

Con el camino hacia la puerta despejado, Temperance se apresuró a llegar hasta James, y el niño se paró más erguido antes de responder:

—Ni la amenaza del manicomio ni la del casamiento suenan como un malentendido para mí.

—Entonces ¿sabías que tu institutriz no es quien dice ser? —le preguntó atónita *lady* Auster.

—Lo supe desde el comienzo —mintió James, y el acto protector le generó algo cálido en el corazón—. Todos lo sabíamos, incluido el

duque. Quédense allí o le diré al duque que están amenazando a su institutriz.

Temperance y James salieron de la biblioteca. El niño cerró la puerta, tomó la silla más cercana del vestíbulo de entrada y la colocó contra el pomo. De seguro, algún lacayo acabaría moviéndola en algún momento, pero para ese entonces los dos se encontrarían a salvo. Los dos se dirigieron a las escaleras que conducían a la habitación de los niños y subieron los escalones de a dos. Tras entrar, Temperance cerró la puerta con llave.

—Dame eso —le dijo a James.

El niño le entregó la pistola sin protestar, y la colocó sobre el mueble más alto de la recámara. Margaret y Sophie estaban durmiendo.

—Por favor, no se lo cuente al duque —le susurró James—. Lo de la pistola.

—No se lo contaré —le prometió Temperance al tiempo que tomaba un libro y se acercaba a su cama—. Te leeré antes de dormir. —Antes de comenzar a leer, le susurró—: Por favor, no le cuentes nada al duque.

El niño negó con la cabeza y le ofreció una sonrisa pícara.

—Gracias —le dijo Temperance con gran alivio mientras le revolvía el cabello.

—La Heredera Loca —susurró James con una sonrisa en el rostro —. Me gusta mucho más que la aburrida señorita Fields. —¡El pequeño diablo le guiñó un ojo!

Temperance sonrió.

—Solo debo permanecer oculta hasta Navidad. Luego podré reclamar mi herencia y todo acabará. No tendrán ningún poder sobre mí.

James asintió con una expresión seria y frunció el ceño.

—Entonces, no te quedarás con nosotros luego de Navidad. Te marcharás.

La nota de dolor en la voz del niño le cerró la garganta.

—Ese era el plan, sí.

—Lo entiendo —dijo James con los ojos llenos de tristeza—. Era demasiado bueno para ser cierto. Y las cosas que son demasiado

buenas para ser ciertas… no duran.

A Temperance se le llenaron los ojos de lágrimas, y aunque deseaba poder convencerlo de lo contrario, estaba segura de que el niño estaba en lo cierto.

—Si el duque me perdona por mentir, me gustaría visitarlos tan a menudo como me lo permita.

—Me gustaría mucho eso.

En ese instante, Temperance decidió que no permitiría que la siguieran intimidando. La habían seguido hasta allí y habían puesto en peligro a los niños con tal de llegar hasta ella. Había estado resistiéndose a la idea de conseguir las pruebas de que Bartholomew le había robado a su padre, pero ya estaba cansada de huir.

Era el momento de tomar la ofensiva y conseguir esa prueba. Al día siguiente, mientras *lady* Auster y Bartholomew se encontraran en la velada de lord Liverpool, actuaría.

23

Temperance se apretó contra la pared de ladrillo en la esquina de la calle donde había vivido su padre mientras el aliento se le escapaba en nubes gélidas. A través de la nieve que caía, podía ver las ventanas oscuras de las salas de estar que daban a la calle. Era una buena señal. *Lady* Auster y lord Langston debían haber partido a la cena, como había dicho su madrastra la noche anterior.

Un carruaje avanzó dando trompicones por la calle de adoquines, y Temperance aguardó hasta que dio vuelta la esquina antes de escabullirse por el pasaje angosto que conducía a las caballerizas de la propiedad de su padre. La propiedad que sería suya cuando recibiera su herencia.

Llevaba puesta la pelliza oscura encima del vestido de institutriz y tenía una pequeña bolsa con herramientas que había tomado prestadas de la oficina del mayordomo. Conocía bien la casa de su padre; había sido su hogar durante casi todas las primaveras y gran parte de todos los veranos de su vida cuando su padre visitaba Londres durante la temporada. Las manos le temblaban de los nervios y tenía el corazón acelerado mientras se aproximaba a las caballerizas y a su casa.

La puerta parecía cerrada, pero como la señora de la casa había salido, el antiguo mayordomo de su padre, Banister, no la habría cerrado con llave aún. Si la puerta estaba trabada, no podría abrirla desde afuera, pero podía mover el pestillo. Tenía un truco para eso. Apoyó la mano izquierda contra los pesados tablones de madera y

empujó con fuerza. Durante un momento, no ocurrió nada, y luego sintió que el marco se flexionaba lo suficiente como para que el pestillo se moviera. La puerta se meció hacia adelante con un chillido suave.

Temperance entró y cerró la puerta antes de atravesar las caballerizas sin hacer ruido hasta el galpón del carruaje. En el interior, estaba oscuro y desértico, y sintió una profunda ola de alivio: el carruaje no se encontraba allí. *Lady* Auster y Langston habían salido. Atravesó los establos vacíos, el cobertizo para almacenar carbón y la huerta. El jardín de hierbas medicinales de su padre había sido reemplazado por arbustos decorativos, otra dolorosa señal de su ausencia.

El recibo de la tienda de empeños debía de estar en el estudio de su padre, al lado de la sala comedor, oculto dentro del electróforo. Era de lo más astuto, ya que ni su madrastra ni Langston se atreverían a tocar ese instrumento por la aversión que sentían hacia la ciencia.

Temperance deslizó un cuchillo para mantequilla por el angosto hueco entre la parte superior e inferior de la ventana del comedor que daba al jardín. Luego de varios intentos, el cerrojo se movió con un clic suave. Al principio, la ventana se resistió porque debía de estar atorada por la humedad y el desuso del invierno, pero siguió empujándola. Cuando la abrió hacia arriba, perdió el equilibrio y se tropezó por la habitación hasta caer en el suelo sobre las palmas de las manos y sentir el impacto por la columna vertebral. Tras ponerse de pie, se retorció incómoda intentando liberar la parte del vestido que se le había atorado en la ventana y, con un jalón fuerte, lo logró.

La voz a sus espaldas hizo que el corazón se le subiera a la garganta.

—¿La puedo ayudar, *milady*?

Temperance giró sobre los talones. Banister se encontraba de pie y la observaba. Sostenía el atizador del hogar en una mano y una vela en la otra y la observaba con una combinación de amabilidad y cautela.

Temperance soltó el aliento.

—¡Banister! Me has dado un susto de muerte.

—Disculpe, *milady*. Creí que era una ladrona.

Temperance negó con la cabeza y soltó el aliento.

—Me temo que hoy lo soy, aunque no he venido en busca de dinero ni objetos de valor. Quiero mi libertad.

Banister asintió con la cabeza y bajó el atizador. No lo había visto en tres años, desde la última vez que había pasado una temporada en Londres, el mismo año en que había conocido al duque de Enveigh. Luego de eso, su padre se había enfermado y, tras su muerte, siguió el período de luto. Su madrastra no la había dejado marcharse del campo.

Temperance tragó con dificultad el nudo que se le había formado en la garganta.

—Por favor, no me traiciones con tu señora. Tengo que recuperar la prueba del robo de lord Langston.

—Ah —dijo Banister—. El colgante de diamantes.

Temperance asintió.

—Sí, exacto. Sé que lo recuerdas.

—Claro que lo recuerdo, *milady*. Fui yo quien se lo informó a su padre. ¿Sabe dónde está el recibo de la tienda de empeños?

—En el estudio de mi padre.

—Muy bien. Permítame ayudarla.

—Gracias, pero no —le dijo Temperance, incómoda—. Me puedo cuidar sola y no quiero que te metas en problemas. Por favor, no me traiciones. Eso ya me ayuda mucho.

Banister soltó una risita entre dientes y el rostro se le arrugó lleno de bondad.

—Un día, aprenderá que hay gente que se preocupa por usted. Además, no puede entrar en esa habitación sin mi ayuda. *Lady* Auster ha prohibido que alguien entre en el estudio. Está cerrado con llave, y solo yo tengo la llave. Y *lady* Auster y lord Langston podrían regresar en cualquier momento. Salieron a cenar, pero *lady* Auster ha sufrido muchos dolores de cabeza desde anoche. Al parecer, se quedó encerrada con lord Langston una hora en la biblioteca del duque de Eccess antes de que un criado la encontrara.

El temor la azotó como un rayo. Suponía que debía aceptar la ayuda, pero eso la hacía sentir culpable y vulnerable.

—Gracias —le dijo—. Estoy muy agradecida.

—La dama de compañía es leal a su madrastra, así que no debemos hacer ruido.

—¿Qué diantres está ocurriendo? —preguntó una suave voz femenina.

Cuando Temperance alzó la mirada, vio a la señora Jones, el ama de llaves, una mujer amable y sabia de la misma edad que Banister. Al verla, la mujer casi rompió en llanto.

—¡*Milady*! —exclamó la señora Jones en un susurro. Para su sorpresa, corrió a abrazarla—. Hemos rezado por su seguridad —le susurró al oído.

—*Lady* Agatha necesita nuestra ayuda —le dijo Banister en voz baja—. Tiene que recuperar una prueba contra lord Langston del estudio de su padre.

—Por supuesto —accedió la señora Jones y se secó una lágrima —. No se diga más. Haré guardia.

Mientras recorrían el comedor, Banister le contó en susurros cómo había cambiado la casa desde el fallecimiento de su padre. Al parecer, *lady* Auster había vendido muchos objetos de valor. El personal leal había sido tratado sin el respeto debido y había sufrido una baja de salario, pero la mayoría se quedó para proteger lo que quedaba del legado de su padre. Todos habían recibido la instrucción de reportar de inmediato si veían a Temperance.

Temperance pasó la mirada por el comedor. En otra época, allí había reinado el estilo simple y elegante de su padre, pero ahora *lady* Auster había transformado el espacio en una exhibición ordinaria de riqueza y sofisticación. La posesión más apreciada de su padre, una mesa de caoba traída del extranjero, estaba cubierta con un mantel de encaje ostentoso que ocultaba el hermoso tallado. Temperance pasó los dedos por el borde de la mesa y sintió la curva familiar debajo del mantel. *Lady* Auster había reemplazado los cuadros de paisajes que habían decorado las paredes durante varias décadas por retratos de sus familiares. Hasta los candelabros de

plata habían sido reemplazados por monstruosidades cubiertas en oro que habrían hecho que su padre se retorciera.

Esa habitación era tan diferente al comedor de Octavius. El espacio del duque reflejaba su amor por la comodidad y el placer. Había muebles exquisitos pulidos hasta destellar, obras de arte seleccionadas con cautela en base a la belleza y no el precio. A pesar de sus excesos, su gusto era único e intencional, mientras que los cambios de su madrastra parecían intentos desesperados por demostrar una riqueza que no poseía.

El contraste la hizo pensar en el hogar y la familia que había dejado atrás, no solo en la elegante casa de Octavius, sino en el alivio que había sentido esa mañana cuando, al fin, Sophie se despertó sin fiebre. La pequeña había dormido en paz por primera vez en días, y Temperance había reparado en su respiración serena y normal y en la sonrisa natural en su rostro. Se había quedado al lado de su cama, rehusándose a marcharse, porque sabía lo peligrosa que podría ser esa misión y el riesgo que corría de no volver a ver a Sophie nunca más.

¿Y Octavius? Esa tarde, la había sorprendido antes de la lección de francés.

—Lo siento —le había dicho a regañadientes mientras colocaba el libro de historia egipcia en francés delante de él—. Debería haber tratado lo que me contaste con más delicadeza. Mi intención no era hacerte sentir que quería controlarte. Eso es lo último que deseo.

A Temperance le había dado un vuelco el corazón al observar los cálidos ojos marrones del duque debajo del ceño fruncido. Se había ruborizado y había apretado los labios hasta formar una línea recta, y Temperance tuvo que resistir el impulso de acariciarlos hasta que volvieran a adquirir su hermosa suculencia.

—Me preocupo —había murmurado Octavius—. Solo deseo que te sientas a salvo y estés bien.

A Temperance se le expandió el pecho y sintió como si un capullo invisible los hubiera envuelto a los dos.

—Gracias —le dijo—. Me encuentro a salvo y bien aquí. Debió ser difícil para ti encontrar la fuerza para disculparte.

El duque de Eccess se había reído con suavidad.

—Tú me ayudaste a comprender que hay cosas más importantes que sentirse inadecuado. Por ejemplo, tú.

En ese momento, no había podido hablar.

—Estás perdonado, Octavius.

La sonrisa que le había transformado el rostro le produjo un nuevo vuelco al corazón.

—Gracias. Pero debo insistir en que me digas el nombre del hombre que te está buscando.

Temperance había tragado con dificultad.

—No. Ya te dije que me estoy ocupando de eso y que pronto no podrá hacer nada y entonces seré libre.

Ahora, en la casa londinense de su padre, estaba recuperando su libertad.

Cuando por fin llegaron a la puerta del estudio de su padre y Banister la abrió, Temperance entró en la habitación y casi se le rompió el corazón al inhalar el aroma familiar que aún pendía allí: retazos de su colonia mezclados con su tabaco favorito. Era como si su padre acabara de marcharse para pasar el invierno en el campo y fuera a regresar en cualquier momento para atender sus asuntos en Londres.

Los ojos se le llenaron de lágrimas al recorrer la habitación con la mirada. El escritorio tenía una capa de polvo porque probablemente nadie podía entrar a limpiarlo.

Se acercó a la estantería y extrajo varios libros del tercer estante. A sus espaldas, había una caja de madera escondida con un electróforo dentro. Temperance lo tomó y lo sostuvo en posición vertical hasta que un papel delgado se deslizó de entre los discos. Con el corazón tambaleando, lo recogió. «¡Ya lo tengo!».

Pero mientras examinaba la fecha y la escritura prolija en el recibo para asegurarse de tener la prueba que buscaba, la señora Jones asomó la cabeza por la puerta del estudio.

—El carruaje está llegando —susurró—. ¡Están de regreso!

Banister asintió.

—Debo abrirles la puerta —le susurró a Temperance—. Pero tenemos que sacarla de aquí antes. Puede marcharse por la entrada de servicio.

—Iré a recibirlos —dijo la señora Jones con expresión severa.

—Pero podrían arriesgarse a disgustarlos —señaló Temperance, preocupada por los criados leales.

—No se preocupe —le dijo Banister mientras recorrían el pasillo lo más rápido que le permitían las piernas.

Cuando Banister cerró la puerta de servicio detrás de ella, Temperance oyó el llamado fuerte a la puerta principal seguido de las voces de *lady* Auster y Bartholomew y la de la señora Jones que los saludaba.

El corazón se le volvió a subir a la garganta mientras Banister la conducía por el pasillo de servicio hacia la puerta trasera. Le abrió la puerta, pero antes de que se marchara, la detuvo.

—Su padre estaría orgulloso de su coraje, *lady* Agatha, pero recuerde: nunca debió haber estado sola. Solo díganos lo que necesite, y la ayudaremos.

El mayordomo la abrazó y, para su sorpresa, Temperance lo permitió mientras los ojos se le llenaban de lágrimas una vez más.

—Cuando reciba mi herencia, regresaré —le aseguró—. Cuidaré de ti y de la señora Jones. Han sido leales a mi familia durante toda su vida.

El anciano mayordomo inclinó la cabeza y le ofreció una sonrisa suave. En las caballerizas, donde la nieve caía más fuerte que antes, Temperance volvió la cabeza hacia atrás y vio que Banister cerraba la puerta no sin antes asentir con la cabeza por última vez. Temperance sujetó el recibo de la tienda de empeño y el electróforo en las manos. Hubiera sido una pena dejar ese mecanismo allí, con gente que creía que la ciencia era hechicería.

Tenía personas que se preocupaban por ella. No estaba sola. Ahora, con el recibo en el bolsillo, se sintió más poderosa que nunca desde el fallecimiento de su padre. Desde que se convirtió en una prisionera de su madrastra. Ahora ella era quien tenía el poder: podía enviarle una copia del recibo a su madrastra con una nota demandándole de una vez por todas su independencia.

Y mientras tanto llevaría ese poder y el recibo con ella todos los días, como un arma.

Hasta que todo hubiera acabado.

24

Cuando Temperance regresó a Dulcis Court, el éxito de la misión la hizo sentir más ligera.

Se detuvo en el pasillo en penumbras frente a la puerta grande de la habitación del duque, y la luz de la vela destelló contra la madera suave de caoba. Detrás de esa puerta se encontraba el hombre al que amaba. El hombre al que quería pertenecer.

Lo único que los separaba era un golpe a la puerta.

Temperance se sintió ebria de libertad. Tenía el control absoluto de su vida y por fin tenía la prueba. Luego de la visita a la casa de su padre, se sentía como la dueña y ama de su destino.

Y, como tal, sabía exactamente lo que deseaba: más placer, más de las manos y los brazos del duque. Más de su cuerpo. Octavius tenía razón. Se había estado privando del placer por ser modesta y moderada y pensar con la cabeza. Había estado ignorando a su cuerpo. No había estado viviendo. Pero ahora iba a hacerlo. Y el primer paso era dejar que la arruinara.

Temperance llamó a la puerta del duque con el corazón acelerado. A los diez segundos, la puerta se abrió, y se quedó sin aliento, sintiéndose liviana, como si le hubieran crecido alas y estuviera flotando.

—¿Temperance? —preguntó en un murmullo evidentemente confundido.

—Me gustaría hacerte una demostración —le dijo en un susurro y se sintió como si estuviera jugando con fuego.

—¿Una demostración a esta hora?

—Sí, una demostración privada.

Sin esperar una invitación, entró en la recámara.

Octavius tenía puesto el salto de cama, y había una selección de bocadillos y bebidas deliciosas en la mesa pequeña frente al hogar. Se veía muy cómodo; la recámara era el epítome del hombre que era: con tonos rojos, dorados y naranjas oxidados. Era como si se encontrara parada sobre el fuego, destellando y maravillosamente cálida, una acogida especial luego de haberse congelado en la noche gélida.

Llena de excitación, Temperance le mostró lo que tenía en las manos.

—¿Qué es eso?

—Un electróforo.

Miró alrededor. Como no esperaba que el duque tuviera una plataforma de resina o cera como la de Herr Schultz, iba a tener que improvisar. Su mirada se posó en la bandeja de té que había en el aparador. Era de madera, lo que resultaría perfecto si la enceraba. Las medias de seda bastarían para aislarla del suelo para que la carga eléctrica no se dispersara.

—¿De dónde lo sacaste? —le preguntó Octavius parpadeando preocupado.

Una ola de inquietud la embargó, pero Temperance la hizo a un lado.

—Si te lo digo, te enfadarás. Y acabamos de establecer una tregua, ¿no?

El duque apretó el mentón, pero Temperance lo ignoró y avanzó hasta su vestidor mientras su empleador la observaba perplejo.

—¿Qué haces? —le preguntó cuando ella comenzó a abrir los cajones. Sin dar crédito a la escena, Octavius negaba la cabeza.

—Estoy buscando cera. Supongo que tu ayuda de cámara debe tener algo por aquí para peinarte o pulir los muebles.

Octavius la miró fijo.

—¿Para qué?

—Para la demostración —repuso Temperance despreocupada—. ¿Recuerdas la anticipación? ¿La gratificación demorada? Esas fueron

tus palabras. Y esta noche, es hora de una recompensa.

Por fin encontró la cera en un cajón y regresó a la recámara con la bandeja de madera ovalada. Era lo suficientemente grande como para contener sus pies y eso era lo único que necesitaba. Ahora solo le faltaba un trozo de piel de animal para frotar contra el electróforo.

Temperance colocó la bandeja sobre la mesa y comenzó a untarle la parte trasera con cera mientras Octavius la veía con los ojos agrandados.

—No dejas de sorprenderme. La mayoría de las mujeres se ocultan detrás del decoro, pero tú eres intrépida.

La mirada se le oscureció debajo de las cejas mientras la observaba frotar la bandeja. Cuando terminó, la colocó en el suelo y se quitó los zapatos para quedar de pie únicamente con las medias. La atención del duque se concentró en sus pies que rozaban el suelo y se le oscureció la mirada aún más cuando se paró sobre la bandeja de madera y comenzó a frotar un guante con ribeteado de piel de animal contra el electróforo.

Al sentir la carga, Temperance soltó el aparato.

—Me gustaría darte una demostración apropiada de la Afrodita electrificada. Una que no pudimos compartir en «Las maravillas de la electricidad».

Con la mirada, recorrió el cuello grueso del duque, la suave mata de vello que se veía debajo de la bata, los poderosos músculos del pecho y los anchos hombros. Era el hombre más grande que había conocido, y quería sentir todo ese cuerpo a su alrededor, en su interior, cubriéndola con su peso y su poder.

El duque tragó con dificultad, y la nuez de Adán se le movió en la garganta.

—¿Estás segura de que quieres hacer esto? Estás jugando a algo peligroso. —A pesar de sus palabras, se acercó a ella.

A Temperance le cosquilleó la piel por las chispas de carga eléctrica que contenía en el cuerpo, pero no se debía únicamente al electróforo. Se debía a él. Octavius era electrificante. La hacía sentir como si estuviera en las nubes, cargada de rayos. Como si fuera ella misma fuera un rayo.

—Puede que no sea capaz de detenerme —le advirtió Octavius en voz baja—. Ya he usado toda mi fuerza de voluntad los días anteriores.

—Quizás no quiero que te detengas. Quizás quiero que me devores entera, que me comas como a esa fresa y no dejes ni una sola gota.

La boca del duque se acercó a la de ella. Se encontraba a menos de un centímetro de distancia, y la electricidad comenzaba a restallar entre sus labios, con un cosquilleo que contenía un ligero dolor. Pero era como si estuvieran conectados en cuerpo y alma.

—¿Sientes eso? —le preguntó hundiéndose en su mirada.

—Sí… —murmuró sin apartarse de ella.

Para su perplejidad, Octavius no se movió para besarle los labios, sino que comenzó a descender… El restallo del fluido eléctrico entre ellos le cosquilleó en el mentón y comenzó a descender despacio por el cuello mientras el duque se movía, endureciéndole los pezones que anhelaban sus caricias. Temperance cerró los ojos y se hundió en la sensación.

La exploró más: la parte trasera del cuello, las orejas, las manos y las muñecas. Era como una tortura lenta y deliciosa, y al cabo de pocos segundos, Temperance estaba retorciéndose de excitación, y todos los vellos del cuerpo se le erizaron. De electricidad. De deseo.

Sintió como si ella y Octavius fueran los dos polos de un rayo.

Cuando el duque por fin posó los labios sobre los suyos, la descarga que sintió la hizo jadear, y el duque se retorció. La envolvió en sus brazos y le cubrió la boca con la suya, al tiempo que sus labios demandaban más y la consumían como si fuera su postre favorito y la hubiera ansiado durante toda su vida. Con la lengua la lamió y la provocó. Los brazos a su alrededor se apretaron más, como si ella fuera su última esperanza, y la acercaron más a su cuerpo. Octavius tenía un cuerpo grande y duro, y ella era pequeña en comparación.

Temperance sintió como si estuviera volando, como si la electricidad circulara por todo su interior, excepto que se trataba de placer, deseo y una necesidad dolorosa. El duque se inclinó y la alzó en sus brazos como si no pesara nada, como si fuera una pluma, y la

llevó a la cama antes de comenzar a abrirle los lazos del vestido y bajárselo.

Cuando quedó desnuda delante de él, Octavius contuvo el aliento y la recorrió entera con una mirada voraz.

—Te ves exquisita —murmuró.

Se detuvo en el borde de la cama ciñéndose sobre ella, como si estuviera apreciando la exhibición de su cuerpo, como si fuera un bocadillo en un plato. Temperance se llevó los brazos encima de la cabeza y abrió las piernas. Cuando la mirada de Octavius se detuvo en el centro de su cuerpo y se relamió los labios, Temperance no pudo evitar estremecerse.

Octavius abrió el salto de cama que llevaba puesto y lo dejó caer al suelo. Temperance tuvo que sofocar un jadeo. Era enorme: hombros anchos y poderosos, músculos bien marcados en el pecho que se estrechaban para dar paso a una cintura esbelta y un estómago musculoso. El vello de color ámbar que le cubría el pecho descendía por el vientre y se convertía en una mata de rizos oscuros que rodeaba la erección.

Al ver el tamaño de su miembro, soltó un jadeo. ¿Cómo iba a hacer para albergar todo eso en su interior? Ninguno de los modelos de mármol, madera y jade que había visto se asemejaba en nada al pene que tenía en frente: grueso, largo, suave y venoso. Se extendía hacia ella en anticipación, y los poderosos muslos del duque parecían pilares de músculos definidos. Temperance tragó con dificultad y sintió algo cálido en el sexo, que le dolía de necesidad.

—Me tienes que decir si no estás segura de esto —le dijo con la voz baja y ronca.

—Oh, sí que lo quiero —jadeó Temperance—. No te atrevas a arrebatarme esto. Dame tiempo, Octavius.

El duque soltó un gruñido.

—Abre las piernas. No te muevas.

Octavius se arrodilló delante de ella y comenzó a masajearle las caras internas de los muslos con sus manos grandes y sus dedos largos y masculinos, cálidos y hermosos. El deseo fluyó por sus muslos como un calor líquido mientras el duque le subía una mano por el vientre para llegar a sus senos y rozarlos en círculos. Los

pezones le cosquillearon de la electricidad que había nacido entre ellos.

«¡Ay, por todos los cielos!». La mano de Octavius era tan grande que podía cerrarla alrededor de su cuello. El duque se movió en la cama con ella y la hizo sentir deliciosamente pequeña y femenina contra su silueta gigante. La hizo sentir protegida, adorada y mucho más que segura en su fortaleza. Con la mano le recorrió el rostro y el pulgar le rozó el labio inferior.

—Qué labios más rosados y hermosos. —La besó.

Temperance sintió la erección que le rozaba el cuerpo, y el duque gimió indicándole que él también sentía placer, pero luego se apartó de sus labios y comenzó a descender hasta sus senos. Se llevó un pezón a la boca y lo succionó dibujándole círculos con la lengua.

—Deliciosa —murmuró—. Dulce. Eres el plato perfecto para mí.

Al mismo tiempo, la mano descendió para explorarle la entrepierna y rozarle los pliegues íntimos. Cuando le deslizó un dedo en el interior, Temperance arqueó la espalda contra él, y el duque le mordió un pezón al tiempo que con el pulgar le acariciaba el punto sensible que la había hecho gemir. Temperance no podía pensar. Lo único que podía hacer era embeberse en la adoración mientras él se movía por su cuerpo y la exploraba con la boca, la provocaba con la lengua y le lamía los sitios más íntimos.

—Ay, estás muy deliciosa. Muy dulce —susurró Octavius contra su sexo.

Con la boca y la lengua, hizo una obra de magia hasta que Temperance sintió el cosquilleo familiar que aumentaba en su interior, con más fuerza y más arrollador en esta ocasión. Cuando el placer la consumió entera, gritó su nombre y arqueó el cuerpo, retorciéndose por las olas llenas de sensaciones que la embargaban. Octavius la sostuvo en sus brazos, acariciándole los muslos, mientras ella regresaba a la realidad.

—Hermosa —le susurró el duque de Eccess besándole con ternura el muslo—. Eres hermosa cuando te liberas.

Aún flotando en el mar de dicha, apenas lo oyó añadir:

—Puede que esto duela un poco, dulzura, pero no más que el beso eléctrico.

Acto seguido se posicionó entre sus muslos y le apretó el miembro grueso contra la entrada. Con una embestida cautelosa, la penetró.

Había estado en lo cierto. Le dolió un poco, como el beso, pero la sensación de estiramiento era deliciosa… estaba estirada al máximo. Él la había reclamado. Y cuando Octavius comenzó a moverse, Temperance se perdió en el placer que la volvió a embargar.

Él estaba en su interior. Era suyo. Y ella, suya.

Octavius le llevó los brazos encima de la cabeza, y su delicioso peso se movió sobre ella, penetrándola y apartándose y elevándola cada vez más con cada embestida. Su cuerpo grande y pesado la envolvía por completo.

—Buena chica —le murmuró al oído con la voz cargada de deseo —. Te sientes celestial, dulzura. Hecha solo para mí. —Las palabras le produjeron escalofríos por el cuerpo mientras se movía en su interior y la llenaba por completo.

Temperance sintió la exquisita tensión que se volvía a generar en su interior, más fuerte que antes, y se le reunía en el vientre.

—Octavius —jadeó sin saber qué le estaba pidiendo.

—Ya lo sé, dulzura. Libérate para mí. Déjame sentirte. —Aumentó el ritmo, y de pronto llegó a la cima gritando de placer al tiempo que algo explotaba en su interior, el cuerpo se le tensaba alrededor de él, y olas de nuevas sensaciones la embargaban y parecían nunca acabar.

Octavius gruñó su nombre y la sintió llegar a la cima. Al cabo de unos segundos, se apartó de ella y derramó su semilla sobre la cama. Pronunció su nombre mientras llegaba al orgasmo y el cuerpo se le estremeció al enterrarle el rostro en el cuello.

Cuando se calmó, la envolvió en sus brazos grandes, respiró relajado, y Temperance oyó el latido acelerado de su corazón bajo el oído. Estaba rodeada por una fortaleza impenetrable: se encontraba segura, protegida y… feliz.

Su amante le depositó un beso en la frente.

—Me juré que jamás seduciría a una institutriz, pero eres la tentación más irresistible de mi vida.

Temperance se rio.

—Milord, me temo que esta institutriz lo ha seducido a usted.

25

—Amigos, gracias por haber venido a esta íntima cena navideña —anunció Octavius mientras abría los brazos.

Los seis duques y las tres esposas de Rath, Luhst y Pryde le sonrieron y entraron caminando en procesión al comedor. Margaret, James y Sophie los siguieron, acompañados de Temperance.

Octavius había deseado darles la bienvenida a sus amigos y sus esposas en su hogar luego de varios días de paz hogareña que había compartido con los niños y su encantadora institutriz.

El comedor estaba decorado con guirnaldas de acebo y hiedras y con manzanas rojas. La cena estaba adornada con hojas perennes tejidas alrededor de gajos de naranjas deshidratadas, ramos de romero y velas altas de cera de abeja que proyectaban una luz dorada sobre los objetos de plata pulida.

—He esperado con ansias acudir a otro de tus banquetes —confesó la duquesa de Rath apoyándose la mano en el vientre redondeado.

Octavius se rio entre dientes.

—Es todo un placer, *milady*.

Temperance había escogido las decoraciones, y Octavius se había sorprendido al permitírselo. La Navidad era importante para ella, y cuando le dio permiso de hacerse cargo, vio unas lágrimas de alegría en sus ojos.

Las conversaciones alegres aumentaron en volumen, y los invitados se sentaron a la mesa, pero Octavius no logró ignorar la

expresión malhumorada de Enveigh. El estómago se le anudó ante el conflicto que se interponía entre ellos.

Constantine, el duque de Pryde, y su duquesa, la más reciente adición al círculo, lo saludaron. La duquesa se veía hermosa con un atuendo de color índigo que le resaltaba el cabello rojizo, pero era la transformación de Pryde la que resultaba casi milagrosa. Durante varios años, Octavius había conocido al hombre que hablaba dando órdenes breves y consideraba las emociones una debilidad. Ahora, se encontraba inclinado cerca de su esposa y le murmuraba algo al oído que la hizo reír. Octavius recordó el día, hacía tres meses, en que Constantine y él habían aguardado en la iglesia de Todos los Santos de Shephersbrook. Habían esperado encontrarse con un chantajista que había amenazado con revelar el secreto más oscuro de Constantine. En lugar de eso, Modesty salió de las sombras acunando al bebé Augustus y acompañada de una amiga. Constantine había estado tan rígido, tenso y paranoico como un lobo acorralado dispuesto a morder y destrozar a cualquiera que se atreviera a amenazar su legado. Ahora parecía más dócil y feliz que un cordero.

—Qué tormenta más horrible hace afuera —dijo Patience temblando—. ¿Se imaginan a toda esa pobre gente sin un refugio apropiado?

—Ayer fui al hospicio de mujeres en Whitechapel —dijo Modesty —, el de la señorita Grace Lockhart, para llevarles mantas y prendas cálidas en preparación para la tormenta.

Temperance se quedó congelada con el tenedor de camino a la boca.

—¿Las calles están despejadas ahora? —preguntó, quizás demasiado rápido—. Bueno, para quienes tengan que… enviar correspondencia o conducir negocios cerca de Cheapside.

Los ojos de Octavius se clavaron atentos en su rostro. ¿A qué se debía la pregunta? ¿Acaso estaba pensando en marcharse otra vez?

—Los principales caminos deberían estar transitables mañana —respondió el duque de Enveigh—. ¿La puedo ayudar en algo?

—Dudo que sea el tipo de clima para que una dama viaje por Londres —masculló Octavius.

En la habitación se hizo el silencio, y Temperance clavó la mirada en su plato.

Modesty esbozó una sonrisa alegre.

—A pesar del clima, me sorprendió descubrir que envió un gran paquete con comida, Eccess. Es muy generoso de su parte. Se lo agradezco.

Octavius sintió algo cálido en el vientre al oír la aprobación de la duquesa. No creía que la necesitara, pero al parecer también era un glotón por ese tipo de comentarios.

—Me temo que no aceptaré tomar todo el crédito por eso. Fue idea de la señorita Fields.

Todos se volvieron a mirar a Temperance, que se quedó congelada y se sonrojó con una cuchara de sopa de camino a la boca.

—Simplemente fue una sugerencia. Usted fue quien decidió pagar por la comida y la entrega.

El duque asintió.

—Se me debería haber ocurrido hace varios años. Siempre tuve los medios para hacerlo.

—Bien dicho —dijo Irevrence—. Aunque es comprensible considerando tu historial con la Navidad.

A Octavius le dio un vuelco el corazón. Era el veintidós de diciembre. En tres días sería el aniversario de la muerte de su padre, en el duelo que había tenido lugar a las pocas horas de que hubiera practicado tiro con su hijo.

Octavius recordaba haber estado de pie completamente indefenso y desolado, aferrándose al estómago revuelto mientras un lacayo cargaba el cuerpo en una camilla hacia la casa. Entonces vio, en la luz tenue de las velas, el rostro inmóvil de su padre. Había un gran agujero de bala encima del corazón y una mancha de sangre casi negra en el abrigo de color óxido. El mundo de Octavius cambió para siempre…

En el presente, siguió el instinto de tomar una copa de vino, pero como había solicitado, se encontraba vacía. La necesidad de olvidar, de huir de ese recuerdo que aún le desgarraba el alma… pero le había prometido a Temperance que no bebería, y nada le daría más

satisfacción que saber que era un mejor hombre de lo que había sido su padre. Esperaba que el hombre que lo había engendrado se estuviera retorciendo en su tumba.

Apostaba que su padre jamás había conocido el tipo de amor que le llenaba el corazón a Octavius. Sí, amaba a la mujer que se encontraba sentada al otro lado de la mesa, al lado de los niños que se habían convertido en la luz de su vida. Gracias a ella, era un mejor hombre. Y lo más extraño era que le gustaba esa persona en la que se había convertido.

Sin embargo, no podía casarse con una institutriz, no estando tan cerca de lograr su meta: conseguir el puesto de presidente de la Junta de Comercio.

¿O eso sería una simple excusa para protegerse de la posibilidad de que, al igual que su madre había huido en el día más difícil de su vida, Temperance podría cansarse también de él y decidir alejarse de su presencia? Apartarse de su vida… ¿Se estaría escudando de la posibilidad de que pudiera ver el cerdito que en realidad era debajo de todas las sonrisas, las bromas y el encanto?

El recuerdo de su discusión aún lo acechaba, a pesar de la conexión que se había desarrollado entre ellos desde la noche en que se la había llevado a la cama, hacía cuatro días, y todas las noches subsiguientes. Le había alzado la voz, había querido controlarla e incluso asustarla. Había sido un tirano. Un bravucón. Todo lo que había detestado en su padre. ¿Lo dejaría cuando le enseñara quién era en realidad y quedara completamente vulnerable ante ella?

¿Y si no lo dejaba? ¿Y si, al igual que sus seis amigos, veía su corazón y se quedaba?

La idea de tenerla en su vida para siempre lo entusiasmó. Miró a los Rath, los Luhst y los Pryde, las tres parejas felices, y recordó los obstáculos que habían tenido que superar para convertirse en mejores versiones de sí mismos y lograr la felicidad que compartían con las mujeres de sus vidas.

¿Y si él también podía lograr eso con Temperance? Él, Temperance, James, Margaret y Sophie. Los cinco caballeros.

—Señorita Fields —la voz de Enveigh interrumpió sus pensamientos—, ¿tiene algún plan para su cumpleaños?

Todos se volvieron a mirarla.

—¿Cuándo es su cumpleaños? —le preguntó Octavius sonando más malhumorado de lo que le hubiera gustado.

Temperance alzó la cabeza y se volvió a sonrosar.

—En Navidad.

—¿Por qué no me lo ha dicho? —quiso saber Octavius y sintió que la atención de todos los invitados se posaba en él con preguntas que todos tenían, pero nadie se atrevía a formular.

Temperance enderezó los hombros.

—No salió el tema. No debo decirle todo en detalles, ¿no?

Ciertamente ese no era el modo en que una institutriz y su empleador se comunicaban, y todos los presentes lo sabían.

—Deberíamos hacer algo para su cumpleaños, señorita Fields —dijo Sophie. El tobillo de la niña ya casi había sanado por completo. Luego de que se recuperara de la fiebre, había vuelto a ser la pequeña alegre de siempre.

Temperance le sonrió.

—No creo que haya nada que hacer. Es Navidad; eso es lo importante.

—Es un día importante —señaló el duque de Enveigh y fulminó a Octavius con la mirada—. Y deberías asegurarte de llevarla a donde necesite ir.

Octavius parpadeó varias veces. En la habitación se hizo el silencio, y el único sonido que se oía era el del tenedor de la duquesa de Rath contra el plato. Nadie miró a Temperance, excepto Archibald. Entre ellos había una incomodidad palpable que a Octavius le resultaba de lo más insatisfactoria. Se preguntó cuán incómodos se sentirían Temperance y Archibald sentados a la misma mesa considerando que ella había rechazado su propuesta matrimonial frente a todos hacía poco más de una semana. El pensamiento de los dos casándose lo hizo querer beber de nuevo.

Temperance estaba pálida y se sentó con la mirada clavada en el plato.

—¿A dónde necesita ir en su cumpleaños? —quiso saber Octavius ignorando al resto de los invitados.

Temperance tragó con dificultad y miró de reojo al duque de Enveigh al tiempo que se sonrosaba.

—A ningún lado. Por favor, olvidémonos de eso. Sigamos con la cena.

—Quizás nos puede hacer otra demostración de un experimento eléctrico —sugirió Margaret.

—¿Otro experimento eléctrico? —exclamó la duquesa de Luhst entusiasmada—. ¡Señorita Fields, no sabía que era científica!

Temperance volvió a sonrosarse.

—Oh, la palabra «científica» me queda grande…

—Oh, no, sí que es una científica —intervino James con ímpetu —. ¿No es así, señorita Fields? Puede generar luz en una esfera y puede hacer todos los trucos eléctricos que vimos en «Las maravillas de la electricidad», ¿no?

—¿Qué trucos? —preguntó la duquesa de Rath con gran curiosidad inclinándose sobre la mesa y enfocándose en Temperance.

Octavius vio que Temperance tragaba incómoda.

—Por favor, no es nada. Mi… mi padre y yo compartíamos un interés por el fluido eléctrico. El resto carece de importancia.

—Tiene que contarnos más —dijo la duquesa de Luhst—. Debe unirse a nuestro club para mujeres, el club de las señoritas con microscopios.

Temperance parpadeó.

—¿Un… club?

—La duquesa de Rath es bióloga, yo soy química, y la duquesa de Pryde es arqueóloga. Nos apoyamos mutuamente, leemos los informes académicos que escribimos, conversamos acerca de nuestras investigaciones y nos ayudamos a lograr avances. También compartimos una biblioteca para mujeres que mi marido donó generosamente y tenemos fondos para comprar instrumentos y herramientas de investigación.

Temperance parecía haber perdido el habla, y los ojos le destellaron llenos de entusiasmo.

A Octavius se le enderezó la espalda y sintió orgullo por ella. Por supuesto que las esposas inteligentes de sus mejores amigos la aceptarían. Temperance era brillante, amable y hermosa. Era una seductora, y no podía saciarse de ella. Simplemente no podía.

Durante un breve momento, Octavius se imaginó una vida en la que ella aceptaba su propuesta matrimonial, una vida en la que era posible casarse con la institutriz. Más cenas como esa, más conversaciones amistosas y discusiones, Temperance aceptada por las esposas de sus mejores amigos, formando parte de su círculo de poder… y lo orgulloso que estaría con cada uno de sus logros, la alegría con la que participaría de cualquier experimento eléctrico o con la que haría lo que ella necesitara.

Sin embargo, no sabía qué necesitaba. Le había dicho que no necesitaba un marido ni tampoco quería uno. Solo necesitaba que su cuerpo le diera placer. Lo que necesitaba era ese puesto, ese salario, y ya se lo estaba dando. ¿Cómo podría convencerla de que aceptara su propuesta?

—¡Señorita Fields, debería suspenderme! —exclamó James.

Todos se rieron al tiempo que el duque de Luhst le preguntaba:

—¿De qué hablas, James? ¿Suspenderte?

El niño se rio.

—Sí, en «Las maravillas de la electricidad», hubo una demostración en la que suspendían a un niño con cuerdas y le pasaban fluido eléctrico, y luego todos los papeles, las plumas y cualquier cosa volaba y se le pegaba a él. Quiero ser ese niño, señorita Fields. Me gustaría que me suspenda.

Los invitados soltaron nuevas carcajadas.

—Quizás en el verano —dijo Margaret—. Regresaremos a la propiedad de campo para el verano, ¿no es cierto, milord?

Octavius no había pensado en el futuro, pero sin dudas quería ir al campo en el verano. Los niños podrían correr por las praderas y los bosques a salvo en su gran propiedad que en ese momento se encontraba vacía. Temperance y los niños proyectarían luz sobre los recuerdos más oscuros de su vida allí hasta desvanecerlos.

Las sombras de su pasado siempre disminuían a donde fuera Temperance. Ella era la luz. Era la descarga eléctrica en su sistema;

le daba energía y electricidad y era absolutamente esencial.

—Sí, claro que iremos.

Pero la mirada de Temperance quedó vacía, y sus ojos se tornaron tristes. Octavius tuvo la extraña sensación de que, de algún modo, a pesar de su promesa de no abandonarlo, no se veía yendo a su propiedad de campo.

Había más misterios que develar, y necesitaba oír sus respuestas.

Octavius se aclaró la garganta.

—Claro que iremos. Iremos todos. Y si la señorita Fields quiere suspender a James, tendrá mi aprobación.

La institutriz sonrió con dulzura, pero su sonrisa estaba dirigida a James, no a él.

—Si es lo que quieres, podemos suspenderte, James.

—¿Y qué dice de unirse al club de las señoritas con microscopios, señorita Fields? —le preguntó la duquesa de Pryde alegre.

—Por favor. Nos reunimos todas las semanas a tomar té y a veces algo más fuerte. ¿Quizás pueda venir a la siguiente reunión? Yo seré la anfitriona —añadió la duquesa de Luhst—. Si Eccess puede prescindir de usted por un par de horas. —Miró a Octavius con intensidad.

El aludido asintió con la cabeza.

—Claro. Será un placer, señorita Fields, si así lo desea.

Temperance se sonrosó de nuevo y sonrió.

—Me gustaría mucho. Desde la muerte de mi padre, no tengo a nadie con quien conversar acerca de mi interés en el fluido eléctrico.

—¡Lo conversa con nosotros! —exclamó James.

—Por supuesto, y disfruto mucho esas conversaciones —se apresuró a decir la institutriz—. También me fascinaría oír los logros de las damas en los campos de la biología, la química y la arqueología. Si puedo contribuir de alguna forma, me sentiría honrada.

La duquesa de Rath aplaudió, y una sonrisa iluminó el rostro serio de Dorian.

—Entonces, está decidido. La esperaremos después de Navidad.

El resto de la cena transcurrió sin nada demasiado interesante para Octavius, más allá de la tabla de quesos, que contenía el

impresionante queso azul stilton. Mientras los invitados se abrigaban en el vestíbulo para protegerse de los vientos hibernales y conversaban alegres acerca de lo bien que lo habían pasado en la velada, Octavius no pudo evitar preguntarse si Temperance volvería a acudir a su cama en busca de placer.

No tuvo que aguardar mucho para saber la respuesta luego de ir a su recámara. Un golpe suave a la puerta, y se encontraba en sus brazos alzando la cabeza para que la besara.

—Ha sido una noche maravillosa —le dijo Temperance apoyándole las manos en el pecho.

Luego de que lo besara con dulzura, Octavius la envolvió en sus brazos con el corazón desbordando de alegría.

—Si la noche fue tan maravillosa, ¿por qué estás tan triste? —le preguntó.

Ella parpadeó rápido y se obligó a sonreír.

—¿Estoy triste?

«Escoge la evasión».

—Es evidente que hay algo que te molesta. ¿Qué es?

Temperance tragó con dificultad y guardó silencio unos instantes. Luego respondió:

—Nada.

Para Octavius era difícil no sentirse ofendido por que no se abriera para él. ¿Para qué compartirían sus cuerpos si no podía adorar también su mente?

—¿Por qué siempre tengo la sensación de que hay algo que no me dices? —le preguntó con detenimiento—. Por favor, dímelo, no importa lo que sea. Te puedo ayudar. Te lo aseguro.

Los ojos se le llenaron de lágrimas.

Octavius tenía las palabras «te amo» en la punta de la lengua, pero ¿cómo podía decírselas si lo iba a rechazar? Entonces se sentiría como el glotón que había sido toda su vida, como el monstruo incontrolable que le ocultaba al mundo.

—Quiero saberlo —repitió con suavidad.

Ella le tomó el rostro entre las manos y lo miró profundo a los ojos.

—No puedo.

—¿Por qué?

Temperance no respondió, sino que clavó la mirada en sus manos. Y allí estaba de nuevo, el abismo que se abría entre ellos, sin fin, profundo. Octavius no logró encontrar las palabras para convencerla de que se quedara y confiara en él.

Se le tensó el mentón. Siempre sería el libertino descuidado que disfrutaba de las fiestas desacatadas y no conocía ningún límite, ninguna consecuencia ni tampoco se interesaba por los demás. Siempre y cuando no faltara el placer. Hacía tan solo unos pocos meses, había traicionado al duque de Pryde por accidente al contarle al príncipe regente acerca del bautismo de Augustus durante una noche de desenfreno.

—No soy digno de tu confianza, ¿no?

—No —repuso y se rio—. No, eres el hombre más digno que he conocido en mi vida, Octavius. Eres el hombre más amable, aventurero y valiente. Me has enseñado lados de mí que nunca supe que existían. Me has convertido en una mujer mejor, más plena y… he sido muy feliz en tu casa.

Octavius parpadeó, y el corazón se le estrechó.

—¿Por qué suena como si te estuvieras despidiendo?

Temperance negó con la cabeza.

—No. Es solo que… No quiero que pienses en el pasado o el futuro. Por favor, dame esto una vez más, esta noche en la que solo existimos tú y yo.

Temperance lo besó. Y, como siempre, Octavius se olvidó de todo.

26

El veintitrés de diciembre, la víspera de la víspera de Navidad, como los niños lo llamaban, la sala de baile de Dulcis Court destellaba.

Con gran satisfacción, Octavius miró alrededor de la habitación, que podía albergar a doscientos invitados, encendida con velas que centelleaban proyectando una luz dorada desde los candelabros de cristal e iluminaban el parqué pulido. A pesar de su aberración absoluta por la Navidad, había colocado guirlandas de hojas de laureles, acebo, hiedra y muérdago sobre las columnas de mármol que se veían hermosas gracias a Temperance. Unos paneles en tono crema cubrían las paredes con nichos decorados que tenían estatuas de Afrodita y Dionisio, los dos dioses griegos que habían residido en Dulcis Court durante generaciones, bendiciendo el hambre insaciable por placeres corporales. En ese día importante, echaba de menos a su Afrodita personal, Temperance. Deseaba que hubiera accedido a unirse a él en la sala de baile. Todo destellaría más intenso con su presencia.

Los retratos de antiguos duques y duquesas de Eccess miraban la sala desde marcos dorados y las rosas rojas del invernadero se veían hermosas en contraste con las plantas perennes de Navidad. Todo estaba diseñado para resaltar su riqueza y su generosidad y para impresionar a lord Liverpool y los miembros de la Junta de Comercio, así como también a los delegados extranjeros.

Desde la plataforma elevada, debajo de un dosel de ramas hibernales, una orquestra de doce integrantes tocaba el arreglo de

Bach *Aria para la cuerda de sol*, una de las composiciones favoritas de Octavius. La música se mezclaba con las conversaciones de varias decenas de invitados y las notas de perfume, rapé y rosas pendían del aire. Las damas que se encontraban reunidas allí llevaban vestidos de seda con cinturas altas y faldas que rozaban el suelo, como dictaba la última moda, así como también perlas, cristales y joyas destellantes. El uso de guantes largos hacía que los brazos se vieran elegantes y los detalles en el cabello, sujeto en moños altos decorados con plumas, flores de tela y peinetas enjoyadas y rizos sueltos, enmarcaban los rostros con gracia. Los caballeros paseaban por la habitación en chalecos confeccionados a medida en tonos oscuros, con pañuelos blancos inmaculados al cuello, calzas de seda hasta las rodillas, pantalones de lana ceñidos y zapatos de salón.

Octavius podía considerarse satisfecho con la grandeza del evento, aunque durante la temporada, en primavera y verano, tendría que asegurarse de que fuera más impresionante. Le gustaban los bailes de máscaras con fuegos artificiales, artistas, acróbatas y otras fuentes de entretenimiento. Pero en ese momento, solo debía impresionar a ciertas personas.

Parado en la entrada del salón de baile, saludó a los invitados que llegaban, incluidos los veinte miembros de la Junta de Comercio. Sus duques leales y sus duquesas ya se encontraban entre los invitados, entreteniéndolos y ayudando a Octavius. Incluso Enveigh estaba allí, a pesar de su reciente antipatía mutua.

«Todo tiene que salir perfecto». Ese día más temprano, Octavius había probado cada plato en la cocina y había inhalado el aroma de todos los vinos que servirían, pero a diferencia del pasado, cuando habría probado cada botella, le pidió a su ayuda de cámara que lo hiciera por él. Con gran sensación de goce, observó los rostros relajados de los invitados y el placer que reflejaban al beber el ponche y la sidra caliente o al probar las tartaletas de queso, los pequeños sándwiches de lengua hervida y las tartas pequeñas de venado y pollo que los lacayos llevaban por la habitación.

Los niños se veían absolutamente perfectos, y Temperance le había asegurado que estaban listos para la sociedad esa noche, aunque solo fuera por una o dos horas. James no había vuelto a

caminar en sueños en los últimos diez días, el período más largo desde que se había mudado a su casa.

Octavius saludó al regente, que se acercó con la familiaridad de un hombre realmente complacido de encontrarse allí. El regente llevaba puesto un chaleco de terciopelo de color borgoña y un pañuelo blanco sujeto de forma detallada. La sidra caliente debió haberlo hecho sonrosar, y los ojos le destellaban llenos de amistad.

—Esperaba esto con ansias, Eccess. —El regente miró alrededor de la sala de baile con gran placer—. La ausencia de tus eventos legendarios se ha hecho notar, al igual que tu asiento vacío en Elysium. No es divertido sin ti.

Octavius inclinó la cabeza con amabilidad.

—Es muy bienvenido en mi casa, Su Alteza. Espero que disfrute la velada.

Lord Liverpool se acercó luego del regente. Era un hombre de estatura algo más baja que el promedio, unos cuarenta años, con cabello rubio pálido y una prominente nariz aguileña. Octavius miró el rostro serio del primer ministro que escaneaba la habitación con una expresión severa y ojos afilados que reflejaban satisfacción.

Al recibir la señal de Octavius, los niños se acercaron. Si lord Liverpool lo veía como un tutor legal fiel en lugar de un libertino depravado, el puesto sería suyo. Los niños eran una prueba positiva de su transformación.

Las niñas hicieron una profunda reverencia, como dictaban las pautas de la sociedad, y, como un verdadero caballero, James inclinó la cabeza cortésmente. Tanto el regente como lord Liverpool parecieron complacidos y asintieron con la cabeza en señal de aprobación.

Octavius tomó una profunda bocanada de aire.

—Permítanme presentarles a mis tres pupilos. James, el vizconde de Everard y heredero a mi título, y las honorables señoritas Margaret Everard y Sophie Everard, sus hermanas.

El regente inclinó la cabeza y arqueó una ceja.

—Es un placer conocerlos —dijo lord Liverpool.

—*Bonjour. Je suis enchantée de faire votre connaissance* —dijo Sophie en francés perfecto.

—Qué buen conocimiento de francés a una edad tan temprana —señaló el regente con una sonrisa llena de satisfacción, y lord Liverpool asintió con la cabeza.

—Será un placer recibirlo para la caza el año que viene —le dijo James al regente.

El príncipe sonrió.

—Por supuesto. —Se inclinó hacia Octavius y masculló—: ¿Tiene permitido invitarme a tu propiedad?

Octavius se rio.

—Sí, Su Alteza.

—De acuerdo, en ese caso, será un placer aceptar su invitación —le dijo el regente con una sonrisa.

Lord Liverpool dio un paso hacia Octavius y se inclinó hacia él.

—Todo se ve espléndido, milord. Estaré complacido de anunciar la decisión a su favor al final del baile. ¿No es así, Su Alteza? —le preguntó al regente, que se limitó a asentir con la cabeza.

Una sensación cálida se expandió en el pecho de Octavius y le produjo un cosquilleo en el vientre. La respiración se le aceleró. Lo había logrado. Casi había logrado su objetivo… para los niños. Pero principalmente, para él. Y pensó: «¿Ves, padre? Tú nunca hubieras podido lograr esto. Mira lo que ha logrado tu hijo inútil».

—Por favor, disfruten la velada —les dijo Octavius con un asentimiento cortés—. Como se pueden imaginar, he escogido personalmente las bebidas. La selección de vinos representa las posibilidades que tendremos disponibles una vez abierto el comercio con Francia. Feliz Navidad.

El enviado francés, que se había mantenido a una distancia prudencial en la sala de baile conversando con una dama y un caballero, se acercó. Era un hombre de casi cuarenta años, bajo y delgado, con escasez de cabello y unos ojos marrones que reflejaban gran inteligencia.

—Disculpe, milord, pero no pude evitar notar la pronunciación excelente de su pupila. Pocos niños ingleses hablan nuestro idioma con tanta naturalidad.

—Su institutriz es increíblemente habilidosa —repuso Octavius en francés correcto y lento. Al pensar en Temperance, se le tensó el

vientre—. Les ha enseñado mucho acerca de su cultura, además del idioma.

—Ah. —Los ojos del enviado francés destellaron en señal de aprobación y le respondió en su idioma natal—: Debo felicitar esa iniciativa. Y la selección de vinos es muy agradable. ¿Estoy saboreando un Château Haut-Brion?

—Sí —dijo Octavius y añadió—: Espero establecer un comercio abierto y fluido entre nuestras naciones.

—¡Por supuesto! Eso era lo que esperábamos…

Octavius siguió saludando a los invitados, y cuando la mayoría se encontró presente, abrió la pista de baile con la duquesa de Luhst, aunque hubiera deseado tener a Temperance en sus brazos. Ver a las parejas bailar le hizo echarla de menos; ella había insistido en que los niños estarían bien sin ella presente tras negarse a acudir al baile. Se habían portado muy bien, y ella confiaba en que se comportarían en el baile. Ya no la necesitaban.

Para el resto del mundo, Octavius interpretó el papel que había aprendido desde una edad temprana: la imagen del duque perfecto sin ningún indicio de debilidad o inquietud interna. Pero por dentro, la luz centelleante de los cristales, los destellos de las joyas en los invitados que bailaban a su alrededor, el susurro de la seda y la música de los violines se sentían como si le estuvieran frotando sal sobre la herida porque echaba de menos a Temperance.

Cuanto más se acercaba la Navidad, más mendigo y famélico se sentía. A pesar de las náuseas, estaba a punto de devorarse todo y de beberse todos los vinos para olvidar que tenía que mantener una fachada perfecta. Pero lo que en realidad deseaba era enterrarse en Temperance, tan profundo y por tanto tiempo que pudiera llegar a olvidarse de quién era.

A Octavius le temblaban las manos y se las apretó detrás de la espalda mientras observaba la sala de baile sin ver nada en particular. La Navidad siempre le arrebataba a las personas que amaba: sus padres y su hermana… y estaba seguro de que, de algún modo, también perdería a Temperance. Quizás vería lo poco que valía en realidad. O quizás algo se la llevaría de su lado, como

ese pariente de ella que había contratado hombres para dar con su paradero.

—Te ves tan aterrado como me sentía yo antes de proponerle casamiento a Chastity —señaló Lucien, el duque de Luhst, que apareció a su lado con una copa de vino en la mano. Se veía feliz, atractivo, alto y elegante, con unos rizos dorados que destellaban y unos ojos de color violeta que lo estudiaban con atención—. Aunque sospecho que, en tu caso, es por otro motivo.

Octavius logró esbozar una sonrisa tensa.

—Todo está saliendo bien. —Se aclaró la garganta—. Demasiado bien.

—¿Demasiado bien? —Lucien se rio—. Oh, ya entiendo el sentimiento. —Se detuvo y observó a las parejas que bailaban—. ¿Se trata de… la señorita Fields?

Octavius inhaló con profundidad y asintió con la cabeza. Aún no le había confesado a ninguno de sus amigos los sentimientos que albergaba por la institutriz, y reconocerlo ante Lucien le produjo un alivio que no sabía que necesitaba.

—¿Estás considerando… algo con ella? —le preguntó Lucien con cautela—. Debo advertirte que debes recordar el cuarto credo…

—Recuerdo el cuarto credo —lo cortó Octavius—. Yo… Cielos…

Se relamió los labios, nervioso. Temperance se encontraba arriba, a dos plantas de la sala de baile, cuando deseaba tenerla allí, a su lado. No como criada ni para que cuidara de los niños, sino como la parte que le faltaba, como su par en todo sentido de la palabra.

—Tengo la sensación… Se ha convertido en una bendición en mi vida, Lucien. Me temo que algo va a ocurrir, que la arrancarán de mi lado y de los niños para siempre.

—Bueno, pero ¿no se debe a que es época de Navidad? Todos los años tienes este humor.

—Quizás.

Su amigo lo examinó con cautela.

—¿Hay algo que puedas hacer?

Una cosa se le vino a la mente. Algo que se había dicho que jamás podría hacer. «Proponerle matrimonio». Quizás podría hacerla

cambiar de parecer. La idea le resultaba estimulante y aterradora al mismo tiempo. Correcta y peligrosa.

—Sí —repuso Octavius con la garganta seca y rasposa clavando la mirada en la copa de Lucien con una sed desesperada—. Pero es muy arriesgado.

Lucien le apoyó la mano en el hombro y se lo apretó.

—Luego de los errores que cometí con Chastity, aprendí que a veces el mayor riesgo es no tomar ningún riesgo.

Octavius se quedó sin aliento.

—Y en cuanto al credo —siguió Lucien—, supongo que no debería aleccionarte para no seguirlo, considerando que yo fui el primero en la hermandad en romperlo.

«Protegerás a la familia del prójimo como si fuera la tuya…». El segundo credo de los siete lores de los pecados. Lucien lo había roto al seducir a la hermana menor de Dorian… de quien había estado enamorado en secreto toda su vida. Octavius vio a la mujer de cabello oscuro conversando con su hermano y su esposa, con el rostro iluminado de felicidad.

—No le digas a nadie que te he dicho esto —continuó Lucien con los ojos violetas fijos en su esposa—, pero hay cosas por las que vale la pena romper las reglas. Siempre y cuando estés dispuesto a enfrentarte a las consecuencias.

Lucien se apartó de su lado, y Octavius observó el baile solo durante varios instantes más, sin ver nada.

Entonces una decisión se le cristalizó en la mente. Se acercó a Jacobs, que acababa de enviar a un lacayo con una bandeja vacía a la cocina, y le pidió que enviara a Temperance a verlo. Octavius salió de la sala de baile y, en el pasillo ancho, la música flotaba hasta la puerta al tiempo que Temperance descendía hacia él en su vestido de institutriz, con el cabello sujeto en un moño rígido y un destello ansioso en los ojos. Algo asustada, desvió la mirada hacia las puertas cerradas a sus espaldas.

—No temas —le dijo Octavius—. No vas a entrar.

—¿Va todo bien? ¿Los niños se encuentran bien? —se apresuró a preguntarle.

—Sí, están bien —le aseguró mientras ella se detenía a un doloroso paso de distancia de él—. Te eché de menos. Quería tenerte a mi lado, pero respeto tu decisión y tu deseo de no participar del baile. Sin embargo, si te sientes cómoda, me gustaría bailar contigo.

Temperance arqueó las cejas.

—¿Bailar conmigo?

Octavius asintió con la cabeza.

—Se puede oír la música. Y estamos a solas aquí. Por favor, concédeme este regalo de Navidad.

Temperance se aclaró la garganta y abrió la boca para decir algo, pero la cerró y enderezó la espalda.

—De acuerdo. Bailaré contigo —aceptó.

Los músicos comenzaron a tocar un vals lento, un baile nuevo escandaloso entre la nobleza, pero muy popular entre los jóvenes. Era el estilo de baile que Octavius había solicitado porque el príncipe regente lo disfrutaba mucho. Mientras la música sonaba, la tomó en sus brazos y bailaron. Su cuerpo pequeño se sentía perfecto contra el suyo. Los ojos grises reflejaban calidez, y Octavius no quiso hacer nada más que abrazarla. Quería que fuera suya, completa e irremediablemente suya.

Y por fin hacer ese reclamo oficial que había estado conteniendo en su interior durante tanto tiempo.

—Temperance… te has convertido en alguien tan esencial como el aire que respiro —comenzó.

Temperance tomó una profunda bocanada de aire y parpadeó sorprendida.

Octavius no quería aguardar a que dijera nada y continuó:

—Sé que dijiste que no deseas casarte. Entiendo que tu objeción se debe a que quieres proteger tu independencia y tu libertad. Pero eso es exactamente lo que deseo ofrecerte. Quiero que seas mía, en todos los sentidos de la palabra. Frente a la sociedad, frente al mundo y frente a Dios, por el resto de mi vida. Y te daré toda la independencia y libertad que desees… como mi esposa.

A Temperance se le borró la sonrisa del rostro y los ojos se le agrandaron llenos de temor. Frunció el ceño, negó con la cabeza y

abrió la boca para hablar.

Ciertamente no era una novia feliz a punto de aceptar una propuesta de matrimonio. El pánico en sus ojos le dijo todo. Lo iba a rechazar. No le había dicho que la amaba. No se había convertido en el hombre digno de su mano. Y ahora la iba a perder como amante y como institutriz.

Ese era el desastre que tanto había temido. Tenía que arreglarlo. De inmediato.

«¡Diablos!». ¿Qué otra cosa podía hacer?

Sin embargo, antes de que pudiera responder, un lacayo abrió la puerta de la sala de baile y salió con una bandeja llena de copas de champaña vacías. En el momento breve en que la puerta quedó abierta, revelando los destellos del interior, se oyó un alto chillido femenino.

—¡Es ella! ¡*Lady* Agatha Hale! ¡La Heredera Loca! ¡Ya no tiene dónde esconderse, *lady* Agatha!

27

Todo alrededor de Temperance se desarrolló despacio, como en una pesadilla. En un momento, estaba en los brazos de Octavius, pero al siguiente, su madrastra estaba gritando y señalándola con un dedo, con Bartholomew a su lado. La sala de baile estaba abarrotada con los miembros de la alta sociedad londinense, el príncipe regente en persona y hasta lord Liverpool… y ahora todos sabían que era la Heredera Loca…

Pero la situación era mucho peor que eso. Las personas a las que había llegado a considerar sus amigas, los seis duques y las tres duquesas, sabían que los había engañado…

Y lo más devastador de todo era que el pequeño círculo que había empezado a considerar como una familia, los tres hermosos niños y Octavius, el hombre al que amaba, ahora sabía que les había estado mintiendo desde el comienzo. James la había aceptado al descubrir la verdad, pero ¿podrían perdonarla con la misma facilidad los otros integrantes de la familia?

Octavius se apartó y la miró con el ceño fruncido en confusión, como si intentara verla a través de una pantalla de niebla.

—Debo haber oído mal. ¿Qué dijo?

—Esa es mi hijastra —exclamó *lady* Auster, marchando triunfante hacia ella—. *Lady* Agatha Hale. No se encuentra bien, la hemos estado buscando durante varias semanas para que pueda recibir la ayuda que necesita.

—Eres *lady* Agatha Hale —repitió Octavius despacio, y una ola de pánico se apoderó de las extremidades de Temperance—. La Heredera Loca…

La gente se estaba reuniendo alrededor de ellos, y la música había cesado. Los rostros llenos de curiosidad y conmoción miraban la escena. Muchos reflejaban expresiones de maldad absoluta; eran los que habían acudido para no perderse los chismes.

Pero los rostros más importantes para ella eran los que reflejaban dolor. Los rostros de Octavius, Margaret y Sophie. James se colocó a su lado y le sujetó la mano. Hasta los lacayos y Jacobs rompieron el protocolo de parecer invisibles y la miraron completamente atónitos.

—Se equivoca, *lady* Auster —dijo James y sonó como un joven y no como un niño—. *Lady* Agatha no está loca.

Temperance sintió un cosquilleo en el cuerpo como si estuviera llena de mercurio destellante y eléctrico. Ese niño dulce siempre actuaba como su protector… Era un regalo que no se merecía.

Bartholomew dio un paso hacia adelante con una expresión maliciosa en el rostro infantil.

—No sabe de qué habla, joven.

—Debe haber envenenado su cerebro joven con sus palabras, milord —dijo su madrastra—. La ha tenido aquí como su institutriz. ¿Se puede imaginar las barbaridades que les pudo haber enseñado a sus pupilos? El modo en que les habrá retorcido las mentes con todas esas tonterías del fluido eléctrico, el mercurio y quién sabe qué más… ¡Es un peligro para los niños!

Octavius negó la cabeza, desconcertado. Temperance se volvió hacia él.

—Se lo puedo explicar. Se lo…

Pero Octavius no dejó de negar con la cabeza, al tiempo que las emociones le atravesaban el rostro reflejando desde confusión hasta realización.

—¿Es… por eso que huías la primera noche en Clerkenwell?

Lady Auster asintió con vigor.

—Sí, sí, exacto. Ha estado huyendo del cuidado médico que necesita. Debería estar en el manicomio, donde la pueden cuidar y

tratar. ¡Es un peligro!

El príncipe regente se aclaró la garganta.

—Eccess, ¿tenías a la Heredera Loca en tu casa?

¡No! No, estaba saliendo todo mal, pero Octavius tragó con dificultad.

—Supongo que sí.

—Entonces lo sabía —señaló lord Liverpool maravillado—. Lo sabía desde el comienzo.

—¡Claro que lo sabía! —exclamó James—. El duque ha sabido quién era la señorita Fields durante varias semanas. ¡Y dijo que la iba a proteger a cualquier costo!

A Octavius se le tensó el mentón, pero no negó las palabras del niño. ¿Podría atreverse a esperar que la perdonara por más que no se lo mereciera?

—¿Y no me lo informó? —lord Liverpool se volvió hacia la mujer mayor y la fulminó con la mirada—. Ha retenido información esencial. ¿Por qué? ¡Explíquese, mujer!

Era evidente que *lady* Auster no apreciaba su tono, pero nadie podía decirle nada al primer ministro. Se aclaró la garganta y habló con timidez.

—Bueno, porque tenía miedo de que hubiera envenenado la mente del duque de Eccess para que no viera la razón. Y… bueno… todos saben de la influencia que poseen los siete lores de los pecados en el país. Luego de que el duque de Enveigh llevara la carta de *lady* Agatha al abogado en secreto, supe que él también se encontraba bajo su hechizo. Pero seguro es mejor así, milord, ahora que todo ha salido a la luz y todos pueden ser testigos de la verdad acerca de *lady* Agatha.

—Entonces ¿estaba ocultando a la Heredera Loca todo este tiempo, aun sabiendo que se ha estado ocultando de su familia y que necesita estar en un manicomio, Eccess? Cuando específicamente le mencioné que cualquier escándalo relacionado con su nombre no sería favorable. No podemos tener un presidente de la Junta de Comercio que guarde conexión con mujeres desquiciadas e identidades falsas.

Temperance se sonrosó de la humillación. El prejuicio y el resentimiento en los ojos de las personas la redujeron hasta hacerla sentir como una partícula de polvo debajo del pie. No solo había arruinado su propia vida, sino que también había causado un gran escándalo y una devastación personal en la vida de Octavius y en la de los niños. Luego de eso, sus vidas estarían siempre manchadas, en asociación con ella.

Octavius tragó con dificultad y la miró. El duque tenía el rostro pálido como la nieve, y el cabello miel se le veía más oscurecido. La silueta gigante parecía haberse encogido y, por un instante, con los hombros hundidos, el duque de Eccess pareció increíblemente roto: un gigante derrotado con un golpe letal. La miró como si fuera una desconocida, no como alguien con quien había compartido lágrimas, placer y secretos íntimos. No como alguien a quien acababa de pedirle que fuera su esposa.

—¿De verdad…? —comenzó a decir, recorriéndola con la mirada —. ¿De verdad necesitabas… ayuda?

Podía haberla golpeado. Octavius la conocía como nadie más. Aunque no sabía su verdadero nombre, todo lo que le había contado era cierto. Le había abierto su corazón, su alma…

—Los niños estuvieron en peligro… —murmuró con la voz baja para que solo ella lo oyera—. Me pediste que te arruinara, me mentiste acerca de tu nombre… cuando luego de todo lo que pasamos, lo más racional hubiera sido contarme la verdad y pedirme que te protegiera… ¿De verdad no te encuentras bien?

La traición la golpeó en el estómago y la dejó sin aliento. Sin vida. Octavius tenía todo el derecho a estar enfadado con ella por haberle mentido… Pero ¿eso? ¿Dudar de su cordura por las decisiones que había tomado? Temperance estaba de acuerdo en que poner a los niños en riesgo había sido imprudente y se arrepentía de eso más que de cualquier otra cosa. ¡Pero eso no significaba que estuviera loca!

—¿Insistió en que la arruinaras? —preguntó Enveigh, que de algún modo se había acercado más que nadie y los miraba a los dos —. ¡Por todos los cielos, Octavius! La has arruina… ¡Maldito cerdo! —Cerró los puños hasta que los nudillos se le tornaron blancos.

—Debe haberle envenenado la mente, milord —insistió *lady* Auster—. De lo contrario, la hubiera reportado con su familia conociendo su identidad. Cualquier persona razonable sabe que una mujer que incursiona en actividades peligrosas, como la exploración de rayos, y lastima a la gente creando electricidad de la nada… está loca. Debes venir con nosotros, querida Agatha. Nos marchamos de inmediato.

A Temperance la embargó el pánico y se aferró con fuerza a la mano de James. No… ¡No, no se la llevarían!

—*Lady* Agatha, ya no puede huir de los cuidados médicos —le dijo su madrastra—. Tenemos un carruaje listo para llevarla a Bedlam. El médico que firmó el parte de demencia la espera allí, y también tengo una orden de un magistrado. —Extrajo los papeles del ridículo y se los mostró al príncipe regente y a lord Liverpool. Por último, se los enseñó a Octavius.

Un magistrado… Temperance no se había dado cuenta de que su madrastra y Bartholomew habían llegado a acudir a un magistrado.

Octavius tomó los dos documentos y los leyó con las cejas fruncidas por encima de los ojos, y a Temperance le empezó a temblar todo el cuerpo. ¡Había estado tan cerca! Solo necesitaba aguardar al día siguiente y luego ingeniárselas para llegar a la oficina del señor Barton para firmar los papeles. Entonces sería libre y tendría su herencia y su independencia. Todo acabaría en ese momento. Pero, por supuesto, ese también sería el fin del pequeño paraíso que no había esperado encontrar en la casa del duque de Eccess. No permitiría que le hicieran eso.

Temperance dio un paso hacia atrás y buscó algo en el corsé. Había llevado oculto el recibo de la tienda de empeños desde el día en que lo había recuperado, como un arma invisible. Al día siguiente de que cesara la tormenta, había enviado la carta junto con una copia. Ya deberían haberlos recibido. Ahora era su decisión cómo responder.

Fue más la desesperación que la certeza lo que la llevó a sujetar el recibo de la tienda de empeños como una hoja de filo. Quizás alguien le creía. A lo mejor, Enveigh, que había sabido la verdad desde el comienzo.

—Si me obligan a subir a ese carruaje —dijo Temperance con la voz temblorosa—, le diré al mundo lo que has hecho, Langston.

A pesar de que el recibo estaba doblado, los rostros de *lady* Auster y su sobrino reflejaron temor. Bartholomew negó con la cabeza despacio.

—Está loca. Masculla. Las acusaciones de una demente no tienen mérito alguno.

Temperance comenzó a abrir el recibo para enseñárselo a alguien. Al príncipe regente, a lord Liverpool… a quien fuera.

—Mi abogado también ha recibido una copia. Deben dejarme ir de inmediato, o le diré al mundo entero lo que…

Sin embargo, no pudo acabar. Bartholomew avanzó con dos zancadas, le arrebató el papel de las manos y lo hizo añicos. Mientras observaba los trozos blancos caer al suelo brillante, el mundo se movió bajo sus pies. Nadie, excepto James y Enveigh, le creía. El recibo y la carta no tenían ningún poder. Todos creerían que estaba loca y que se había inventado todo. Al final de cuentas, a una mujer se la podía tildar de mentirosa cuando un hombre era más poderoso físicamente y sus opiniones y decisiones tenían más peso en el mundo moderno al que se enfrentaba.

—Como dije —repitió Bartholomew—, puras acusaciones desquiciadas de una mujer enferma que no sabe de qué habla.

—Aléjese de ella. —Enveigh gruñó y se acercó obligando a Bartholomew a hacerse a un lado. Temperance soltó un jadeo—. No tenía ningún derecho a hacer eso antes de que se pudiera examinar el documento. El señor Barton ha recibido una copia, así que aún tiene mucho que temer, Langston. He conocido a *lady* Agatha durante muchos años y puedo confirmar que no hay nada desquiciado en ella.

Temperance miró a Octavius a los ojos. Él no era el que le creía ni el que la protegía. El duque de Enveigh había sido su verdadero amigo desde el comienzo. Quizás le había ofrecido matrimonio por pura necesidad, pero su amistad había sido real. Si hubiera aceptado la oferta de Enveigh, no la habría encerrado en un manicomio; si bien el duque hubiera ganado su herencia, no la habría privado de su libertad. Y ya no habría tenido que huir más.

Sin embargo, el corazón de Temperance sangraba por Octavius, no por Enveigh, sin importar lo conveniente que hubiera sido el matrimonio. Quería que Octavius le creyera y la defendiera. Le había permitido que le enseñara la pasión, se había dejado seducir por la tentación y había saboreado su vida de placer… pero era una tonta. Había vuelto a confirmar que no podía confiar en nadie más que en sí misma.

Lady Auster soltó un bufido y miró a Enveigh.

—Milord, con la historia de locura femenina que hay en su propia familia, no creo que podamos confiar en su criterio.

Temperance vio el dolor físico en el rostro de Archibald como si lo hubieran apuñalado. Ella misma sabía lo hiriente que podía ser *lady* Auster.

Lord Liverpool miró a Enveigh con el ceño fruncido.

—Milord, entiendo las intenciones nobles de proteger al sexo débil, pero ese papel, firmado por un médico respetable, claramente determina que *lady* Agatha Hale no se encuentra bien. Debe ver que si su madrastra, su tutora legal, cree que lo mejor para *lady* Agatha es recibir tratamiento, eso es lo que debemos hacer.

Enveigh negó con la cabeza y comenzó a discutir con el primer ministro, pero mientras la conversación se desarrollaba, Temperance volvió a comprender que se encontraba sola en el mundo. El pensamiento le produjo terror. Ya nadie podría ayudarla. Lo único que podría hacer era lo que había estado haciendo desde el comienzo. «¡Huye!».

Mientras Bartholomew, *lady* Auster, lord Liverpool y Enveigh discutían, Temperance se alzó las faldas y salió disparada hacia la puerta. Había esperado que los lacayos que se encontraban frente a la puerta la detuvieran, pero debían de haber oído toda la escena. Los hombres le abrieron la puerta con solemne solidaridad y la cerraron a sus espaldas.

El frío de diciembre la apuñaló como unas agujas. Varios gritos y pasos sonaron en el interior de la casa, pero Temperance no se detuvo, sino que echó a correr con más velocidad.

Se resbaló por los escalones congelados y casi se cayó. No llevaba la pelliza, ni el bonete, ni la bolsa que siempre había tenido

lista para salir huyendo. Y solo había un sitio al que podía ir: al hospicio de mujeres de la señorita Grace en Whitechapel, donde la habían ayudado antes. Donde ahora nadie podría encontrarla.

Lejos del hombre que amaba, lejos de los niños que se habían convertido en su familia. Les había mentido y no se los merecía.

Pero quizás Octavius no la merecía tampoco. No la había defendido cuando más lo había necesitado. Como siempre había temido, en el momento en que le abría el corazón a alguien, la traicionaban.

28

Le había mentido.

Claro que le había mentido. Lo había usado para conseguir un sitio donde ocultarse, pero también había puesto en riesgo a los niños. Siempre había tenido la intención de huir a su nueva vida. Por no mencionar que había renunciado a los pocos días de tomar el puesto, y él le había rogado que se quedara.

A pesar de que nunca había dicho nada al respecto, Octavius se imaginaba que sentía algo por él. Podría jurar que veía verdadero interés… quizás hasta verdadero amor… en sus ojos. ¿Habría sido todo un engaño?

«¿Por qué alguien como ella sentiría algo por alguien como tú? ¿Por qué confiaría en alguien como tú?». Temperance debía saber cómo era por dentro, el glotón que siempre había sido y que nunca pensaba en las consecuencias de sus actos.

Octavius clavó la mirada en la botella de coñac. En el peor día de su vida, en vísperas de Navidad, vio a su enemiga y su mejor amiga. En el fondo de la botella encontraría alivio y escape.

Tras un día entero de contemplar el asunto, llegó a la conclusión de que no creía que Temperance estuviera loca. Lo había dudado un momento, conmocionado por descubrir la verdad en público.

La señorita Temperance Fields… «No». *Lady* Agatha Hale no había confiado en él. Sin embargo, había confiado en Enveigh. Luego de conocer todos los detalles de su situación, Octavius comprendió que Archibald debió haber estado al tanto de sus

secretos desde el comienzo: las conversaciones entre susurros, la repentina propuesta matrimonial de su amigo con el fin de protegerla… Octavius debería haber sido quien la protegiera del manicomio. Habría tenido un ejército para protegerla de *lady* Auster de haberlo sabido. Pero ella no había confiado en él.

El sueño de convertirse en el presidente de la Junta de Comercio se había hecho añicos. Lord Sinclair había recibido el puesto, como correspondía, ya que Octavius no había logrado mantenerse alejado de los escándalos. En lugar de mejorar la situación para los niños, había empeorado todo. Pero desde la muerte de sus padres, nunca los había visto más felices y contentos que con Temperance.

Octavius fulminó el coñac con la mirada. Debería haber visto a través de sus mentiras, a través de todas las circunstancias sospechosas que la rodeaban. No tenía referencias, no había aplicado al puesto… Octavius no seguía los rumores de la sociedad como para conocer los detalles de su caso. El interés de Temperance en la electricidad debería haber sido una pista. No había muchas mujeres en el mundo que estuvieran interesadas en la ciencia. Había estado cegado; había estado completamente obsesionado con satisfacerse de ella al punto de ignorar las pistas más importantes. Todo había sido su culpa.

Y ahora la había perdido, como a su madre, como a su hermana, como a su padre. Había perdido a todos en la condenada Navidad. Era una maldición, ¿no? Había perdido a Temperance, había perdido el puesto que buscaba y no le había demostrado a su condenado padre difunto que podía ser mejor que él.

Pero ahora, por fin, podía saciarse. Podía mitigar el dolor. Se sirvió una gran copa de coñac e inhaló el aroma con detenimiento. Miró el líquido ambarino y se maravilló ante la tonalidad y el modo en que jugaba con la luz de la vela. Se lo llevó a los labios y se le hizo agua la boca al estar a punto de saborearlo, de perderse, de olvidar…

Pero no pudo. Se detuvo. En realidad, no quería mitigar el dolor. No quería olvidar que amaba a Temperance. No quería olvidar la verdadera felicidad que había sentido en el pecho como aire cálido.

No quería renunciar a sentir todos los aspectos del amor, por más que también involucraran dolor.

¿Qué le había pasado?

Un llamado sutil a la puerta y el sonido de unas pisadas lo hicieron alzar la cabeza y despegar la mirada de la copa de coñac al tiempo que la puerta se abría.

—Milord, tiene visita —anunció Jacobs—. El conde de Liverpool, la condesa de Auster y lord Bartholomew Langston.

Octavius sintió una ola de furia que hizo que se le dilataran las fosas nasales. Eran las personas que habían atormentado a la mujer que amaba. Se puso de pie.

—Hazlos pasar.

Los tres visitantes entraron: lord Liverpool, con el rostro serio; *lady* Auster con la cabeza en alto, la piel pálida y unas sombras oscuras debajo de los ojos; y Langston, con una expresión desesperada que les daba un aspecto amenazador a sus rasgos infantiles.

—Milord —lo saludó lord Liverpool—. Gracias por recibirnos.

Octavius no exhibió ni una nota de calidez en el rostro.

—¿En qué los puedo ayudar, señores y señora?

—Ayer se ha revelado un gran escándalo —comenzó *lady* Auster —. Estoy segura de que sigue conmocionado.

Octavius no emitió comentario alguno, y el silencio se extendió en la sala. Debería haberles ofrecido un asiento, pero no quería hacerlo.

—Hemos estado intentando dar con el paradero de *lady* Agatha —dijo Langston con una sonrisa débil—. Mis hombres la han seguido anoche…

A Octavius se le tensó el mentón. Él también había enviado a los lacayos, pero para protegerla, no para que la llevaran con *lady* Auster. Octavius recordó el asunto del matrimonio forzado del que Temperance intentaba escapar. Pero ¿con quién? Temperance había mencionado a un pariente lejano.

—… pero no han tenido éxito —concluyó Langston.

—¿Hummm? —masculló Octavius ocultando su satisfacción. Él mismo sabía lo bien que podía correr cuando quería y se sintió

alegre de que siguiera libre.

—¿Milord? —le dijo *lady* Auster a lord Liverpool.

Lord Liverpool tenía la expresión de un hombre que no quería estar allí. Tomó una profunda bocanada de aire y dijo sin demasiado entusiasmo:

—Milord, *lady* Auster solicita que le diga lo que sepa para localizar a su hijastra. Cualquier idea de dónde podría estar ocultándose sería de gran ayuda. Al fin y al cabo, ¿no está bien ayudar a los menos afortunados? Y es evidente que la joven ha perdido el quicio; mi esposa cree lo mismo luego de haber oído los rumores.

¿Ah, sí? Octavius se contuvo de hacer ningún comentario acerca de la esposa de lord Liverpool y masculló:

—Estoy de acuerdo en que hay que proteger a los menos afortunados.

Lord Liverpool lo miró fijo.

—Y para motivarlo a que nos ayude, estoy dispuesto a cambiar mi decisión acerca del presidente de la Junta de Comercio y otorgarle el puesto; usted habría sido mi preferencia inicial, a no ser por el… incidente desafortunado. Se lo quitaremos a lord Sinclair y se lo otorgaremos a usted. El príncipe regente está de acuerdo. Lo único que tendría que hacer es dar a conocer su postura: distanciarse de *lady* Agatha y confirmar que se encuentra en un mal estado de salud. Debe haber conquistado a los niños y lo debe haber engañado para que la protegiera desde el comienzo.

A Octavius le hervía la sangre. No podía pensar con claridad ni podía dar crédito a lo que oía. El día anterior, había sido un tonto al dudar del estado de salud mental de Temperance, aunque solo fuera por un instante. De haber estado en sus zapatos, acechado por su propia familia que le quería arrebatar el dinero, él también hubiera estado aterrado. No debería haber mostrado ni un ápice de duda en el baile. Enveigh no lo había hecho. Pero ahora sabía cómo debía reaccionar.

—Lárguense de mi casa —les dijo maravillándose de lo frío y compuesto que sonó—. Liverpool, no tengo ningún problema con

usted. Sé que lo han obligado a hacerme esta oferta. Pero tome el puesto de la presidencia y métaselo en el trasero.

Las palabras crudas de la boca de un duque y dirigidas a un primer ministro lo hicieron perder el color. Octavius se estaba haciendo de un enemigo político. Pero no le importaba. Debería haber escogido a Temperance el día anterior, pero en ese momento estaba tomando la decisión correcta.

«Temperance… *Lady* Agatha». Sin importar cómo se llamara, era la mujer a la que amaba. A la que amaría todos los días del resto de su vida.

Los puños le cosquilleaban ansiosos de violencia. Los tres visitantes deberían estar agradecidos de que no desatara toda la furia que llevaba dentro del modo que más quería hacerlo.

—Gracias por demostrar cuál es su postura, milord —dijo lord Liverpool con los ojos fríos—. Me arrepiento de haberle dado alguna guía, considerando que no ha llevado a ningún cambio en su comportamiento bruto y maleducado. Que tenga un buen día, milord.

En el momento en que se marcharon, Jacobs volvió a aparecer en el umbral. Octavius no había logrado recuperar el aliento ni terminar de procesar lo que acababa de hacer. Pero su mayordomo se vio interrumpido por seis pares de pies que avanzaban por el vestíbulo, y Enveigh y los otros cinco duques irrumpieron pronto en el estudio.

—¡Ey! —exclamó Enveigh—. ¡Me la has arrebatado!

Pero ¿qué diablos? Octavius frunció el ceño y miró los rostros de sus mejores amigos.

Lucien se apresuró a sujetar a Enveigh.

—Archibald, estás ebrio… no estás pensando con claridad…

—Me prohibiste cortejarla —le dijo Enveigh con amargura y lo fulminó con la mirada—. Y yo era el único que estaba al tanto de su situación… me deberías haber dejado casarme con ella.

Octavius apretó los puños y miró a su amigo a la cara.

—Te rechazó, Archibald. A pesar de mi desaprobación, tuviste la oportunidad, y «ella misma» rechazó tu oferta de matrimonio.

—Y por eso la sedujiste, ¿no? ¿Qué habías dicho acerca de haberla arruinado ayer?

Octavius no respondió. No podía traicionar un detalle tan íntimo de ella ante todos.

—Como sea —continuó Archibald—, tu desaprobación es irrelevante. ¡La había reclamado! Y una dama reclamada por uno de nosotros está prohibida para el resto, ¿recuerdas? Si te hubieras hecho a un lado como deberías, en base a nuestro credo, podría haberla mantenido a salvo, pero ahora nadie sabe dónde está. ¡Hasta fui a Bedlam! Me echaron y me dijeron que no habían ingresado a nadie con ese nombre. Pero eso no quiere decir que no se encuentre en algún otro manicomio… o muerta en algún callejón.

«Muerta en algún callejón…». Por todos los cielos. La imagen le hizo añicos el corazón, pero Octavius no podía permitir que lo vieran así. Sabía que Temperance no se encontraba en un manicomio, de lo contrario, *lady* Auster no hubiera ido a su casa pidiéndole ayuda para encontrarla. Pero ¿dónde estaba?

—Si alguien la hubiera reclamado, debería haber sido yo —gruñó Octavius—. ¡La amo! Le propuse matrimonio ayer.

Enveigh soltó una carcajada retorcida, afilada como virutas de cristal y amarga como un veneno.

—Déjame adivinar… Te rechazó, ¿no?

—No tuvo la oportunidad de responder. Nos interrumpieron, como todos ustedes presenciaron.

Enveigh negó con la cabeza despacio y fulminó a Octavius con la mirada por debajo de las cejas oscuras como una serpiente bajo una piedra.

—No la necesitas como yo. No deberías «querer» casarte con ella. Me deberías haber dejado cuidarla. Yo fui el que la reconoció de hace varios años atrás, Octavius. La había conocido en el pasado. Conocí a su padre. Había estado en mi mente durante todos esos años.

Octavius entrecerró los ojos. Eso era cierto. Había oído a Enveigh hablar de una dama que lo había deslumbrado.

—Pero ¿por qué no expresaste tu interés antes? —le preguntó Dorian perplejo.

Irevrence se rio.

—Déjame adivinar. Tenías sentimientos genuinos, pero siendo como eres, el césped del vecino siempre se ve más verde. Solo te interesaste más por ella cuando te percataste de que Octavius también la quería, ¿no, Archibald?

A Archibald se le tensó el mentón.

—No digas eso.

Irevrence se desplomó sobre un asiento sin que nadie lo invitara y extendió las piernas largas.

—¿Por qué no? Estoy diciendo la verdad. —Cruzó un tobillo por encima del otro—. Para ser honesto, siempre sospeché que nuestra hermandad jamás sobreviviría a una disputa por una mujer.

Enveigh respiraba con dificultad.

—Me temo que estás en lo cierto, Irevrence. Nuestra hermandad se ha terminado. Eccess, has ofendido el honor de *lady* Agatha, y no tiene a nadie que la defienda. Le has faltado el respeto al credo de nuestra hermandad. La has seducido, la has conquistado con tu riqueza y opulencia, y por eso me rechazó. No me queda más alternativa que demandar satisfacción.

—¡No! ¡Archibald, detente! No puedes hacer eso —exclamaron los otros duques.

—Es uno de nosotros —sostuvo Constantine—. Entre hermanos no arreglamos las disputas de ese modo.

—Un duelo es lo que comenzó la hermandad, ¿no es una gran manera de acabarla? —gruñó Archibald.

—No luego de todos estos años y de todo lo que hemos atravesado —dijo Lucien—. Piensa, hombre…

—No me importa. —Archibald se detuvo delante de Octavius con una expresión furiosa—. Mañana al amanecer. Al despuntar del alba. ¿Aceptas mi desafío o te esconderás como un cobarde?

A Octavius se le tensó el mentón. No quería hacer eso. El dolor lo tenía tenso en todo el cuerpo; el pecho se le ciñó, sentía púas en la piel y tenía el estómago tan revuelto que la bilis se le subió a la garganta. Nunca en su vida había anhelado más un trago para mitigar el sufrimiento que en ese momento. Lo que se sentía como

una amistad de toda la vida había acabado, y en su corazón roto ahora había un nuevo hueco. Pero no iba a beber.

—Mañana al amanecer será el día de la muerte de mi padre —dijo con la voz ronca.

El silencio reinó en el estudio, y una sombra de pena y empatía cruzó el rostro de Archibald por un instante efímero.

—En ese caso, supongo que no te queda más opción que acabar como él.

Octavius sintió como si Enveigh lo hubiera apuñalado con una hoja envenenada. Intentó recobrar la fuerza para respirar. No podía creer que el hombre en el que había confiado durante años, uno de sus hermanos, le acabara de decir eso.

—¡Archibald! —ladró Dorian—. Eso es un golpe demasiado bajo.

Una parte distante de Octavius sabía que Archibald era un gran manipulador, un hombre que conocía la forma precisa de dar un golpe donde más dolía. ¿Quién lo iba a conocer mejor que uno de sus mejores amigos? Y Enveigh había prevalecido. Lo había pintado tal y como él mismo se percibía en sus peores pensamientos. Acobardándose ante las balas, evitando los conflictos… un niño que siempre huía de las incomodidades.

Si se negaba al desafío, simplemente lo confirmaría. Sería el muchacho poco digno que siempre había temido ser. No le quedaba más opción que aceptar.

Lucien se detuvo delante de él buscándolo con la mirada.

—Sé lo que estás pensando. No lo hagas, Octavius. No peleamos entre nosotros ni tampoco nos matamos. Sé que el comentario te dolió, pero déjalo.

—Si aceptas el desafío —intervino Constantine con los rasgos rígidos—, sabes lo que significa para nosotros. Será el fin de la hermandad.

—Él le puso fin a la hermandad al romper el credo y tomar a la mujer que debió ser mía —señaló Archibald con la voz baja y peligrosa.

Octavius se sentía acabado… Muerto. Era extraño sentirse así. Había vivido en una jaula con fantasmas y había intentado distraerse

con placer. Pero ahora tenía que enfrentarse a la incomodidad, el dolor, el conflicto y mirar fijo a la oscuridad. Sin huir.

El viejo Octavius hubiera hecho una broma u ofrecido su mejor coñac para intentar mejorar el estado de ánimo de Archibald. El viejo Octavius jamás hubiera accedido a un duelo. Jamás se hubiera vuelto a convertir en el blanco de una pistola que, en esta ocasión, apuntaría alguien que realmente quería verlo muerto.

Miró al duque de Rath, que solía ser la personificación de la furia, alguien propenso a encontrarse en Hampstead Heath al amanecer. Suponía que nadie sabía más acerca de los duelos que Dorian.

—¿Puedes ser mi padrino?

A Dorian se le tensó el mentón.

—Por todos los cielos, Octavius. Nunca pensé que sería el padrino en un duelo. Pero sí, por supuesto. Aun así, debo suplicarte que reconsi…

Enveigh lo interrumpió al volverse a Irevrence:

—¿Puedes ser mi padrino?

Sylvester se rio.

—¿Cómo me iba a perder un evento tan alegre?

Luego de que se marcharon, Octavius se recostó en el sofá del estudio considerando si bebería la botella entera de coñac. La cabeza se le partía en dos y el estómago se le retorcía de las náuseas. El cansancio lo hacía sentir pesado y entumecido.

Otra pérdida más. Su hermandad. Sus mejores amigos.

Esa noche sería el aniversario de cuando lo obligaron a comer pudín navideño mientras se convertía en el blanco de tiro de su padre. Y no había nada que pudiera hacer para mitigar los recuerdos.

Afuera había oscurecido para cuando alguien llamó con suavidad a la puerta.

—Largo —repuso Octavius.

Sin embargo, la puerta se abrió, y la luz se coló en la habitación en penumbras.

—¿Milord? —lo llamó Margaret.

Su voz dulce fue como un bálsamo sobre la herida. Al igual que su padre, en Navidad tendría un duelo. Ese podría ser el último día

de su vida.

Octavius se sentó.

—¿Sí, querida?

—¿Se encuentra bien? —preguntó otra voz y James asomó la cabeza por la entrada.

La cabeza pequeña de Sophie no tardó en salir a la luz.

—No sabemos qué hacer.

—Sin la señorita Fields —le explicó Margaret.

—¿Nos puede leer antes de la cama? —le pidió James.

Octavius sentía su ausencia como un hueco en el corazón. ¿Cómo podía haberse olvidado de que no solo había huido de él, sino también de ellos?

Todas las personas en el mundo lo dejaban. Su madre, su padre, Temperance, Archibald… Pero esos niños no lo dejarían. Siempre estarían allí. Y eso no cambiaría durante varios años. Además, lo necesitaban. Habían quedado abandonados, como él, en especial James, que tanto le recordaba a él mismo. No podía dejarlos como todos lo habían abandonado a él.

—Por supuesto —repuso y se incorporó. Dejó la copa intacta de coñac al lado del sofá—. Será un placer leerles.

En la recámara de los niños, arropó a cada uno en su cama, y mientras se sentaba en la cama de Sophie para leer el libro, James le preguntó:

—¿Va a volver a beber, correr carreras, jugar a las cartas y pasar el tiempo con su amante francesa ahora que la señorita Fields se ha marchado?

La pregunta le perforó el corazón.

—No se llama señorita Fields, James.

—Ella… —James se aclaró la garganta—. Quizás haya mentido acerca de su nombre, pero fue la única institutriz de las siete que tuvimos que no me negó raciones completas de comida.

Octavius sintió una ola de furia.

—¿Te prohibían comer tu ración de comida?

James asintió con la cabeza.

—Me decían que no es de caballero lucir como yo.

Octavius soltó una maldición por lo bajo y se incorporó de la cama de Sophie.

—Ojalá lo hubiera sabido. Las hubiera despedido en el acto.

—¿No cree que tenían razón?

Octavius miró a las niñas. Margaret lo observaba con gran curiosidad en los ojos por encima de la manta. Sophie parpadeaba adormecida. Diablos, el ciclo debía detenerse allí. Octavius inhaló profundo.

—No. No creo que tuvieran nada de razón. Mientras crecía, sufrí el mismo prejuicio de mi padre, mi institutriz y mi tutor. Todos me decían que era demasiado gordo para ser un duque. Mi padre falleció y mi madre huyó, y me quedé solo. Como ustedes. Me sentía triste todos los días. Detestaba tanto la manera en que me veía que no encontraba la fuerza o el coraje para hablar con la gente. En especial con las damas. Incluso en el tiempo que pasé estudiando en Oxford, parecía un tronco torpe. Es curioso, el duque de Enveigh fue el primer amigo que hice en Oxford. Me enseñó…

Octavius se rio al recordar la primera vez que Archibald lo había llevado a un burdel. Ni siquiera había logrado hablar con las damas que sabía no lo rechazarían. Al principio, el alcohol fue lo que lo ayudó. Luego, cuanto más hablaba con ellas, ya no necesitó el alcohol. Y cuando las mujeres comenzaron a arrojarse sobre él a raíz de su tamaño y no a pesar de él, se dio cuenta de que ese temor solo habitaba en su cabeza. Sin embargo, esa no sería la mejor historia para compartir con los niños.

—Me enseñó que el tamaño no importa —continuó—. Sí, también me ayudó comenzar a entrenar en pugilismo, montar a caballo y practicar esgrima. El ejercicio físico me fortaleció, pero siempre tuve una estructura ósea grande. Y siempre la tendré. Tengo muchos defectos, querido, pero gracias al duque de Enveigh, aprendí que el tamaño de mi cuerpo no es uno de ellos. Te insto a pensar en ti mismo del mismo modo. Ciertamente, no creo que debas cambiar nada acerca de tu cuerpo ni pensar menos de ti.

—¿Me…? ¿Me enseñaría pugilismo?

Octavius le sonrió y le dio una palmada en la cabeza.

—Será un honor, James.

La sonrisa de alivio y alegría en el rostro del niño le produjo dolor en el corazón. En la habitación reinó el silencio durante varios segundos.

—La señorita Fields… *Lady* Agatha hubiera dicho lo mismo —dijo Sophie con voz soñolienta—. ¿Está enfadado de que haya mentido, milord?

Estaba enfadado con ella. Estaba enfadado y herido. Las mentiras que le había dicho le demostraban que no era digno de su confianza y de su amor verdadero. Se había enamorado de ella como un tonto.

—Sí —le dijo—. No es agradable que te mientan, en especial cuando confías en la persona, ¿no?

Sophie asintió con la cabeza.

—¿Ustedes tres están enfadados con ella? —les preguntó sin saber si quería saber la respuesta.

Sophie apretó los labios.

—Creo que mintió acerca de su nombre y, supongo, de su puesto, pero no mintió en cuanto a otras cosas. No me ha demostrado más que bondad. Siempre supe que se preocupaba por nosotros.

James asintió.

—¡Yo creo que ser la Heredera Loca es maravilloso!

Octavius soltó una carcajada, aunque las palabras le desgarraron el corazón.

Margaret asintió pensativa.

—Supongo que no es digno de una dama mentir, sea la hija de un conde o no. Pero si tuviera una madrastra y un hombre malvado que quisiera casarse conmigo, estaría segura de que yo también huiría.

Octavius asintió.

—Sí.

A pesar de que estaba de acuerdo con Margaret, no podía ignorar la sensación de sentirse traicionado por Temperance. Comprendía por qué había tenido que mentir al principio, pero luego de todo lo que habían compartido, ¿no podía ver que jamás la hubiera traicionado? Iría a la guerra por ella. La protegería siempre,

sin importar las consecuencias. Nunca permitiría que la encerraran en un asilo.

Lo único que había tenido que hacer era contarle la verdad. Pero suponía que él tampoco había sido del todo honesto con ella ni había compartido su verdadera vulnerabilidad. Nunca le había dicho que la amaba.

Octavius tragó con dificultad ante ese pensamiento, pero el apoyo de esos niños y el cariño que mostraban hacia él lo envolvieron como una manta cálida.

Sophie estiró la mano y le dio unas palmaditas en la mejilla apretando la cabeza contra su hombro.

—¿Cree que regresará?

A Octavius se le hundieron los hombros.

—No lo creo, Sophie. Lo siento. Sé que ya es la séptima institutriz que han perdido, pero no quiero que tengan esperanzas en vano. Creo que quería ocultarse hasta Navidad para cobrar la herencia y ser una mujer libre.

Sophie soltó un suspiro.

—Creo que nos escribirá. Y cuando obtenga el dinero… quizás nos visite.

James asintió con la cabeza.

—Sí, yo también pienso lo mismo. Además, prometió que me suspendería y me pasaría el fluido eléctrico.

Octavius soltó una carcajada y abrazó a Sophie y, como siguiendo una orden invisible, James y Margaret se acercaron para acurrucarse con ellos en la cama. Octavius abrazó a los niños como una mamá gallina. Los cuerpos pequeños y cálidos se aferraron a él como una pomada sobre el alma herida.

No durmió en toda la noche, sino que se quedó leyendo en la silla que había en una esquina de la recámara de los niños mientras los oía dormir. Observó a James andar en sueños, mascullando algo mientras avanzaba hacia la escalera en busca de la señorita Fields. A Octavius se le quebró el corazón no poder ir a buscarla como lo había hecho ella.

Con suavidad, guio al niño de regreso a la cama. Al parecer, Temperance no había roto un solo corazón.

29

Temperance cortó un nabo con un cuchillo viejo y oxidado sobre la tabla de picar llena de hendiduras y se perdió en los ruidos que hacían eco a su alrededor: las voces bajas de las mujeres, los llantos de los bebés y los gritos de los niños que jugaban a perseguirse alrededor de las mesas, las cunas y los braseros de carbón. A pesar de los braseros, en el hospicio de mujeres hacía frío, y muchas de las residentes estaban acurrucadas juntas con chalinas, abrigos de hombres y pellizas hechas añicos. El olor acre a humo le producía picor en los ojos, pero no podía cubrir el olor permanente de los nabos hervidos ni el de la lana sucia.

De algún modo, el día anterior Temperance había logrado llegar a Whitechapel. Por fortuna, había tenido algunas monedas en el abrigo para pagar el coche de alquiler que había contratado a tres manzanas de Dulcis Court. Como había huido sin la pelliza, Grace Lockhart le había encontrado un abrigo de hombre que habría donado alguien de dinero. Aún podía oler el aroma a almizcle masculino en la prenda que alguien había usado durante varios años.

Ver a Grace había sido reconfortante al llegar. El cabello negro se le escapaba de la gorra desgastada mientras supervisaba la entrega de carbón con bondad y eficacia. Pero Temperance sintió que la soledad le estrechaba el corazón. Grace tenía un objetivo allí: esas mujeres dependían de ella. Ella, en cambio, no tenía nada: ni un hogar, ni una familia, ni un lugar al que realmente perteneciera.

Temperance logró cortar otro trozo de nabo, pero le salió torcido, demasiado delgado en la punta y grueso por debajo. Quería ayudar, pero no sabía ni cortar, ni pelar, ni tampoco cocinar. Allí había muchas mujeres que eran mayores o se encontraban débiles o enfermas. Había madres con bebés recién nacidos y mujeres encintas. Todas necesitaban la comida más que ella.

—¿Señorita Fields? —la llamó una voz familiar.

Temperance alzó la mirada, sorprendida de ver a la duquesa de Pryde, vestida con una pelliza de piel de zorro y lana de color índigo, una combinación de colores maravillosa que le resaltaba el cabello caoba que llevaba recogido en un delicado tocado bajo el bonete índigo. Los grandes ojos verdes de la duquesa la miraban reflejando sorpresa y genuina amistad.

—*Milady* —exclamó Temperance y se apresuró a hacer una reverencia.

—Oh, supongo que no es correcto llamarla señorita Fields, ¿no? —La duquesa de Pryde le ofreció una sonrisa intensa—. Es *lady* Agatha. *Lady* Agatha Hale, ¿no?

Temperance asintió con la cabeza con el estómago retorcido.

—Ha sido testigo de la humillante verdad.

La duquesa de Pryde asintió con la cabeza hacia dos lacayos, que avanzaron carretas de carbón mientras Grace Lockhart les enseñaba dónde colocarlas.

—Hoy es víspera de Navidad —dijo la duquesa de Pryde con tono conversador—. Quería asegurarme de que las mujeres estuvieran preparadas para el invierno.

—Es muy bondadoso de su parte.

Entre las dos se hizo el silencio, y Temperance contó sus latidos sin saber cómo pedirle a la duquesa que no le delatara a nadie su ubicación.

—Cielos, debe estar muy asustada y estresada —dijo la duquesa de Pryde antes de que Temperance pudiera decir nada—. Le quiero asegurar que no creo ni por un instante que esté loca. Si lo está, no está más loca que yo o Chastity o Patience. Como científicas, hemos sido sus mayores admiradoras desde que vimos su artículo en los periódicos. Estábamos intentando adivinar, en base a la información

limitada y los rumores, cómo había logrado conducir todos esos experimentos eléctricos… y qué fue lo que le produjo tal descarga eléctrica a *lady* Auster que le dio un susto de muerte.

Al oír eso, la grieta en el corazón de Temperante comenzó a sanar.

—¿Eran mis… admiradoras? —le preguntó con una carcajada que no pudo contener y los ojos nublados por las lágrimas.

—¡Oh, pero claro! Por favor, dígame, ¿cómo la puedo ayudar?

Nuevamente se encontraba frente a alguien que le ofrecía ayuda, pero Temperance había perdido a la familia que acababa de encontrar por no haber sido honesta con ellos. Ahora jamás la perdonarían.

Por un breve instante, se preguntó si, en efecto, pertenecería a un manicomio. Las personas normales y saludables eran como la duquesa de Pryde y sus dos amigas, por quienes Temperance no pudo evitar sentir un aguijonazo de envidia. Ellas no huían de la ayuda ni luchaban contra preguntas que las volvían paranoicas, sino que confiaban en la gente. Las personas normales amaban abiertamente y se quedaban con sus familias. No buscaban la libertad y la independencia con ferocidad; no estaban siempre listas para mentir, huir y ocultarse… sin importar las circunstancias. Sin importar a quién hirieran.

Temperance sintió el peso de una montaña sobre los hombros. ¿Qué más podría hacer en esa pelea? Estaba acorralada contra una esquina, fría y triste y… muy sola. ¿Era hora de darse por vencida? ¿Debería dejar de resistirse a la fuerza imparable de su madrastra y lord Langston y permitir que la llevaran al manicomio o la casaran con Bartholomew? ¿Qué escogerían hacer?

Porque por mucho que Temperance deseara confiar en la duquesa de Pryde, no podía dar ese salto de fe. No quería arrastrar a nadie más en los escándalos que la rodeaban.

No, prefería estar sola y ocultarse de todo por su cuenta. Lo único que tenía que hacer era llegar a la oficina del señor Barton a la mañana siguiente y reclamar su herencia. Suponía que sería tonto asumir que *lady* Auster y Bartholomew no estarían aguardándola en la oficina para intentar detenerla por última vez. Hasta que no

firmara el documento en el que se establecía que tenía veintiún años, no podría reclamar su herencia. Aún podían detenerla. Y en ese caso, ¿qué haría?

Pero ¿qué podía hacer la duquesa de Pryde? Temperance iba a necesitar un ejército para lograr llegar a la oficina del señor Barton a salvo, y la duquesa no contaba con ese ejército. Sería una atrocidad pedirle eso.

Temperance se sentó en la mesa y tomó el cuchillo oxidado.

—Me temo que no me puede ayudar con nada.

La duquesa de Pryde dio un paso hacia adelante. Un niño pasó corriendo y gritando por delante de ella seguido de otro.

—¿Está segura? Podría pasar la noche con nosotros en Pryde House. Mi marido y yo podríamos ayudarla mañana.

—Jamás podría pedirle eso, *milady*.

La duquesa de Pryde se sentó en una silla, se quitó los guantes y tomó un nabo para comenzar a pelarlo.

—Por favor, llámame Modesty.

Temperance le sonrió. Modesty no se parecía a nadie más que hubiera conocido.

—En ese caso, llámame Temperance.

—¿No Agatha?

—Es el nombre que me dio mi padre, y me gusta mucho más que Agatha.

Modesty le sonrió y asintió mientras Temperance volvía a picar nabos sin mucha destreza.

—Solo he sido duquesa durante unos meses —le confesó con una sonrisa—. Si alguna de las damas de la alta sociedad me viera ahora, estaría horrorizada. Sin embargo, esto es lo que he hecho durante años en la casa de mi padre en Shepherdsbrook.

Temperance cortó otro trozo con el cuchillo.

—No lo sabía.

—Pues sí. Soy la hija de un pastor. He estado ayudando a Grace durante muchos años.

Cada minuto que pasaba, esa mujer le gustaba más. En otra vida, hubiera esperado que fueran amigas. Temperance había

crecido solitaria; su único amigo había sido su padre, y tener una amiga como Modesty hubiera hecho toda la diferencia.

Durante varios minutos, guardaron silencio y trabajaron. Luego Modesty le preguntó:

—¿Qué vas a hacer mañana?

Temperance se humedeció los labios secos y fríos y colocó el cuchillo sobre el nabo.

—Contrataré un coche para ir a la oficina de mi abogado y reclamar mi independencia de una vez por todas.

Sintió la mirada afilada de Modesty encima.

—¿Sola?

La palabra se sintió como una daga en el pecho.

—Sí, sola.

Modesty apoyó el cuchillo sobre la mesa y se inclinó hacia adelante.

—¿Por qué no me dejas ayudarte?

—No quiero ser una carga.

—¿Es por eso que no le dijiste la verdad a Octavius?

Temperance soltó el aliento, temblorosa, y miró la mirada verde de Modesty llena de compasión.

—Al principio, tuve que mentir. Era un desconocido, y lo único que necesitaba era un sitio donde esconderme por un mes. Pero nos fuimos volviendo más cercanos… —La confesión se sintió liberadora, como si al fin estuviera quitando las vendas de una herida infectada que había necesitado tratamiento desde hacía mucho tiempo—. Tenía miedo de que no me perdonara, de que mi escándalo lo arruinara, destrozara sus esperanzas, su nombre y a los niños. Tenía miedo de que la felicidad que sentí se acabara para siempre. Casi le conté todo en varias oportunidades, pero es difícil confesarle a quien amas que le has estado mintiendo sobre cosas tan profundas como quién eres.

Modesty asintió con la cabeza y le sonrió con tristeza.

—¿Lo amas?

Oh. A Temperance se le llenaron los ojos de lágrimas.

—Sí.

¿Cómo podía estar confesándole cosas tan profundas a una mujer a la que apenas conocía? A pesar de la razón, en lo más profundo de su ser, sentía que Modesty era especial.

—Te comprendo muy bien —le dijo su nueva amiga—. Te has encontrado en una posición terrible durante muchas semanas. Sin embargo, debo decirte que, si le hubieras contado todo desde el comienzo, Octavius habría luchado por ti. Jamás te habría dejado correr riesgo ni tampoco el resto de los duques. Hace unas semanas, me secuestraron a mí y a Augustus, y todos vinieron a rescatarme. Todos arriesgaron la vida por mí.

Temperance podía creer que ese tipo de cosas ocurría, pero solo en teoría y solo cuando les ocurría a otras personas. Por ejemplo, a Modesty. Pero no a ella. La mente se le aceleró al darse cuenta de lo que acababa de oír.

—¿Te secuestraron?

Modesty asintió con la cabeza.

—Por todos los cielos, lo siento mucho. Debías de haber estado aterrada.

—Pues, parece que las dos nos hemos enfrentado a unos cuantos dilemas.

Temperance casi le sonrió.

—Sí. A mí me han traicionado al punto de saber que hasta las personas que crees que te apoyarán te pueden desilusionar. He considerado a *lady* Auster como una madre durante años, pero cuando mi padre falleció y me dejó su dinero, me demostró quién era en realidad.

Modesty se apoyó contra el respaldo de la silla.

—Lo entiendo muy bien. Bueno, si tienes que hacerlo todo por tu cuenta, es tu decisión, por supuesto. Pero espero que sepas que, de vez en cuando, todos necesitamos confiar en alguien. Mira esto. —Hizo un gesto alrededor—. ¿Cuántas mujeres aprenden a confiar en alguien en el hospicio de mujeres y se ayudan a diario para mejorar sus vidas? No todos son como tu madrastra, Temperance.

—Estoy segura de que eso es cierto —admitió con una sonrisa—, pero no puedo hacerlo. En este momento, lo único que veo es cómo termina doliendo cuando dejo que alguien se me acerque.

Además, tenía el corazón roto por haber perdido a todas las personas que más le importaban. Echaba mucho de menos a Margaret, a James y a Sophie, y extrañaba a Octavius más de lo que su cuerpo soportaba.

Modesty se despidió con una sonrisa triste y le pidió que le informara si cambiaba de parecer o si necesitaba ayuda. Mientras se alejaba, Temperance volvió a pelar los nabos y pensó en cómo alguien podía estar rodeado de tanta gente y sentirse tan solo.

Esa podría ser su última noche antes de que la encerraran en un manicomio, y nadie escapaba de esos lugares. Eran sitios para encerrar a las mujeres: a las que se atrevían a hablar, a las que no se comportaban como demandaba la sociedad, a las que necesitaban ayuda, bondad y apoyo. Al día siguiente, en su cumpleaños, se convertiría en una de esas mujeres o sería libre.

—Ayúdame, papá —le rogó en voz baja—. Sé lo que tengo que hacer, pero tengo mucho miedo…

Sintió su presencia y su apoyo en su interior. Sintió que algo le jalaba del corazón y una sensación de paz se le extendió por todo el cuerpo.

De pronto, una idea la arrasó como un rayo. Podría engañar a su madrastra con lo que más temía: ¡la ciencia! Lo único que necesitaba era un clavo, un frasco de conservas de cristal y un corcho…

30

Al amanecer del día de Navidad, Dorian fue a buscar a Octavius para acompañarlo a Hampstead Heath.

Cabalgaron en silencio. Octavius llevaba la pistola de su padre con él: la única pistola de duelo que tenía en la casa. Jamás había tenido su propia colección porque siempre había evitado cualquier cosa que le recordara a esa horrible Navidad.

¿De verdad creía que uno de sus mejores amigos lo mataría ese día? No lo sabía, pero tenía la certeza de que Archibald necesitaba satisfacción y se la daría, por más que no sintiera la necesidad de luchar por Temperance. Si ella hubiera deseado a Archibald, por mucho que lo matara, le habría dado esa alternativa. Lo único él que deseaba era que estuviera a salvo, que fuera feliz y libre.

Sin embargo, su felicidad no era el único asunto de consecuencia. Había tres niños que considerar. ¿De verdad iba a participar en ese duelo? Si moría, ¿no estaría abandonándolos? Las imágenes de los niños creciendo solos, como le había pasado a él, le desgarraron el corazón.

¿Acaso debería darse la vuelta? ¿Olvidarse de su honor, negarse a participar en la locura que proponía Enveigh y acobardarse otra vez? No. Le pondría fin a eso de una vez por todas.

Miró a Dorian, que tenía los ojos del color celeste del cielo, gélidos y tristes, en contraste con el cabello azabache, mientras observaba las calles por las que galopaban, sin duda recordando las

innumerables ocasiones en las que se había encaminado hacia duelos a esa misma hora y en esa misma ubicación.

—Dorian —lo llamó Octavius.

Su amigo se volvió a mirarlo.

—¿Qué sucede? ¿Nos damos la vuelta?

—No. Si esto termina mal… ¿Podrían adoptar a los niños tú y Patience como sus pupilos y criarlos como si fueran sus hijos?

Los rasgos afilados de Dorian se suavizaron llenos de pena.

—Claro que sí.

Octavius sintió una ola de alivio.

—Gracias.

Cuando llegaron, el amanecer se había extendido por todo el cielo y erradicaba la oscuridad del invierno. La nieve caía sobre el suelo con reflejos rosados y amarillentos cuando el sol de fines de diciembre por fin asomó. Era una mañana hermosa, tranquila, fresca, con un susurro apenas perceptible del viento.

Era Navidad. Temperance cumplía veintiún años. Octavius deseó poder despertar a su lado, consentirla con un banquete privado, bañarla en joyas, vestidos hermosos y libros de cualquier tema científico que se le antojara.

En lugar de eso, se encontró con Enveigh, junto al resto de los lores de los pecados, que habían acudido a pesar de saber que acabarían recogiendo los vestigios de la hermandad rota, sin importar quién resultara victorioso ese día. Luhst, Pryde y Fortyne se encontraban de pie en el centro, con la esperanza de prevenir el derrame de sangre.

Habían compartido tantas cosas en el transcurso de los años. Todos habían firmado el credo hacía varios años y, a pesar de que lo habían escrito en un trozo de papel, bien podrían haberlo escrito en hierro soldado. Los reinos podrían alzarse y caer, Londres podría caer víctima de otro incendio devastador, alguien podría querer arrebatarles lo que les pertenecía, pero su vínculo, su palabra de honor, sería la única constante absoluta en ese mundo. Nadie podría romper la hermandad. Nadie… excepto uno de ellos.

Irevrence y Dorian estudiaron las pistolas de duelo, como dictaba la costumbre.

—Se pararán de espaldas —dijo Dorian, el más experimentado de todos—. Cuando dé la señal, se alejarán doce pasos. Luego se darán la vuelta y dispararán. Pero antes, una vez más… —frunció las gruesas cejas encima de la mirada oscura—, les suplico que reconsideren. Durante más de diez años han sido amigos… no, hermanos. ¿No se pueden perdonar?

Un año atrás, el hecho de que Dorian hablara de perdón sería como ver glaciares en Egipto. Pero su esposa, Patience, lo había cambiado y lo había convertido en un hombre completo.

Octavius miró a Archibald, cuyos ojos grises se encontraban rojos y entrecerrados a la luz del alba. Llevaba el cabello castaño peinado hacia atrás y grasoso y, encima del abrigo verde oscuro, su rostro tenía la expresión gris y acechada de un hombre que había ahogado sus penas en la bebida… algo que Octavius comprendía de lo más bien.

—Dorian tiene razón, Archibald —dijo Octavius—. No tenemos que hacer esto.

—Sí —declaró Enveigh con amargura—. Has roto el credo y has tomado a la mujer que debió ser mía…

—Mírate —prosiguió Octavius—. ¿No es esto lo que haces siempre? Siempre crees que a todos les va mejor que a ti. Quieres lo que tienen los demás por el simple hecho de que no es tuyo.

Archibald curvó los labios en una expresión de furia maliciosa.

—Conozco muy bien mis defectos, pero ¿esto? Tú no la necesitabas. Yo sí. La arruinaste. Deshonraste a la mujer que podría haber sido mi esposa. No pudiste mantener tus asquerosas manos alejadas de ella. No te puedes detener, ¿no? Has roto el credo dos veces. Vives para comer, para beber y para llevarte a las mujeres a la cama. Eres insaciable. «Cerdito».

La serpiente lo mordió y, de algún modo, fue mucho peor que cuando escuchó el insulto de la boca de su padre. Comprendió lo que había dicho Temperance; las personas más allegadas a uno son las que más pueden herirte.

Archibald había sido su amigo. Octavius le había mostrado su lado más tierno, había confiado en él y en los otros cinco duques. Por eso, cada palabra se sentía como un clavo en la sien. En los

primeros días de su amistad, le había compartido lo peor que le había pasado y le había contado por qué no había comido cerdo desde los diez años.

Sabía por qué Archibald lo había insultado. Lo había hecho para herirlo y enfadarlo. Para que Octavius no cambiara de parecer. Para que disparara. Y había conseguido lo que buscaba. La furia y el dolor le hervían por dentro.

Octavius asintió con la cabeza hacia Dorian.

—Estoy listo —ladró. Ahora comprendía la incontrolable necesidad de violencia que había sentido Dorian, la necesidad de descargarse y hacer algo para aliviar el dolor. Lo único que tenía era la pistola de duelo.

Octavius y Archibald se pararon espalda contra espalda. Archibald era unos centímetros más bajo que Octavius y no tan corpulento. El dolor en los ojos de sus amigos era visible. Nunca volverían a ser los mismos.

—¡Marchen! —exclamó Dorian, e Irevrence comenzó a contar los pasos.

—Uno, dos, tres…

Mientras Octavius avanzaba, la mente se le aceleró. ¿De verdad se iba a volver para dispararle a una de las personas que más quería? ¿De verdad iba a asesinarlo o morir a manos de Archibald? ¿No volvería a ver a Temperance, Margaret, James y Sophie, las personas que le llenaban el corazón de amor?

—… cuatro, cinco, seis…

¿De verdad era el glotón que no era digno de las cosas buenas que le ocurrían?

—… siete, ocho, nueve…

Archibald había reaccionado porque estaba herido, como lo había hecho su padre. Porque lo habían herido, no porque fuera cierto.

—… diez, once, doce.

Octavius se detuvo y, en ese momento, supo que no era el glotón inútil que su padre le había dicho que era. Era un alma perdida que se había transformado gracias a Temperance. Se había convertido en la mejor versión de sí mismo. Ya no era ningún glotón. No había bebido en varias semanas, no se había acostado con nadie más que

con Temperance, no había apostado ni tampoco había participado en las carreras de caballos.

Era un hombre enamorado. La mejor versión de sí mismo no le dispararía a uno de sus mejores amigos, un hombre que estaba dolido al punto de estar dispuesto a romper la hermandad.

—¡Giren!

Octavius se dio la vuelta. A menos de diez metros de distancia, Archibald bajaba la pistola y se la apuntaba. A Octavius le latió el corazón en las orejas. Estaba dispuesto a morir si era necesario, pero jamás lastimaría a su amigo. No bajó la pistola. En cambio, disparó al aire.

La fuerza del disparo le bajó por el hombro, y el ruido explotó en el aire. Unos cuervos asustados salieron disparados de entre las copas de los árboles, graznando enfadados.

Archibald sostenía la pistola, pero aún no había disparado.

—¡Lo siento! —exclamó Octavius, y la voz resonó en el espacio vacío entre ellos—. Dispárame si debes hacerlo, pero lo siento mucho, Archibald. Lamento haber tomado a tu mujer y haberla mancillado. La amo. De verdad la amo. Nunca la use. Simplemente, no me pude resistir a ella.

Archibald soltó un rugido y disparó. Se oyó otro estruendo, y el olor acre al humo quedó pendiendo en el campo entre ellos. El cuerpo de Octavius se meció y, por un instante, se sintió pequeño e indefenso, como si tuviera diez años y volviera a experimentar el eco del dolor en el hombro derecho por la bala de su padre.

Sin embargo, no hubo dolor físico. No había recibido ninguna herida. Archibald había disparado, pero había errado… a propósito. El disparo resonó por el campo, por el agua congelada y por los árboles. Luego reinó el silencio. Y solo oyó el viento en los oídos.

Archibald bajó la pistola con el ceño fruncido en una expresión exasperada.

—Entonces ¿qué diantres estás esperando, tonto? Es su cumpleaños. ¡Navidad! Ya sabes a dónde intentará ir hoy.

Con la sangre congelada, Octavius asintió con la cabeza. Iría a la oficina del señor Barton para intentar recuperar su independencia.

—Y a dónde estarán Langston y *lady* Auster.

Que lo condenaran si le permitía enfrentarse a ellos sola.

A Constantine se le hundieron los hombros.

—Lamento no haberles dicho esto antes. Modesty me hizo jurar que no diría nada, pero ahora que van a ir… Sí, ese es el plan de *lady* Agatha. Se ha estado escondiendo en el hospicio de mujeres de la señorita Grace Lockhart, en Whitechapel, y tiene la intención de reclamar lo que le pertenece hoy. Mi esposa dijo que las señoritas con microscopios no permitirían que su cuarta hermana se enfrentara a su mayor enemigo sola, así que deben estar de camino a la oficina del señor Barton. En este preciso momento.

A Octavius le dio un vuelco el corazón. Estaba viva, había estado a salvo y, en cuestión de horas, estaría con ella.

—Vamos —les dijo, y los siete lores de los pecados echaron a correr.

31

Con las botas que le habían prestado, Temperance avanzó por la delgada capa de nieve que cubría los adoquines y se derretía bajo el sol de la mañana. Eran botas muy grandes y se le frotaban contra la piel descubierta de los talones. Le había pedido a Grace que le prestara las prendas más harapientas a cambio de las suyas, que se encontraban en buen estado, para disfrazarse. Esa era la única esperanza que tenía de llegar a la oficina del señor Barton.

Las calles de Cheapside estaban vacías, excepto por los vendedores ambulantes que hacían sus entregas matutinas. Por encima de las columnas de edificaciones imponentes que albergaban bancos, tiendas y oficinas de abogados, el cielo se expandía en tonos celestes con unas nubes esponjosas. Era un día alegre para ser Navidad y su cumpleaños, pero Temperance no sentía alegría alguna. Por el contrario, una pesada sensación de ansiedad le provocaba ardor en el estómago.

Al dar vuelta a la esquina, vio la oficina del señor Barton y la garganta se le cerró del temor. Delante del edificio de ladrillo con ventanas blancas aguardaban *lady* Auster y lord Bartholomew Langston, rodeados de una decena de lacayos, como si estuvieran afuera de una tesorería y ella fuera el ejército enemigo.

El estómago le dio un vuelco. Era peor de lo que había imaginado. ¿Cómo diantres haría para llegar al señor Barton con todos esos hombres allí?

Temperance supuso que podría pretender ser una de las criadas y entrar por el lateral del edificio. Sin embargo, sería casi imposible que la dejaran pasar, en especial porque *lady* Auster y Bartholomew la reconocerían de inmediato.

En un costado de la calle, había un grupo de cinco hombres reunidos con anotadores y lápices listos. Oh, que el cielo la ayudara. ¿Acaso *lady* Auster había notificado a los periodistas para que fueran testigos de la humillación final de Temperance?

¿Cómo haría para entrar en la oficina del abogado sin que nadie la notara?

Como si hubiera podido oír sus temores, el viento sopló fuerte. El bonete, que llevaba sujeto por un lazo desgastado al punto de apenas parecer un hilo, se le voló de la cabeza. Un lacayo miró hacia ella y la señaló. Y de pronto, todos los ojos se posaron en ella.

Temperance se quedó enraizada en su lugar, con el corazón latiéndole tan desbocado que creyó que todos la habrían oído desde el otro lado de la calle. El pánico familiar que había aprendido a observar como nubes la embargó como una ola poderosa y ya no pudo ignorar más el terror. Algo frío le recorrió la columna vertebral y se le cerró la garganta. Todos los músculos del cuerpo le pedían a gritos que huyera, pero las piernas parecían de plomo y entumecidas.

Dio un paso hacia atrás al tiempo que *lady* Auster gritaba:

—¡Atrápenla!

La parte racional que todavía le quedaba la guio. Con las manos temblorosas, Temperance introdujo la mano en el ridículo y extrajo la piel de conejo y un trozo de ámbar. En Whitechapel se conseguía cualquier cosa… por un precio. Grace había pagado, y Temperance le había prometido saldar la deuda si tenía éxito ese día. Con vigor, frotó el trozo de ámbar contra la piel hasta que oyó un crujido. Con satisfacción, observó los rostros de los hombres, de su madrastra y de Bartholomew fruncidos y llenos de preocupación. Sin embargo, el truco no detuvo a los lacayos que seguían corriendo hacia ella.

Temperance alzó el frasco de agua que llevaba en el ridículo con la mano izquierda y acercó el ámbar cargado a la cabeza del clavo en el corcho. Se produjo una pequeña chispa entre la piedra y el

metal. Al ver el pequeño rayo, los lacayos se detuvieron en seco y la observaron con temor al tiempo que *lady* Auster soltaba un jadeo. Temperance sintió un cosquilleo familiar en el brazo. La botella de Leyden estaba cargada.

—Quédense allí —advirtió sosteniendo la botella y avanzando hacia ellos—. Déjenme pasar a la oficina del señor Barton. No les haré daño.

—¡No la dejen pasar! —gritó *lady* Auster desesperada.

Temperance lo sostuvo más alto y se acercó al lacayo paso tras paso.

—¿Sabes qué le pasó al último hombre que intentó capturarme?

El lacayo dudó y miró a *lady* Auster.

—No seas ridícula, Agatha —soltó *lady* Auster furiosa—. Ya suelta ese estúpido juguete.

—Este «juguete» contiene suficiente fluido eléctrico como para provocarle un dolor insoportable al más fuerte de los hombres —mintió Temperance, sintiéndose audaz al ver la incertidumbre del lacayo—. Tan solo pregúntale a *lady* Auster.

—No le tengo miedo a una chispita —dijo uno de los lacayos más jóvenes—. Si a las mujeres las besan con eso, ¿qué tan malo puede ser?

El joven echó a correr hacia ella, y a Temperance se le subió el corazón a la garganta. Habían descubierto su farol; solo tendría una descarga y, luego de usarla, la botella sería inútil a menos que volviera a generar fluido eléctrico.

Sostuvo la botella por el cuerpo de cristal, y cuando el hombre llegó a ella, le apoyó el clavo de metal y cerró los ojos del terror sin saber con qué parte del cuerpo conectaría. Se oyó un crujido y un grito seguido de pasos que retrocedían. Nadie la había sujetado ni la había metido a la fuerza en un carruaje. Cuando abrió los ojos, vio la espalda del hombre huyendo.

Ninguno de ellos sabía que ya no tenía ningún arma o que no tenía ningún otro plan excepto volver a frotar la piel contra el trozo de ámbar, pero con eso solo lograría crear un poco de fluido eléctrico.

De repente, se oyeron unos cascos de caballo en algún punto a su derecha, y una caballería avanzó por una calle paralela. Se trataba de siete jinetes y un carruaje a sus espaldas avanzando a toda prisa.

A Temperance le mejoró el ánimo. Al frente de la marcha iba Octavius en su semental familiar, como la primera noche, cuando creyó que huía de sus demonios. Pero ahora era su caballero de brillante armadura. Tenía la mirada salvaje fija en ella a través de la distancia y el rostro lleno de determinación mientras se le acercaba.

Octavius detuvo al semental a unos pocos metros de distancia, frente a la calle donde se encontraban los lacayos. El aliento del animal producía nubes de vapor que se alzaban en el aire como producto de una bestia mítica. En ningún momento apartó los ojos de Temperance.

—Debería marcharse, milord —anunció su madrastra—. Esto no es asunto suyo. Tenemos que lidiar con esa joven.

Octavius miró hacia donde señalaba *lady* Auster y los ojos se le clavaron en Temperance al otro lado de la calle. Había ido por ella. Del carruaje descendieron las duquesas de Pryde, Luhst y Rath, que estaba embarazada.

—¡Temperance! —la saludó Modesty con la mano—. ¡Ven! ¡Ven aquí con nosotras!

Los siete duques, incluido el duque de Enveigh, que debía estar enfadado con ella, se encontraban allí. Era el apoyo que siempre había deseado.

Octavius extrajo una pistola, y el duque de Enveigh otra. El resto de los duques se paró sin armas, pero bien dispuestos a luchar.

—¡Atrápenla! ¡Atrápenla! —gritó *lady* Auster, y los tres lacayos corrieron hacia ella.

No podía vencerlos. Ciertamente no sola. Pero siempre había estado sola. Esa era la seguridad que había conocido durante años.

«Huye. Escóndete. No confíes en nadie», le susurró la familiar voz de la supervivencia en su mente. Esa voz la había mantenido viva durante los meses de soledad luego de la muerte de su padre. Podía prestarle atención, darse la vuelta y volver a desaparecer por las calles de Londres. Podía encontrar otro modo de llegar a la

oficina del señor Barton. Pero mientras los lacayos se le acercaban, una voz nueva le sonó en la cabeza.

Octavius la había consentido con comida y atención, ¿no? Nunca la había mirado con nada más que maravilla en los ojos mientras hablaba de ciencia. Se había vuelto vulnerable a ella, había confiado en ella y le había contado cosas de su infancia, le había revelado sus problemas para leer francés y le había pedido ayuda. Hasta le había propuesto matrimonio cuando pensaba que no era más que una simple institutriz. ¿Acaso eso no demostraba otra cosa?

Y los otros. A su propia manera, el duque de Enveigh había estado de su lado desde el comienzo. Modesty debió haberle contado a su marido que la había encontrado. Hasta las otras dos duquesas habían ido a ayudarla. Las tres mujeres la habían invitado a unirse a su club y habían admirado su trabajo en lugar de condenarlo. Y los niños… sus adorados James, Margaret y Sophie. James la había ayudado en varias ocasiones. E incluso antes de eso, Grace le había dado refugio y le había ofrecido prendas en el hospicio de mujeres. El señor Barton le había prometido ayudarla a reclamar su herencia, y su madre le había ofrecido santuario. Hasta Banister y la señora Jones se habían arriesgado a sufrir la furia de *lady* Auster para ayudarla a recuperar el recibo de la tienda de empeños.

Durante todo ese tiempo, Temperance se había estado diciendo que estaba sola. Pero se sentía sola no porque el mundo careciera de corazón y bondad, sino porque ella mantenía a la gente a una distancia segura para que no pudieran lastimarla. Había ignorado a todos, incluso a los que genuinamente habían intentado ayudarla.

Por primera vez en su vida alguien había ido a pararse a su lado y ayudarla a obtener lo que deseaba. De hecho, un ejército de personas había ido.

La Temperance de antes hubiera huido. La Temperance de antes los hubiera ignorado. Pero la Temperance de antes jamás había conocido la sensación de pertenecer a una gran familia.

Los tres lacayos ya casi la habían alcanzado y, a sus espaldas, *lady* Auster exhibía una expresión triunfante. Al otro lado de la calle, Octavius tenía la mirada salvaje y el pecho acelerado tras haber

cruzado Londres a todo galope como un hombre llevado por el diablo para alcanzarla.

No tenía que escoger entre huir o correr hacia él, sino entre vivir una vida llena de temor o una llena de amor. Entre la seguridad de la solitud y la posibilidad aterradora de encontrar un hogar.

Temperance miró a Octavius a los ojos. Se encontraba allí, grande y sólido, atractivo y familiar. Era el hombre al que amaba.

«El amor. Tengo que escoger el amor. Tengo que escogerlo a él».

Sin perder un segundo más, echó a correr. Pero no huyó, sino que se dirigió hacia el hombre al que amaba. En breve, Temperance había cruzado la calle para caer en los brazos abiertos del duque. Octavius la envolvió en su abrazo, en su aroma masculino a sándalo y vainilla.

Temperance alzó la mirada hacia sus cálidos ojos café que destellaban llenos de amor.

—No deberías cabalgar como un desquiciado —lo regañó al tiempo que una sonrisa le asomaba a los labios—. Podrías poner en peligro a alguien.

Octavius se rio.

—Lo tendré muy en cuenta. Pero por ahora, por favor, quédate aquí y déjame despejarte el camino hacia la libertad.

Mientras los hombres gritaban y se oían puñetazos a su alrededor, Temperance asintió con la cabeza y lo soltó para que Octavius pudiera sumergirse en la pelea.

Modesty la abrazó por los hombros desde la derecha y la duquesa de Luhst le pasó un brazo por la izquierda. La duquesa de Rath también se encontraba cerca de ellas, y las cuatro observaban la refriega mientras los hombres a los que amaban y sus mejores amigos luchaban contra los lacayos.

Patience echó un vistazo hacia los periodistas.

—¿No son reporteros de los periódicos?

Temperance soltó una carcajada.

—Mi madrastra debe haberlos invitado para que documentaran como se llevaban a la Heredera Loca al manicomio de una vez por todas.

La duquesa de Rath negó con la cabeza.

—Me temo que ella es la que pertenece en un manicomio.

Mientras los puños seguían volando, y los duques ponían en práctica todas las horas de entrenamiento en pugilismo, Temperance clavó la mirada en *lady* Auster al otro lado de la calle. Ya no le tenía miedo ni a su madrastra ni a Langston. No tenían ningún poder sobre ella, no cuando tenía un ejército de duques y tres temerarias duquesas a su lado. No cuando sentía el corazón rebosar de amor.

Su herencia no significaba tanto como había creído. Su fortuna era sinónimo de libertad y seguridad, pero ya se sentía libre y segura, y ni siquiera había firmado los documentos aún.

¿Qué podían hacer *lady* Auster y Bartholomew?

Temperance les ofreció una cálida sonrisa a las tres duquesas que la rodeaban.

—Gracias por demostrarme lo que es ser parte de una hermandad. Será un honor unirme al club de las señoritas con microscopios.

Patience aplaudió con las manos enguantadas y las otras dos mujeres le sonrieron con cariño.

La pelea terminó pronto; los lacayos no querían seguir luchando o no les habían pagado lo suficiente como para enfrentarse a los duques. El duque de Rath era un excelente pugilista, así como también Octavius, que había derribado a varios lacayos con sus puños mientras el resto huía.

El camino ya estaba casi despejado. Los únicos que aún se interponían entre ella y su futuro eran su madrastra y Bartholomew.

Octavius se acercó a Temperance respirando entre jadeos y con unos mechones de cabello miel cayéndole sobre la frente. A Temperance le dio un vuelco el corazón. Octavius se veía majestuoso con el abrigo largo de color caoba, alto, con los hombros anchos, musculoso y fuerte. Los pómulos altos se veían sonrosados del ejercicio físico y los labios fríos y carnosos se le extendieron para ofrecerle una sonrisa confiada que le debilitó las rodillas. Los ojos café brillaban llenos de amor y no se despegaban de ella.

—El camino está casi despejado, *lady* Agatha —le dijo.

En respuesta, le sonrió.

—Temperance… Sigo siendo tu Temperance.

Octavius soltó una carcajada.

—Sí que lo eres.

Temperance comenzó a perderse en sus ojos, ansiosa de que la volviera a envolver en sus brazos y la besara. Pero aún tenía que reclamar su última victoria.

—En unos minutos, cambiaré mi destino —le dijo mirándolo a los ojos—. Y no hay nadie más a quien quiera a mi lado que tú. ¿Vendrás conmigo a reclamar lo que me pertenece?

Octavius le sonrió.

—Será un honor.

Le ofreció el brazo, y Temperance le pasó la mano por el codo para emprender la marcha hacia su madrastra, al otro lado de la calle. Los reporteros los siguieron y, en esta ocasión, Temperance no lo dudó. Quería que oyeran todo. Usaría el arma de *lady* Auster a su favor; si limpiaba su nombre, nunca más tendría que volver a ocultarse y ni Octavius, ni los niños, ni sus nuevos amigos quedarían mancillados por estar asociados con ella.

Su madrastra y Bartholomew se encontraban delante de la puerta con el rostro pálido.

—Agatha —dijo *lady* Auster.

Temperance la miró a los ojos hermosos de pestañas largas.

—Se ha acabado, *lady* Auster. Por favor, hágase a un lado. Tengo veintiún años y ya no tiene poder alguno sobre mí.

—No se trata del poder, Agatha —dijo su madrastra—. Ya sabes que deberías estar en un manicomio. Lo que haces te pone en riesgo a ti y a otras personas. No tienes idea de lo que estás haciendo. Solo estoy pensando en tu bienestar.

A Temperance se le endureció el corazón.

—Nunca se trató de mi bienestar, ¿no? Me ha temido desde que descubrió que me interesaba la ciencia, porque eso significaba que podía hacer cosas que usted no entendía. No intercambiaba chismes con usted ni apoyaba su fastuoso estilo de vida, como usted lo deseaba. Usted y su amado sobrino, que le robó a mi padre y abusó de mí tanto física como emocionalmente, como bien sabía y jamás hizo nada para detenerlo.

A Octavius se le tensó el brazo bajo sus dedos.

—¿Que hizo qué? Aguarda… ¿él es el pariente lejano que has mencionado?

Temperance lo miró a los ojos, que se veían salvajes y llenos de una furia oscura. Asintió con la cabeza y notó con satisfacción que el labio superior de su amante se alzaba para formar una mueca peligrosa.

—¡Qué tontería! —masculló Bartholomew completamente pálido —. ¡Milord, no… no sabe lo que dice!

—No es de sorprender que no tengas las agallas de admitir lo que has hecho —continuó Temperance con tristeza—. Eres un cobarde, solo tienes coraje para maltratar a las personas que son más débiles que tú. Tienes una deuda de más de ocho mil libras en clubes de apuestas y prestamistas privados y una propiedad caída a pedazos que solo genera doscientas libras al año cuando necesita al menos dos mil para cubrir las reparaciones más básicas. —Alzó el mentón—. Necesitabas mi herencia para salvarte de la cárcel de los deudores.

—¡Maldita perra moralista! —exclamó Bartholomew, con una voz estridente que sonó como el capricho de un furioso niño malcriado —. ¡Mujerzuela! ¡Todo es tu culpa!

En un momento, Octavius se encontraba a su lado, con el brazo debajo de la palma… y al siguiente, se había lanzado contra Langston y se había tragado la distancia con su cuerpo gigante. Bartholomew se tambaleó hacia atrás, pero Octavius fue demasiado veloz y lo sujetó por el cuello del abrigo.

—Esto va a vender un montón de periódicos… —soltó uno de los reporteros.

Bartholomew estaba blanco y tenía los ojos abiertos como platos mientras se encogía de miedo.

—Esto es por insultarla. —Con una mano sujetándolo del abrigo, Octavius hundió el otro puño en la nariz de Bartholomew, y Temperance se estremeció al oír el crujido que resonó por la calle—. Esto es por tu crueldad. —Octavius le dio un puñetazo en el vientre, y Langston se dobló soltando un sollozo—. Y por haberle puesto tus asquerosas manos encima. —Arrojó a Langston contra la pared de la

oficina del señor Barton—. Por haberle causado aunque solo sea un momento de angustia, pedazo de escoria inútil.

Lady Auster soltó un chillido.

—¡Detenlo, Agatha! ¡Por favor! Lo va a matar.

Por mucho que Temperance disfrutara ver sufrir a Bartholomew, sabía que su madrastra tenía razón. Y lo último que deseaba era un cargo de asesinato contra el hombre al que amaba.

—Milord, suéltelo. ¡Por favor!

Octavius se detuvo, la espalda ancha se le movía acelerada mientras jadeaba. Luego soltó a Bartholomew, que se tambaleó mientras se alejaba de Octavius aterrado. Mientras su duque se volvía hacia ella, Temperance vio el rostro sombrío cubierto con una expresión de furia primitiva. Tenía el aire de alguien que acababa de completar un gran trabajo.

—Jamás tendrá el dinero de mi padre, *lady* Auster —le aseguró Temperance al tiempo que su amado regresaba a su lado—. Lamentablemente tendrá que vivir una vida mucho más sencilla, pero mi padre le dejó dinero suficiente para que tenga un pasar cómodo. A lo mejor debería adaptarse a sus nuevas circunstancias. Y tú, Bartholomew… recibirás noticias del señor Barton. Así que será mejor que te hagas a un lado. Eso te dará tiempo de sobra para huir del país.

—Es un consejo sabio —gruñó Octavius—. Será mejor que te largues porque si te vuelvo a ver, no me detendré. Ni siquiera por *lady* Agatha.

Bartholomew se puso más blanco que la nieve, miró alrededor y echó a correr a los trompicones patinándose sobre el hielo.

Lady Auster lo vio correr con una expresión de esperanza desvanecida. Hundió el cuello en los hombros y el rostro hermoso perdió su máscara de amabilidad social. En ese momento, se veía de lo más fea: llena de temor y malicia.

—Usted también está implicada, *lady* Auster —continuó Temperance, sintiendo alegría de poder llevar justicia a la herencia de su padre—. Usted estaba al tanto del robo de su sobrino y no ha hecho nada.

—No tienes pruebas —siseó como una serpiente acorralada.

Temperance le agradeció al cielo haber tomado precauciones.

—Destruyó la prueba original, pero el señor Barton tiene una copia y aún debe haber anotaciones en el cuaderno del vendedor. Cuento con la lealtad de mis criados que aportarán pruebas en mi apoyo. Enfrentará grandes gastos por procedimientos legales y será objeto de rumores y humillación. ¿Puede resistir eso su reputación?

El rostro de *lady* Auster se volvió hacia atrás como si la hubieran abofeteado. Enderezó el cuello, y la boca se le curvó en una expresión amarga.

—Muy bien —escupió y se le aceró—. Tú ganas. Pero, por favor, Agatha, hemos sido familia durante años. No me hagas esto.

Temperance sintió pena por la mujer y asintió con la cabeza.

—La dejaré en paz si admite en público que se equivocó al tildarme de loca y falsificar el reporte de un médico para encerrarme en un manicomio.

Lady Auster asintió con la cabeza.

—De… De acuerdo. —Miró a los reporteros con los labios apretados dolorosamente—. Me gustaría decir unas palabras —les dijo.

Mientras *lady* Auster se alejaba, Temperance miró a Octavius con una sensación de triunfo que le llenó el pecho como si fueran burbujas. Octavius le sonrió.

—Ven conmigo —le dijo, y junto a Octavius comenzó a subir las escaleras—. Es hora de reclamar la independencia que tanto he anhelado.

32

Esa misma noche, cuando Temperance subió las escaleras de Dulcis Court, se sintió más liviana que nunca en muchos años. Por primera vez, no entraría en esa casa como la Heredera Loca, sino como quien era en realidad. *Lady* Agatha Temperance Hale.

Luego de firmar el documento con el señor Barton, Octavius había insistido en llevarla a su casa de Londres para que pudiera descansar y recuperarse luego del gran calvario que había atravesado en las últimas semanas. Y luego si podía ir a su casa a las ocho de la noche, quería hablar con ella.

Temperance había entrado en Auster House como la verdadera señora de la casa que era. Banister y la señora Jones la habían recibido con los ojos llenos de lágrimas, y hasta Temperance había llorado al recorrer los familiares pasillos. No veía la hora de erradicar la presencia de su madrastra de cada superficie y reinstaurar la belleza sutil de la propiedad.

Era libre. Tenía todos sus derechos y una gran fortuna a su nombre para hacer lo que quisiera. Le habían quitado un gran peso de los hombros.

Mientras se acercaba a Dulcis Court esa misma noche, alzó la mirada al cielo y le envió una plegaria silenciosa a su padre.

—Gracias, papá —susurró—. Gracias por cuidarme.

Solo deseaba poder compartir esa libertad con las personas que se habían convertido en su familia.

Al mirar la grandiosa casa que hacía unas pocas semanas le había parecido imponente al haber llegado únicamente con su bolsa de fugitiva, sintió una sensación de pertenencia. Allí vivía el hombre al que amaba y los niños que se sentían como suyos. Mientras subía los escalones, recordó a la última institutriz que había salido huyendo despavorida con un huevo chorreándole por el rostro. Si hubiera seguido el consejo de la mujer, en ese momento se encontraría en Bedlam, encerrada para siempre.

En cambio, se encontraba allí, con un atuendo de seda rojo, una tiara en el cabello, una pelliza de piel de zorro y sus propias botas… Ya no era una fugitiva, sino la dama que siempre debió ser. Su verdadera persona que había descubierto gracias a Octavius, disfrutando el momento presente, saboreando la vida en lugar de actuar con cautela y prudencia.

Llamó a la puerta, y el rostro familiar de Jacobs apareció en la majestuosa puerta con una sonrisa que le producía arrugas alrededor de los ojos.

—*Lady* Agatha. Bienvenida. —El mayordomo hizo una reverencia y terminó de abrir la puerta para dejarla entrar—. La han esperado con muchas ansias.

Al igual que en el primer día que había ido allí, a sus espaldas, oyó gritos y suspiros, pero en esta ocasión no pertenecían ni a criadas asustadas ni a lacayos sorprendidos. Provenían de Sophie, que la vio desde el final del vestíbulo de entrada y echó a correr hacia ella con los ojos abiertos y llenos de luz, de Margaret, que la siguió con una sonrisa enorme en el rostro y de James, que avanzaba a su encuentro con una postura estoica y la espalda erguida.

Los tres iban vestidos para un baile, igual de apuestos que se habían visto en el baile de Navidad de hacía dos días: las niñas llevaban vestidos de seda y satén con ribetes de perlas y bordados plateados, y James, un traje de levita y pantalones.

Al ver que de la sala de estar salía gente y llenaban el vestíbulo de entrada, notó algo diferente. La casa estaba decorada con acebo, hiedra y ramas de abeto que cubrían la repisa, los pasamanos de las escaleras y las puertas. Pero había muchas más decoraciones que en

el baile de Navidad, cuando Temperance prácticamente había tenido que discutir con Octavius acerca de cada adorno. No. Eso era indulgencia pura. Exceso. Hasta había una bola de besos navideña en el vestíbulo de entrada, tejida con acebo, hiedra, romero y muérdago. Estaba decorada con lazos rojos, manzanas rojas y amarillas y hasta naranjas.

A Temperance se le llenó el corazón al ver a los seis duques que habían acudido a su rescate más temprano y a las tres duquesas que se habían vuelto sus amigas. Y al ver al hombre que tanto había anticipado volver a ver. Los otros niños también se encontraban presentes: el bebé Augustus acurrucado en los brazos de Modesty, y Stella, con sus rizos dorados, sujetando la mano de su padre.

Octavius caminó hacia ella sin prisa y la retuvo prisionera de su mirada, como si no existiera más nadie que ellos. Se veía muy grande con el abrigo del color de las hojas en otoño, los hombros anchos como peñascos y las piernas largas y gruesas con músculos de jinete bien definidos bajo los pantalones. Cuando se detuvo frente a ella, vio una pequeña rama de abeto en la solapa del abrigo.

El hombre que detestaba la Navidad había hecho eso por ella… Una sensación cálida de hogar la envolvió como un abrazo del hombre que amaba… Se detuvo delante de ella, a un paso, debajo de la bola de besos navideña. Temperance se embriagó con su aroma a vainilla, sándalo, almizcle masculino… y Navidad.

—¿*Lady* Agatha? —la llamó Sophie que avanzó dando brincos y se detuvo frente a ella con las manos en la espalda—. ¿Ya no es más la Heredera Loca? ¿Ahora solo es… la verdadera heredera?

Temperance le ofreció una sonrisa radiante.

—Sí.

Todos los duques y las duquesas la felicitaron.

—Me alegro mucho por usted, *lady* Agatha —le dijo el duque de Enveigh con una profunda reverencia—. Es todo lo que deseaba para usted, que consiguiera lo que le pertenecía por derecho y estuviera a salvo.

—Gracias, milord —le dijo Temperance, sintiéndose un poco incómoda—. Estoy muy agradecida por todo lo que ha hecho por mí.

Ha sido un verdadero amigo.

—Ha sido un placer. No me quedaré a cenar o a celebrar. A decir verdad, solo vine para desearle un feliz cumpleaños, una feliz Navidad y toda la felicidad, *lady* Agatha. —El duque de Enveigh se dio la vuelta con los hombros tensos y le arrojó una mirada extraña a Octavius antes de marcharse por la puerta de entrada.

Temperance no tuvo tiempo de reaccionar e impedir que se marchara, y la culpa le carcomió el corazón. Era evidente que ella era el motivo de la frialdad que sentía el duque de Enveigh hacia su amigo. Tenía que preguntarle a Octavius qué había pasado, pero Margaret la interrumpió.

—Pero usted se quedará, ¿no? —le preguntó Margaret—. ¿Por favor? ¡El duque le ha preparado muchas sorpresas!

—¡Y nosotros también! —añadió James.

Temperance deseó poder envolverlos en sus brazos y abrazarlos.

—Claro que me quedaré. ¡No veía la hora de verlos!

—¡Y mire dónde se encuentran! —señaló el duque de Luhst sonriéndoles a Temperance y Octavius—. ¿No se llama la bola de los besos navideña por un motivo?

Octavius lo fulminó con una mirada de advertencia, pero el duque de cabello dorado se encogió de hombros con un aire de inocencia. Su esposa, Chastity, también estaba radiante, y Temperance estaba segura de que el duque apoyó la mano en la espalda de su esposa de cabello moreno.

—Es la tradición —dijo la duquesa de Rath con una sonrisa radiante—. No hay nada que hacer al respecto. El decoro no tiene lugar aquí.

Octavius la miró a los ojos. Se veía nervioso y esperanzado. Temperance se rio. A decir verdad, había estado pensando en besarlo, en tocarlo, en encontrarse cerca de él desde que se habían separado más temprano ese día. Dejó que la sonrisa que le nació en el corazón le asomara al rostro y le ofreció la expresión más feliz de su vida. Octavius se le acercó, le pasó los brazos por la cintura y se la acercó al cuerpo.

—Te ves absolutamente apetecible —le murmuró para que solo ella lo oyera—. He contado los minutos que faltaban para poder

hacer esto.

Y de pronto, sus labios descendieron sobre los suyos, y el mundo explotó en un banquete de sensaciones. La boca de Octavius se movió suave contra la suya; la lengua se le deslizó en la boca para acariciarla. Temperance sintió su deseo y su voracidad por ella, así como también cómo se contenía. Los invitados irrumpieron en aplausos y vítores, y supo que Octavius intentaba no demostrar demasiada indecencia delante de los niños y sus amigos.

Se apartó de su boca demasiado pronto y la dejó sin aliento, con la sangre hirviendo y el cuerpo anhelando más.

—Esa sí que es una cálida bienvenida —dijo con una sonrisa y se hundió en la profundidad de los cálidos ojos café.

—Feliz cumpleaños —le murmuró—. Y feliz Navidad. Por favor, pasa. Vamos a celebrar las dos ocasiones.

El salón comedor destellaba con más decoraciones navideñas y con la luz cálida y dorada que proyectaban las velas en los candelabros. Aunque no era decoroso, Temperance no logró contener la sonrisa que le iluminó el rostro durante la cena. La mesa estaba abarrotada de todos los platos que más le encantaban, cocinados a la perfección, y saboreó cada bocado: la sopa blanca, el ganso asado, el muslo de venado, la carne al horno y los pastelillos salados. Bebieron vino y ponche caliente y brindaron en numerosas ocasiones por su cumpleaños; le desearon buena salud y mucha felicidad y la sala se llenó de deliciosos aromas navideños. Y de postre comieron pudín de melocotón.

Luego de todos los obstáculos que había atravesado y de todos los años en los que se había sentido una forastera en su propia casa, por fin sentía que había encontrado un verdadero hogar.

Como dictaba la costumbre, luego de la cena, se retiraron a la sala de estar, donde jugaron a las charadas y a la zarzamora encendida, y los niños recibieron sus regalos: libros, soldados de madera y muñecas.

Mientras el resto de los invitados participaban en juegos de salón, Octavius la guio cerca de una ventana en la esquina menos iluminada del opulento salón. Temperance se quedó sin aliento de solo estar cerca de él a la luz de las velas y anheló poder contarle

por fin todo lo que le debería haber dicho. Y rogarle perdón por haberlo engañado. Y para asegurarle que no deseaba vivir su vida sin él y los niños. Pero antes tenía que preguntarle acerca de Enveigh.

—Octavius, ¿el duque de Enveigh está enfadado contigo? —le preguntó—. ¿No se podía hacer nada para persuadirlo para que se quedara?

—Sí —repuso Octavius a regañadientes—. Y tiene todo el derecho a estarlo. Te quería para él, tenía sentimientos por ti. Tuvimos un duelo esta mañana.

—¿Tuvieron un duelo? —exclamó Temperance y le llevó las manos al pecho y los brazos buscando alguna herida con desesperación—. ¿Estás herido? ¿Dónde? Muéstrame…

—Tuvimos un duelo —le dijo sujetándole las manos—, pero los dos estamos bien. No podía dispararle a uno de mis mejores amigos, sin importar cuán enfadados estuviéramos, y él tampoco pudo hacerlo.

Temperance asintió con la cabeza, sorprendida por la revelación.

Los ojos de Octavius reflejaron algo similar al dolor.

—No me pudiste confiar tu secreto. ¿Acaso hice algo mal?

El corazón se le rompió por él.

—Quise decírtelo muchas veces. Y lamento mucho no haberlo hecho. *Lady* Auster y Bartholomew eran mi única familia luego de la muerte de mi padre y fueron los que me traicionaron. Mi confianza estaba rota, al igual que mi capacidad para creer que la gente de verdad podría estar de mi lado.

—Siempre estaré de tu lado, Temperance —le aseguró en un murmullo y le sujetó el rostro con las manos para mirarla con intensa honestidad—. Sin importar lo que pase, siempre te querré. Te amo, Temperance. Te he amado desde ese beso en la oscura calle de Londres. No necesito tu dinero. Como sabes, tengo suficiente. —Se detuvo y tragó con dificultad al tiempo que bajaba la mirada a sus manos entrelazadas—. Te necesito a ti. Podemos regresar y hablar con el señor Barton. Firmaré un contrato en el que se establezca que retienes todos tus derechos y no puedo tocar ni un centavo de tu dinero. Es posible de hacer. Pero quiero que seas mía,

frente a Dios, frente a la sociedad y frente a cualquier hombre. Quiero reclamar lo que es mío y te juro, sobre mi honor, sobre la tumba de mi madre, que siempre serás independiente.

Se llevó sus manos a los labios y le dio un beso en cada palma.

—Si en cualquier momento quieres verte libre de mí, solo tienes que decirlo y te dejaré ir con tu dinero, tus propiedades y un laboratorio para realizar tus experimentos eléctricos. Lo que desees es tuyo. Por favor, Temperance… por favor, hazme el hombre más feliz en el mundo y sé mi esposa.

Ser su esposa. La confesión le produjo un escalofrío en todo el cuerpo. Octavius la amaba. ¡En verdad la amaba! No eran imaginaciones suyas. Temperance quería volver a besarlo, pero no podía hacerlo delante de los invitados sin la excusa de la bola de besos navideña.

¿Y su propuesta? Le había ofrecido matrimonio por segunda vez. Temperance se había convencido de que jamás se casaría y jamás se convertiría en propiedad de nadie. ¿Podía confiar en que Octavius no cambiaría cuando estuvieran casados? ¿Que el hombre que adoraba su independencia ahora no intentaría cortarle las alas más adelante? ¿Que estaría a su lado en los momentos más difíciles para apoyarla y para darle la libertad de pararse sobre sus pies?

Temperance miró los ojos honestos y amables de Octavius y no tuvo ninguna duda. Su amor por él calmaba las heridas como un cálido bálsamo. Ahora se encontraba en posesión de su independencia y su libertad y no lo necesitaba. Sin embargo, lo quería en su vida. Quería ser su esposa, pararse a su lado y despertarse todas las mañanas con él. Lo deseaba; la chispa se había encendido entre ellos en la oscuridad y se había convertido en una corriente que la embargaba con el más mínimo de sus roces. Y quería a sus niños; los pupilos la miraban como si fuera su mundo.

—Yo también te amo, Octavius —le dijo sin aliento—. Y me casaré contigo.

Octavius la alzó y la giró en el aire al tiempo que los invitados aplaudían y soltaban vítores. Tres pares de pies resonaron sobre el suelo mientras James, Margaret y Sophie corrían a abrazarla.

—Entonces, ¿ahora te quedarás con nosotros para siempre? —le preguntó Sophie llena de esperanza.

—Prometo no apuntarle ninguna pistola a nadie —aseguró James serio.

—Y yo crearé un mecanismo de poleas para asustar a los hombres malvados si vuelven a atreverse a entrar en nuestra casa —le prometió Margaret.

Temperance sonrió.

—Bueno, en ese caso, ¿cómo podría negarme?

Se rio feliz y los abrazó mientras Sophie extraía un trozo de papel.

—Esto es para usted, *lady* Agatha —le dijo la pequeña—. De nosotros tres.

Era un dibujo simple hecho con un trozo de carbón. Eran cinco caballeros: tres pequeños y dos más grandes. Uno de los más grandes blandía una suerte de espada hecha con rayos.

Temperance se rio y sintió el amor que la envolvía.

A pesar de toda la atención pública, Octavius la besó en los labios.

—Feliz cumpleaños. Navidad ahora siempre será mi día favorito del año, porque te ha traído a mi mundo y a mi vida.

EPÍLOGO

1 DE ENERO de 1815

—… y al recibir el anillo y unir sus manos, los pronuncio marido y mujer, en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo. Amén.

Las palabras del obispo de Londres embargaron a Octavius en la iglesia de Saint George, en Mayfair. Ante él se encontraba la mujer que amaba, con los ojos grises destellando como diamantes llenos de lágrimas de amor. Temperance llevaba una pelliza larga del color del óxido, como era la costumbre de su casa, y un vestido de seda de color naranja pálido con flores grises bordadas en un patrón en espiral. El sol hibernal se colaba por las ventanas de vitral, que proyectaban colores sobre su cabello y su rostro debajo del hermoso bonete. Por fin había dejado atrás los aburridos atuendos marrones que se había puesto todos los días en su papel de institutriz, y podía ver a la dama que había nacido para ser, la duquesa en la que se convertiría.

Su mujer. Su duquesa. Su esposa.

—Amén —repitió la congregación de familiares y amigos que se encontraban sentados en los oscuros bancos de caoba a sus espaldas.

Debajo de los blancos cielos abovedados de la iglesia decorados con enyesados de flores con bordes dorados, Octavius sintió como si estuviera recibiendo bendiciones a través de la colorida luz que brillaba sobre él y Temperance. Provenía de la imagen en vitral de la

Virgen María que se encontraba sobre el altar. Octavius se sintió completo. El amor fluía en su ser, más rico y complejo que el bocadillo más exquisito que jamás hubiera probado. El amor le brindaba más dicha que las fresas con crema batida en invierno, una euforia más profunda que el coñac contrabandeado más exótico. A diferencia de cualquier otra emoción que hubiera perseguido, en esa ocasión no se sentiría vacío.

Y ahora, mientras desandaba el pasillo sujetando la mano de su esposa, la mujer a la que amaba, Octavius se sentía plena y absolutamente satisfecho por primera vez en la vida. Su alma por fin se encontraba en paz; ya no sentía a la criatura inquieta y voraz que anhelaba llenar el vacío. Siempre querría más tiempo con Temperance, más momentos como ese, y el vacío desesperado que lo había llevado al exceso había desaparecido para siempre.

Octavius miró a los ojos a las personas que más quería: Margaret, James, Sophie, Dorian, Patience, Lucien, Chastity, Constantine, Modesty, Sylvester y Roderick. Todos se encontraban sonriendo y aplaudían felices por él. Sophie saltaba con una sonrisa enorme en el rostro, mientras James hacía su mejor esfuerzo por no demostrar emociones, aunque tenía los ojos café humedecidos. Margaret sostenía el ramo de Temperance, hecho con rosas blancas, y se lo entregó cuando llegaron a ella.

La única nube oscura en el cielo despejado lleno de felicidad y alegría era Enveigh. El duque se encontraba de pie en las sombras, detrás de todos los invitados, apoyado contra una columna cubierta en oro que le daba soporte a las galerías oscuras de la siguiente planta. Octavius estaba seguro de que Archibald solo había ido por deber. Su expresión era hielo puro. No sonreía ni aplaudía con el resto de los invitados. Enveigh mantenía el rostro compuesto, pero Octavius conocía a su amigo demasiado bien y veía el veneno de la envidia en lo más profundo de sus ojos.

¿Acaso Archibald se habría imaginado caminando hacia el altar con Temperance, sosteniendo su mano y poniéndole su anillo?

La sonrisa de Octavius se desvaneció al mirar a Archibald a los ojos. ¿Qué más podía hacer para restaurar la amistad? La culpa y la tristeza le pesaban en el pecho; la grieta en la hermandad era como

una herida en su propio cuerpo. Era su culpa. Por supuesto que lo era. Enveigh había hecho su reclamo bien claro, y Octavius había roto el credo. Y volvería a hacerlo cien veces más para estar con Temperance.

Gracias al amor que sentía por ella, se había convertido en un hombre mejor. Un hombre que no estaba gobernado por el pecado de la glotonería.

Y en cuanto a Archibald… aún podía arreglar las cosas con él. Tenía que hacer algo. No sabía qué; aunque el día de la boda no era el momento para hacer ese tipo de planes, pensaría en algo en breve.

Cuando regresaron a su casa, sirvieron el grandioso desayuno de bodas, un banquete realmente digno del duque y la duquesa de Eccess. Las bandejas de plata destellaban con tortillas francesas cremosas, una gran selección de fiambres, que incluían carne asada, lengua y aves de corral, pastelillos de carne, panecillos blancos con ribetes de mantequilla y preservas de fresas, frambuesas, cerezas e higos. La cocinera se había sobrepasado con un postre syllabub, bizcochos borrachos con frutas y cremas y un espectacular pastel de novia.

Antes de que llegaran los invitados, Octavius se llevó a su esposa al estudio para tener un momento a solas con ella y la besó con suavidad. Su actividad favorita era besarla.

—Te amo, Temperance —le murmuró—. Te amo mucho. Cielos, me haces muy feliz.

Temperance le sujetó el rostro entre las manos con una sonrisa tan radiante que casi le dividía el rostro en dos.

—Eres hermosa —le murmuró con el corazón rebosante—. Y mía, mía, mía.

Temperance se rio.

—Sí, soy tuya, y tú eres mío. Y sin importar los desafíos y las alegrías que nos depare la vida, estaremos juntos.

Octavius asintió con fervor.

—Te haré la mujer más feliz del mundo.

A pesar de que oyeron la llegada de los invitados, Octavius no quería apartarse de ella. De hecho, quería disfrutar de su propio

banquete en el estudio, como lo había hecho cuando intentó seducirlo con esa escandalosa novela en francés. Sin poder contenerse, le pasó la mano por la pierna cubierta con una media y cerró la palma sobre el delicioso trasero redondeado de su mujer.

Temperance soltó un gemido.

—Tendré un banquete muy especial solo para nosotros dos más tarde en nuestra recámara —le prometió.

Su esposa le sonrió.

—¿Con crema batida?

Octavius soltó una carcajada.

—Tus deseos son órdenes…

Octavius le volvió a besar el cuello y el pecho y se deleitó con el sabor de su piel, el aroma a flores y lavanda de su perfume mezclado con su esencia dulce y decadente. Le llevó la mano a un pecho y lo sintió pleno en su palma. Acto seguido se acercó al centro de su placer. Mientras movía la mano por debajo de las faldas y le separaba los pliegues, le introdujo un dedo en el sexo húmedo.

—Estás lista para mí —murmuró—. Adoro tenerte así.

Temperance se rio con suavidad, pero antes de que pudieran disfrutar más, oyeron las voces al otro lado de la puerta. Al oír un llamado fuerte e insistente, Octavius miró por encima del hombro y gruñó:

—¡Ahora no!

No obstante, el llamado continuó.

—Octavius, abre la puerta.

Por todos los diablos. Octavius negó con la cabeza.

—No, nadie me apartará de ti —dijo antes de regresar a los asuntos importantes que se traía entre manos.

Sin embargo, el llamado se tornó más prolongado y fuerte. Un condenado tamborileo contra la puerta.

—¡Octavius!

¿Acaso era la voz del maldito Enveigh?

—¡Lárgate, Archibald! —masculló mientras frotaba los pliegues dulces de su esposa, que echó la cabeza hacia atrás y soltó un gemido.

—Vas a querer abrir esta puerta —le advirtió Archibald—. Créeme.

Había un placer vengativo en su voz que apenas había logrado contener. Octavius se congeló. ¿Por qué sentía que su amigo le acababa de volcar un balde de hielo sobre la piel ardiente?

Miró a Temperance, que apretó los labios hinchados y rojos, y tenía una mirada juguetona en los ojos.

—Supongo que tendrás que abrir la puerta.

Octavius asintió con la cabeza, apartó las manos, lleno de pesar y le dio un beso. Se vio obligado a arreglarse los pantalones por la erección.

—Mujer, lo que me haces…

Octavius miró a Temperance mientras se acomodaba el corsé y se alisaba las faldas. Cuando estuvo compuesta, asintió con la cabeza y cruzó la habitación para abrir la puerta.

Detrás de la puerta, se encontraba Archibald, con la mirada gris más arrogante, satisfecha y astuta que Octavius jamás le había visto. Su amigo estaba cruzado de brazos, tenía el abrigo aterciopelado verde y apoyaba el peso sobre una pierna mientras relajaba la otra. Qué perturbador era verlo en paz cuando hacía menos de una hora había parecido una serpiente enroscada y lista para atacar.

—¿Qué diablos puede ser tan urgente, por todos los diablos? — Las palabras se le murieron en los labios al reparar en la mujer que se encontraba a la derecha de Archibald. Detrás del hombro de su amigo, se encontraba su madre.

Era joven, no podía tener más de veintiún años… lo que resultaba imposible, porque la última vez que la había visto tenía treinta años. Pero la mujer era idéntica, tenía el mismo cuerpo curvado bajo el atuendo de viaje de color azul oscuro. El adorable rostro tenía los mismos ojos café que él y se veía sonrosado. Tenía pómulos altos, mejillas redondeadas y la punta de la hermosa nariz rosada, los labios carnosos que le recordaban al beso de buenas noches que le había dado su madre con una sonrisa suave.

No podía ser. Su madre había muerto. De lo contrario, tendría cincuenta años.

Mientras Octavius intentaba pensar, la mente registró que tanto Jacobs como el resto de los invitados se encontraban detrás de la mujer y lo miraban fijo.

—Felicitaciones, hermano —oyó que decía la mujer en el inglés de una persona que había recibido buena educación, pero con un acento extranjero—. He oído que te has casado hoy.

Octavius no sentía el suelo debajo de los pies. Las lágrimas le nublaron la vista, y el corazón, que había sentido felicidad y amor durante días, se le ciñó con un dolor increíblemente tierno.

Se le secó la garganta y tragó lo que se sintió como una bolsa de heno.

—¿Me… Mercy?

Varias olas de conmoción lo arrasaron. Tenía un millón de preguntas. ¿Dónde había estado? ¿Cómo había llegado allí? ¿Qué le había pasado?

Pero antes de que pudiera hacer ninguna pregunta o siquiera tomar a su hermana en sus brazos, Archibald soltó una carcajada.

—Mira, Octavius. Es tu hermana pequeña. Inocente, frágil y desprevenida para la vida engañosa entre la alta sociedad londinense. Pero todos la protegeremos; es familia, ¿no? Y ese es nuestro segundo credo: protegerás a la familia del prójimo como si fuera la tuya. Oh, aguarda, me había olvidado que los credos ya no son sagrados. Tú mismo lo has demostrado. Supongo que deberías tener cuidado de que ninguno de los demás comience a romperlos uno a uno. En especial cuando tu hermana es tan encantadora y vulnerable a la seducción de un libertino.

Con una mirada larga y calculadora a Mercy, el duque de Enveigh se dirigió a la puerta, tomó el abrigo y el sombrero y se marchó.

Pero a diferencia del niño aterrado que una vez se había acobardado frente a la pistola de su padre, Octavius solo sintió acero en la columna vertebral. Que Archibald planeara su venganza. Ahora tenía a Temperance a su lado, a la hermana que había estado buscando durante muchos años, a sus dulces pupilos y a sus seis… no, cinco mejores amigos que podrían superar cualquier tormenta.

El duque de Eccess por fin había aprendido a apoyar los pies en el suelo y a mantenerse firme, en lugar de escapar a la primera

indulgencia cuando la vida le exigía algo. El amor le había enseñado la diferencia entre sentirse pleno y sentirse satisfecho.

Ni siquiera los actos más oscuros que había cometido en la agonía de sus pecados tenían ninguna importancia. Y, con Temperance a su lado, por fin se sentía completo.

¿QUIERES MÁS OCTAVIUS Y TEMPERANCE?

¿No estás lista para decirles adiós? Descarga el **epílogo bonus exclusivo** que no encontrarás en este libro.

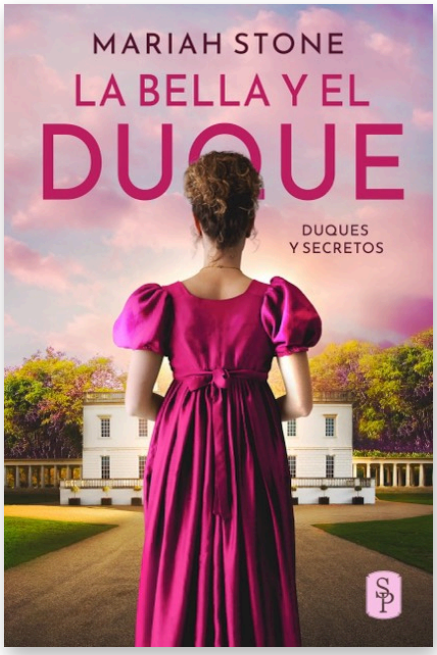
Un último vistazo íntimo a su *felices para siempre*...

👇 **Toca aquí para descargarlo**

https://mariahstone.com/octavius-bonus/

¿AMAS LAS HISTORIAS TIPO "LA BELLA Y LA BESTIA"?

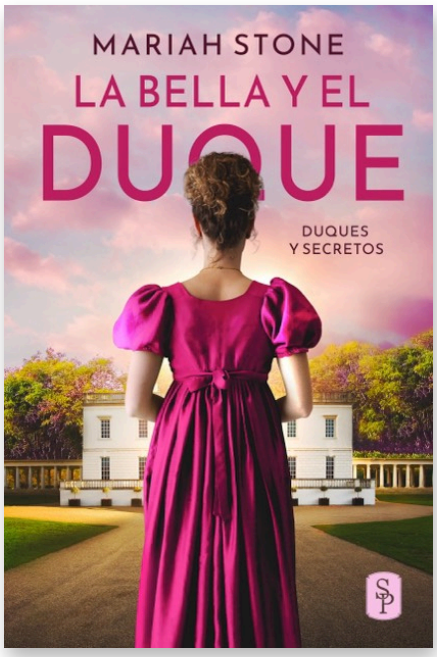
Entonces tu próxima obsesión te está esperando. Si aún no conoces la historia de Preston y Penelope, prepárate para **La bella y el duque**, el inicio de la serie *Duques y secretos*.



Él se casó por venganza.
Ella se casó para salvar a su familia.

Un matrimonio de conveniencia. Secretos peligrosos. Lo que empieza como una guerra fría, pronto estalla en una pasión que podría destruirlos... o salvarlos.

👇 **Lee la historia de Preston ahora**
LA BELLA Y EL DUQUE



¡Disponible en Kindle Unlimited, ebook, tapa blanda y audiolibro!

OTRAS OBRAS DE MARIAH STONE

DUQUES Y SECRETOS

Vendida al duque (precuela)

La bella y el duque

La falsa prometida de lord Libertino

Duque por conveniencia

La apuesta de lord Canalla

LOS SIETE LORES DE LOS PECADOS

El duque de la ira

El duque de la lujuria

El duque de la soberbia

El duque de la gula

...

Próximamente más libros

AL TIEMPO DEL HIGHLANDER (NOVELA ROMÁNTICA HISTÓRICA)

Sìneag (precuela)

La cautiva del highlander

El secreto de la highlander

El corazón del highlander

El amor del highlander

La navidad del highlander

El deseo del highlander

La promesa de la highlander

La novia del highlander

El protector de la highlander

El reclamo del highlander

El destino del highlander

Reunión de Navidad

AL TIEMPO DEL VIKINGO (NOVELA ROMÁNTICA HISTÓRICA):

La tentación del vikingo (precuela)

El deseo del vikingo

El reclamo del vikingo

La novia del vikingo

El amor del vikingo

La cautiva del vikingo

AL TIEMPO DEL PIRATA:

El tesoro del pirata

El placer del pirata

¡Más libros nos esperan en 2025!

¿TE HA GUSTADO EL LIBRO? ¡PUEDES MARCAR LA DIFERENCIA!

Por favor, deja tu opinión sincera sobre el libro.

Aunque me encantaría, no cuento con la capacidad financiera de los editores de Nueva York para publicar anuncios en periódicos o colocar carteles en el metro.

¡Pero tengo algo mucho, mucho más poderoso!

Lectores comprometidos y leales. Si disfrutaste del libro, te estaría enormemente agradecido si pudieras dedicar cinco minutos a dejar una reseña en la página de venta del libro.

¡Muchas gracias!

ACERCA DEL AUTOR

Mariah Stone es una autora superventas de novelas románticas históricas, destacándose por su aclamada serie de regencia *Duques y secretos*, su envolvente serie de romance histórico *Al tiempo del highlander*, y sus cautivadoras novelas de Vikingos, Piratas y Regencia. Con casi un millón de libros vendidos, Mariah narra historias de mujeres valientes que encuentran el amor verdadero con sus almas gemelas a través del tiempo. Sus obras están disponibles a nivel mundial en diversos idiomas y en formatos electrónicos, impresos y de audiolibros.

¡Suscríbete al boletín de Mariah y obtén hoy mismo un libro de romance histórico gratis en https://mariahstone.com/es/!

